

ENEIDA WOLF

# CHICK-LIT

*para*

# DUMMIES



ENEIDA WOLF

# CHICK-LIT

*para*

# DUMMIES



# Chick-Lit para Dummies

Eneida Wolf



TERCIOPELO

# CHICK-LIT PARA DUMMIES

Eneida Wolf

**Esa ha sido siempre la diferencia entre tú y yo. Que yo creo en el amor aunque nunca me han querido, y tú no crees en él aún teniéndolo delante de las narices.**

## ACERCA DE LA OBRA

Había una vez en Barcelona dos escritores que no se conocían... No en persona...

Lucía Reixach sabía que escribir esa crítica era una mala idea, pero lo hizo. Y no esperaba que el escritor en persona respondiera, pero lo hizo... y no solo eso, sino que a cada día que pasa, se vuelve más adicta a sus mensajes.

Marcos Dauphine no cree en las relaciones a largo plazo. Evita todo compromiso, hasta que esa costumbre de hablar con cierta recatada escritora de chick-lit no parece que vaya a tener fin.

¿Qué pasará cuando se vean cara a cara?

## ACERCA DE LA AUTORA

**Eneida Wolf** es el pseudónimo detrás del que se esconde una abogada barcelonesa, escribió su primer libro a los diez años, a los dieciocho publicó Sangre envenenada y después de terminar derecho, publicó una serie de libros de romance histórico llamada Escándalos de temporada. Con Amor para Dummies ha quedado finalista en el XII Premio de Novela Romántica Terciopeb, a la que sigue Chick-Lit para Dummies.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Epígrafe

1. La librería
2. Lecciones inolvidables
3. Tienes un *email*
4. Sor Citröen
5. Serendipity
6. Amor y letras
7. Lucía y el sexo
8. Días de radio
9. Sin compromiso
10. Y entonces llegó ella
11. Desayuno con diamantes
12. Antes del amanecer
13. Historias de Filadelfia
14. Todo sobre mi madre
15. Encantada
16. La niña de tus ojos
17. Nueve semanas y media
18. Amor con preaviso
19. El vuelo del Fénix
20. Diez razones para odiarte
21. La Celestina
22. Al filo de la ley
23. Inocencia interrumpida
24. Love Story
25. Dos vidas en un instante
26. Cuatro bodas y un funeral
27. Crueldad intolerable
28. Atrápame si puedes

29. El tren de las 3:10

30. Una canción del pasado

Agradecimientos

Créditos

*A mis padres, por no ser como los de Lucía.*

*Todo en el mundo se trata de sexo, excepto el sexo.  
El sexo trata de poder.*

OSCAR WILDE



## La librería

Lucía

*M*is mejores versos siempre han sido escritos en circunstancias adversas. Ya lo dicen, los mejores escritores son aquellos que sienten demasiado, o que son profundamente infelices, o incluso depresivos. Tolstoy mismo lo dijo en *Una confesión*, que exploraba el descontento del mundo y que gracias a él pudo crear sus grandes obras. Virginia Woolf terminó sus días suicidándose después de haber escrito maravillas como *Al faro* o *La señora Dalloway*. Kafka sufría migrañas e insomnio permanente, y Hemingway se refugiaba en el alcohol.

Con eso no estoy diciendo que sea alcohólica, ¿eh?

Mi favorita, sin embargo, siempre ha sido Zelda Fitzgerald. Siempre he sentido cierta empatía hacia la figura de esta mujer tan incomprendida que nació en la Alabama en los años 20 y que siempre estuvo a la sombra de su marido cuando, si hubiese vivido en este siglo, hubiese brillado con luz propia. Era la protagonista de todas las novelas de Scott y su fuente de inspiración. La suerte, sin embargo, no estuvo de su lado y la internaron en una clínica psiquiátrica hasta que murió.

Curiosamente, no son este tipo de versos los que me han llevado al éxito, sino otra clase de literatura, llamada *chick-lit*. Según Wikipedia, es el nombre dado a un tipo de narrativa cercana al género de la novela romántica. El *Diccionario Urbano* lo define como el argot para un género de literatura orientada a las lectoras, que tratan temas modernos en la vida de las mujeres. Si me lo preguntáis a mí, es un género fresco, divertido y desenfadado sobre el que escribo.

Hoy ha salido a la venta mi libro de *chick-lit*. Teniendo en cuenta que he querido ser escritora desde que tuve mi primer libro entre las manos, desde que gané mi primer concurso de literatura en el colegio y desde que tengo uso de razón, es algo digno de celebrar. Y, por supuesto, voy a hacerlo. Esta noche voy a cenar con mi mejor amiga en *La Mamma*, un italiano que está entre la calle Muntaner y Diagonal, y me hartaré de beber vino blanco y de comer pasta.

Normalmente suelo ir hasta el estudio de la cadena de radio donde trabajo en mi motocicleta, una scooter de color azulado que no pesa demasiado, es ligera y poco veloz. Ir en moto por Barcelona es lo mejor dada la cantidad de tráfico que hay y las dificultades que puedes encontrarte para aparcar. Soy de esas personas que suelen llegar tarde a todas partes, no puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas. La falta de puntualidad es patológica, inevitable y característica de mi persona.

Pero hoy estaba tan nerviosa que me he levantado antes que de costumbre, cosa rara porque dormir es una de mis pasiones preferidas. Mi piso no es muy grande, tiene dos habitaciones —una la utilizo como dormitorio y la otra como despacho, donde escribo—, así como salón comedor, cocina y un baño bastante amplio. La terraza es de tamaño considerable, así que cuando llega el

buen tiempo, como ahora en mayo, suelo plantar la mesa y las sillas de plástico para comer y cenar allí.

Lo que más me gusta de dónde vivo es la zona, está al lado del Turó Parc, uno de los parques de Barcelona, pequeño pero bonito. También está cerca de la avenida Diagonal, una de las grandes arterias de Barcelona, donde hay miles de tiendas y restaurantes para pasear y salir a correr.

Después de desayunar unas insulsas tostadas sin sal y sin calorías con esa mermelada artificial también de dieta, salgo de casa y voy caminando sin pausa pero sin prisa hacia la emisora de radio donde dirijo un programa que tiene bastante éxito. Hablamos de casi todo; actualidad, noticias locales destacadas, cine, literatura y también sobre lo que hacen los famosos.

Una calle más abajo hay una pequeña librería donde suelo ir. Se llama «El gato negro», y siempre me ha llamado la atención pues es el nombre de uno de los cuentos más famosos de Edgar Allan Poe. El dueño es un viejecito adorable, se llama, curiosamente Edgar y siempre anda llamándome «guapa» y «jovencita», cosa que me hace subir la moral.

Lo sé, qué fácil de contentar que soy, Dios mío...

Me detengo ante el escaparate, pero por más que busque, mi libro no está. Es raro, porque cuando sale un nuevo libro, es el que exponen junto con la típica promoción, y la mía es muy chula, en serio, llama mucho la atención ya que es un cartón simulando un edificio de pisos y dentro de cada uno, los protagonistas que salen, tipo el dibujo de *13, rue del Percebe*.

Resignada, decido entrar, esperando al menos que esté en el apartado novedades. Me sé la disposición de la librería de memoria, así que voy directamente hacia ese estante, pero no.

«Leches, esto ya está pasando de castaño a oscuro».

Voy a buscar a Edgar, seguro que él lo arregla enseguida, pero al llegar hasta dónde se sitúa la caja registradora, allí plantado, en vez de Edgar, hay un hombre mucho más joven. Debe rondar los treinta, con algo de incipiente barba oscura, alto, delgado y de cabello negro azabache peinado hacia atrás —un poco demasiado largo para mi gusto—, y ondulado. Cuando alza la vista y me mira con unos ojos verdes oscuros desde detrás de las gafas de pasta negra, que lo hacen parecer muy interesante, no sé por qué, el vello de la nuca se me eriza. Posee la tez bronceada característica de los nativos del Mediterráneo. Vaya, un bombón.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta, nada más percatarse de mi presencia.

Antes de hablar carraspeo, porque no he ejercitado la voz desde que me he levantado, Carlos, mi novio, es médico y esta noche no ha dormido en casa porque tenía guardia.

—De hecho, sí. Estoy buscando un libro, salía hoy. Se llama *La tentación vive en el 3º 2ª* — respondo con decisión.

Pone los ojos en blanco y cruza los brazos antes de contestar. Me pregunto por qué demonios hace eso...

—Eres la tercera persona que pregunta por ese libro. No, no lo tenemos —exclama con fastidio.

Parece entre decepcionado y molesto, pero aquí la desilusionada soy yo. Que soy la autora, leches, y no tienen mi libro. No lo entiendo, ¿por qué no lo tienen? El de la editorial me aseguró que lo distribuirían en muchísimas librerías. No voy a rendirme con facilidad, y aunque no acostumbro a ser de esas personas que insisten hasta la saciedad, esta vez voy a por todas. Cojo aire dispuesta a lanzar una réplica.

—¿Y por qué no lo tienen? —pregunto con un hilo de voz.

En el fondo soy una persona tímida. No lo parezco, pues siempre me he obligado a mí misma a actuar con valentía, superando mis miedos iniciales, y aunque dirijo un programa de radio, no es lo mismo estar hablando frente a un micrófono que directamente a una persona. Sí, que durante el

día me escuchan millones de personas —bueno dejémoslo en miles, tampoco exageremos—, pero como no las veo, no me intimidan.

—Reviso todas las novedades para hacer los pedidos, y siempre excluyo el *chick-lit* — responde sin pudor alguno.

Lo dice tan campante, como si fuese algo natural. Frunzo el ceño, mordiéndome la lengua. Tengo que pensar antes de hablar, que sino empiezo a decir palabras malsonantes y pierdo las formas. Es lo que suele decir mi padre, que, aunque a veces tengo razón, si las formas me pierden, pierdo la discusión. Y esta discusión no estoy dispuesta a perderla por nada del mundo.

—Creo que... está discriminando el género deliberadamente. ¿No está Edgar? —pregunto, buscándole con la mirada hacia mi alrededor.

—Mi abuelo no se encuentra bien, veo que es una habitual en la librería, debe de tener buen gusto para agradecerle a mi abuelo —afirma convencido.

Por supuesto que tengo buen gusto leyendo, y también en otros muchos aspectos de mi vida, pero no voy a explayarme con esos detalles. Así que alzo una ceja, ciñéndome a lo importante.

—Entonces estará de acuerdo con que en la variedad está en el gusto, y que debería tener a la venta multitud de géneros —añado para su sorpresa con una sonrisa.

—Verá, no considero el *chick-lit* como un género en sí mismo, por muchas razones. La principal es que va dirigida exclusivamente a mujeres, y eso es discriminatorio.

Mi sonrisa se evapora al instante. ¿Este tío tiene ganas de discutir? Bien, discutiré.

—Por esa misma regla también lo serían los libros infantiles o los juveniles, van dirigidos a un público específico, pero pueden leerlos otras personas. Lo mismo pasa con el *chick-lit*, que va dirigido a mujeres, pero puede leerlo quién quiera —contraataco yo.

Mi argumento parece que lo detiene, hasta que vuelve a abrir la boca. Ese hombre me intimida un poco, todos los hombres atractivos lo hacen, y éste se lleva la palma. Lo digo en serio, realmente si no fuera por su pedantería y su crítica feroz al género que escribo, estaría babeando por él. Edgar no me ha dicho nunca que tuviera un nieto tan atractivo. Sus ojos desprenden destellos mientras habla, y me sorprende a mí misma analizando su color, encandilada por esas motas pardas medio verdes, medio marrones. También me distraen sus labios, me da la impresión de que son de una suavidad extrema, y la nariz griega que le da personalidad.

—Estaría de acuerdo si no fuese porque el *chick-lit* tiene escasa calidad literaria y muchos clichés repetitivos y cansinos —escucho que dice él, volviendo a la realidad.

Ha dicho escasa calidad literaria y cliché. CLICHÉ. Que me da un patatús, que alguien me sujete porque aquí se va a cometer un homicidio con alevosía y ensañamiento, y él va a ser la víctima, aunque esté de pan y moja. Sospecho que está notando mi nerviosismo porque me dedica una leve sonrisa, medio torcida. Encima tiene la desfachatez de reírse de mí. Inaudito.

—Se equivoca —exclamo, volviendo a la carga—. Hay de todo, como en todos los géneros, y no debería poner a todos los autores en el mismo saco. Es como si yo dijera que la novela negra es aburrida solo porque no me guste Mary Higgins Clark.

Creo que quién se molesta ahora es él. No tengo la culpa de que sea su autora favorita, es la primera que se me ha ocurrido y que no me acaba de agradar.

—Es que me has dicho la peor escritora del género, suele repetirse mucho y saca libros como churros. Pero al menos ella sigue un argumento coherente, cosa que no se puede decir del *chick-lit*. Además, el género es machista.

Bueno, no es su autora favorita, así que no tiene tan mal gusto el hombre, o dios griego bajado del Olimpo, porque con ese aspecto si me dijera que lo es, me lo creería.

—¿Machista? Pero si se habla de la mujer moderna, de su trabajo, de sus amistades, de su progreso —le explico con la voz llena de indignación.

—Por favor, todas las mujeres en todos los libros tienen un solo problema: que no encuentran al príncipe azul —dice en tono burlón.

—Estoy en desacuerdo. Si hay algún romance, es totalmente secundario.

A ver, secundario, secundario, tampoco. Pero hay muchas otras cosas y no es lo principal.

—¿Cómo se llama el libro que buscabas? —pregunta, mirando la pantalla del portátil del mostrador.

—*La tentación vive en el 3º 2ª* —repito el título de mi libro, que, por cierto, suena terriblemente bien, y no es porque sea mío. O puede que sí.

Teclea, seguramente, el título del libro en el ordenador. Estoy nerviosa, y no sé por qué. Es un libro bastante bueno, bien escrito y con buena argumentación, no tengo de qué avergonzarme, aunque visto lo visto, no le voy a decir que soy la autora, mis argumentos caerían en picado por tener un interés directo.

—«Patricia apenas llega a fin de mes, su jefe es un ogro en la oficina y su gato la única compañía que disfruta al llegar a casa. Pero cuando se crea en una empresa un nuevo puesto como diseñadora, empezará una lucha encarnizada contra la que fue su archienemiga en el colegio, siempre y cuando el vecino del tercero no logre desconcentrarla, la vecina del quinto deje de rogarle que haga de niñera de su hija y los hijos adolescentes del primero la dejen dormir» —lee la sinopsis—. Vale, puede que este no se centre en la trama amorosa, pero por el título, lo parece.

—Quizás la autora ha pensado que la gente lo compraría por el título, es pegadizo —me justifico.

Fue exactamente por eso. Aunque debo confesar que la trama amorosa es bastante extensa.

—De todas formas, aquí se ve claramente la competencia que os hacéis entre las mujeres, la «archienemiga». En serio, ¿las mujeres tenéis *archienemigas*? Esta palabra no se usa desde el siglo de Oro, ni Pérez Reverte la utiliza ya.

—Oh, ¿quieres dar a entender que los hombres no os peleáis entre vosotros? Sois mucho más violentos —alego sin piedad.

—Al menos no vamos por la vida escribiendo *archienemigo* —se burla él.

—No tengo la culpa que no exista el *boy-lit* —arremeto de nuevo.

—Sólo faltaría eso —se queja—. Toma, te regalo este libro, es número uno en ventas y tiene una recomendación muy buena y también un toque de historia romántica, tal y como os gusta a las chicas —me ofrece un tomo cercano.

—¿No vas a traer el libro que te estoy pidiendo? —comento, perpleja—. Y, perdona que te lo diga, pero hay hombres que leen novelas románticas y mujeres que no lo hacen. A eso se le llama guiarse por los estereotipos.

—Por supuesto que no vamos a traer el libro, en esta librería solo vendemos cosas de calidad. Y yo solo me guío por las estadísticas, y estas dicen que hay más mujeres que hombres que leen novela romántica.

Estoy a punto de soltarle cuatro frases cuando entra otra persona.

«Respira hondo, y cálmate Lucía», me digo a mí misma.

—Voy a quedarme el libro por las molestias —susurro, alargando la mano derecha y cogiéndolo en un arrebato—. Y no creas que no se lo voy a decir a tu abuelo—exclamo indignada, antes de salir de la librería echando humo.

¿Quién se ha creído que es? ¿Un crítico y teórico literario como Harold Bloom? ¿El dios del

conocimiento? Sin faltar a los librereros, ¿eh?, que para mí son esenciales porque recomendar el libro adecuado a cada persona es importantísimo, pero para hacer tal crítica sin ser un crítico de altos vuelos es echarle huevos. Unos enormes, cosa que seguramente es cierta, solo había que fijarse en lo ceñidos que le quedaban los pantalones.

«¡Lucía! Por favor, que te ha despreciado. Indirectamente, pero lo ha hecho».

Sigo avanzando hecha una furia, con un libro en la mano que no es el mío. Cuando llego hasta el edificio donde la radio tiene las oficinas, me meto en el ascensor y espero a llegar hasta la décima planta —esa es la razón por la que no subo por las escaleras—.

Soy consciente de que nadie que escriba *chick-lit* puede ganar el Nobel de literatura, lo sé, pero es un género válido, maravillosamente ligero, despreocupado y bonito...

Desvío la mirada hacia el libro; tengo que decir que tiene una buena portada: la imagen de un detective en medio de una calle oscura con la gabardina con letras de color rojo brillante llama la atención.

*Vicios nocturnos* de Marcos Dauphine.

¿Será un pseudónimo? Por el nombre creo que no, por el apellido seguro.

Tengo muchos defectos, lo sé, no soy doña perfecta, como mi falta de puntualidad ya mencionada, la manía de mirar la temperatura que hace cada mañana para no pasar frío o la debilidad para hacerme masajes —es real, gasto más en spa que en comida—. Y a veces, soy demasiado políticamente correcta delante de la gente, y no digo lo que verdaderamente pienso. Pero voy a leerme ese libro y voy a dejar una crítica en Amazon cien por cien sincera.

Me olvido del libro en cuanto pongo un pie en la redacción y Juan, mi amigo y el compañero con el que hago el programa, me llama para repasar los temas de los que vamos a hablar. Juan es todo un profesional, de pies a cabeza, tiene un par de años más que yo y, como dice él, es un hombre de radio pese a que le han ofrecido presentar varios programas en televisión.

Hace poco tenía una novia controladora y excesivamente obsesiva, Ruth, que por muy guapa que fuese, no compensaba, y él al final se dio cuenta de ello, aunque Ruth sigue acosándolo a llamadas. Yo siempre se lo digo, que con lo alto que es, y esa melena rubia de galán que tiene, podría conquistar hasta a Leonor Watling —la actriz española más guapa que hay, por si me lo preguntáis—.

—Bueno, ¿ya le has hecho una foto a tu libro en las estanterías de la tienda? —pregunta Juan nada más verme.

Bajo las comisuras de los labios, poniendo cara de tristeza y enfado a la vez.

—No, he ido a la librería más próxima a mi casa, la del viejecito adorable, ¿sabes? Y en vez del anciano majo estaba el imbécil del nieto, por lo que no han pedido mi libro —farfullo con desagrado.

—Bueno, pero ¿por qué no lo han pedido?

—Porque dice que el *chick-lit* no es un género, y hemos estado discutiendo esto durante un buen rato, por eso he llegado tarde —me justifico, porque por una vez, es completamente cierto.

—Ve a otra y ya está, no te hagas mala sangre. Oh, ¿te has comprado un libro? Este me lo he leído, es bastante bueno —comenta al ver el que tengo entre las manos.

—Me lo han regalado por las molestias. En fin, ¿nos ponemos con el programa?

—Por supuesto.

No soy una fan incondicional de *Marvel*, pero hoy toca hablar de súper héroes y de sus cómics, así que me lanzo a analizar la próxima película de *Los Vengadores*, hacer una encuesta sobre

quién es tu héroe favorito y mencionar las ventajas y desventajas, utilidades o inutilidades de llevar capa.

## Lecciones inolvidables

Marcos

*Chick-lit*. La chorrada más grande que he escuchado jamás. Tampoco iba a ponerme demasiado farruco y a desmenuzar el género hasta dejarlo en bragas porque:

- 1) La chica no tiene la culpa de que la publicidad le haya comido el seso.
- 2) Es una clienta que mi abuelo aprecia.

Así que decidí que era mejor dejar el tema, y realmente no se puede quejar porque le regalé uno de mis libros.

Como dijo el filósofo Jean Paul Sartre, «el hombre está condenado a ser libre, y la libertad tiene cosas buenas y cosas malas», y una de esas últimas es la invención de géneros para ganar dinero. Eso de los géneros es de cosecha propia.

No soy un gran escritor ni mucho menos, sigo esperando a que llegue mi obra cumbre, esa por la que la gente pasa a la posteridad, por la que se te considera uno de los grandes. Y mientras, escribo libros de misterio, entretenidos e ingeniosos.

Subo hasta la segunda planta del edificio de la librería, donde vive mi abuelo. Atravieso el salón hasta el sofá donde él está sentado con una manta sobre las piernas, viendo uno de esos documentales de la flora y la fauna salvajes de la Dos

—¿Cómo te encuentras abuelo? ¿La espalda mejor? —pregunto en voz alta para que me escuche, porque tiene el volumen de la televisión a tope.

Me mira con media sonrisa, y sé que me va a mentir.

—Algo mejor. ¿Todo bien por abajo?

Mi abuelo Edgar tiene la librería desde que la abrió con dieciocho años, y es un obseso del control, así que el día en que no puede bajar siempre me pide que le eche un ojo porque no se fia de Lorena, la encargada, y me pregunta hasta la saciedad qué ha pasado durante la jornada. Estoy por ponerle una cámara, para que se quede tranquilo.

—Todo bien —asiento.

—Ve a dar tus clases o llegarás tarde. Pero no te lées con ninguna alumna, ¿eh? Que nos conocemos —me advierte alzando un dedo.

—Tengo un código, abuelo, ya lo sabes.

—Tu padre seguro que decía lo mismo y aquí estás tú.

Que tengo un código de verdad, y yo siempre lo cumplo. Nada de liarse con alumnas, ni con menores de edad, ni personal de la universidad ni relacionados con el mundillo de la literatura. Y de momento, lo he cumplido.

—Lo de papá tampoco acabó tan mal, ¿no?

No creo en el amor eterno y esas chorradas, pero mi madre era una alumna aventajada de mi padre en la universidad, y siguen casados.

—Lo que deberías hacer es invitar a cenar a una buena chica, inteligente y guapa, y sentar la cabeza, que se te está pasando el arroz —susurra.

No soy tan viejo como para que diga eso, cojones, que apenas tengo treinta y dos.

—No creo en el matrimonio, abuelo, los hombres y las mujeres no estamos hechos para estar toda la vida con la misma persona, es genético —le rebato.

Se lo he dicho miles de veces, pero siempre se calla y me toma por loco. Pero esta vez no hace lo mismo, se levanta con cierta dificultad y va hasta una de las mesillas del comedor donde hay varios marcos con fotografías, y coge la de la abuela de cuando era joven. Siempre me ha gustado esa fotografía de ella, sale sonriente con una flor en la oreja y los labios pintados, no me atrevo a decir el color porque está en blanco y negro, pero juraría que es rojo.

—Ya sé que hoy en día las cosas funcionan diferentes, que todo tenéis que tenerlo ya mismo y que os comunicáis con los aparatos esos, que no prestáis atención a las personas, pero en nuestra época lo hacíamos, y te aseguro que cuando conocí a tu abuela, ya no quise a nadie más. Me sabía de memoria sus canciones preferidas, las mejores partes de sus libros favoritos y adoraba ese temperamento suyo. Conocía su cuerpo como el mío, cada cicatriz, cada marca de su piel... —empieza a contarme—. Una vez nos peleamos, fue algo muy gordo y me fui de casa. Tu madre estaba estudiando en París y nunca supo nada. Estuve dos días pensando en que lo nuestro había terminado para siempre, muy cabreado. Sí, estaba enfadado con tu abuela porque había sido por su culpa y no sabía pedir perdón. Por rabia y por venganza, me acosté con otra mujer, ¿y sabes qué sentí? Nada. Puede que al principio la novedad fuera excitante, pero la compenetración de años no existió, ni ver el amor en sus ojos ni las ganas de querer complacerla. Me sentí muy vacío, muy solo. Y lo peor de todo es que no dejaba de pensar en ella cuando estaba con esa otra mujer, por no hablar de la culpa. Creí que después de aquello tu abuela nunca me perdonaría, de veras creí que había metido la pata y que todo lo que me importaba desaparecería por ser un completo idiota.

—¿Te perdonó? —pregunto yo, azorado, porque esta historia nunca la había contado, ni siquiera cuando la abuela murió.

—Le costó hacerlo, estuve muchas, muchas noches durmiendo en este sofá, puede que por eso ahora tenga la espalda hecha polvo, pero lo hizo, y valió la pena suplicar. Así que no me vengas con pamplinas, Marcos, que no te hayas enamorado no quiere decir que el amor no exista. Ahora vete a dar clase —me ordena, volviendo a sentarse con la fotografía de la abuela aún en sus manos.

Admito que su relato me deja un sabor amargo en la boca, pero no quiero comerme la cabeza antes de dar literatura medieval, porque entonces no voy a dar bien ni una fecha. Igual que mi padre, soy profesor de literatura, pero él en la Sorbona de París y yo en Barcelona. Así se conocieron mis padres, era el primer año de mi padre como profesor de literatura inglesa y mi madre con una beca venía de Barcelona para estudiar en París. Cuando dejó de ser su profesor, se casaron. Papá es francés, de aquí mi apellido Dauphine.

Salgo de casa del abuelo y llego hasta mi preciosa moto, una *Ducati* roja y negra. Es lo más bonito que hay, al menos en la acera. Preciosa y perfecta. A las mujeres más atrevidas las vuelve locas, las pone a cien. Después de llevarlas con esta máquina hasta el mirador de Collserola, se dejan follar antes de llegar a casa.

No os penséis que voy rompiendo corazones por doquier, ni mucho menos. Soy de los que dejan



las cosas claras desde el principio. Podemos ir a cenar, a tomar algo o pasar el día juntos, conversar y reírnos, y luego echar un polvo. Si le gusta y me gusta, hasta podemos repetir las veces que quiera, pero que no esperen nada más, ni una relación ni tampoco exclusividad porque no la tendrá. No me siento apegado a ninguna de las mujeres con las que he salido ni conocido, y no es que no me caigan bien, porque las adoro, pero no siento afecto más allá de una amistad. Amistad con roce, por supuesto, es decir, atracción. Puede que el abuelo tenga razón y que no haya llegado el amor para mí, pero a estas alturas ya dudo que llegue.

Soy un ferviente creyente de que las experiencias vitales te hacen ser un buen escritor, no creo que se pueda escribir sobre lo que no se ha vivido, así que es a eso a lo que me he dedicado, a vivir, a viajar y a acumular anécdotas. Sin embargo, el libro que deseo escribir no me sale, y estoy empezando a pensar que algo estoy haciendo mal.

Cinco horas después, con dos clases de literatura medieval impartidas, llego a casa cansado. Me gusta mi piso en el barrio de Gracia, está de moda y hay multitud de bares alternativos y *hipsters*, un ambiente idóneo para un intelectual como yo. Puede que haya sonado un poco pretencioso, lo admito.

Cojo una cerveza de la nevera y, como cada noche, abro el ordenador para ver si las Musas llegan a mí y me inspiro. Podría escribir las desventajas del género ese, es lo único que se me ocurre, pero acabo abriendo la página de Amazon y mirando las críticas de mi nuevo libro, *Vicios nocturnos*.

Me detengo en el único comentario, de tres estrellas. ¡TRES ESTRELLAS!, ¿por qué? Todos son de cuatro o de cinco. El comentario es extenso, espero que justifique la puntuación debidamente.

«Es un libro entretenido. La trama, sin duda, es el punto fuerte de la novela, te mantiene en vilo desde el principio hasta el final y deja que especules sobre el asesino. Sin duda, su exposición es brillante. ¿Por qué entonces tres estrellas?»

Eso me gustaría saber a mí, chaval.

«Creo que un libro tiene otro elemento esencial, y son los personajes. Estos, en este libro, fallan estrepitosamente. El detective es el prototipo de hombre que le importan poco las personas y vendería hasta su madre para resolver el caso. No es raro, es perfectamente aceptable crear un personaje así, solo que, ¿por qué es así? No se sabe nada de él, el autor se limita a presentárnoslo sin ahondar en él. Además, es un misógino de cuidado (solo hay que leer la escena en la que humilla a la pobre forense con la que está más que claro que han tenido un rollete). Pero lo que me ha sorprendido más ha sido la actitud de la viuda. Acaban de matar a tu marido, estás destrozada (o al menos es lo que se ve en los primeros capítulos), y ¿te acuestas con el detective? Aunque fuese un dios bajado del Olimpo, no me parece realista, o al menos las razones no las encuentro razonables. Y, de nuevo, ese desdén hacia la mujer después del empotramiento en la oficina. Se nota que el autor no conoce a las mujeres».

Que no conozco a las mujeres. *Por favor...*

No entiendo qué problema hay con que no sea una viuda desolada, puede que le dé pena la muerte de su marido, pero si llevaban años casados y ella necesitaba un buen polvo y el otro estaba dispuesto, ¿qué problema hay?

Miro el nombre de la crítica, Lucía Reixach. ¿De qué me suena ese nombre? No me la he tirado, eso seguro. Ninguna mujer con la que me haya acostado sabe que escribo, y todas tienen un buen

recuerdo, sin promesas ni lamentos. No es una venganza, si lo fuese no me habría puesto tres estrellas sino una, y no habría puesto cosas buenas en la crítica.

Decido buscarla por internet, y... vaya, vaya, qué sorpresa. Pero si es la autora del libro ese de *chick-lit* que buscaba la mujer en la librería esta mañana. Veo que el libro es de la misma editorial donde yo publico, así que en la página web de autores seguro que sale. Y, efectivamente, aquí está, incluida una fotografía, lástima que salga de espaldas y no se vea su perfil. Es morena, la largura del cabello no la sé porque lleva un moño. El vestido de ejecutiva negro y ceñido deja ver una cintura estrecha y un buen culo.

Tengo debilidad por los culos, me gustan las curvas y tener dónde agarrar. Los culos planos para mí no tienen interés alguno, nunca me he acostado con una mujer sin culo. Las morenas son mi debilidad, y si tiene los ojos grandes y bonitos, mejor que mejor, como los ojos de miope, que son los más bonitos de todos. Si la chica lleva gafas después de un buen polvo, soy de los que repito porque, joder, no hay nada más sexy que una mujer desnuda, sentada en la mesa de la cocina leyendo el periódico con las gafas puestas. Solo de pensar en esa imagen y ver ese culo e imaginármelo desnudo, me pongo cachondo. Pero ya es tarde para llamar a cualquiera de mis chicas y tengo que poner un examen para mañana.

Siento curiosidad, lo admito, así que cuando veo que el precio del libro electrónico es de tres euros con descuento incluido por ser Prime, decido comprarlo.

Voy hasta mi habitación y me meto en la cama con el pijama azul marino que mi abuelo me regaló. Siempre dice que dormir en calzoncillos es tener poca clase, así que le hago caso. Admito que yo antes lo hacía. Cojo la *tablet* de la mesilla de noche y empiezo a leer eso que llaman *chick-lit*.

Cincuenta páginas después, me doy cuenta de que esto tiene poco de *chick-lit*, o al menos de la poca idea que yo tenía y de lo que había leído del género.

Cien páginas más tarde, puedo decir que sobra el argumento con la *archienemiga*, estaba cantado que acabarían haciendo las paces. Su manera de introducir los personajes y de crearlos me gusta, me recuerda un poco a García Márquez por los detalles que deja, claro que con su propio toque y a la española.

Ciento cincuenta páginas después, estoy sufriendo por Paquita, la vecina del quinto. Que sí, que ha matado a su marido, pero ha sido en defensa propia, que quería matarla y simular un accidente para cobrar del seguro, coño, y era un maltratador. Todo el edificio lo sabía, y la ayudan bajando el cuerpo con un carro del *Carrefour* hasta el hueco del ascensor para simular una caída.

Doscientas páginas y digo yo, ¿dónde está la escena pornográfica con el vecino del tercero? Toda la novela que, si se le cae la baba, que vaya cuerpo, espiándolo por la ventana del baño, y nada. Sólo lo insinúa. Creía que en este género estas cosas se ponían, pero parece que la autora es un poco puritana.

FIN.

Mierda, creía que sería una bazofia, estaba dispuesto a meterle una estrella y a quedarme tan ancho, pero no puedo hacerlo, es bueno joder. Ella ha sido objetiva, y si yo lo soy, debería ponerle cuatro, pero mi jodido orgullo me lo impide.

Entonces se me ocurre una idea cuando veo que en la pagina de los autores está su correo electrónico. Le enviaré un mensaje con mis impresiones, así podré desahogarme sin darle buena publicidad. Sí, voy a hacer eso, porque, aunque tenga un culo follable, no voy a admitir que un libro de *chick-lit* se merece cuatro putas estrellas, va en contra de mis principios.

De: Marcos Dauphine

Para: Lucía Reixach

Querida Lucía:

En primer lugar, darte la bienvenida como autor de la editorial, es un placer tenerte como compañera. Soy Marcos Dauphine, y como he visto en la crítica de Amazon, veo que has leído mi libro, y, te agradezco una reseña tan sincera.

Me ha entrado la curiosidad, y me he comprado el tuyo. Ante todo, ¿qué haces publicando tu libro en el género de chick-lit? No creo que mucha gente te tome en serio. Si hubieses quitado todas esas partes donde la protagonista tiene crisis de vestuario y esas referencias a Zara y a Mango, te habría quedado un buen reflejo de la sociedad viendo la vida de los vecinos y explicando sus historias a través de ella. Oh..., y quitando el rollo de la archienemiga, estaba cantado lo que pasaría con ella.

Todo lo demás me ha gustado mucho,

Marcos

Enviado. Ya puedo irme a dormir tranquilo. No creo que se enfade, ¿no? Después de hacer lo mismo, sería muy hipócrita.

Apago la luz, mañana será otro día.

Tienes un *email*

Lucía

De: Lucía Reixach

Para: Marcos Dauphine

Buenas noches, Marcos:

Gracias por el consejo, voy a tenerlo en cuenta para futuras novelas.

En lo referente a la protagonista, tiene que evolucionar de alguna manera y ver que eso no es lo que desea hacer, y mediante esa «lucha» se da cuenta. Creo que el chick-lit tiene mucho potencial si se publican buenos libros, y también creo que el género está terriblemente infravalorado.

Por otro lado, espero que no te haya molestado mi crítica en Amazon, lo he hecho de la forma más objetiva posible y de una forma constructiva. Estoy leyendo Veneno en la piel, y veo que tu forma de describir los personajes es recurrente, ¿has pensado en hacer un libro con la vida del detective? Resolvería muchas dudas sobre el personaje que usas estilo Poirot.

Un abrazo,

Lucía.

PD: está claro que esa no es tu intención, pero, da la impresión de que las mujeres son un mero objeto en la novela, quizás para la próxima deberías darle un rol más activo.

Profesional, ¿no? Vale, no mucho, pero lo he intentado.

Me da cosa estar comunicándome con un escritor bueno, y con bueno me refiero a que es bastante famoso en el género de misterio. Que no es Stephen King, aunque pocos lo son, pero en lengua castellana tiene mucho éxito. Eso sí, no tiene foto en ninguno de sus libros. No puedo evitar pensar qué clase de persona será. Puede que sea un viejo misógino, pero por la forma en la que me escribió el primer *email*, no lo creo.

Y, ¿qué les pasa a los hombres? Parece que hayan declarado la guerra al *chick-lit*, qué obsesión madre mía.

—Carlos, ¿qué opinas del *chick-lit*? —pregunto a mi novio mientras termino de leer el periódico tomándome un café con leche.

Tengo que estar informada de todo, no por nada soy periodista y ejerzo como tal, además de escritora. Carlos me devuelve la mirada mientras termina de beberse el zumo de naranja.

—¿Qué es eso?

Genial, ni pijoidea idea. Muy revelador la verdad.

—Es igual. ¿Tienes guardia esta noche también?

—No, pero voy a llegar tarde a cenar, quiero ir al gimnasio hoy que puedo, estoy echando barriga.

Disimuladamente bajo la vista hacia la barriga, tapada con la camiseta del pijama y sí, es verdad, le ha aumentado, así que me callo.

Tampoco es que me importe mucho, quiero decir, nadie es perfecto y sino miradme a mí, el tamaño de mi culo es algo grande en proporción al resto de mi cuerpo. ¿Cómo de grande? Tampoco mucho, pero un poco sí. Mi mejor amiga siempre dice que exagero y me da una colleja, poniéndome como ejemplo a Kim Kardashian.

No, no es el mismo culo ni por asomo. Pero no hay nada que pueda hacer, es la maldición del culo de las mujeres Navarro, por parte de mamá.

—De acuerdo, ya celebraremos la publicación otro día entonces.

—Ajá.

Suerte que tengo a Bárbara, mi mejor amiga, de mi parte en esto de publicar libros, porque si fuese por mi familia y por Carlos, habría dejado de escribir desde hace siglos. Ser la oveja negra de la familia no es fácil, y menos cuando descienes de una larga línea endogámica de cirujanos oftalmólogos y eres, literalmente, la única que no ha estudiado medicina. Pero ¿qué culpa tengo yo si me mareo al ver sangre?

De pequeña crecí viendo *Érase una vez el cuerpo humano*, esos vídeos donde literalmente enseñaban a los niños el funcionamiento del cuerpo humano, qué pasaba cuando te constipabas y esas cosas. Sólo que los microbios tenían cuerpo y cabeza y hablaban, y las defensas llevaban trajes de *Power Rangers*. Pero sangre, lo que se dice sangre, nunca salió.

Voy a abrir la boca para contarle que el escritor de misterio Marcos Dauphine me escribió porque le hice una crítica en Amazon, pero el sonido de mi teléfono al recibir un *email* me detiene.

«Ay, San Pancraccio, que me ha respondido».

—Vas a llegar tarde de nuevo —dice, mirando el reloj de la cocina.

—¡Leches! Es verdad.

Salto de la silla directa hasta el baño, donde me cepillo el pelo, los dientes y me pongo las lentillas porque no veo tres en un burro y, con los cascos de la radio, las gafas acaban siendo incómodas.

En realidad, aún tengo mi cuarto de hora de margen, así que cuando paso por delante de la librería —sí, LA librería—, y veo que Edgar vuelve a estar al pie del cañón, decido entrar para saludarlo. Está sentado en el mostrador, con sus gafas azules fosforitas que le dan un toque modernillo.

—Hola jovencita, ¿qué puedo hacer por ti? —pregunta, tan amable como siempre.

Desde luego, su nieto podría aprender mucho de él. Es un sol de persona, ojalá mi abuelo hubiese sido así conmigo.

—Vengo a pagar un libro —murmuro, antes de nada.

Ajustándose las gafas, abre una de las libretas de encima y busca algo.

—No tienes nada a deber, te habrás equivocado —dice extrañado.

—Lo sé, pero ayer estaba tu nieto y me lo regaló por las molestias, y no puedo aceptarlo, prefiero pagarlo —insisto entonces.

—¿Viniste ayer? ¿Qué molestias? Ese caradura no me ha dicho nada —se queja, y con razón la verdad.

—Vine a pedir un libro, y me dijo que no lo tenían. Le pregunté si podría traerlo y dijo que aquí solo había publicaciones de calidad. Llegado este punto tengo algo que confesarte, pero no se lo dije ayer porque sino habría perdido objetividad en la discusión, y es que el libro es mío, yo soy la autora.

No me deja continuar porque alza los brazos.

—Felicidades, pequeña, ¡por supuesto que traeré tu libro! ¿Y sobre qué discutisteis?

—Sobre el género, dice que el *chick-lit* no vale un pimiento. En fin, cóbrame el de los *Vicios nocturnos*, es el que me regaló.

—Ah no, eso fue un regalo. Santa Rita, lo que se da no se quita.

—Es que me siento mal porque... bueno, ayer me leí el libro.

—¿Y? —me mira por encima de las gafas expectante.

—Que no pude evitar... decir mi opinión. Vamos, que le hice una reseña en Amazon.

—¿Cuántas estrellas le pusiste? —me interroga.

—Tres, fui muy objetiva, lo juro por Snoopy —le aseguro—. Y entonces el autor, ese tal Marcos Dauphine, me envió un *email* comentando mi libro. Así que ahora hemos iniciado una conversación y no sé qué hacer —digo, con pánico en los ojos—. ¿Y si es un intelectual que me veta en todos los sitios, editoriales, *blogs*...?

—¿Marcos Dauphine? Ni por asomo, es un par de años más mayor que tú, poco más. ¿Puedo leer esa carta?

—Claro. ¿Le conoces? —pregunto, sacando el teléfono móvil y obviando el discurso de que no es una carta en sí, sino un *email*.

—Vino para una firma de libros.

Entonces veo que se ríe. Es una risa corta, como si se estuviese partiendo de la risa de un chiste interno y no quisiera compartirlo. Mejor dejarlo pasar e ir a lo importante.

—¿Crees que lo dice de buenas o de malas?

—De buenas, creo que siente curiosidad hacia ti, eso es que le habrá gustado el libro y no se lo esperaba. ¿Por qué no continúas hablando con él? Conocer gente en el mundillo es bueno.

Si lo dice Edgar, será por algo, es una eminencia en cuanto a libros y a ese mundillo editorial.

—No creo que esté interesado en conocerme —admito yo.

Tampoco soy tan interesante, la verdad. ¿Qué voy a contarle? ¿Mis frustraciones escriturales? ¿Mis peripecias en la radio? ¿Mis problemas amorosos? No, estas cosas no le interesan.

—Al contrario, los polos opuestos se atraen. Ahora vete, o llegarás tarde al programa. Ya llevo tarde, Juan esta vez sí que me matará.

De: Marcos Dauphine

Para: Lucía Reixach

Hablando de objetos, el vecino parece ser una estatua, porque lo único que hace es observarlo durante media novela y adorar sus músculos o su cara de dios griego. ¿Por qué es despreciable? ¿Qué tiene de despreciable el sexo? Puedes decir la palabra *follar*, no estamos en la Regencia.

Marcos

Será posible... Ese hombre no sabe encajar una crítica. Y esto último... me estoy poniendo roja, ¿de qué va? Voy a responderle ahora mismo.

Bárbara y yo hemos quedado para tomar un café a media tarde en Diagonal con Casanovas. Mientras la espero, abro el correo electrónico y leo tranquilamente su respuesta, pero no tendría que haberlo hecho.

—¡Cielo! —dice Bárbara apareciendo con muchas bolsas en la mano—. He aprovechado ya que estaba por el centro.

Barbi. Haciendo honor a su nombre, es alta, de piernas tonificadas, cintura y cadera estrechas y sonrisa de Julia Roberts. Ahora es rubia pero cuando íbamos al colegio era igual o más morena

que yo. De nariz respingona y sentido del humor muy tonto, al igual que yo desciendo de una larga familia de médicos, pero como dijo, «ser médico es también mi vocación, así que como acto de rebeldía voy a pasar de cardiología para ser ginecóloga, así que jódete, papá».

—Ya lo veo. Menuda semana llevo, en serio, no vas a creértelo.

—Carlos te lo ha pedido —dice abriendo la boca.

—¿Qué? No —respondo nerviosa.

—Vaya. Pues que sepas que hay rumores en el hospital.

Por suerte o por desgracia, depende de los ojos por los que se mire, mi novio, mi mejor amiga, mis padres y mi hermana trabajan en el mismo hospital. Ya podrían estar todos en uno diferente, que en Barcelona hay más de cinco y de seis, pero no tengo esta suerte.

—Oh... —musito, sin ningún tipo de entusiasmo.

¿Qué me pasa? Si yo siempre he querido casarme, formar una familia, procrear, aunque en la justa medida, no cual conejo. Pero no sé, ahora no me hace ilusión, no me emociona como antes. ¿Se me estará pasando el arroz? ¿Será ese vídeo que me pasó Bárbara de un parto? Con eso se te pasan las ganas de parir, lo juro.

—Bueno, entonces, ¿qué te pasa si no es por el anillo o la falta de él? —pregunta ella.

Mientras me pido un vaso de vino blanco y ella me imita —lo del café es un eufemismo, por supuesto—, le cuento mi desdicha y el intercambio de mensajes con ese hombre que no conozco. Nos lo contamos todo, ella sus peripecias con su novio o exnovio, dependiendo del mes, y yo mis devaneos de periodista algo loca. Su novio es cirujano plástico, creo que por esa razón no acaba de aceptar que es un cabrón que odia a las mujeres y que no le conviene para nada.

—¿Tú qué harías? —pregunto entonces.

Los consejos de Bárbara no son de los mejores, pero a veces está inspirada.

—¿Yo? Discutir con él, ya sabes lo intensa que soy. A ti te iría bien hacer lo mismo, que no le discutes nada a nadie lo suficiente —me mete caña.

Bueno, es que soy comodona, me da pereza discutir y no lo hago si algo no me vale la pena. Pero mis obras sí valen la pena, leches.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo —exclamo a la defensiva.

—¿Dauphine dices que se llama? Me suena el apellido. A ver, que no es García, ¿me entiendes? Puede que también lo tenga algún famoso y ahora no caiga, pero... no lo creo.

Asiento, porque Barbi tiene mucha energía y ahora que no hace demasiadas guardias se entretiene yendo de compras y atosigándome a mí, o leyendo la *Cuore*.

Cuando llego a casa, Carlos no está. En parte me alegro porque así puedo quedarme en el despacho y escribir un rato esa novela que he empezado. Pero antes, al abrir el ordenador, le echo una ojeada al *email* de nuevo y decido responder.

De: Lucía Reixach

Para: Marcos Dauphine

Quiero decir que en la otra mitad de la novela adquiere un papel muy relevante y mucho más activo. Regina, tu protagonista en cambio, es el prototipo de mujer que necesita que la salven y que no da un paso sin que el detective lo diga. Que se enamore de él, es sin duda, poco realista. Por cierto, eso de abandonarla sin ninguna explicación me pareció un tanto cruel por su parte, y me he dado cuenta de que lo hace con todas.

Lucía

En menos de un minuto tengo su respuesta, pero porque no es muy larga, solo hay un teléfono y una sencilla frase:

Mejor hablemos por mensaje.

Que quiere hablar por mensaje, San Benito, Dios bendito. ¿Qué hago? Pues coger el móvil, eso mismo, y agregar su número. A ver, a ver... vaya, tiene como foto de perfil un gato blanco con cara de mala leche. Yo quería saber cómo era, leches.

En fin, ¿le hablo o no le hablo? Esa es la cuestión. Va, ¿qué pierdo con ello? Nada, y según Edgar, el librero sabio, puedo ganar mucho. Así que le hablo.

«Hola soy Lucía Reixach».

Contundente y preciso. Espero impaciente su respuesta.

«Hola Lucía, he pensado que sería más práctico hablar por aquí. Lo que te decía; ¿acaso ellas no lo disfrutaban? Él no les promete amor en ningún momento. Mis protagonistas follan, no hacen el amor. Oye, ¿por qué no narras tú las escenas eróticas?».

Ese hombre no conoce la palabra censura, no hay ninguna duda. Ni tampoco decoro, recato ni ninguno de sus sinónimos.

«Porque es chick-lit, no erótica».

Tengo que confesar que tengo varios libros eróticos, todos escondidos por casa para que Carlos no los pueda encontrar. Me da vergüenza que sepan que leo estas cosas, pero en el fondo no me desagradan.

«¿Y? Yo escribo misterio y follan igualmente».

Pero qué manía con esta palabrita, madre mía, anda que no existen sinónimos para ello.

«Me resulta algo incómodo, no creo que a todo el mundo le guste leer eso».

Vale, no es eso, pero me da vergüenza que la gente diga: mírala, tan modosita que parecía y los pone a zumar cada dos por tres.

«¿Eres virgen? ¿Cuántos años tienes? Te echaba unos veintisiete...».

Insertar emoticono de cara sonrosada YA.

«Esas cosas no se preguntan, y para tu información, no, no lo soy, vivo con mi novio. Has clavado mi edad, ¿y tú?».

«Adivínalo».

A ver, Edgar dijo que un par más que yo, y por su actitud algo infantil...

«¿Treinta?».

«Casi, treinta y dos. Oye Luci, tengo curiosidad, ¿qué te llevó a escribir?».

Menuda pregunta.

«No sé, supongo que no dejaba de imaginarme situaciones e historias y esto derivó a la necesidad



de plasmarlas y entonces empecé a hacerlo desde pequeña. No es algo que a mi familia le chifle».

«¿Y eso?».

«Todos son médicos menos yo, la oveja negra, periodista y escritora. ¿Y tú?».

«En mi caso viene de familia, mi madre es escritora, mi padre es profesor de literatura y yo soy ambas cosas. ¿Por qué no quisiste ser médico?».

«¿La verdad? La sangre me marea».

«Jajaja. Bueno, entonces, ¿por qué no escribes escenas para mayores de dieciocho? No cuela tu excusa barata».

Muy sutil. Vaya, me cae bien, es listo y algo divertido.

«Me daría vergüenza, ¿sabes? Soy una figura pública, o eso me gustaría».

«¿De veras?».

«No, pero tengo un programa en la radio con algunos oyentes. No quiero que llamen y se pongan a recitar la escenita, me moriría de la vergüenza».

«Ay sí. Eres una exagerada. A ver, pásame alguna escena que hayas narrado».

«¿Lo dices en serio?».

«Por supuesto».

«Ahora no tengo ninguna, mañana cuando la termine te la mando».

Miento como una bellaca, lo sé, voy a ir al infierno.

«Vamos Sor Lucía, no te hagas de rogar».

«¿Sor Lucía? Oye, que no estoy en ningún convento».

Será posible, es que hoy en día no se puede ser decente. ¡San Pancracio! Hoy está visto que no voy a poder escribir ni una palabra.

## Sor Citröen

Marcos

*L*ucía, es la mar de graciosa. Me la estoy imaginando con una falda de pana larga, por debajo de las rodillas, unas medias gruesas de un color más oscuro que su piel, los botones de la blusa abrochado hasta el cuello y una rebeca de color marrón oscuro.

«Sor Lucía, tienes que buscarte a alguien que te folle bien para poder escribir esto».

Al comentar eso, por supuesto, se indigna.

«Tengo novio, y mi vida sexual no es de tu incumbencia. ¿Te pregunto yo si te comes un rosco?».

«Ay, gatita, claro que te lo estás preguntando. Estoy viendo como tu vena del cuello palpita tanto que el botón peta...».

«Me como varios a la semana, no soy monógamo. Seguro que te limitas al misionero, novicia. Hay que experimentar para escribir bien».

Espero, pero el «escribiendo...» sigue vigente. La he puesto nerviosa, ¡me encanta!

«¿Te está regañando la madre superiora?», sigo yo.

Soy lo peor, pero miles de chistes se acumulan en mi cabeza y no puedo más que soltarlos.

«Eres un perverso», acaba diciendo.

«No me digas cariño, toda la vida conociéndome y no me había dado cuenta de ello hasta ahora que lo has mencionado». No, no le digo eso, aunque podría.

«Lo sé. ¿Qué estás haciendo?».

«Quería escribir, pero... leches, son las doce ya».

«¿Te han cerrado el convento? Ay, como se entere la madre superiora...».

«No es gracioso».

Es muy gracioso y ella lo sabe. En el fondo estoy seguro de que se está partiendo de risa sola y eso hace que se me dibuje una genuina sonrisa en los labios.

«Es gracioso y lo sabes».

«¿Y ahora vas a enviarme un meme de Julio Iglesias?».

Esta ha sido buena, vaya, la novicia tiene sentido del humor. Hombre, hay partes muy graciosas en su libro, así que ya me lo imaginaba.

«Punto para la novicia».

«Voy a dormir, que mañana tengo un programa que presentar y siempre llego tarde».

«Y yo un examen que poner. Buenas noches, sueña con querubines rollizos».

«Buenas noches».

Me voy a dormir de buen humor, todo sea dicho. Qué graciosa es la escritora esta, mañana la voy a molestar un poco más, está decidido.

El pub donde suelo quedar con mis amigos está algo lejos de mi casa, es un irlandés algo destartado pero la cerveza es buena, y no muy cara y ponen todos los partidos del Barcelona, mi equipo de toda la vida, porque *blaugrana és el meu cor* (Azulgrana es mi corazón...)

Dejando a un lado que este año no hemos ido a la final de la Champions, aparco mi preciosa princesa delante y entro, siendo puntual y el primero en llegar. Le pido una cerveza a Leire, la chica de la barra, que siempre me guiña el ojo cuando me la trae a la mesa. Pero no es mi tipo, en primer lugar, porque tengo la ligera impresión de que aún no ha cumplido los dieciocho y segundo, porque para mi gusto está demasiado delgada. Vamos, que no me pone.

Me acerco a la mesa en la que solemos sentarnos y enseguida veo cómo entran Patricia y Roberto, cogidos de la mano. Fueron la *star couple* en el colegio, sobrevivieron a la universidad y ahora están viviendo el sueño de toda pareja cuando empiezan con la convivencia.

Patricia fue mi amor platónico en el cole y Roberto, mi mejor amigo. Raro, ¿eh?, que yo no me quedase con la chica, pero supongo que no pudo ser, siempre ha estado enamorada de Roberto. Luego vi la luz y supe que eso de tener pareja estable no era lo mío, así que todo bien.

Lo cierto es que Patricia es una obra de arte hecha carne, es de las que lo tienen todo, una cara bonita con personalidad, unos ojos azules impactantes, un culo como debe ser y unas buenas tetas. Pero no fue por eso por lo que me enamoré de ella, no soy tan superficial como parezco. La verdad es que, supongo que teníamos confianza, hablábamos de todo y me escuchaba. Era sencilla, no se comía la cabeza con demasiadas cosas y me hacía reír.

Roberto es de los que se desvive por ella, es paciente, calmado, y un poco empalagoso, pero parece que es eso lo que Patricia quiere. Tiene un poco complejo de príncipe encantador, pero todos sabemos que tiene sus defectos. Excepto ella, pero, ya lo dicen, «el amor es ciego».

Le envió un mensaje a Lucía mientras estos dos piden en la barra, y es que mientras ponía el examen, he estado en la mesa del profesor con el ordenador y los cascos puestos, para ver si me inspiraba un poco y he terminado escuchando su programa de radio.

La jodida novicia además de tener un culo delicioso tiene una voz sensual y provocativa, que al principio parece ser todo dulzura, pero luego en determinados momentos se vuelve picarona.

«No sabía que te iba el reggaetón. ¿Lo sabe la madre superiora?».

No es un mensaje al tuntún, es que han hablado en el programa sobre el nuevo hit de Jennifer López.

—*Juan, tengo algo que confesarte* —ha dicho Lucía.

—*No me digas que has matado a alguien* —ha dicho su compañero.

—*Es más un placer secreto. Oye, la verdad es que sí tengo algo en el maletero del coche...* —ha bromeado ella—. *Ahora en serio, me gusta el nuevo Hit de Jennifer, parece que se ha pasado al reggaetón, y del duro.*

Luego han puesto la canción, a mi parecer un poco bodrio, sobretodo la letra y han seguido hablando sobre los orígenes de este género musical empezando por Juan Magan hasta las colaboraciones de Pitbull hasta *Lo malo*, una canción salida del programa de Operación Triunfo, el de esta generación, pero como yo soy de la anterior de hace diez años, pues no estoy muy enterado.

—¿Y esa sonrisa que se te ha puesto al mirar el teléfono? No es muy propia de ti —frunce el ceño Patricia cuando se sientan en la mesa.

—Estoy con un experimento social —le pongo salsa a la cosa, un poco más de la que ya tiene.

—¿Experimento social? Vaya, que te has echado novia —se ríe Roberto dando un trago a la cerveza.

—No he llegado a eso. Supongo que no conoceréis... —me interrumpo a mí mismo cuando mi hermano aparece por la puerta y le echa un vistazo de arriba a bajo a Leire, después de pedirle una cerveza.

Tomás es mi hermano gemelo, así que nos parecemos bastante pero no, no somos como dos gotas de agua ni tampoco hay hermano gemelo malvado y el otro santo, no estamos en una telenovela de después de comer.

—¿Qué me estoy perdiendo? —pregunta, arqueando las cejas—. Acabo de salir de una consulta.

—Tu hermano dice que se trae un experimento social entre manos —le aclara Roberto.

—¿En serio, Marcos? ¿Y de qué clase?

—Hay un género literario que se ha puesto de moda, sobretodo entre las féminas por que, básicamente va dirigido a ellas, el *chick-lit*.

Patricia sonríe y abre la boca para decir algo.

—*El diario de Britget Jones es chick-lit*, así como *Confesiones de una compradora compulsiva* y tienen película, así como otras muchas. Y son divertidas.

—¿Por qué lo llaman *chick-lit*? Es romance del siglo XXI y punto —me quejo yo.

—¿Y qué más te da a ti como lo llamen? Si no lo lees ni lo compras ni tienes nada que ver con él —vuelve Patricia a la carga.

—He decidido abanderar la causa de su aniquilación. A todo eso, estoy intercambiando impresiones con una escritora del género.

Los tres se descojonan en mi cara. No entiendo qué es tan gracioso, de veras.

—Vamos a ver, ¿intercambiar impresiones? —pregunta Roberto—. Te conozco, Marcos, entre comentario de texto e impresión, estarás ligando con ella.

—No, te equivocas, no es mi tipo. Es de las que cree en las relaciones para toda la vida, si hasta la llamo «sor Lucía», por lo estrecha que es al escribir, y supongo que es igual en la vida real.

—¿Y no te ha mandado a la mierda? Yo lo habría hecho —exclama Patricia—. Oye, ¿no será la autora que se está poniendo tan de moda? La que acaba de sacar un libro ahora.

—Esa misma, seguro. Y que no me mande a la mierda forma parte de mi encanto personal.

El sonido del teléfono me indica que Lucía ha respondido, pero detengo la tentación de mirar.

—¿En serio es famosa? —pregunta mi hermano.

—Lucía Reixach, sí. También tiene un programa de radio bastante entretenido.

—Espera, ¿Reixach? En el hospital están esos oftalmólogos que se apellidan así, ¿no será pariente suyo?

—Mencionó que toda su familia ha estudiado medicina menos ella —confieso—. ¿Les conoces?

—De vista. Al que sí que conozco es al novio, Carlos Durán. Es un gilipollas, de los que se creen algo solo porque es el futuro yerno del director de cirugía ocular. Y luego el muy imbécil va tirándose a su enfermera y piensa que nadie lo sabe.

—Joder. ¿Me lo estás diciendo en serio?

Mi hermano acaba de soltarme lo que es comúnmente considerado una bomba. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? No es muy realista decirle a una persona que siquiera conozco cara a cara y con la que llevo hablando, a lo sumo, dos días: oye, que mi hermano resulta que trabaja en el hospital donde también curra tu novio y me ha dicho que es *vox pópuli* que te pone los cuernos.

Suena fatal, me va a bloquear.

—Qué jodido, ¿no? —dice Patricia—. Creo que deberías decírselo —opina.

—Qué dices, no se lo va a creer —discute mi hermano.

—Seamos realistas, Patri, cariño, ¿a quién creerías antes, a tu novio o a un desconocido que ni siquiera conoces? —intenta disuadirla Roberto.

—Visto así..., pero no puede estar viviendo engañada de esta manera.

—Es cierto, pero no sé...

Creo que es algo demasiado fuerte como para decírselo a una persona con la que no tengo demasiada confianza. Es decir, me cae muy bien y creo que es mutuo, pero este es un tema... delicado. Joder, me siento muy mal ahora mismo. No puedo evitar coger el teléfono y mirar qué me ha puesto.

«Las monjas también perreamos. ¿Has escuchado el programa?».

Ya me ha vuelto a hacer reír. Joder, qué mal me siento.

—¿Es ella? —pregunta Patricia, intentando arrebatarle el teléfono.

—Sí. Me siento fatal, la verdad —confieso—. ¿Y si le pregunto si te conoce? Para introducir el tema, ya sabes —le propongo a mi hermano.

—Hazlo, no pierdes nada —responde él—. De todas maneras, tampoco es que te incumba demasiado, déjalo pasar y ya.

En cualquier otra circunstancia habría dicho lo mismo, que no es cosa mía y que me la suda. Pero no sé, puede que vea a la chica un tanto inocente y que esté saliendo a relucir mi yo más benevolente.

Cuando llego a casa después de discutir los pormenores de decírselo o no decírselo, teniendo a Patricia como firme defensora del sí, a Roberto en una postura intermedia y a Tomás enrocado en el no, me siento en el sofá para seguir hablando con ella.

«Lo he hecho mientras torturaba a mis alumnos con un examen de literatura medieval».

«Coplas a la muerte de su padre no es mi libro favorito, no seas cruel con ellos».

«Ya sé que tu favorita es Santa Teresa de Jesús, pillina. Oye, mi hermano me ha dicho que trabaja en el mismo hospital que tu familia».

Vale, ya he introducido el tema. A ver qué responde.

«Puede ser. También está mi mejor amiga y mi novio por allí. ¿Tienes un hermano?».

«Gemelo, pero se nos distingue de sobra. Es psiquiatra. Me debes un relato erótico, no se me olvida».

Por supuesto que no se me olvida, son esas cosas que se te graban en la mente y que no puedes dejar pasar.

«No está terminado».

No me lo creo, ¿Qué no haya escrito algo subido de tono en su vida? Imposible.

«Sor Lucía, deberías dejar que alguien te empotre como es debido para poder escribirlo».

La pincho entonces.

«No tienes filtro. ¿Acaso no se puede escribir sobre lo que no conoces?».

«No se puede, al menos no con el detalle y precisión y sentimientos que uno debe reflejar».

«Entonces ya sé por qué no escribes sobre el amor».

Tocado y hundido. Y parecía tontina cuando empezamos a hablar. Pero no me enfado, tiene razón, si no estoy enamorado, ¿para qué perder el tiempo rememorando un sentimiento que hace años que no siento? Y que ni siquiera llegué a sentir de verdad, al menos como adulto.

Deseo, capricho, pasión, anhelo..., pero no amor. No creo que se necesite de este sentimiento para llegar a las personas ni para escribir dejando huella. Charles Bukowsky narra su miseria y podredumbre, narra sus pensamientos sin filtro, sus ideas sobre el dolor de la vida y nuestra existencia. Pero, aunque Bukowsky es uno de mis favoritos, no olvido que era un borracho consumado, y me quiero demasiado como para echarme a perder.

«¿Marcos? Perdona, no quería incomodarte. Siento haberte dicho esto, no era mi intención».

Joder, me he puesto a pensar y me he olvidado de responderle. Ahora se piensa que me he ofendido.

«No, no, es que me he puesto a pensar y se me ha ido el santo al cielo. Sí me enamoré una vez».

«¿Sigues estándolo?».

«Qué va. Ahora tenemos una bonita amistad. Se quedó con mi mejor amigo. Creo que tienes al amor sobrevalorado».

«¿SOBREVALORADO? No lo creo, es la razón por la que se mueve el mundo. La gente suele matar por amor o por dinero».

Interesante afirmación, lo admito.

«Bukowski piensa lo contrario, dice que la gente no quiere amor, la gente quiere triunfar y una de las cosas en la que puede hacerlo es en el amor».

Se lo piensa antes de responderme. Joder, me encanta tener estas conversaciones profundas y filosóficas, hacía años que no las tenía con nadie, excepto con el abuelo y cada día está más mayor.

«Me gusta Bukowski, pero habla del amor como si fuese algo que puedes conseguir, y no es así. Tienes que enamorarte y tener la suerte de que la otra persona se enamore de ti, y entonces podrás luchar, mantener y conseguir triunfar en el amor. El mero hecho de ser correspondido no es un triunfo, es un milagro. Cortázar dice "Lo que mucha gente llama amor consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio».

Puede que sea la primera persona que me está dejando sin palabras, y eso es jodidamente difícil.

«Pero eso valdría si el amor fuese un mero flechazo, y hay veces en las que no llega de golpe y porrazo sino con el tiempo, poco a poco, paulatinamente».

«Ahí tienes razón, pero no estoy segura de que sea por una mera conquista, sino porque sí».

«¿Te has enamorado alguna vez? De verdad».

## Serendipity

Lucía

¿Que si me he enamorado alguna vez? Por supuesto que sí.

«Ajá, aunque no han sido muchas. Quiero decir, los meros caprichos infantiles no eran enamoramientos sino solo eso, ilusiones».

«¿Y de quién?».

«De mi novio en la universidad. Hugo».

Si hay algún episodio de mi vida que ha sido algo traumático, ese es en el que aparece Hugo. Lo conocí en la universidad, él iba a un curso más que yo y estudiábamos ambos periodismo. Como toda estudiante de veinte años, me gustaban las fiestas universitarias y todo eso, pero también era un poco bohemia y reivindicativa, así que acudía a multitud de charlas que se daban sobre los problemas en el Yemen, la mutilación genital femenina en África, y el conflicto en Siria.

En una de esas reuniones conocí a Hugo, no paraba de interrumpir con preguntas a una pobre mujer que apenas hablaba nuestro idioma, hasta que salté yo, ya cansada, diciendo que eso a lo mejor lo sabría si la dejarse hablar y esperase al turno de preguntas.

Al final de la reunión me preguntó si quería ir a tomar un *kebab* con él prometiendo escucharme sin interrumpirme demasiado.

«¿Y de nadie más? Creí que tenias novio».

Oh, cierto. No se qué decirle, porque la verdad es que ni yo misma sé qué decirme respecto a eso. Yo creía que sí, que estaba enamorada de Carlos, que no todos los amores son como los primeros, tan pasionales ni tan agresivos ni tan intensos. Pero el mero hecho de no querer casarme con él ha hecho que me replantee toda la relación.

¿Por qué no quiero hacerlo? Lo he estado meditando todo el día, y creo que sí le quería, pero por alguna razón, esa chispa que había antes se ha desvanecido. Soy de esas personas que está convencida de que para querer a una persona tienes que aceptar tanto sus cualidades como sus defectos, y soy muy consciente de los defectos que tiene Carlos, y aunque antes los toleraba, ahora cada vez me ponen más nerviosa.

Esa insufrible manía de dejar todos los armarios abiertos, incluso las ventanas y a veces la puerta principal de casa me irrita y mucho. También el hecho de que parece que no sepa poner una lavadora, pues se limita a meter la ropa dentro, y esperar a que yo sea quien la ponga en funcionamiento.



Tampoco me gusta que no deje de hablar de lo que le preocupa. A ver, no me entendáis mal, evidentemente que quiero conocer sus preocupaciones, sus aspiraciones, sus metas en la vida y todo lo demás, pero lo que no soporto es que esté una hora entera hablando sobre su problema, que ni siquiera me pregunte mi opinión y que al final después de tanta retórica haga lo que le dé la real gana. Así que más que una conversación eso parece un monólogo y sin gracia. Para eso pago la entrada a ver a David Guapo o a Goyo Giménez que al menos me lo paso bien.

«Tengo novio, pero creo que lo nuestro no va a ningún lado. Además, cada día está más huraño y malhumorado».

«Hum».

Hum. ¿Qué leches significa ese hum? ¿Es de interesante? ¿De me huelo algo? ¿O de te voy a soltar una broma de monjas?

«¿Qué?».

«Esas cosas normalmente se dan antes de una ruptura. O puede... es igual».

Vamos a ver, ¿en qué mundo voy a dejar estar yo algo? Puede que en Narnia, pero no en este.

«Suéltalo ya».

«No quiero que te lo tomes a mal, pero mi hermano dice que es un poco bragueta suelta».

«Teniendo en cuenta que toda mi familia trabaja en el hospital y que pasa allí más horas que en casa, esto no me preocupa demasiado. ¿Cómo vas con tu libro estrella?».

«No encuentro la inspiración. Lo estoy procrastinando. Cuéntame un secreto, Luci».

Un secreto. Yo no tengo secretos, salvo los libros de literatura erótica y que soy una fan acérrima de Alex Ubago. Esto último podría servir. De hecho, no puedo creer que esté a punto de confesarle a un completo desconocido que me gusta escuchar las baladas de Alex Ubago.

«No te rías, pero me gusta mucho Alex Ubago».

«¿Te gusta él o su música?».

¡Ay por favor!

«Su música, por supuesto».

«Podría ser peor, podría gustarte Mocedades».

«Jajajaj. No. Pero puedes decir que te gustan, Dios es misericordioso y sus siervas también».

Tampoco puedo creer que esté haciendo chistes sobre mí misma y su broma constante.

«Sor Lucía, me has hecho reír y ahora hay cerveza en el suelo».

«Qué decir, soy el Eugenio de la familia».

Nota de voz. ¡Ay, leches!, que acaba de enviarme una notita de voz. Dejémoslo en nota a secas. Le doy al *play* y escucho.

Esto es un tío que va a la ventanilla de Hacienda y dice: Oiga, ¿es aquí donde se hace la declaración?

—Sí señor.

—Vale pues ahí va: Me enamoré de tu ser. Y no se vivir mi niña, si no tengo tu querer.

Que me ha enviado un chiste. Un chiste de Eugenio, por supuesto. Me he reído mucho, y también me doy cuenta de que tiene una voz grave y bonita. No de esas muy graves de las que tienen los locutores de radio consumados, no, sino más clara y nítida, pero también poderosa y sensual.

«Te has dejado su frase inicial de saben aquell que diu».

No, no le respondo con una nota de voz. Ya sabe qué voz tengo, me ha escuchado por la radio.

«Cierto. ¿Que estás haciendo?».

«Ver una película. Reds, ¿la has visto? Aunque es muy larga y creo que no voy a terminarla».

«No. Novicia, ¿estás sola?».

«Sí. ¿Por?».

«Voy a llamarte, quiero escuchar tu voz de locutora ya que no me envías una nota».

El corazón me da un brinco, el bol de palomitas también se me cae de entre las piernas y pongo pausa a la película. Jesús, ¿va a llamarme? Eso parece.

*Mayday... Mayday...* Me está llamando. Su nombre aparece en la pantalla. Marcos Dauphine. Me siento idiota poniéndome nerviosa, así que le cojo el teléfono sin más.

—¿Marcos? —pregunto con un hilo de voz.

—Sor Lucía, ¿cómo estás? —exclama él con naturalidad.

Es raro esto. Estar hablando con alguien con quién te comunicabas únicamente por mensaje y ahora estar escuchando su voz. Y ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—Bien, ¿y tú?

Dios, qué poca originalidad. Bien, a nadie se le dice bien, a secas, solo a tus padres o a la gente con la que no te apetece hablar.

—Estoy bebiéndome una cerveza mientras tecleo el próximo libro de tu detective favorito. ¿De qué va esa película?

—Es muy interesante, está basada en hechos reales, concretamente en un libro, *Los diez días que estremecieron el mundo*. Trata de la vida del único estadounidense enterrado en el Kremlin, John Reed.

—Eres una intelectual, novicia. John Reed estuvo antes también cubriendo a Pancho Villa en México, y luego cuando fue acusado por el gobierno de Estados Unidos de espionaje, escapó a Moscú y allí murió. ¿Te gusta la historia?

—No se puede entender el presente sin conocer el pasado, profesor —respondo sutilmente, volviendo a poner *play* en la película.

—Una muy buena respuesta. ¿Dónde está tu novio?

—Hoy tenía guardia. ¿Tú tienes... ?

La pregunta se queda en el aire, obviamente porque no sé qué es lo que tiene. Quiero decir, no se le pregunta a alguien que no cree en la monogamia si tiene novia, ¿no?

—¿Amigas? Hoy no —responde captando mi mensaje.

—¿Y no se ponen celosas?

Leches, ya estoy preguntando lo que no tengo que preguntar. Pero es inevitable, en serio, mi curiosidad humana es demasiado elevada.

—No tienen por qué. Las trato a todas por igual, soy un poco comunista en este sentido.

—Supongo que para las que no les importa compartir, está bien, pero yo soy bastante capitalista en este sentido y me cuesta imaginármelo —confieso.

—Es fácil, sor Lucía. Sólo tienes que relajarte y dejarte llevar sin pensar demasiado ni comerte el coco con el qué dirán, o con la gente que dice que se te va a pasar el arroz, solo ser tú misma.

Mmm. Tierra llamando a Lucía, no caigas. Aquí comando interestelar Lucía, su voz me pone tonta, muy tonta. Reacciona ya.

—Es fácil decirlo, pero hacerlo es otro tema.

—¿Cuánto hace que no follas?

Me atraganto con mi propia saliva. ¿Hola? ¿Qué confianzas son esas? Pero si es la primera vez que hablamos por teléfono, no es mi mejor amigo de toda la vida.

—E-eso no te importa —respondo siendo diplomática.

—Vamos, Lucía, puedes decírmelo, no se lo contaré a nadie, palabra de escritor. No voy a juzgarte, todos hemos pasado alguna vez por alguna sequía. Mientras no se vuelva una costumbre, y sea puntual, no hay problema.

¿Sequía? ¿De qué me está hablando?

—No entiendo. Pero no hace tanto tiempo. Puede que... no sé, ¿tres meses?

Por supuesto que sé exactamente cuánto tiempo llevo sin hacer *ñiqui ñiqui* con mi novio, y son tres meses, dos semanas, cuatro días y una hora.

—¿Estando en una relación? Joder.

—Las cosas se van enfriando, la convivencia es complicada y yo... no me pone como antes, ¿sabes? Además, yo hago el amor, tiene que ser algo romántico, no un aquí te pillo aquí te mato —me justifico.

No tendría que justificarme, pero lo hago. La gente tiene sexo cuando le apetece, ¿no?

—Deberías cortar con él.

Tiene razón. Un gran chorro de luz ilumina mi cerebro, igual que si una bombilla se encendiese poco a poco y me diese cuenta de que solo hay una verdad absoluta, y esa es la de la voz del teléfono. Vale no, pero ha sido un poco revelación, no entiendo como no se me ha podido ocurrir antes, ni siquiera pensarlo un poquito. En el fondo, la idea no me molesta.

—Puede que sí. Oye, me ha gustado hablar contigo, pero tengo que colgar, ya sabes, el programa matutino.

—Claro. Buenas noches, novicia.

—Buenas noches, Marcos.

Cuando abro los ojos, estos poco a poco se acostumbran a la luz, y consigo no parecer un vampiro. Tengo un sueño que me muero, y todo por culpa de Marcos Dauphine y su voz demasiado sexy y su conversación demasiado interesante.

Al final vamos a ser amigos, ya lo estoy viendo. Amigos virtuales. Nunca he tenido un amigo virtual.

La mañana pasa lenta, muy lenta y es que hoy le prometí mi madre que iría a comer a su casa. Quiero a mis padres, no me malinterpretéis, pero a veces son un poco insoportables. Como por

ejemplo cuando estuvieron toda la secundaria taladrándome la cabeza con el hecho de que hiciese el bachillerato científico y acabé haciéndoles caso, y después durante todo el bachillerato diciéndome que sacase buenas notas para hacer medicina, y acabé haciéndolo. Pero ¿que pasó? Que en la primera clase de anatomía, la primera vez que abrieron un cadáver y vi sangre, caí redonda al suelo. Hasta la propia profesora tuvo que ir hablar con mis padres y decirles que nunca sería capaz de terminar la carrera.

O cuando me insistieron con que Hugo no me convenía, mi primer novio de la universidad. Yo estaba colgada hasta las trancas, más enamorada creo que no podía estar, pero al final tenía tantas discusiones con ellos que al juntarlo con el hecho de que cuando terminó la carrera entró a trabajar en un periódico alemán y se fue a Alemania, terminé dejándolo. En realidad, fue más complicado que eso, pero no entraré en detalles.

El camino hasta su casa es también lento. Esta vez he cogido mi moto, y con la excusa de que tengo que llevarla al taller para que revisen el aceite, me iré temprano. Aparco la moto delante del portal y abro con mi llave. En el ascensor aprieto el quinto y subo, repitiendo un mantra de «paz y amor», «no te alteres», y «todo irá bien».

En cuanto cruzo la puerta y huelo qué hay para comer, me irrito. Hay pocas cosas que odie profundamente, muy pocas, y creo que mis padres como mis progenitores, seres que me han dado la vida y criado hasta que cumplí los veinticinco y me independicé, deberían saber que de entre estos tres alimentos que odio, uno es el bacalao.

No lo soporto, en serio. De ninguna de las maneras que pueda hacerse, me es simplemente incomible. Los otros dos son los pies de cerdo y el mango.

—¿Mamá? ¿Papá? —grito, pues no escucho ningún ruido por casa, solo ese olor.

—Estamos ya en la mesa —escucho a mi madre decir.

Me quito la chaqueta de ante marrón y la dejo en el sofá, antes de ir hasta el comedor.

Efectivamente, allí están mis padres, ya sentados en la mesa, mamá en el lado derecho y papá en el izquierdo. El plato vacío está justamente en el extremo de la mesa, es decir, que voy a sentarme entre los dos, y esto me huele a interrogatorio.

Mamá se levanta con su perfecta sonrisa de anuncio de dentífrico y el moño bajo. Siempre lleva manolequinas; yo creo que las personas que les gustan las manolequinas son adictas a ellas. Luego estamos las que vamos en bambas hasta para ir a dormir, y cuando tenemos algún evento elegante, como las BBC —bodas, bautizos y comuniones— nos preguntamos por qué no podemos ir con ellas.

—Cariño, ¿cómo va todo? Siéntate, te he hecho tu plato favorito.

Estoy a punto de protestar, decirle que mis gustos culinarios no son tan complicados cuando veo qué ellos sí tienen bacalao, pero yo no. En vez de ese pescado que tanto detesto, tengo un magnífico filete al *roquefort*.

Si el bacalao, el mango y los pies de cerdo son lo que me horroriza, al otro lado de la ecuación están los quesos, la pasta a la Carbonara y los *yakisobas*. Técnicamente este no es mi plato favorito, pero lleva uno de los mis ingredientes favoritos, el *roquefort*, así que me limito a sonreír y a sentarme. Al menos este tema no será objeto de discusión.

Entonces empiezo a pensar que algo se me escapa. Mi madre solo intenta complacerme cuando quiere algo a cambio, y claramente es una de estas ocasiones. Pero vaya, que yo nunca he sido una chica fácil, y si cree que puede comprarme con un filete al *roquefort*, es que me conoce menos de lo que yo pensaba.

Me siento con la sombra de la sospecha acechándome mientras, de reojo, veo cómo mi padre,

un hombre callado, delgado y con coronilla, sigue comiendo impasible.

—Bueno, ¿no hay nada que tengas que decirme?

Busco en los lugares recónditos de mi memoria si hay algo que se me haya pasado, pero nada relevante.

—Publicaron mi libro en la editorial —comento sonriendo.

—Felicidades, cariño —dice papá.

—Eso ya lo sabíamos. ¿No hay nada más?

Mi madre está mirándome fijamente, con esos ojos incipientes y nerviosos. No entiendo nada de lo que está pasando, nada de nada.

—No. ¿Qué ocurre? —termino preguntando, harta ya de tanto misterio.

—Carlos... Hija, no me digas que aún no lo ha hecho.

Frunzo en ceño, asustada. ¿Qué tendría que haber hecho?

—¿El qué, mamá?

—Nada, es igual. ¿Qué tal el piso?

Extraño, pues el resto de la comida me insiste en que tengo que cambiarme de piso, que es muy pequeño y que ahora que el mercado inmobiliario está en auge de nuevo, tendría que venderlo o alquilarlo. Evidentemente, me niego, y salgo de casa de mis padres en cuanto me es posible.

¿Extraño?

Mucho.

Pero tampoco voy a comerme el coco, hay cosas más interesantes en las que pensar, como, por ejemplo..., ¿qué estará haciendo Marcos Dauphine ahora mismo? Podría escribirle, no sé. ¿Por qué no? Ahora parece que somos un poco amigos. Pero desisto de mi idea, no debería encariñarme con alguien que ni siquiera conozco de buenas a primeras.

## Amor y letras

Marcos

*H*oy empiezo mi clase de literatura con los mejores libros periodísticos de todos los tiempos, entre los cuales está *Los diez días que sacudieron al mundo*.

Lucía tiene una bonita voz y una bonita risa. Si una mujer tiene eso, junto con ese culo, tiene que ser bonita toda ella. Intento imaginármela, pero la imagen de Alessandra Ambrosio acaba apareciendo en mi mente. Y puede que sea guapa la chica, pero su culo no es mi estilo, me gustan algo más grandes. Así que decido que Lucía tiene la cara de Alessandra Ambrosio y el cuerpo de Marilyn Monroe. Sí, me gustan las mujeres que tienen por dónde agarrar, para huesos que se lo queden los perros.

Lucía es una mezcla de lavanda y de esa sensación de satisfacción después de comer patatas fritas con Coca-Cola. De seguridad en alguien y de miedo a la vez. Y ahora mismo tengo miedo porque me han hecho una entrevista que estoy leyendo cuando entro en la librería del abuelo, y quedándome horrorizado.

Eso no es lo que dije. Puede que sí, pero han omitido varias cosas y han modificado mis palabras.

Joder, me va a linchar. Ya no habrá sesión de conversación nocturna donde me explique la película que está viendo, ni podré hacer bromas ni chistes a su costa y ella no me seguirá la corriente. Esto no me gusta, esta sensación de vacío que tengo solo de pensar en ello... me horroriza.

—Marcos, ¿por qué traes esa cara de preocupación? —pregunta el abuelo nada más verme.

—No entiendo por qué la gente mete mierda dónde no la hay. Nada, una entrevista que hice ayer para una revista, le han dado la vuelta a mis palabras y hay una persona que puede que se enfade —explico, desahogándome.

—¿Quién? —pregunta, quitándome la revista de las manos.

—Lucía, la autora de *chick-lit*.

—Bueno, si dices que «los autores de este género normalmente no saben qué demonios es escribir una historia coherente», normal que se enfade —resuelve él.

—Ya, pero luego dije también que había excepciones —añado con rapidez.

—¿Y qué me dices de esto? «Lucía Reixach, sí, vi la crítica, fue constructiva pero no deja de ser su opinión. Y no es Paulo Coelho como para tomármelo tan a pecho».

—Precisamente no dije eso. Después de constructivo dije: «...y no es Paulo Coelho como para tomármelo tan a pecho, pero es una buena escritora y sus consejos siempre son útiles. Fue constructiva y la tendré en cuenta, pero no deja de ser su opinión y cada uno tiene la suya». En serio, ¿qué cojones les pasa?

—Quieren vender periódicos, está claro. Yo de ti la llamaría y se lo diría antes de que se desate el maremoto. Es maja, ¿verdad? —pregunta como quién no quiere la cosa.

—Mucho —decido ser sincero—. Tienes razón, lo haré esta noche.

El resto de la tarde estoy ocupado corrigiendo exámenes en casa, así que cuando el reloj da las once, le envío un mensaje. No quiero sufrir su ira en directo, así que por si acaso lo hago por vía telemática.

«Lucía, soy yo. Escucha, solo quería advertirte que hay una revista donde han publicado una entrevista mía, y han cambiado todo lo que dije. Están creando polémica donde no la hay».

No hay respuesta. Mierda, sabía que se enfadaría.

«Oye, lo digo en serio. Dije muchas otras cosas de por medio, de hecho, dije que había excepciones, que no todos eran escritores horribles y te mencioné. Han visto la crítica y han querido meter mierda».

Sigue sin haber respuesta. Quizás debería esperar, porque no me ha dejado en visto. bueno, esperaré media hora.

No puedo parar de mirar la pantalla, esto es peor que ver los resultados de la liga y darte cuenta de que el Real Madrid va primero. Esta angustia me carcome por dentro, y ni siquiera he metido yo la pata. Es inaudito. Voy a decirle una última cosa y luego arrojé el teléfono por la ventana si es necesario.

«Lucía, no te enfades joder».

Creo que es de críos enfadarse por eso. En fin, yo ya me he disculpado y le he dicho lo que hay. Entonces suena el móvil, es ella.

«Marcos, perdona es que no tenía el teléfono cerca. La he leído, no te preocupes, ya lo he pensado. Por cierto, acabo de terminar el relato que me pediste».

Cuando leo el mensaje respiro tranquilo. Joder, qué susto. Aunque si hubiese sido al revés ya la habría puesto a suplicar mi perdón. No hay dudas que esta mujer es una santa.

«Envíamelo por email. Gracias por confiar en mí, Lucía».

«No hay por qué darlas».

Me acomodo en la cama con el portátil y abro el documento. A ver, a ver, novicia, ¿qué clase de perversiones me has escrito?

*Aquellas caricias la habían relajado, y esas mariposas que solía tener cuando él estaba cerca, empezaban a brotar en su estómago, revoloteando.*

*Besó sus nalgas hasta que las abarcó con ambas manos con fuerza, haciendo que Alicia se excitase más.*

*Fraguando ese deseo de desnudarse y empezar, se estiró sobre ella sin aplastarla, llegando hasta su boca. La besó con apremio y ardor. Quería hacerle entender con ese beso cuanto la deseaba, cuanto la quería, todo lo que significaba para él. Frunció el ceño reprimiendo esas ganas de estrecharla entre sus brazos y decirle que la amaba, limitándose a conquistar esa húmeda cavidad que era para él la entrada a la cueva de las mil maravillas.*

*Era desquiciante, demasiado intenso como para no caer rendida a sus delicias.*

*Sin dejar de pensarlo, percibió las manos de él tocando sus pechos, al principio con un leve roce con el pulgar, ahora aprisionándolos y amasándolos con deleite. Su boca descendió hasta la mandíbula dejando un riego de besos. En el cuello reparó como chupaba su piel hasta que el vello se le erizó. Era magnífico, tierno y dulce cuando debía serlo, fogoso y apasionado cuando la ocasión lo requería. Notó como las pupilas se le dilataban cuando tuvo su boca lamiéndole los pezones y jugueteando con ellos.*

*Su boca volvió a sus pechos, hasta qué dejó la aureola rojiza y los pezones irritados y duros. Luego descendió por la barriga hasta llegar a ese estanque oculto que escondía su cuerpo. Alicia ya sabía lo que aquello significaba, que su cabeza estuviese entre sus piernas era un gozo asegurado.*

*Los espasmos de su monte de Venus eran cada vez más frecuentes, y cuando reparó el aliento de James en su sexo, simplemente relajó las piernas y se abandonó al éxtasis que no había hecho más que empezar.*

*El sabor de sus humores era como la miel, la tierna piel de sus pliegues tan agradable al tacto, y su calor interior una tentación.*

*—James —susurró ella en un momento dado.*

*—Voy a hacer que te vuelvas loca —dijo, dando el primer lametazo, haciendo que ella temblase—, voy a hacer que me supliques —continuó diciendo, volviendo a hundir la lengua en su sexo húmedo y brillante—, y que te corras con mi nombre en tus labios.*

*Recorrió cada pliegue con la lengua hasta llegar a ese botón tierno y sobresaliente. En cuanto lo tocó, Alicia jadeó sonoramente.*

*—James, por favor... —susurró mientras se retorció ante tal placer.*

*Era su nombre el que había pronunciado. Estaba orgulloso y muy excitado. Verla gemir era el culmen de lo que su miembro podía aguantar, así que procedió a quitarse los pantalones y la ropa interior, y luego la camisa. Desnudo, volvió a colocarse encima de ella, besándola con ahínco. Su mástil palpitaba, demasiado contenido. Lo volvía loco, sus besos, su cuerpo y sus caricias.*

Madre del amor hermoso.

Ya sé porque no escribe escenas de esas en su libro, ni el pervertido de la Regencia, oye. Estoy pensando seriamente en si se ha leído el de *Fanny Hill* para inspirarse, pero ni eso porque la parte amorosa no la encuentras en él. En realidad, no me ha desagradado del todo, pero es más... tirando a romance apasionado, de esos libros como Julia London o Lisa Kleypas. Mi abuelo tiene una librería, entiendo de todos los géneros habidos y por haber, esto no quiere decir que me gusten. También he de decir que he leído el manifiesto comunista, y no comulgo con tal ideología (solo en el ámbito sexual).

Marco su número hasta que me responde.

—¿Sí?

—Acabo de leer tu relato porno, novicia.

—¿Y? —pregunta con voz ahogada.

—Estás suspendida —exclamo sin rodeos.

—No creo que lo haya hecho tan mal —se queja—. Que yo no soy ninguna alumna tuya a la que puedas ningunear.



—Yo no ninguneo a nadie, y las alumnas son materia prohibida. Los pliegues del sexo. La cavidad humeante. El mástil —hago hincapié en el acento de esta última palabra— ¿Es un relato porno o uno metafórico? —termino preguntando.

—Se le llama ser sutil, no como tú que no dejas nada a la imaginación.

—Pero ¿para qué usar metáforas cuando en la RAE hay palabras específicas para decir pene? Polla, verga, falo. Cuando he leído monte de Venus estado a punto de buscarlo en el mapamundi. Vagina, novicia, o clítoris o coño.

—Eres un exagerado —se vuelve a quejar.

—Sor Lucía, tienes que buscarte a alguien que te folle bien, que te diga guarradas, que acabe con esos prejuicios que tienes —exclamo sin rodeos.

No, no me ando con cuidado, ser directo y sincero en esto es primordial y la mejor de las opciones.

—¡Marcos! ¿Te digo yo lo que tienes que hacer en ese aspecto?

—No, pero sin duda en eso me darían matrícula de honor. Se te nota que no pasas del misionero. Escucho a través del teléfono como suspira. Puede que me haya pasado un poco, la verdad. Pero no voy a reconocerlo.

—No está el horno para bollos, ahora no es un buen momento para experimentar —confiesa entonces.

Aleluya, así no tendré que decirle que mi hermano cree que lleva más cuernos que un alce. Aunque se lo insinué y no lo pilló. Tanta metáfora para algunas cosas y luego, para otras, necesita que se lo pongan en bandeja.

—Yo de ti cortarías con tu novio, Luci. No lo necesitas —insisto.

—Aun así, existe este miedo extraño a quedarme sola por los siglos de los siglos —confiesa entonces.

—Amén. Que no estés en misa, novicia. ¿Estás cachonda?

Yo sí. Ha sido por culpa de ese relato, puede que sea muy chicle, muy rosa y muy romántico, pero ha despertado mis sentidos más básicos. Con esa voz que tiene ella, es demasiado... joder, es sexy. Puede que su relato sea algo *naïf*, pero tiene su punto cuando te imaginas que es ella la que lo está protagonizando.

—Eres un perverso —responde indignada y sin tapujos.

—Lo sé. Lucía, masturbate y ya está —le suelto yo entonces.

—Marcos, no todo se limita al sexo.

Que esto ya lo sé, pero tengo una erección que solo va en aumento a medida que sigo escuchándola. Y mi imaginación tampoco es que ayude mucho. Siempre he sabido que tengo demasiada.

—Si no quieres masturbarte, puedes encontrar muchos tíos dispuestos hacerte un favor. Tienes un trasero estupendo —confieso yo, buscándolo en la pantalla del ordenador.

En realidad, no hace falta que lo busque, me lo había puesto de fondo de pantalla, cosa que, evidentemente, no le voy a mencionar. No soy ningún perverso, pero tengo mis debilidades y este trasero... es, sin duda, una de ellas.

—¿Dónde has visto tú mi trasero? —pregunta sorprendida.

—Novicia, sales de espaldas en la foto del libro —revelo yo, como algo muy obvio.

—Es verdad. No quería que saliese mi careto, así la gente no me reconocería por la calle. Al menos yo tengo foto, tú ni eso.

—Es que no quiero que me acosen mis fans, que tengo suficiente con las alumnas de la

universidad —mascullo, siendo un poco arrogante.

Pero soy de los que no creen en la falsa modestia, y que, si tú mismo no te vendes bien, no esperes que los demás sí lo hagan. Hay que quererse a uno mismo primero, es primordial.

—Creído — exclama, riéndose.

—Estoy bueno de verdad, observa.

Voy a hacerlo, es jodidamente chungo, pero me fío de que no pasará la foto de mis abdominales por Internet. De todas maneras, mi cara no saldrá. Voy hasta el espejo de la entrada y envío mi foto de cuello para abajo sin la camiseta puesta.

—¡Dios! ¡Marcos! Acabas de enviarme una foto de tus pectorales... desnudos —se escandaliza.

No es normal. No es jodidamente normal que esto me excite, pero lo hace, esa vergüenza virginal, esa falsa indignación... estoy deseando pervertirla. Aunque de virgen no tiene nada, a mí no me engaña.

—No se lo enseñes a tus amigas, pero te doy permiso para masturbarte con ella. ¿Me enseñas tus pechos?

Ya sé cuál va a ser la respuesta, pero aún así me arriesgo.

—Eres un salido. ¿Es que solo piensas en el sexo?

—Respecto a esta pregunta, un estudio asegura que los hombres pensamos en sexo unas diecinueve veces al día mientras que las mujeres unas diez. En este último grupo también se incluyen las novicias, por si no lo sabías.

—No voy a mandarte una foto mía en pelota picada —asegura.

—¿Ni en bañador? Solo quiero hacerme una idea de porque eres una persona tan insegura. Estoy seguro de que, con ese trasero, tienes que estar buena.

—No estoy buena, misterio resuelto.

—Creo que esto debo de juzgarlo yo, ¿no crees? Podría conseguir una foto tuya en bikini, es cuestión de revisar las redes sociales, pero tardaré menos si me la envías tú.

Puedo notar sus reticencias, incluso también sus pensamientos contradictorios. Me encanta pervertirla, simplemente me encanta.

—¿Prometes borrarla? —termina diciendo.

—Por supuesto. Ni que me la enviases desnuda. Ahí sí que no prometería nada. La pondría de fondo de pantalla en todos mis aparatos electrónicos.

—No seas depravado. Aquí la tienes.

Abro el WhatsApp y allí está, con un bikini de color rosa fosforito, la piel bronceada y brillante. Tiene la cintura pequeña y estrecha, las caderas redondeadas, un cuerpo curvilíneo, pero con armonía. Los muslos firmes y unas piernas largas. Los pechos son proporcionales a su cuerpo delgado, pero no puedo decir mucho más debido a que la parte de arriba del bikini es muy completa. También está cortada por el cuello.

—Por los clavos de Cristo, novicia. Estás muy, muy buena —reitero yo.

Ahora mismo podría decirle que tal y como dice ella, mi mástil lo corrobora, pero no quiero tentar a la suerte.

—Tengo los muslos grandes y...

No la dejo seguir, pues para escuchar chorradas pongo *Sálvame deluxe*.

—Si me dices que eres morena, es que eres mi prototipo de mujer ideal.

—Como el setenta por ciento de la población, o más, me lo estoy inventando —confiesa.

—Morena, yo te follaba —no puedo evitar decirle.

—¡Marcos! —se queja, pero con voz endeble.

En el fondo sé que le encanta que le diga estas cosas.

—Te estoy piropeando, y que conste que soy tremendamente selectivo. ¿Y tú, novicia?

—¿Yo qué?

—¿Me follabas a mí? —presiono un poco.

—Yo... no hago eso.

Y dale otra vez con la misma cantinela.

—Vamos, dílo. ¿De qué te avergüenzas? Solo estamos tú y yo, nadie más va a escucharlo. Vamos di: yo te follaba, Marcos —casi le delecteo.

—Yo... te... follaba —dice al final, haciéndose la remolona.

—Así me gusta, novicia. Ahora para finalizar la lección, voy a leerte un relato erótico de verdad.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Tienes algo más que hacer? Estás en tu casa, en tu cama y a solas ¿no?

—Eeer..., sí.

—Pues empiezo. «Estaba excitado. Desde el momento en el que ella había entrado por la puerta contoneando sus espléndidas caderas con aquel jersey de cuello vuelto ceñido, que marcaba sus pechos y dejaba todo a la imaginación, él se había excitado. Se acercó y la abrazó por detrás. Ella pudo percibir su aliento caliente en la nuca y sus manos acariciándola por encima de la falda estrecha. Solo con esta caricia, ella ya estaba dispuesta a todo lo que él le plantease. Le dio la vuelta y la puso cara a cara, mirándola a los ojos. Clavó la erección en su vientre, mientras subía las manos hasta la cremallera de la falda, pero no la bajó. Se limitó a pasar por alto y siguió hasta la camiseta.

Sobraba, por supuesto que sí. Se la quitó pudiendo ver un sujetador negro liso y unos pechos firmes, perfectos para poder sujetarlos enteros entre sus manos. Sentía como su polla iba creciendo bajo la tela de los calzoncillos, se le estaba poniendo muy dura».

—Marcos, oye me está gustando mucho, pero... tengo que colgar —dice de pronto, interrumpiéndome.

—¿Te estás poniendo cachonda? —adivino yo entonces.

Yo lo estoy, y mucho. Joder, voy a tener que jugar solo esta noche.

—¡No! Solo... que es tarde. ¿Hablamos mañana? —insinúa ella, nerviosa.

—De acuerdo, sor Lucía.

Tarde, y una mierda. Se estaba poniendo a mil por hora y no quiere reconocerlo. Pero ya la pillaré otro día, ya. Meto la mano bajo mis calzoncillos y me corro pensando en su cuerpo curvilíneo y en su trasero.

## Lucía y el sexo

Lucía

*T*emblores, palpitaciones, espasmos en el estómago y mucho, mucho calor, esos eran los síntomas. Había algo que fluía por mis venas que no me dejaba tranquila, una sensación de quemazón que penetraba en las esquinas de mis pensamientos. Algo que sentía encender mi entrepierna cuando lo escuchaba y de golpe...

*Riiiiing*

El despertador. Alzo la mano para detenerlo, y me doy cuenta de que he estado a punto de tener un orgasmo. Leches, hace dos días que no soy yo misma, no lo soy.

Hace dos días que en esta misma cama escuchaba el sonido de su voz a través del teléfono puesto en manos libres, tumbada boca arriba, imaginando cómo hacía todas esas cosas que describía en mi cuerpo. Tuve que cortar por lo sano, porque sino me hubiese corrido y él... no sé que hubiese hecho él. Es extraño, porque ni siquiera sé cuál es su aspecto, pero me excita solo el escuchar su voz. Su tórrida, sensual y excelente voz. ¿Puede gustarte alguien sin haberlo visto? Porque creo que es lo que me pasa con él, cosa que no tiene ningún sentido ni pies ni cabeza.

Sin despegar la mejilla de la almohada, desvío los ojos hacia Carlos, que sigue dormido. Hace más de tres meses que ni siquiera me toca, así que una de dos, o ya no le gusto, o está obcecado con algo y tiene miedo de tener eso que ponen en la tele sobre la disfunción eréctil, o disfruta por otro lado.

Podría despertarle besándole el cuello, es un buen comienzo. Quizás entonces le pillase con una erección de esas matutinas y entonces podría cerrar los ojos e imaginar... Ay, Jesús, imaginar que es él aunque no sé qué aspecto tiene. Pero podría hacerlo, cerrar los ojos y que en mi cabeza fuese él diciéndome todas esas guarradas.

Me levanto de la cama sin vacilar y me meto en la ducha. Solo con notar el agua tibia en los pies, me relajo. Dejo que esta se deslice por mis cabellos y mi cuerpo empapándolos por completo. Pero no dejo de pensar en él. ¿Qué me pasa? Si solo llevo dos semanas hablando con él, no he visto y probablemente nunca lo haré.

Sólo de pensar en él de nuevo, noto como mis partes femeninas se contraen y humedecen. La carne se me revuelve entre las piernas y lo hago, me toco pensando en él.

No suelo hacerlo con alguien real, siempre son hombres imaginarios, sin rostro, desconocidos. Otras veces son personajes, actores que, somnolienta por la mañana, imagino que entran en el baño y me observan mientras que yo, con la esponja, me froto todo el cuerpo. Que empiezo a ponérsela como una piedra con mis gemidos imbatibles. Esta vez a quién me imagino de rodillas frente a mi sexo es a él, aunque no sepa cuál es su rostro.

Dejo ir un suspiro exasperante, pensando en que:

1. Tengo que dejar de leer libros eróticos.
2. Tengo que dejar de pensar en el sexo, yo nunca o casi nunca pensaba tanto en eso hasta que él llegó a mi vida.
3. Tengo que dejar de ponerme como una moto cuando un desconocido me narra cosas que ha escrito.

Salgo de la ducha canturreando una de Edith Piaf mientras voy hasta la cocina para desayunar. Carlos sigue durmiendo, creo que hoy tiene fiesta, pero yo no. Mi programa me reclama, y ahora que estoy totalmente relajada, voy a poder hacerlo sin tener pensamientos impuros.

Juan ha vuelto con su novia, la que no me cae bien. Cuando me lo dice, simplemente arqueo una ceja desaprobándolo, pero no digo nada. ¿Quién soy yo como para decir algo sobre la vida amorosa de los demás, si ya tengo suficiente con la mía?

Así que hago un programa sobre un artículo llamado *Leyes de la atracción: Cómo elegimos a nuestro compañero de vida* publicado en la revista *Psychology Today*. Allí establece las tres teorías fundamentales para escoger un compañero de vida.

¿Y cuáles son?

La primera es la teoría evolutiva; dependiendo de nuestra genética, nuestra personalidad y conducta nos llevan a una persona u otra. Esta teoría, el doctor la descarta porque no recoge ciertas opciones sexuales, familiares que han evolucionado en nuestra sociedad. Vaya, que ya no somos unos mamíferos primates donde solo olemos al macho y pensamos: oye, con este tendré hijos fuertes y sanos. Pienso en si alguna de esas cosas se me ha pasado por la mente inconscientemente a la hora de elegir novio, y deduzco que no (al menos que yo sepa).

La segunda, desarrollada por una psicóloga llamada Alice Eagly, tiene bastante eco en este mundillo y es la teoría del papel social. En ella, se basa en que cada sociedad tiene unos objetivos *top* que sus parejas deben cumplir y, por lo tanto, si coincide con ellos, tendrás éxito. Puede que esta teoría no esté tan mal pensada, puede que por eso esté saliendo con Carlos, porque toda mi vida me han dicho que la oftalmología es lo mejor, y mis padres me han criado con esta idea, así que lo más *top* para mi subconsciente sea tener a una pareja oftalmóloga. ¿Sería posible? Yo creo que sí, pese a que en el fondo, puede que no le quiera de verdad.

Y la última, la favorita y la más realista, y de la que Noam Shpancer es fan y que confluyen varios aspectos tanto biológicos como sociales. Dicha teoría incluye la ley de la familiaridad, si no hay contacto frecuente con una persona es imposible que nos enamoremos de ella y ni mucho menos pensar en ser su pareja. Cuanto más tiempo pasamos con una persona más posibilidades hay de que nos guste.

De todas formas, Shpancer asegura que no son infalibles y que, «estas leyes sirven para elegir a los candidatos, pero no funcionan en la selección final». En su opinión, «la biología y el entorno nos empujan a ir a la tienda adecuada, pero no puede determinar qué vamos a comprar».

Así que, en definitiva, aunque la cabeza te diga una cosa, quién va a terminar mandando es el corazón. Y estoy de acuerdo, al fin y al cabo, te enamoras de quién te enamoras sin poder escogerlo, es inevitable, no lo eliges. Puede mi entorno social haya dicho que Carlos es lo mejor pero mi corazón... va por otro lado, y cada vez estoy más convencida de ello.

Estoy saliendo del estudio cuando recibo una llamada. Es él.

—Hola, novicia. ¿Has pensado mucho en mí?

Realmente sí, pero tampoco voy a ser muy sincera al respecto, que luego se lo acaba creyendo.

—Un poco. ¿Sabes? Podrías escribir tu gran obra maestra sobre algún acontecimiento histórico, como *La catedral del mar* de Ildefonso Falcones.

—No encuentro ningún episodio que me inspire tanto como para hacerle un libro. Acabo de escuchar tu programa, ¿de dónde sacas estas cosas?

—De internet. Hoy es viernes, ¿vas a hacer algo interesante?

—Puede que sí. He quedado con María.

—¿Tienes una cita? Pensaba que eras poliamoroso.

—No, no lo soy, eso implicaría querer a más de una persona a la vez y yo no lo hago, solo las quiero a ratos. ¿Quieres que juguemos a algo?

Mmm... jugar a algo. Estoy caminando por la calle, tengo veinte minutos largos para llegar al centro de belleza donde he quedado con Bárbara.

—Depende de a qué, estoy en un sitio público.

Ay, leches, esto ha sonado un poco porno, no tendría que haber dicho nada.

—Madre mía, Sor Lucía, te van a echar del convento a este paso. Soy una mala influencia, y me encanta. Pero no, me refería al juego de las diez preguntas.

—¿Qué juego es ese?

—Es una chorrada, pero quiero averiguar si seríamos una buena pareja en base a tus teorías, y cuando he pasado por delante de un quiosco, he comprado una revista que ponía: test de compatibilidad con tu chico.

—Es una chorrada —segundo, pero lo cierto es que sí tengo curiosidad—, pero dale.

Al fin y al cabo, somos polos opuestos. Yo soy una romántica empedernida y él no cree en el amor. Un segundo, si en el fondo no sé mucho más que eso, bueno, que es profesor de literatura, que odia el *chick-lit* y que escribe misterio.

—Primera pregunta; ¿echas de menos a tu pareja? A ver Luci, admite que el día que no hablas conmigo, lo extrañas.

—La verdad es que sí, me he acostumbrado a hablar contigo.

Estoy segura de que ahora mismo sonrío. O puede que esté pensando; he metido a una psicópata en mi vida.

—Yo también. Bueno, pregunta respondida con ambos nos echamos de menos. ¿Con qué frecuencia discutimos? Creo que esto técnicamente sí que lo hacemos.

—Ah, ¿sí? —pregunto sorprendida, porque no recuerdo ninguna discusión.

—Pero nuestras discusiones son literarias y culturales, en el fondo somos un poco *hipsters*.

—Ja, ja, ja, puede que sí —me río yo.

—A ver esta, puede ser divertida. Salen las entradas del concierto que a él le gustan, ergo a mí: uno, lo ves y las compras porque también te gusta, dos, aunque no te guste vas conmigo, tres, lo mantengo en secreto para no ir.

—A ver, ¿de qué grupo o cantante estamos hablando?

—Si tuviese que escoger uno... Justin Bieber. No, no, es broma —se responde a él mismo riéndose.

—Opción tres claramente.

—¿Pereza? La mayoría de los grupos que me gustan ya no existen, soy de la vieja escuela.

—¿En serio? Yo soy un poco alternativa en este sentido. Pero si es Pereza, opción uno.

Reconozco que me gustan, que tengo sus canciones y que me las sé de memoria. No todas, pero varias sí.

—Me gusta, novicia. ¿A ti qué te va?

—De todo un poco, pero tengo una predilección extraña por Caroline Spencer o Rem.

Es cierto, me encantan, qué le voy a hacer. El *indie-folk* me pierde.

—Soy un mal pensado así que imagínate lo que tengo ahora en mente después de lo que has dicho. Bueno, siguiente.

Sí, será mejor que corramos un tupido velo.

—Siguiente pregunta.

—Esta pregunta es un poco difícil, hay que identificarse con una pareja ficticia. La primera es Ross y Rachel de *Friends*.

—Mmm, no. Eres lo opuesto a Ross, o al menos es lo que yo creo y me imagino.

—Le has dado en el clavo, estoy demasiado seguro de mí mismo y no busco casarme y formar una familia. Y tú y Rachel...

Esa duda en su voz no me gusta. Yo soy una Rachel, está claro.

—¿Qué? Soy una Rachel, de manual.

—Mmm bueno, con matices. Ella es guapa y está buena y lo sabe. Tú actúas como si eso no fuera verdad.

Leches, tiene razón, tiene mucha razón. Pero en lo demás, soy Rachel.

—¿Cuál es la segunda pareja?

—Sheldon y Amy de *The big bang theory*. Descartados.

—Ajá.

—Phil y Claire de *Modern family*. Esta me gusta, es como muy realista ¿no? Pero sin duda, somos la cuarta.

—¿Cuál es la cuarta?

—Carrie y Mr. Big.

Abro los ojos pensando acerca de aquello. ¿De veras? Analizo bien a los personajes; ella es una periodista adicta a la moda que escribe en una columna las ironías de ser una soltera en Nueva York. Mr. Big es un hombre de negocios que lleva bastantes divorcios a sus espaldas.

—¿Ves *Sexo en Nueva York*? —pregunto extrañada.

—Veo todo lo que lleva la palabra sexo. Pero sí, he visto algunos capítulos. Ella quiere vivir el sueño de ser princesa por un día y todo eso, ¿no?

—No, te equivocas, esa es Charlotte. Creo... que sí soy una Carrie, ¿sabes? Pero por las razones equivocadas. Ella quería encontrar a alguien que la quisiese tal y como era, todo lo demás le daba igual, incluido el posturo.

—De acuerdo, somos esos dos. Espero que el tal Big lo llamasen así por una razón de entropierna.

No puedo creer que haya dicho esto. Será pervertido... pero me ha hecho reír.

—¡Marcos! —exclamo.

—Esta promete, pero voy a contestarla yo. Es sobre sexo, y los dos sabemos que te haría chillar, Luci.

—¿En serio?

—Sin duda. A ver, esa es un poco tonta, si vamos vestidos a juego. ¿Qué llevas puesto, novicia?

—Unos vaqueros pitillo, unas zapatillas blancas y una camiseta azul marino, y una americana.

—Yo también llevo vaqueros y una camiseta blanca. Pues parece que sí. ¿Eres más de carne o de pescado?

—Es... ¿en sentido literal?

—Claro que sí, pervertida —me riñe.

En el fondo, es culpa suya. Ya no sé qué esperar, si lo que dice, lo dice en serio o no.

—Contigo nunca se sabe. Pescado.

—Yo también. No eres vegetariana, ¿no?

—Qué va, me gusta demasiado el jamón.

—Y finalmente, si tuvieras que comprarme un regalo, ¿que sería?

—Un libro, sin duda.

Esta pregunta era fácil, la verdad.

—Muy difícil no es. Yo te compraría un vibrador, dado tu estado de sequía. O me enviaría a mí mismo desnudo y con un lazo dentro de una caja.

Dios, no puede parar.

—¡Marcos! —reitero mi enfado ficticio.

—¡Lucía! —dice, imitando mi voz—. Dime una cosa.

—¿El qué?

—Tu libro favorito, y no digas el mío porque no te creeré.

Me lo pienso durante unos instantes hasta que abro la boca. Evidentemente, el suyo no lo sería.

—*Desayuno con diamantes* forzando mucho. Pero es difícil, *Matar un ruiseñor* es endiabladamente bueno, y *A sangre fría* me fascinó. Pero si tuviese que escoger uno... *Sálvame el vals*, de Zelda Fitzgerald.

—Veo que la década de los cincuenta te atrae —deduce entonces.

—El realismo de esas novelas me gusta. Quizás por eso... no sé. ¿Y el tuyo?

—Crecí leyendo a Agatha Christie, pero *El gran Gatsby* y *Crónica de una muerte anunciada* son mis libros de cabecera. Aunque, si tuviese que elegir uno, *Carta de una desconocida*, de Zweig. Dime Luci, ¿cómo te aficionaste a la lectura?

Suspiro pensando en cómo ha pasado el tiempo, en cómo echo de menos ser solo una niña que leía hasta las tantas con la puerta de mi habitación cerrada, con la lamparilla encendida, y cómo mi padre venía a las dos de la madrugada y me reñía para que parase y me durmiese de una vez por todas.

—Mi padre me leía un poco cada noche, antes de acostarme. Cogía un libro y leía hasta que se me cerraban los ojos o se detenía porque se estaba haciendo tarde. Así fue cómo empecé a apreciarlos.

El sabor amargo que desprenden mis palabras a la vez que evocan cierta añoranza, hacen que quizás, Marcos se incomode.

—¿Pasó algo con tu padre?

—Bueno, él... está decepcionado conmigo. Yo era la niña de sus ojos, ¿sabes? —murmuro, un poco reticente a hablar de ello.

—¿Por qué?

—No seguí con la tradición familiar de ser oftalmóloga —resumo—. En el fondo, sé que no me lo perdonan, y sé también que no hay nada que perdonar, que no pudieron enfadarse y que por eso ver la decepción en sus rostros me frustró tanto que no pude más que alejarme de ellos. No quería saber nada, ni siquiera de mi hermana. Aunque ella fue la peor de todas, alejándome de su círculo, del centro de amistades que ambas teníamos. Como si la vida girase en torno a ser médico. Lo era, antes lo era. Pasé toda mi vida de estudiante teniendo ese objetivo, de pequeña crecí imaginándome con una bata blanca, siendo una de las protagonistas de esas series de médicos que ponían en la televisión. Quería operar riñones, pulmones y cerebros. Quería ser como mi madre al llegar a casa y decir: hoy le he salvado la vida a un hombre. Pero no pudo ser, y yo no tuve la culpa.

Me doy cuenta de que le he soltado toda esa parrafada por teléfono sin ton ni son, y que no deja



de ser un desconocido. O un medio desconocido.

—No la tienes, Lucía. Puede que hubieses sido una magnífica cirujana, pero eso forma parte del pasado. ¿Sabes lo que eres? Una magnífica locutora de radio, dices cosas muy interesantes en tu programa y eres divertida. Y, aunque negaré haberlo dicho, también eres una excelente escritora.

Nunca he sido una persona valiente, al menos nunca me he sentido como tal. Puede que algo imprudente en ciertas ocasiones, pero voy a serlo ahora. Presa de una valentía inaudita, me armo de valor para decirle lo que realmente pienso.

—Es una de las cosas más bonitas que nadie me ha dicho nunca, Marcos —digo, deteniéndome en medio de la calle—. Gracias por esto.

—No me las des. ¿Lucía?

Si digo que ahora mismo estoy casi temblando, igual que si estuviese encima de una nube de algodón y cruzase el cielo, medio atolondrada, puede que nadie me creyese.

—¿Sí?

—Dime una cosa, tú que crees en el amor, ¿existe el que es a primera vista?

—No lo creo —confieso en su susurro.

Imaginar cómo me susurra eso cerca del oído, en una realidad paralela, hace que me estremezca.

—¿Por qué? —pregunta entonces.

—Para mí el amor es un cúmulo de dos cosas, atracción física y mental. Si solo existe la segunda, no pasas de ser amigos, si solo existe la primera, acabas aburrido del otro. Para mí, no es amor a primera vista, sino atracción a primera vista. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque he encontrado mi inspiración para la gran novela, y esa eres tú. Hablamos luego — exclama, y tras decir eso, cuelga.

¿Yo? ¿Cómo, cuándo, por qué?

No entiendo nada, pero no tengo tiempo de preguntar nada más, porque llego tarde y puede que Bárbara me mate.

## Días de radio

Marcos

Ser sincero conmigo mismo es algo que no me cuesta trabajo, normalmente. Y digo normalmente porque yo nunca había necesitado a nadie, jamás. Desde que tengo uso de razón, recuerdo cómo mi madre tenía que escogerle a mi hermano la ropa cada día, atarle bien los cordones de los zapatos y cortarle el filete, pero no a mí. Sí, desde bien pequeño he tenido ese sentimiento de independencia que, hasta ahora no me había abandonado. Digo hasta ahora ya que parece que me he vuelto adicto a conversar con cierta mujer a la que nunca he visto en persona, pero parece ser que es también mi fuente de inspiración.

Como ayer, que estuvimos hablando toda la noche de las películas de nuestra infancia, como *Space Jam* o *La isla de las cabezas cortadas*. Luego pasamos a temas algo más profundos como el que describe uno de mis libros favoritos, *Carta de una desconocida*.

—No entiendo cómo puede gustarte tanto —dijo Lucía en un momento dado.

Le dije que me encantaba, y cómo no, se lo leyó. No es muy largo, en una hora te lo ventilas fácilmente.

—No entiendo cómo no te ha podido gustar —le reproché.

En serio, es uno de los libros más desgarradores que he leído, con el que me he emocionado más. Y creo que el objetivo de la literatura, al fin y al cabo, es esto, entre otras por supuesto.

—Sí me ha gustado, pero... no he podido pegar ojo en días pensando en él. Es muy frustrante lo que le pasa a esa chica.

Unas pocas páginas de prosa sencilla y sin pretensiones, calan hondo y nos demuestran que, si hay algo que queremos, no nos detiene nada ni nadie.

—Parece mentira que una romántica como tú no le haya gustado, Lucía —me extraño, y mucho escucharla decir aquello.

—Pero... Marcos, esa mujer vive toda su vida al margen de alguien que ni siquiera sabe de su existencia. En el fondo, es una cobarde.

—No, ella no quiere coartar su libertad, y sabe cómo es ese hombre, sabe que él nunca le dará lo que ella quiere de él.

—Podría no coartar su libertad expresando sus sentimientos, pero no lo hace en ningún momento, solo al final de su vida, cuando ya no podrá saber la reacción de él, cuando no deberá enfrentarse al hecho de que, quizás él no la ame. Pero nunca llegará a saberlo, nunca se lo dice. Me pone triste, muy triste pues es un destino marcado por su propia infelicidad y su miedo.

Sus palabras me hicieron reflexionar, pues era algo que nunca había pensado de ese libro.

Aquí estoy, entrando en clase con un autor de su referencia cuando comentamos ciertos libros algo subidos de tono del siglo pasado. Entro en el aula y cuando suena la campana y todos están

sentados, empiezo la clase.

—El amor es una gota celeste que los cielos han vertido en el cáliz de la vida para corregir su amargura. —Me gusta empezar las clases con alguna cita impactante. —¿Alguien sabe decirme el autor? ¿No? Tranquilos, nada extraño. John Wilmot conocido como lord Rochester.

—¿Quién? —oigo que dice alguien de las filas de en medio.

—En la época de Carlos II de Inglaterra surgió un gran poeta, lord Rochester. ¿Por qué nadie lo conoce? El puritanismo de la época, señores. Su poesía es culta y bella, pero también atrevida y algunos la tachan de pornográfica.

Al decir aquello veo cómo los alumnos lo buscan en sus ordenadores. Otra cosa no, pero sé como mantener el interés en clase.

—Nuestro autor, según fuentes fidedignas que luego escribiré en la pizarra, fue un individualista en busca de la autenticidad de la vida. Nunca le interesó la política, pero fue influenciado por ella. ¿Y qué ocurría entonces? Que faltaban líderes dignos de admiración, donde solo se movían por los intereses, nada nuevo en nuestro panorama político, la historia se repite. Un reflejo que conocéis muy bien es *El paraíso perdido* de Milton. La diferencia entre Rochester y Milton es que este último pone como antídoto en la fe de Dios, mientras que el primero no halla remedio alguno sino en los excesos de la sociedad.

—¿Son como dos corrientes en un mismo tiempo? —pregunta una alumna atenta.

—Si, así es. Lord Rochester se casó con Elisabeth Malet, una rica y hermosa heredera de la época, aunque tuvo numerosos y numerosas amantes. También se sabe que se enamoró de Elizabeth Barry, una actriz de la época. Gracias a él innovó en el escenario haciendo que los textos se pronunciasen con más soltura. «Entonces no me hables de votos, corazones falsos o juramentos rotos. Si por milagro contigo puedo estar estos instantes fugaces pero ciertos, esto es todo lo que el cielo nos da». ¿Alguien identifica alguna figura en el poema?

El resto de la clase pasa volando, y cuando salgo y me meto en el despacho que tengo en la universidad, busco la emisora de radio en el ordenador y empiezo a escucharla. Ya está en el final del programa, y estoy decidido a hacerlo. Así que llamo, están cogiendo llamadas para algunas preguntas así que aprovecho.

—¿Hola? ¿De dónde llamas? —pregunta su voz radiofónica.

—Hola, soy Marcos Dauphine, de Barcelona. El autor de *Vicios nocturnos*.

Noto su incomodidad. Esto no se lo esperaba sor Lucía, lo sé.

—Hola Marcos, bienvenido. ¿Qué te trae por aquí?

—Tú, por supuesto —voy directo al grano—. Hace varias semanas que escucho tu programa, y vengo a darte un empujón.

—¿Un empujón?

—Me encanta que se hable de todo un poco, como series, literatura y cine, que, por cierto, no sabía de tu insana obsesión por Alex Ubago. Pero cuando hablas de relaciones...

—¿Te refieres al hecho de hablar sobre el amor? —me corta.

Sabe lo que hace, guiar al espectador, ponerlo contra la espada y la pared. Pero yo tengo tablas, he tenido que hacer varias clases a adolescentes recién salidos del colegio que creen que con alguna pregunta incómoda pueden ponerte en un compromiso.

—No todas las relaciones son amorosas, Lucía. Las hay puramente sexuales, ¿por qué no hablas de ellas?

—No creo que haya mucho misterio. Hoy en día Tinder facilita mucho las cosas, ¿no?

Ha sido rápida, de un disparo. Tengo que acordarme de decirle que en esto es una pistolera.

—Es una opción de vida muy válida.  
—No digo lo contrario, solo que no requiere que me extienda más con el tema.  
—¿Acaso no lo apruebas?  
—En absoluto, pero creo que los oyentes tienen otras inquietudes.  
Achacar esto a la audiencia... mala idea, Luci.  
—Yo creo que a los oyentes les interesaría que hablaras sobre sexo. Parece que hay un tabú en torno a este tema, en el programa.  
—Puede que sea porque estamos en horario infantil —ataca.  
—Son las doce de la mañana, Lucía, los críos están en el colegio y tampoco se trata de decir cosas tan explícitas, solo abordar ciertas cuestiones que de normal, no haces.  
—Ya que has llamado tú, supongo que este es un tema que te inquieta, ¿no? —exclama, y puedo notar que se está poniendo colorada.  
—Eso, por supuesto. ¿Eres transgresora en la cama?  
Es raro que no me grite «¡Marcos!» como suele hacer, será que hay público y se está reprimiendo.  
—¿Perdón?  
—Que si te gusta experimentar. ¿Cómo va tu vida sexual?  
—Esto está fuera de lugar.  
—Has dicho que podíamos hablar —le recrimino, no entiendo por qué se enfada.  
—De hecho, es el único tema del que sabes hablar. Parece que pienses con la polla.  
Madre mía, que lo ha dicho. Joder, que lo ha dicho y encima estando en la radio. Hoy es un día glorioso.  
—Alabemos al señor, ¡has dicho polla!  
—Volvemos después de la publicidad —escucho que dice, cortándome la llamada.  
Miro el reloj y veo que dentro de diez minutos he quedado con Patricia y con Roberto. ¿La razón? No se qué demonios quieren decirme que no puede esperar al fin de semana. Me detengo antes de montarme en la moto, es una llamada entrante de Lucía. La novicia ataca de nuevo, y esta vez espero que se explaye más que en la radio.  
—Ya te echaba de menos, novicia —respondo con una sonrisa burlona.  
—Tú... ¿de qué vas? Me has dejado en ridículo delante de toda España —brama enfadada.  
No ha sido para tanto, y el taco lo ha dicho ella solita, ¿no? Yo solo quería darle un poco de empuje al programa, se estaba haciendo aburridillo.  
—Sólo quería hacerte un favor, nada más. Ya sabes, continuar un poco con la polémica y hacerte ganar audiencia.  
—Nadie te ha pedido tu opinión sobre mi programa. Y he dicho polla, no puedo creerlo, ¡yo nunca digo tacos! Es culpa tuya, Marcos. No quiero hablar contigo nunca más.  
Me ha colgado, maldita cría insolente. ¡Me ha colgado! Esto no se hace, es una norma básica de educación.

«Lucía, eres una mal educada colgándome».

No hay respuesta.

«Lucía, no seas cría. Ya veo cómo aceptas las críticas».

«LUCÍA».

Se ha cabreado de veras, mierda.

Miro el reloj y veo que dentro de diez minutos que he quedado con Patricia y con Roberto.

Que se vaya a la mierda, yo solo quería ayudarla. Me pongo el casco y salgo de allí a toda leche con mi bebé. Es probable que a la velocidad que voy me pongan una multa de tráfico, pero me la trae al paio. En serio, ¿qué se cree esa niñata escritora de novelas chicle? No todo es arcoíris y purpurina, joder.

En serio, ¿quién se cree que es? Con esta moral superior que supura por la boca, como si fuese culpa mía que ella, y solo ella soltase el puñetero taco. Ya se le pasará la rabieta, y entonces tendrá que disculparse.

Llego de mal humor a la cena, y tarde. Me siento en nuestra mesa de siempre sintiéndome observado.

—¿Qué os pasa? —les pregunto.

Patricia parpadea varias veces antes de abrir la boca.

—Has venido de mal humor, ¿eh? —murmura, alzando una ceja.

—No. ¿Por qué dices eso?

—Será la cara de perro que llevas encima, lo callado que estás cuando no cierras la boca ni debajo del agua...

—Los alumnos me han puesto de los nervios —me excuso.

Saco el teléfono del bolsillo, pero nada de nada. No hay señales de vida, ni extraterrestre ni de Lucía.

—Bueno, tu hermano ya lo sabe así que solo quedas tú —empieza a decir Roberto.

Entonces traen mi cerveza de siempre y doy un trago largo.

—¡Estamos embarazados!

No puedo evitarlo, suelto la cerveza que hay en mi boca igual que si fuese un sifón.

—¿Qué?

—Vamos a tener un bebé —dicen los dos emocionados.

Van a tener un hijo. Coño, no puedo creerlo, es... raro. Rarísimo. ¿Un bebé?

—Pero... ¿vosotros no ibais a casaros? Eso dijisteis hace cinco meses —les recuerdo.

Eso dijeron, por supuesto que sí. En esta misma mesa, dijeron que el año que viene para septiembre seguramente habría boda.

—Hemos cambiado de idea. Ya vivimos juntos, tenemos el piso y... ha sido inesperado, pero es emocionante —suelta Patricia.

—Voy a ser el mejor padre del mundo —exclama Roberto besándole la mejilla.

¿Acaso me he metido en una realidad alternativa? ¿Qué demonios les ocurre?

—Chicos, estáis hablando de un bebé, una cría humana, alguien de quién estar pendiente las 24 horas, y dependerá de vosotros. Además ¿sabéis cuánto cuestan los pañales, la ropa, los cachivaches del coche, los cochecitos, la escuela, el inglés...? —empiezo a enumerar.

—Oye, podemos permitirnos tener un bebé. Ya no tenemos 15 años, Marcos —me reprocha Roberto.

—Lo sé, pero...

Pero parecía muy lejano. Entonces me doy cuenta de que ya estamos pasando la franja de los treinta, que Patricia tiene la edad idónea para ser madre, que Roberto hace tiempo que ya lo deseaba. Me recupero de *shock* inicial y sonrío.

—En este caso, enhorabuena pareja.

Vale, sigo flipando, pero es mejor disimular que volver a mis dudas y temores.

—¡Gracias! Tendrás que ser el padrino del niño junto con tu hermano.

Miro de reojo el teléfono de nuevo, pero nada, ni siquiera un puto mensaje.

—¡Eh! ¿Quieres dejar de mirar el móvil? —me dice Patricia—. ¿Qué coño te pasa, Marcos?

Carraspeo aclarándome la garganta, pensando en cómo empezar a relatar mi desdicha y frustración máxima.

—Ha sido por lo de la radio, ¿verdad? —dice entonces Roberto.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con curiosidad.

—Siempre escucho esa emisora cuando voy en coche, me gusta su programa. Tío, te has pasado tres pueblos.

Miro a Roberto sin entender nada. ¿Que yo me he pasado tres pueblos?

—¡Ha sido ella la que se ha puesto en ridículo! —me quejo—. Yo solo quería que su programa tuviese más audiencia.

—¿Qué has hecho? —pregunta Patricia cruzándose de brazos.

—Ha llamado al programa haciéndose el gracioso queriendo hablar de relaciones sexuales— entonces se dirige a mí—. La has incomodado con tus preguntas. Es su programa, ¿sabes? Y hay gente que se siente incómoda hablando de lo que hace o deja de hacer en la cama. La has acribillado hasta que ha explotado. Puede que cuando habláis en privado ella te lo permita, pero cuando está en antena, es una figura pública, puede que la despidan por esto.

—¿Qué has hecho qué? —alucina Patricia—. Marcos, a veces parece que tengas quince años.

—Le ha dicho que piensa con la polla, y desde luego cuando has hecho esa llamada, lo parecía —añade Roberto.

—¿De qué parte estáis vosotros? —me quejo.

Se supone que son mis amigos, no entiendo a qué viene el numerito ese sobre defender a la cría esa.

—Te queremos, Marcos, y por eso te lo decimos cuando haces las cosas mal. ¿Imaginas que ella te llama durante una entrevista y te dice que no puedes escribir sobre las relaciones de pareja porque nunca has tenido ninguna? Ni puta gracia, ¿verdad?

Lo pienso. Puedo escuchar los engranajes de mi cerebro poniéndose en su piel. Puedo sentir su angustia al escucharme decir si era transgresora en la cama después de tres meses sin echar un polvo, o hablar sobre sexo cuando puede que no hable de ese tema con nadie. Entonces me doy cuenta de que sí, puede que haya metido la pata. Lucía no es como yo, aunque me guste pervertirla, Lucía se pone nerviosa cuando habla de esto conmigo, no puede ni escucharme relatarle una escena subida de tono y se muere de la vergüenza cuando le hablo de eso, aunque no la tenga delante. Joder. La he cagado.

—Puede... que haya metido la pata —acepto finalmente.

—Marcos, discúlpate —añade Patri enseguida.

Mierda. Mierda. Mierda.

Llego a casa abatido, sin ganas de hacer nada. Me llega un mensaje, pero no es de Lucía, sino de otra chica. Declino la oferta de quedar con ella, no me apetece.

De pronto me siento mayor, y cuando me miro en el espejo me pasa algo que antes no me había sucedido nunca, y no me gusta. Soy mayor y estoy jugando a tener veinte años, llamando a programas y haciéndome el gracioso con cosas que no tienen ni puta gracia. ¿En qué momento he pasado de ser un hombre adulto, que sabía lo que quería, que tenía claros sus objetivos, a ser un jodido idiota? ¿Cómo se me ha pasado por la cabeza llamar a su programa? He sido un niño en busca de atención, como si... joder, prefiero no pensar en ello.

Me meto en la cama mientras hay algo que me ronda por la mente, y es que solo quiero hablarle,

llamarla y decirle que mis amigos van a tener un crío, y que de golpe yo me siento fuera de lugar y que no tengo ni puñetera idea de qué es lo que quiero en la vida. Solo quiero escuchar su voz, aunque sea para que me diga que no pasa nada, que Hemingway estaba peor que yo, y yo le replicaría que sí, pero que él a mi edad había estado en la guerra civil española, había escrito tres grandes obras y se había casado dos veces.

¿Y qué he hecho yo? Escribir un par de libros de misterio regulares y dar clases. Pero este no es el verdadero problema, porque ojalá con esto estuviese satisfecho, pero no lo estoy. Me levanto y me acuesto con esa idea en mi mente, esa obsesión de llegar a ser uno de esos grandes escritores de este siglo, pero tampoco hago de más para buscar la inspiración, solo espero sentado a que llegue a mí.

Busco en la mesilla de noche el teléfono y escribo.

«Lucía, lo siento mucho. Debería habértelo comentado en privado, no llamar directamente. Mis intenciones eran buenas, pero ya me conoces, a veces los impulsos me pierden. Lo siento de veras. Echo de menos hablar contigo».

Lo echo mucho de menos, nunca pensé que podría sentir este vacío ante la sola idea de perder a alguien a quién apenas conozco. Pero no es así en absoluto, porque sí que la conozco, sé como es Lucía, puedo predecir las palabras que me va a decir, sus instintos y sus reacciones. En el fondo, sé como es, sé que es una buena persona y cuáles son sus objetivos.

La conozco, y me gusta. Y de golpe, se ha vuelto necesaria en mi vida, al igual que lo son mis amigos, mi hermano, mi abuelo y mis padres. Se ha convertido en alguien especial sin quererlo ni ella ni yo. Joder, se ha convertido en mi amiga, en esa persona con quién puedo hablar de cualquier cosa, y eso no es fácil de encontrar.

## Sin compromiso

Lucía

«Lucía, lo siento mucho. Debería habértelo comentado en privado, no llamar directamente. Mis intenciones eran buenas, pero ya me conoces, a veces los impulsos me pierden. Lo siento de veras. Echo de menos hablar contigo».

Nada más levantarme leo el mensaje. Es... ¡frustrante! Lo peor es lo que me va a tocar escuchar cuando llegue a la radio hoy. Ya verás, me van a despedir, es que lo sé. Tengo miedo, si me despiden no sé qué voy a hacer. Por suerte, Carlos sigue dormido y no tengo que hablar con él porque sino sé que se llevaría la peor parte de mi mal humor y frustración.

Aún no entiendo cómo me salió decir ese taco. A mí, ¡A MÍ!, que me muerdo la lengua hasta cuando estoy conduciendo, que el mayor de los insultos que digo es «imbécil» y porque así llamaba a su hermano Manolito Gafotas.

Lo peor no es eso, no. Lo peor es que soy masoquista porque me ha dolido lo que ha hecho, y aún así quiero perdonarle. ¿Por qué? No estoy muy segura de ello, pero sospecho que se ha creado en mí una dependencia absurda hacia él, algo a lo que te acostumbras durante un tiempo determinado y que, cuando no tienes, lo echas en falta.

Supongo que todos nos equivocamos alguna vez, y él no es la excepción. Yo también me equivoco a veces, muchas, y puede que su intención fuese realmente buena, poniendo en la parrilla cosas innovadoras para llamar la atención, porque, lo sé, hace tiempo que la audiencia se mantiene fija, ni sube ni baja, y tampoco es para echar cohetes.

Quizás tenga razón, debería salir un poco de mi zona de *confort*, pero desde luego, no de esa manera. Al menos se ha disculpado, cosa que hay gente que ni hace.

Hoy no puedo llegar tarde, así que salgo de casa conduciendo mi pequeña Scooter de color azul celeste hasta llegar a la radio. Puede ser mi último día, así que me preparo para ello. En cuanto salgo del ascensor con un sobrio traje pantalón negro para no destacar mucho, y veo que Juan me hace señales desde la puerta de la sala de reuniones, sé que algo no va bien.

Mañana tendré que apuntarme al paro, ya lo estoy interiorizando. ¡Es genial! No, no lo es, pura ironía. Cojo aire y camino con inseguridad y pavor hacia él.

—Lucía, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida —dice nada más tenerme delante.

—No —respondo, asintiendo con la cabeza, gesto totalmente contradictorio.

—¿Has desayunado? Ahora no tenemos tiempo, nos están esperando en la sala de juntas — explica, prácticamente arrastrándome dentro de la sala transparente y con sillas muy altas, tanto que cuando me siento en una de ellas los pies me quedan colgando.

Nervios de acero, Lucía, eso es lo que tengo que tener. Pero no es el caso, porque me sale una risita tonta y nerviosa al ver aparecer al que es mi jefe. Tan calvo, prepotente y directo al grano como siempre.



—Buenos días, Juan y Lucía —masculla nada más sentarse sin levantar la mirada de los papeles.

Como mide dos metros, a él los pies no le cuelgan.

—Buenos días —respondemos ambos al unísono.

—Os seré sincero, vuestro programa no me gusta. Pero parece ser que vuestro índice de fidelidad os secunda y además..., dirección vio con buenos ojos el numerito de ayer.

Espera, ¿el numerito de ayer? ¿Se refiere a la llamada de Marcos?

—¿De veras? —no puedo evitar decir, con la boca abierta de par en par.

—Sí, fuisteis *trending topic* en la red. Parece que la gente sigue vuestra relación de amor-odio con interés.

Me entra la tos al escuchar esto. ¿Cómo? Ni una cosa ni la otra, solo hay una amistad. Una bonita y extraña amistad literaria.

—Si ni siquiera lo conozco en persona —me excuso—. No hay nada de eso, se lo aseguro.

—Tu vida no me interesa. Sólo he venido a deciros que estáis renovados para otro año más —informa, poniendo cara de asco.

No me lo creo, acaban de renovarnos. Vaya, esto es algo que hay que celebrar, y eso hacemos Juan y yo cuando el jefe se levanta y se va, con un bailecito algo cutre.

—Lucía, ¿lo hiciste a propósito? —pregunta Juan sonriendo.

Alzo las manos en señal de inocencia.

—Te lo juro, no tuve nada que ver. De hecho, no me hablo con Marcos. Que nos hayan renovado el programa por esta razón no quiere decir que no tenga derecho a enfadarme —expreso toda convencida de ello.

—No, claro que no. Pero ¿te ha pedido perdón?

—Sí.

—Entonces arreglado.

Pese a que no cambiamos ni un ápice el programa que teníamos preparado, las llamadas preguntando sobre la relación de odio que Marcos y yo mantenemos no se hacen de esperar, llamadas que esquivo con mucha diplomacia, por cierto. Antes de subir en el ascensor, decido que ya es hora de decirle algo, ya ha sufrido lo que le tocaba y su inesperada llamada, aunque completamente fuera de lugar, me ha beneficiado, así que decido arreglar las cosas.

«Lo que tú echas de menos es decirme guarradas».

Tampoco voy a echarle una parrafada sobre el perdón, la clemencia y todo lo demás. Su respuesta no se hace de esperar.

«Lo siento, novicia, no pude evitarlo. Hoy en el programa has estado genial, tienes mucha clase no entrando al trapo. ¿Sabes? El chick-lit merece existir porque tú escribes en él».

Pero qué cantamañanas es, madre mía. Ay, que me estoy poniendo colorada por lo que me ha dicho. Eso ha sido un piropo y lo demás, tonterías.

«No me hagas la pelota, ya te he perdonado».

«No miento nunca. ¿Puedo llamarte?».

«Ahora te llamo yo, que estoy en el ascensor».

Nada más abrir la puerta de casa, me quedo petrificada. Allí, justo en la entrada, está Carlos con un ramo de rosas blancas en la mano, repeinado y perfumado. Sobreponiéndome al *shock* inicial, logro cerrar la puerta dejando las llaves en el mueble antiguo de caoba y avanzo hacia él.

—¿Qué ocurre? —pregunto sorprendida.

—Son para ti. Lucía, sé que estos meses no he sido yo mismo, así que a partir de hoy todo volverá a ser como antes. Vamos, cámbiate que he hecho una reserva en tu restaurante favorito.

En otras circunstancias puede que me lo hubiese pensado. Por supuesto que las cosas no van bien, pero aquí está, con unas flores en la mano e intentándolo. Una parte de mí dice que es el mismo Carlos del que me enamoré, y puede que, si vuelve a ser como antes, descubra que sigo enamorada. Puede que no sea así, pero si no lo intento...

Debería dejar de pensar tanto, y decir algo.

—De acuerdo —exclamo finalmente, yendo hacia la habitación.

«Marcos, ahora no puedo hablar. Luego te cuento».

«¿Vas a tener tema con tu noviete? Creía que la cosa no iba muy bien en el paraíso».

«Quiere que vayamos a cenar y me ha traído flores».

No dice nada más, y yo no tengo tiempo para llamarlo. Me visto con el vestido azul claro con peonías estampadas de un tono rosado. No es un vestido elegante, pero no hay que ir de punta en blanco para ir al Isabella's. Busco las sandalias de plataforma por mi armario, los únicos tacones que tolero, y después de pasar por el baño para ponerme algo de colorete y brillo de labios, salgo dispuesta a ir a cenar.

—¿Qué tal en la radio? —pregunta Carlos mientras salimos del garaje en su coche.

—Genial, nos han renovado el programa. Parece que cada vez tiene más éxito.

—¿De veras? Me alegro mucho.

Entonces le pregunto sobre el hospital y se tira todo el trayecto hablando de la operación de retina que hizo ayer.

«No bosteces, Lucía, no lo hagas», me repito a mí misma como un mantra. Dios, había olvidado lo aburrido que es hablar con él de ciertos temas.

Cuando aparca el coche, me doy cuenta de que esta no es la zona del Isabella's. Decido no decir nada y seguimos andando. Oh, me ha traído al Bimba's. Bueno, no es tan grave, son de la misma dueña, se habrá confundido.

Nos sentamos en una mesa de dos, en el primer piso. La vela del centro está encendida y el ambiente tenue le da cierto aire romántico. Estoy a punto de decirle algo bonito presa del ambiente, de este arrebatado de romanticismo, de este gesto espontáneo que ha tenido cuando le suena el teléfono y lo coge.

—Cariño, es una urgencia, ahora vuelvo —dice, saliendo del restaurante.

Miro el reloj a cada minuto que pasa. Pido una copa de vino. Y otra. Ya van quince minutos, y mi arrebatado es distinto al anterior. Se supone que es una cena de dos, que hoy no trabaja..., que todo va a volver a ser como antes, pero nada ha cambiado. El trabajo es siempre lo primero.

Cojo el móvil y llamo, porque es lo que me apetecía hacer antes, y sigo queriéndolo. Si él puede hablar e ignorarme, yo también.

—¿Cómo va tu cena, novicia? —dice directamente, ni un hola ni nada parecido.

—No ha empezado aún. Lo han llamado de urgencias —exclamo frustrada—. ¿Marcos?

—Dime.

—Tienes razón —confieso, dándome cuenta del vacío que siento ahora mismo, de lo tonta que he sido pensando que volvería a tener un sentimiento que hacía tiempo que había desaparecido.

—¿En qué?

Sin rodeos, lo suelto sin pararme a pensar demasiado en mis palabras. Porque me he tomado un par de copas sin haber comido, y no estoy acostumbrada.

—Puede que necesite un buen polvo.

—Lo sé. ¿Cuándo tuviste tu primer orgasmo?

Mi primer orgasmo. Creo que soy capaz de recordarlo, exactamente con quién, cuándo y cómo. En realidad, sería gracioso haber sido conmigo misma, intentando satisfacer mi deseo, descubriendo el camino secreto a la felicidad. Pero no fue así. Tenía diecinueve años, y no había nada más excitante que experimentar con él. Se trataba de descubrir y demostrarnos hasta dónde podemos llegar, hasta donde era capaz de excitarlo. Hugo era mucho más versado que yo, tenía más años y más experiencia.

Es curioso que normalmente así sean las cosas, que sean las mujeres las que aprendan cuando debería ser al revés, pues creo firmemente que una mujer es mucho más compleja en la cama que un hombre. Recuerdo la primera vez que Hugo bajó su cabeza entre mis piernas, acariciándome los muslos por la parte interior. Creí que aquello era lo más magnífico que había sentido, y no había nada más fascinante a mis tiernos diecinueve años. Allí fue donde tuve mi primer orgasmo, y no fingí porque, con las novedades no se puede fingir. Solo he llegado a fingir cuando con posterioridad, sabía lo que debía esperar y aquello que esperaba no llegaba.

—A los diecinueve.

—Bien, porque ahora voy a darte uno mucho mejor. ¿Qué llevas puesto, Luci?

—¿Perdón?

—Que si llevas falda —repite.

Madre del amor hermoso. Algo abrumada y con un sonrojo incipiente, miro hacia el plato vacío. Acabo de tomarme dos copas de vino con el estómago vacío y eso ayuda un poco a que esté algo más desinhibida.

—Llevo un vestido de flores.

—Imagina que estoy en la mesa de atrás, que me levanto, me siento delante de ti y que, sin avisar, te pongo una mano en la rodilla. Voy subiendo la mano por tu pierna, por el interior de ese muslo firme y de piel tan suave, hasta llegar a tocar la tela de tus bragas.

Jesús, tengo los ojos medio cerrados y me lo estoy imaginando.

—Es un tanga negro de encaje —murmuro, deseando que nadie me escuche.

—Novicia traviesa..., así me gusta. Rozo la punta de las yemas por encima de la vagina, poco a poco. El ambiente se está caldeando, lo notas ¿cierto?

—Lo noto —le aseguro.

—Bien, porque hago que abras bien las piernas y meto los dedos por debajo de la tela de las bragas. Estoy tocando tu vello crujiente hasta llegar a los pliegues de tu coño. Estás mojada, Lucía. ¿Verdad?

—Verdad.

Llamadme lo que queráis, pero Marcos me está poniendo como una moto. Siento cómo mi libido se me dispara y cómo mi vagina se humedece.

—La acaricio despacio, cada vez más insistentemente hasta que llego al clítoris y tú gimes. Vamos, Lucía, gime para mí.

—Mmmmm —hago, sin muchos miramientos, olvidándome de que estoy en medio de un restaurante.

—¿Sabes qué hago ahora? Me escabullo por debajo de la mesa y te arranco el tanga con las manos. Ahora tengo a la vista tu coño empapado, listo para ser comido por mí. No lo demoro porque estoy jodidamente ansioso, Lucía. Mi lengua se desliza ávida y delicada por cada pliegue, robándote ese néctar que sale de tu vagina. Te estoy comiendo el coño, Lucía, y te está encantando.

Hiperventilando, esto es lo que estoy. No puedo evitarlo, y por suerte el mantel tapa mis piernas, así que busco mi vagina con los dedos de la mano derecha y empiezo a tocarme. El alivio es instantáneo, pero pronto me doy cuenta de que el remedio es peor que la enfermedad, porque quiero más.

—Continúa —le ruego a Marcos cuando noto que está callado.

—Lucía, dime por favor que te estás masturbando en medio del restaurante —murmura.

—Sí —respondo dejando ir un suspiro.

—Joder, qué cachondo me has puesto. Ahora te estoy dando placer con la lengua y añado un dedo a la ecuación, volviéndote aún más loca. Con cuidado, introduzco uno de los dedos dentro de ti, sintiendo el calor de tus paredes vaginales. Estás moviéndote ya de la silla, a punto de correrte.

Mierda, no puedo correrme delante de todo el mundo, no puedo. Así que me levanto, aún con el teléfono en la oreja y salgo escopeteada hasta el baño. Cuando llego, me encierro en uno de ellos sentándome con la tapa puesta encima del inodoro, volviendo a lo que estaba haciendo antes.

—¿Marcos?

—Dime.

—Te has detenido y, con disimulo, hemos bajado hasta el baño, porque tú también estás muy cachondo —empiezo a narrar, imaginándome que está aquí dentro, conmigo.

—Entiendo. La verdad es que tengo la polla a rabiar, me aprieta en los calzoncillos así que me desabrocho el pantalón.

—Yo pongo la mano encima y la siento. Ese mástil a punto de izarse.

—Qué coño, es una polla, y lo que haces es arrodillarte para comértela. Me bajo los calzoncillos y la libero. Es grandecita, nada comparado a lo que has visto antes.

—Si tú lo dices... —bromeo.

—Lo es, novicia, te lo aseguro.

—Deslizo mi lengua por encima del glande y hago círculos en él. ¿Es así como te gusta?

—Sí. Luego la empapas bien con la saliva, y juegas con la punta. Dejo ir un poco de líquido preseminal porque estoy muy, muy cachondo. Esta falda que me traes... Dios, no puedo aguantarlo más, y después de cinco o seis mamadas enteras te levanto, te cojo por ese par de glúteos que tienes, y te empotro. Entro del todo de una estocada, Lucía, y tu gimes porque te encanta.

—Oh, sí... —gimo.

Introduzco varios dedos, estoy casi a punto de llegar al orgasmo.

—Entro y salgo, entro y salgo llevándote a la puta gloria.

—Sííí —exclamo de golpe, corriéndome.

—¡Joder, Lucía! —escucho que dice él.

Dios, creo que también se ha corrido. Intento recuperar el aliento, la dignidad y la compostura levantándome mientras aún me tiemblan las piernas.

—Marcos, tengo que colgar —digo con rapidez, y eso hago.

Cuando salgo, hay una mujer lavándose las manos que me mira raro. Por favor, qué bochorno, seguro que sabe qué acaba de pasar. No me atrevo a mirarla a los ojos mientras yo misma me lavo

las manos y luego vuelvo a la mesa, donde Carlos ya está sentado.

Espero que no se dé cuenta de lo sonrojada que estoy, ni de mi absurda cara de felicidad después de tener un orgasmo.

—¿Dónde estabas? Llevo diez minutos esperando.

—¿Qué? —pregunto, sin dar crédito a lo que escucho.

—Va, pidamos que se nos hace tarde —dice de mal humor.

—Se me ha quitado el apetito —suelto yo entonces, y él cierra la carta.

—Joder, Lucía, eres imposible. He venido aquí expresamente para... —exclama frustrado sin terminar la frase.

—Hace tres meses que ni me miras, Carlos. Ni siquiera me tocas, y ahora de golpe esto. ¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto yo entonces.

Sé que lo que acabo de hacer en el baño está mal. La gente no va teniendo sexo telefónico por la vida, lo sé y soy consciente de ello, y de que tengo que ser sincera con Carlos y decírselo. Pero también quiero saber qué es lo que a él le pasa antes de tener ese arrebatado de sinceridad.

—Mira, pasa que tus padres están muy pesados con el tema de que nos casemos. Yo te quiero, Lucía, pero este es un paso muy grande, de mucha responsabilidad y ahora mismo estoy muy estresado en el hospital.

Entonces lo entiendo todo, la comida en casa de mis padres y su insistencia acerca de un tema extraño, los rumores de los que Bárbara hablaba... todo encaja a la perfección. Hago que no con la cabeza, sin creérmelo.

—Carlos, tendrías que haberlo hablado conmigo. Yo... no quiero casarme de momento —confieso.

—¿No quieres casarte conmigo? —pregunta entonces.

—Si te soy sincera, no —digo, sin rodeos.

Después de una pequeña pausa, saca algo del bolsillo. Dios bendito, que es un anillo. ¡Es un anillo! ¿Qué les pasa a los hombres últimamente?

—¿Qué haces? —exclamo, alarmada.

—Iba a pedírtelo, pero ya veo que no quieres. Lucía, sé que no estamos bien y que he cometido errores que son imperdonables, pero tus padres pueden llegar a ser muy insistentes y yo... exploté —dice entonces.

Esto no me gusta. ¿Explotar? ¿Cómo? ¿Cuándo? No sé de qué me habla.

—No entiendo qué quieres decirme —susurro entonces.

—Estaba hundido y hubo... una mujer. No siento nada por ella, te lo prometo, nada de nada, solo fue un paño de lágrimas y... —no termina la frase.

Pienso con rapidez, y creo que me está diciendo que me ha engañado con otra mujer. Con palabras extrañas y significados ocultos, pero eso, al fin y al cabo. Increíble.

—¿Te has acostado con otra? —pregunto, fijando mi mirada en la suya, penetrante y algo aturdida.

—Sí, pero no es lo que piensas.

Dios, no puedo creerlo. Durante tres meses me ha estado engañando con otra mientras yo soportaba sus charlas banales y estúpidas, sus aburridas operaciones, esa manía de no volver a poner la taza del wáter bien puesta y lavándole los malditos calzoncillos. Por no hablar de sus ronquidos incesantes por la noche.

Me levanto de golpe, no quiero escuchar nada más de lo que me diga.

—Vámonos —prácticamente le ordeno, y es lo que hacemos tras pagar las dos copas de vino.

El trayecto hasta el piso es silencioso. No dejo de mirar a la carretera y de darle vueltas al asunto. Y yo que estaba preocupada por haberme masturbado en el baño del restaurante, pero sin duda lo mío es mucho peor. Me ha sido infiel, seguramente delante de las narices de toda mi familia, mi mejor amiga... delante de todo el hospital. Me pregunto si alguien lo sabía y me ha ocultado esta información.

Cuando llegamos y cierro la puerta, tengo muy claro qué es lo que tengo que hacer. No hay nada que tenga más claro. En el fondo, sabía que esto, tarde o temprano, con o sin engaño, terminaría sucediendo.

—Quiero que te vayas, ahora —ordeno, con voz autoritaria.

Creo que está terminando de asimilar mi frase, porque no deja de mirarme, pero no reacciona.

—¿Me estás echando? —pregunta finalmente.

—Es mi casa. Me has engañado, Carlos, y has tenido la desfachatez de pedirme matrimonio después de eso. ¿Qué clase de persona hace tal cosa? No quiero seguir viéndote la cara, no después de esto.

—Ya te he dicho que no ha significado nada, Lucía —vuelve a decir cual corderito manso.

—Me da igual, pero has estado tres meses, Carlos, tres meses estando mal por algo y sin confiar en mí. Y encima has confiado en otra persona y te has acostado con ella, cosa que para mí es traicionarme aun más. Si no podemos tener esta clase de confianza, que para mí es la base de una relación, no tenemos ningún futuro. Así que, no alarguemos las cosas, vete ya.

—Si me voy, no vuelvo —me advierte, levantando el dedo acusadoramente.

—Por favor —exclamo—. Deja la llave encima del mueble.

Lo siguiente que hago es encerrarme en el despacho, quizás la única habitación dónde Carlos no tiene nada. Me siento en la silla, algo ida. Todo ha pasado tan rápido que no tengo tiempo ni de asimilarlo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que oigo un portazo que hace que salga de mi ensoñación. Carlos se ha ido, y es para siempre. Abandono el despacho y voy hasta la cama, donde después de quitarme los zapatos y el vestido, me tumbo con la ropa interior puesta.

Ahora mismo no quiero sentir nada, solo tragarme esta tristeza que me embarga y dormir.

Mañana será otro día.

## Y entonces llegó ella

Marcos

Cuando pienso en mi infancia, miles de burbujas de jabón se visualizan en mi mente, subiendo hacia el cielo llevadas por el aire. En ellas se reflejan cientos de colores, el arcoíris entero, que solo puedes ver durante unos instantes antes de que la burbuja explote y desaparezca. Me gustaba comprar en la feria esos potes de jabón pequeños para hacer burbujas viendo cuánto tardaban en desaparecer. Era extraño, porque sabía que tarde o temprano la burbuja terminaría explotando, pero aun así contaba los segundos que aguantaba cada una.

Lucía es como una de esas burbujas de jabón, ingravida, frágil y efímera, e igual que ellas ha terminado desapareciendo de mi vida.

Hace exactamente una semana que no sé nada de ella. Nada de nada. Esperé a la mañana siguiente para llamarla, pero no me lo cogió, lo tenía apagado. Le dejé un mensaje, pero nada, ni siquiera lo recibió. Tras tres días sin noticias de Lucía, yo ya estaba que me subía por las paredes, incluso pregunté a mi hermano si sabía algo, si había algún cotilleo en el hospital. Y sí que lo había. El noviete ya no lo era.

Estuve rompiéndome la cabeza acerca de si me culpaba a mí, o de si realmente no había tenido nada que ver. Entonces, ¿por qué no me hablaba? Se avergonzaba de lo que había pasado, no dejaba de ser Sor Lucía y para ella el sexo telefónico era algo novedoso y demasiado fuerte, esa fue mi conclusión más racional.

Lo raro es que hace también una semana también que no hace el programa de radio, y allí han dicho que está enferma, entonces empiezo a dudar sobre si le ha pasado algo grave, y quiera o no, me preocupa.

—¿Me escuchas? —dice Alba de golpe, sacudiéndome los pensamientos.

—No, perdona.

Seguimos en la cama desnudos después de un polvo un poco extraño, al menos por mi parte. Normalmente me cuesta poco excitarme, basta con un poco de jugueteo, desnudarlas poco a poco, con besos profundos y meterles mucha mano. Pero hoy he necesitado cerrar los ojos y recordar los jadeos de cierta persona para poder empalmarme.

Sé que le dije que borraría la foto, pero sigo teniéndola en el móvil y a veces la miro. Como he hecho antes de que Alba apareciese por la puerta.

—He estado pensando en el final de la película y... Guau, ¿no crees?

Alzo la vista hacia Alba. Creo que trabaja en Mapfre, una compañía de seguros, no se qué hace exactamente. Es mi prototipo de mujer, alta morena y un buen culo. También tiene una cara bonita.

—¿Guau? —pregunto, sin entender muy bien a qué se refiere.

—Sí. Impactante.

—Lo ha sido. Bonita, creo que ya es hora de que termine nuestro *rancontré*. Mañana tengo clase, ¿sabes?

Tener esta clase de conversación postcoital no es el sueño de mi vida, la verdad.

—De acuerdo —dice sin protestar, levantándose de la cama completamente desnuda.

Está intentando tentarme, quiere quedarse más rato y meterme mano, pero yo estoy cansado y no tengo el cuerpo para esto, así que pongo mis ojos en la pantalla del móvil donde, milagrosamente, hay un mensaje.

No me lo creo, es Lucía.

«Siento haber desaparecido, no ha sido nada personal. ¿Puedes hablar?».

Una parte de mí, esa que tiene cierto orgullo y amor propio la mandaría a la mierda después de una semana sin saber nada ni responder, pero otra parte más sensible me recuerda que seguramente ha pasado por una ruptura traumática, o peor, una enfermedad real así que decido ser comprensivo.

«Ahora te llamo».

Veo que Alba ya se ha vestido, así que me pongo los pantalones y la acompaño a la puerta. Antes de salir me sonrío.

—Lo he pasado muy bien. Pronto repetiremos —dice, alargando el cuello para besarme, pero yo pongo la mejilla.

—Claro, bonita —susurro, impaciente por hablar con otra.

La otra. La del teléfono. La sin rostro. La voz radiofónica. Ella. La que echaba de menos. En el fondo, sé que no debería ser así, pero me siento mal. Como si estuviese engañando a alguien, cuando no es nada remotamente parecido.

En cuanto cierro la puerta, marco el número, y después de dos pitidos me lo coge. No me da tiempo ni a decirle hola, porque empieza a hablar.

—Se acostó con otra y quería pedirme matrimonio. ¿En qué galaxia vive? —es lo primero que me suelta.

—En una muy, muy lejana. Has desaparecido durante una semana, estaba preocupado —confieso, poniéndome serio.

—Yo... lo siento. Pero es mi *modus operandi* cuando algo malo me pasa. Me encierro en mí misma, saco toda la mierda y luego renazco de mis cenizas como en ave Fénix.

—Qué metafórica estás, novicia. ¿Y qué has hecho durante tu hibernación?

—Comer helado de pistacho, ver películas dramáticas y escribir.

—No me digas que ya tienes tu próximo libro de *chick-lit* listo.

—No escribo este género cuando estoy triste. Soy incapaz.

—¿Entonces qué escribes?

—Nada, no tiene éxito.

—Oh vamos, no te hagas de rogar con esto, ya eres suficientemente estrecha con otras cosas —suspiro.

—Creo que esto ha quedado totalmente desmentido. Dios, aún no se que se me pasó por la cabeza para llegar a hacer aquello —dice arrepentida.

—Lo disfrutaste mucho, novicia.

Y yo también. Le diría de repetir ahora mismo, y mira que acabo de echar un polvo, pero...



—Lo sé, y no debería haberlo hecho.

—Deja de fustigarte, acepta tu sexualidad sin complejos. Tengo curiosidad de por qué eres así. ¿Tuviste una educación religiosa?

—Sí.

—Empiezo a entenderlo todo. No te preocupes, novicia, todo se supera. Ahora pásame el material, tengo ganas de leer qué te ha llevado una semana.

—No te va a gustar.

—Vamos, no puede ser peor que el *chick-lit*.

—Es... empalagoso y un poco... uff, bueno, ya me dices, enseñándote esto me estoy tirando a la piscina. Es muy personal, te lo advierto —dice temerosa de mi reacción.

—Envíamelo y cuando tenga tiempo le echo un vistazo, y te digo. ¿Estás bien? Creía que me habías dicho que no le querías —insisto en lo del novio.

—No me ha dolido el hecho de que se liase con otra, ha sido la forma con la que lo ha hecho y la poca confianza en no decírmelo cuando tocaba. Lo que quiero decir es que me ha dolido la traición, ¿sabes? El engaño y el querer seguir con ello. No iba a decírmelo, y tenía un anillo en el bolsillo. Fue eso lo que me cabreó.

—Entiendo. ¿Te imaginas que dices que sí? Habría sido un adúltero antes de tiempo —intento bromear al ver que ya no le afecta tanto el tema.

—No puedo creer que lleve más cuernos que un venado de África —murmura, irónicamente.

—Yo tampoco. —Con lo buena que está, joder—. ¿Entonces a que ha venido eso de hibernar?

—En el fondo soy una cobarde, Marcos. Y que conste que te lo digo a ti porque estamos hablando por teléfono y porque no me conoces. Pero me he convertido en una caricatura de los noventa, de esas mujeres que tienen miedo a quedarse solteras, a entrar en casa y que no haya nadie al otro lado de la puerta.

Madre mía, su voz ahogada indica que está a punto de llorar.

—Pero Lucía, ¿qué estás diciendo? En primer lugar, decirte que estar soltero es lo mejor que hay, sin que tengas que estar pendiente de las necesidades de otra persona, sin...

—A eso me refiero, se me está pasando el arroz.

De golpe, me doy cuenta de que es posible que este término sea lo que me pase a mí.

—A mí también. Mis mejores amigos van a tener un hijo, ¿puedes creértelo? Yo no.

—Entiendo como te sientes. Hay una espinita clavada que te dice: oye, ese a lo mejor deberías ser tú.

—No exactamente. No quiero que cambie nada, ¿sabes? Todos estábamos bien, ¿Por qué ha tenido que quedarse embarazada? —suelto, sin comprenderlo.

—Es el reloj biológico. No se detiene, Marcos.

Dios, estamos entrando en una espiral muy peligrosa, y es mejor detenerla ahora que aún estoy a tiempo.

—Basta. No hablemos más de ese tema. Somos jóvenes y estamos vivos, ¿no? Esto debería bastar por ahora. Voy a leer tu relato antes de dormir.

—De acuerdo. Buenas noches, Marcos.

—Buenas noches, Lucía.

Pese a esta locura de conversación, cuando cuelgo estoy sonriendo igual que un niño con un caramelo. Ni siquiera me molesto en ponerme la parte de arriba del pijama, voy directo hasta el escritorio y cojo el ordenador, metiéndome en la cama con él. Abro el correo y, *voilà*, aquí está el documento. A ver cuáles son los verdaderos versos de sor Lucía.

Vaya, relatos cortos. Empiezo por el primero.

### 7 horas con Pablo

*Lo que debería o no debería haber hecho está de más. El pasado no puede cambiarse, pero sí los ojos con los que se mira y, mirando atrás, a veces no me reconozco.*

*Es la una y media del mediodía, el calor no es agobiante para estar a finales de julio, pero el sol es intenso. En Barcelona siempre lo es y me gusta. Una persona friolera como yo tiende a tener las manos y los pies fríos en cualquier época del año y el sol es un buen recurso para recuperarse.*

*El camino hacia el aeropuerto se está haciendo eterno pese a que voy por encima de la velocidad permitida y llegaré antes de tiempo. No me importa, esperaré delante de la terminal con el aire acondicionado y la música medianamente alta pensando en todo y en nada, como ahora. Debiera haberle mentado y decirle que no estaba en la ciudad, no se habría enterado y es comprensible, la gente suele emigrar a la costa en verano para tostarse al sol y yo no soy una excepción, pero dentro de dos días tengo un concierto aquí y tenía que quedarme sí o sí.*

Es personal. Puede que la situación que narra sea ficticia, no lo sé, pero sé que es personal. Sujeto el vaso y mantengo el vidrio tocando mis labios has que lo vierto para beber, siguiendo con los ojos puestos en la lectura.

*Pablo y yo no tenemos una historia sencilla, ni siquiera estoy muy segura de tener una verdadera historia. No es sencillo hablar de él, como todo lo que nos ha importado y perdemos en el camino y nunca acabamos de olvidar.*

*¿A quién pretendo engañar? Le hubiese dicho de vernos, aunque tuviese que venir expresamente desde la otra punta del país porque estoy hecha de esa materia de la que están hechas las pasiones, pues en mi fuero interno deseo verle de nuevo, ver esa cara de despierto con una pizca de aire pillo e intelectual, igual que cuando lo conocí. Su seguridad me golpeó, es lo que más me llamó la atención de Pablo. Estaba en una ciudad desconocida, con gente que acababa de conocer y hablaba con soltura y entendimiento, sin vacilaciones, sin evasivas. Raramente se callaba algo y cuando lo hacía es que tenía sus motivos de peso.*

*Verdaderamente así es él, no como yo que desprendo una falsa seguridad en mí misma que al abrir la boca y temblarme la voz se me descubre ese miedo a todo y a nada a la vez. Puede que le atrajera mi serenidad; él siempre tan nervioso y sin parar quieto y yo tan paciente y templada... puede que fuéramos las dos caras de una misma moneda, puede que no.*

La curiosidad por saber de quién está hablando es muy grande, y entonces recuerdo ese ex novio de la universidad. Seguro que es él.

*Allí, en una conferencia, nos vimos por primera vez. Apenas llevaba una semana en la universidad y con las chicas decidimos ir a esa fiesta, aunque acababa de volver de París. Siempre me ha enamorado aquella ciudad, nunca me canso de París; es la Babilonia de los eternos románticos incurables y la tierra prometida de los que viven para recordar épocas mejores, la ópera prima de los artistas, el color de la ciudad en la cual pasan nuestros sueños.*

*Una vez oí que la gente que ha tenido una infancia feliz es feliz el resto de su vida adulta.*

*Pues creo que esto es una gran falacia, la gente feliz es aquella que hace lo que le hace feliz ya que, aunque de pequeño no lo hubieses sido, ahora conoces la felicidad e igualmente, si lo*

*fuiste de pequeño, sabes lo que es ser feliz y ahora no lo eres o continúas siéndolo. De todos modos, no sé qué es mejor puesto que si fuiste feliz de pequeño y ahora no lo eres, lo echas de menos y anhelas volverla a sentir de nuevo, puedes incluso idealizarla. En cambio, si nunca has conocido la felicidad, nunca vas a echarla de menos. Si extrapolo esta idea al amor, ¿es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado?*

Qué típico de Lucía, siempre filosofando sobre lo que no entiende.

*No recuerdo quién escribió esto, igual que tampoco recuerdo la primera vez que me crucé con Pablo; llegaba de París, cansada del tren y con una bolsa llena de recuerdos y ropa que apenas conseguía arrastrar. Nos cruzamos con ellos, un par de conocidos que luego se convertirían en amigos y entre ellos, Pablo. Dejé las cosas en la habitación de mi amiga y me uní a la fiesta.*

*O eso es lo que me contó una semana y media más tarde, en su cocina intentando que no se me quemara el pollo troceado a la par que él se reía de mis pésimas dotes culinarias.*

*—No has freído un huevo en tu vida —decía, chinchándome.*

*—Alguno sí, solo necesito un poco de práctica —intentaba justificarme yo, que solo cocinaba cuando era estrictamente necesario.*

*Hay gente que vive para comer, yo como para vivir.*

*—No sé cómo vas a sobrevivir estos seis meses.*

Así que no sabe cocinar... como yo.

*No, no fue amor a primera vista. Raramente lo es. No me volvería si pasase a mi lado por la calle como si fuera un completo desconocido. Ahí reside la esencia básica del savoir faire de conocer a alguien, de saber lo que está pensando, de conocer sus reacciones. Si su cuerpo fuera un mapa, sabría exactamente dónde está el tesoro.*

Si algo tengo claro a partir de aquí es que el chaval no era atractivo. Pero Lucía no tiene pinta de ser de las que pierden el culo por una cara bonita, ella necesita mucho más.

*Los turistas y viajeros entran y salen continuamente de la terminal. Aparco en un hueco con rapidez. Aquí estoy, dentro de un cuarto de hora su avión aterrizará y tendremos siete horas. Serán siete horas con Pablo antes de que coja su tren y nos digamos adiós, hasta otra. Este es nuestro sino, encontrarnos y separarnos. Es algo que ya tengo asumido, como que el agua del mar es salada y el fuego quema. No hay un porqué sino muchos, demasiados. Pablo llegó a mi vida como una estrella fugaz y desde entonces mi cielo no ha vuelto a ser el mismo.*

*Es probable que yo no tuviese ese efecto en él, pero quién sabe. La verdad es que hoy por hoy, prefiero ignorarlo. Hubo una época en que quise saber, saber todo lo que yo era o había sido. Puede que buscara una respuesta que no existía, hubiese preferido que me dijera que solo fui una mera diversión, un juego. Puede que entonces no hubiera vuelto a él y que, hoy por hoy, no tendría esas siete horas por delante. Nunca sabré si no lo dijo porque era mentira o por no herirme. No quiero mentiras, pero las prefiero a las medias verdades, porque entonces, dejo demasiado a la imaginación. Puedo auto convencerme de algo con algunos indicios y seguir ahondando en la ilusión creada. No saber me mató y me convertí en alguien que no quiero volver a ser, alguien que se parecía a mí pero que no era yo.*

*Salgo del coche con un vestido de verano que resalta el moreno de mi piel y camino con altivez hasta la salida desde donde todos los pasajeros recogen su equipaje recién llegados a su*

*destino. Sé que no debería estar aquí, que igual que en Crónica de una muerte anunciada me dirijo hacia algo inevitable e irresistible. Pero no sé hacerlo, no sé decirle no. Nunca he sabido y espero que en cierto punto logre hacerlo, pero hoy por hoy aquí estoy, esperando que salga por la puerta. Como aquella tarde en la que fui a arreglar las cosas; no me acuerdo cómo fue ni por qué, pero me enfadé. Abrió la puerta de su piso todo sudado, acababa de llegar de correr. Le encanta correr; creo que hay dos clases de personas, las que no piensan mientras corren y las que piensan demasiado.*

*Si, yo soy del segundo grupo y esto a veces puede ser perjudicial. Siempre fui pudorosa, tenía la extraña sensación de que no era lo suficientemente sexy, que si algún tío me veía desnuda saldría corriendo. Con Pablo todos mis prejuicios se fueron a la mierda y me descubrí como una pequeña diosa a la que la libido le subía cada vez que Pablo me tocaba, al que le ponía a cien cuando me acercaba a su cuerpo y lo miraba con mis ojos lascivos. Pablo fue un maestro estupendo y yo una aprendiz excepcional.*

Aún sigue siendo esa muchacha pudorosa, y no creo que deje nunca de serlo, pero supongo que con confianza, todo se logra. Jodido capullo, que lo consiguió.

*Aquella fue mi primera vez; no miento al decir que estaba enamorada de Pablo y que no me arrepiento, ni siquiera ahora. Porque no es amor aquel que no nos perturba el alma y no nos hace cuestionar que es lo que hemos sido hasta ahora. Solo un cuerpo no albergaba más sueños de los que ahora en un solo instante podré alcanzar. Nos devora un cautiverio interior que con el solo rubor de mis mejillas lo delata y empieza la cuenta atrás de hasta cuánto, amor, hasta dónde puede llegar esta pasión que encendiste en mí y me consume. Cuántas notas este piano tendrá que hacer sonar hasta que vuelva a ser el cuerpo que antaño ni se inmutaba cuando, por, casualidad podías rozarme.*

*De reojo veo, pasados unos diez minutos, cómo su silueta avanza hacia dónde estoy, arrastrando una pequeña maleta.*

*—Hola, ¿qué tal? —me saluda.*

*Al girarme y verlo de frente me quedo unos instantes sin respiración y, algo cohibida, le doy dos besos.*

*Es extraño, no recuerdo haberlo hecho antes. Intento no establecer contacto visual; me he propuesto ser la dama de hielo, no sentir nada, igual que si fuese un amigo que hacía tiempo no veía. Dejar cualquier sentimiento a un lado, dejar que lo que sentía no interfiera, empezar de cero sin empezar. El pasado no existe, solo el presente. Normalizar la situación, respirar el mismo aire que él sin apenas notar su presencia. Pero va a ser más difícil de lo que esperaba, por eso mido mis palabras una a una, mido mis gestos y mantengo el control.*

*Si, concéntrate, camina con normalidad, pregunta por los demás, por sus padres y sus hermanos. Omite que su madre te ha agregado como amiga en el Line, es algo raro y absurdo porque ni siquiera llegaste a conocerla. Pregúntale por Grecia, con normalidad, aunque no te interese demasiado. Sí, te dijo que iba a ir a un festival de música, es uno genial al que te encantaría ir, porque eres así de hipster con los grupos musicales. Por favor Pablo, si ni siquiera te gusta The Doors o The Police. No, él solo va por la fiesta. No tiene la culpa de tener amigos con buen gusto musical.*

Luci, si le das mil vueltas a ese capullo, ¿qué coño viste en él?

*¿Sabes Pablo? Antes de que me llamaras y dijeras que venías, pensaba que ya me había olvidado de ti.*

*Sí, en realidad habían pasado cuatro meses desde que terminamos, cinco que hacía que no nos veíamos. No saber de ti era de gran ayuda, cada día era más fácil no pensar en ti. Había semanas que apenas recordaba tu existencia. Bueno, sobre lo que teníamos o al menos en lo que yo creía que teníamos. A veces es tan fácil confundirse que llegué a perderme, pero, quién dijo que las cosas fueran fáciles. Nunca llegué a imaginarme que llegaría a perderme tanto, que mi identidad se difuminase hasta tal punto de no encontrarme porque hubo veces en las que ya no sabía en qué creer. Pero no fui yo el problema sino tú, y esto tardé en comprenderlo.*

*Para llegar a amar a otro primero hay que quererse a uno mismo y cómo te vas a querer si no sabes ni quién eres ni lo que quieres. Tu actitud de incertidumbre, de no saber hizo que dudara de mí misma, hiciste que me sintiera cada vez menos importante y más pequeña. Yo era magnífica y me convertí en un ser que no se reconocía en el espejo.*

Está claro que le hizo daño. ¡Jodido capullo!

*Hasta que te alejaste no me di cuenta, y poco a poco he ido reconstruyéndome, me hiciste ser peor persona y sacaste todo lo malo de mí y yo me dejé. Pero esto, Pablo, nunca lo entenderás, llamarás drama a la situación y dirás que no es importante porque, en algún punto, supervivencia para ti fue sinónimo de egoísmo. Reprimiste toda empatía y la guardaste y enterraste. Es difícil querer a alguien si no lo comprendes. Ya apenas recordaba tu rostro con claridad, las fotos hacían de memoria. Y tu voz desapareció casi por completo. Cada día era más fácil no pensar en ti, reconstruí pedazo a pedazo el corazón que rompiste, la confianza que quebraste, el rencor con el que me golpeaste. Y ahora soy magnífica de nuevo.*

*Y aquí vuelves a estar, creo que lo estás viendo, tengo una sonrisa de par en par, como si nunca me hubieras visto llorar. Si, aquí estoy, con luz propia.*

*Pero no soy rencorosa y cuando te miro, con esos ojos castaños de miope operado y esa barba demasiado larga para mi gusto, con la que siempre digo que pareces un vagabundo, no pienso en estas cosas. ¿Cómo fue? Ah, sí..., ya recuerdo, fue una noche en una de las discotecas, la siguiente a la que nos quedamos solos y no llegaste a besarme porque te dije que tenía por costumbre no besar a los chicos en la primera cita. No, no fue una cita y tampoco era la primera vez que nos veíamos, pero fuiste prudente. A la segunda vez en la que mi compañera de piso ya sospechaba que entre nosotros había algo más, nos dejó solos a propósito y allí si que te lanzaste. ¿Fuimos demasiado rápidos? ¿Te lanzaste antes de tiempo? ¿Nos conocíamos lo suficiente?*

*Qué importa ya. Pero no, no lo planeamos, para nada.*

*Durante las primeras semanas fue divertido vernos a escondidas, quedar a solas sin que nadie lo supiera. Me gustaba tener este pequeño secreto, porque cuando estábamos en grupo nos mirábamos con complicidad, nos rezagábamos sin darnos cuenta y hablábamos con susurros. Aún no estaba enamorada de ti, pues como dije, me pareciste una aventura pasajera. Mis amigas me preguntaban sobre ese lígüe y daban por hecho de que sería solo eso, un lígüe de universidad sin complicaciones, porque yo así se lo hice creer, porque así lo creí yo.*

*Las semanas pasaban casi sin darme cuenta, no hice gran cosa, pero si me corrí muchas juergas; no estaba acostumbrada a beber tanta cerveza y creo que desde entonces ésta no me va a saber igual. No, no hubo más hombres, puede que flirteos sin intención por mi parte, pero en*

*estas cosas soy muy torpe para darme cuenta cuándo un hombre está siendo amable y cuándo quiere algo más. Jamás me doy cuenta de ello e inocente de mí, siempre pienso lo mejor. Por eso sigue sorprendiéndome cuando alguien me pide una cita o intenta besarme. No, tienen razón al decirme que muchas veces no me doy cuenta de mi propio atractivo. Pero allí, de pie, en medio de la terminal sí noté ciertas miradas de algunos pasajeros. Puede que Pablo también se diese cuenta.*

*Llegamos donde estaba mi coche y subimos. Admite que es un coche fantástico, el color rojo ayuda y que sea un deportivo también. Lo cierto es que no entiendo mucho de coches, sé cuatro cosas básicas sobre motores y aerodinámica, pero me encantan. Montar en un coche potente, oír su rugido limpio y grave al arrancar, la suavidad en el cambio de marcha, la velocidad en las curvas. Mi estilo es ir a una media de ciento ochenta por la autopista. Puede que sea un caso perdido y nadie más lo sepa salvo Pablo.*

*Porque no soy la mejor en los estudios, mi vagancia me supera, me gusta la fiesta más de lo que debiera y sabe Dios que me han tenido que meter en la cama de lo borracha que iba. Pero no soy mala persona, creo que por eso doy la imagen de estudiante de historia sin mucha vida social, tímida, simpática. Qué demonios, soy géminis, puedo tener ambas personalidades. Porque sí, a veces los domingos adoro quedarme en casa viendo una peli ñoña con un helado y Nutella. Pero iba a confesar algo que no le he dicho a nadie, ni siquiera a Pablo. Debía tener unos quince años cuando por casualidad vi esa película, Taxi. No la francesa, la americana. Ésa en que Queen Latifah interpreta a una taxista muy dura y rápida que ayuda a un torpe inspector a atrapar a una banda de ladronas de bancos que son inalcanzables. Pero hay una escena en particular que marcó mi etapa de adolescente, cuando la banda de chicas malas sale del banco y, concretamente Gisele Bündchen, se quita la máscara y el resto del disfraz y entra en el BMW 760i, en aquella época lo más. No, no me di cuenta de que también me iba el pescado, sino que quería ser como Gisele, estar así de buena y tener un coche espectacular y conducirlo de manera increíble. Evidentemente de aquel sueño adolescente quedó el gusto por los coches y la aspiración a tener un cuerpo diez, cosa que aún sigo intentando.*

*Vamos a la playa. Uno de los apartamentos de verano de mis padres está vacío así que nos cambiamos allí, cada uno en un baño distinto, y vamos hacia la costa. Está algo callado, me explica que ha ido directamente al aeropuerto porque había tenido una fiesta y que ha dormido pocas horas en el avión. Bueno, eso y la resaca. Siempre hay resaca. Nos tumbamos en la arena, despreocupados.*

*Nos besamos, ni siquiera lo pienso. Su sabor se mezcla con la sal del mar y poco a poco me va desvistiendo hasta que me quedo completamente desnuda. Hago lo mismo y vamos hacia la habitación grande. Entra con facilidad, primero mientras estoy contra la pared y luego cuando me coge en brazos. Con cada postura distinta cierro los ojos y recuerdo aquellas noches en la universidad donde las paredes de las habitaciones parecían hechas de papel y a veces tenía que taparme la boca porque gritaba demasiado. Nos corremos a la vez, jadeando.*

*Después de hacer el amor nos quedamos unos segundos tumbados, aún dentro de mí, algo extasiados. Había pasado mucho tiempo, pero tengo la sensación de volver a estar en casa. No hago ningún comentario, tampoco ninguna caricia o beso espontáneo que solía hacer.*

Quién la ha visto y quién la ve, ¿eh? Pero no voy a echárselo en cara.

—¿Nos duchamos? —dice él, tendiéndome la mano.

*Y eso hacemos, nos enjabonamos mutuamente y luego nos vestimos. Ya son las seis y media así que le propongo ir a un mirador en el que se ve toda Barcelona antes de que coja el tren para volver. Le dejo conducir el coche; en estas cosas los hombres son como los críos cuando se montan en una atracción, les encanta. Con la música a tope y las ventanillas bajadas cual macarras nos dirigimos hacia la otra punta de Barcelona. No he ido allí en mi vida así que pongo el GPS y le voy guiando en qué dirección ir. Hablamos de su verano, de mi verano, de lo que nos quedaba para el año que viene que estudiar. También de política; Pablo tiene verdadera pasión por la política.*

*Es un republicano de pura cepa y de izquierdas, pero en el fondo es de centro izquierdas, aunque él nunca lo admitiría. Siempre se metía conmigo por ser más de centro derechas y porque en el fondo, no creo demasiado en la política. Para mí los verdaderos políticos son aquellos que quieren hacer algo por los demás y sin ambición, pero no creo que ningún político esté donde esté sin una pizca de ambición.*

*La primera vez que vi conducir a Pablo fue en un viaje que hicimos por Francia, en Alsacia. Por aquél entonces ya lo habíamos dejado por primera vez, pero dar carpetazo a una relación estando en la misma universidad, la misma carrera y teniendo a los mismos amigos no es fácil. Por supuesto que caí, quise caer porque para mí no había un mañana, nunca pensé en más allá. Aún no entendí porque Pablo quiso dejarlo y como he dicho, no quiero entenderlo, sea bueno o malo. En aquel viaje me lo pasé muy bien, fue un paréntesis de lo que realmente era nuestra relación.*

*Coger su teléfono móvil como GPS fue una mala idea pese a que no teníamos elección porque yo me había quedado sin línea. A la mitad del camino le llega un mensaje de Andrés, su mejor amigo. El contenido me cae como un jarro de agua fría y me devuelve a la realidad. Me había dejado envolver por aquella nube de complicidad, de facilidad, de comodidad sin darme cuenta de que solo era un mero peón que estaba en medio de su camino. Sentirse un objeto es poco pues aquella simple frase de «te la has...», dejaba entrever aquella nada de lo que significaban para él esas siete horas. Se me hizo un nudo en la garganta e intento que un par de lágrimas no se derramen. Desvío la mirada hacia la ventana y respiro hondo del aire que entra, secándome el cabello húmedo. Mi decepción es enorme, pero no puedo dejar que me afecte, no otra vez. Estoy harta de abrir mi corazón y que acabe siempre roto, siempre por el mismo gilipollas del que sigo demasiado enamorada. Así que no lloro y me concentro en la canción que suena, una de David Guetta que había oído ya.*

*—¿Me han dicho algo por WhatsApp? —su pregunta me pilla desprevenida.*

*—Sí, Andrés —contesto sutilmente.*

*No quiero entrar en ese tema, no quiero pensarlo de nuevo.*

*—¿Qué dice? —insiste.*

*Giro la cabeza y lo miro reticentemente.*

*—Ya lo leerás tú mismo.*

*Capta el gesto enseguida.*

*—Me ha preguntado por dónde andaba y le he dicho que estaba contigo. ¿Qué me ha puesto? Acabo soltándole una frase de lo despectivo que me parece y se lo digo.*

*—Ponle que no.*

*—No sé como salir del GPS y volver a entrar —quiero que zanjemos el tema de una vez.*

*—¿Te has enfadado? —pregunta a la vez que me acaricia.*

*—No —miento.*

*Miento como nunca, pero no estoy enfadada con él sino conmigo misma. Al fin y al cabo, he sido yo quien lo ha permitido.*

*—¿Seguro?*

*—No estoy enfadada —repito yo.*

*¿Nadie le dio una leche a tiempo a este chaval? Me presento voluntario.*

*Nunca lo entendió y nunca lo va a entender. Porque yo soy una chica a la que criaron unos padres tradicionales, con comidas familiares y misa los domingos, con todo lo que conlleva eso de tener prejuicios hacia la libertad de salir con quien quieras y, sobretodo de sentirse una completa zorra cuando haces algo que, en el fondo, sabes que no está bien. Y el sexo es una de esas cosas. Y que alguien hable sobre ello aún empeora más ese sentimiento de culpabilidad, de inestabilidad y de asco hacia una misma.*

*El fin de semana pasado estuve en unas bodas de plata. Dos de mis tíos segundos celebraban que llevaban veinticinco años casados. Como en toda celebración pusieron un video con mil fotos y mil momentos grabados, algo aburrido todo sea dicho. Pero una precisa imagen en la que mi tío besaba a mi tía en la frente con infinita ternura me tocó algo dentro, sentí que aquello mismo era lo que quería, por muy aburrido que pareciese. Quería que alguien sintiera amor y ternura por mí, que fuese yo su primer pensamiento de la mañana, que me mirase a los ojos y me viera de verdad. Que viniera a verme expresamente y no fuera algo de paso. Que discutiéramos, como antes, dónde estaba el sitio ideal donde casarnos, el número de niños que tendríamos y sus nombres.*

*Puedo sentir su dolor a través de estas líneas, su frustración. Termino el contenido de la copa y siento asco por ese capullo que no la merecía.*

*Enseñarle por Google Maps aquel pueblo en la costa donde suelo veranear y que me dijera que seguro que su casa en las montañas tenía un paisaje infinitamente mejor y una iglesia con vistas más espectaculares. Bromear con que él vestiría a los críos con chándal y yo les haría llevar polos y vestidos con lazos. Pero no volvimos a hablar de ello, no hablamos de esto ni de nuestro pasado en común. Ni del futuro. No mencioné que no quería que se fuera, no le dije que le echaba de menos, que había noches en las que soñaba con aquellos besos y que la primera vez que hice el amor y no fue con él no pude evitar ponerme triste.*

*Porque me gustaba el calor que desprendía su cuerpo mientras dormíamos y que luego al levantarnos todo aquel frío que tenía hubiese desaparecido igual que si me hubiera quedado todo su calor. Me gustaba cómo adivinaba mis pensamientos solo con mirarme, que fuese algo indecente y me tocase el culo en un lugar público cuando nadie miraba, que criticase más que yo. Me gustaba que durmiera hasta el mediodía y yo poder dormir también sin remordimientos. Me gustaba su falta de patológica de puntualidad ya que llega más tarde que yo cuando casi siempre es al revés con todo el mundo. Me gustaba incluso cuando me reñía por mis chiquilladas y me sentía un poco Bridget Jones como cuando se lo hacía Darcy y eso me ponía. También me gustaba cuando me decía que era guapa sin maquillaje y le salía espontáneo.*

*Maldita sea, me gustaba casi todo. Porque a medida que pasa el tiempo lo malo se difumina y lo bueno se mitifica. Porque a cada beso que me da aquí, en el coche, mi corazón vuelve a latir de nuevo.*



*Llegamos al mirador tras una larga excursión en coche. Tenemos que andar unos minutos hasta llegar. Si, la vista es impresionante. Lo sería más si fuese de noche y las luces de la ciudad estuvieran encendidas.*

*Todo termina de vuelta al aeropuerto. Un simple beso en la mejilla y un adiós, nos vemos.*

*Quizás este es el final después de todo. Quizás esté deseando que sea el final, porque, aunque mi corazón aún lo quiere, ya no puede soportar el dolor que implica quererle. Quizás estoy poniendo un punto final a esta historia que ya está durando demasiado.*

Con una sensación extraña, cierro el ordenador y me voy a la cama, sin poder parar de pensar en Lucía. Lucía... ha sufrido, le han hecho daño. Lucía es... una mujer de carne y huesos, con cicatrices y con sentimientos. Lucía sigue creyendo en el amor a pesar de todo, no sé si es una ingenua o una idealista, pero se me antoja como alguien demasiado valioso como para echarse a perder. Lucía me importa, como pocas personas lo hacen.

## Desayuno con diamantes

Lucía

No debería haberle mandado esos relatos. Tampoco debería haberle seguido el juego en aquel restaurante. Por no deber, no debería haber hecho aquella crítica en Amazon. Para más inri, el *karma* se está vengando de lo lindo conmigo debido a este hecho porque acabo de recibir una mordaz, doliente y cruel crítica.

Como he comentado, soy masoquista, así que no puedo parar de leerla, y cuando más leo, más triste me pongo. Dice que un crío de doce años podría haber escrito mi libro y que no es coherente. Ahora mismo solo me apetece suicidarme. O, siendo algo menos drásticos, llorar.

—Estás fatal —sentencia Juan comiéndose una patata frita de mi plato.

—Muy cierto —le da la razón Bárbara, cogiendo otra patata.

Como mis mejores amigos que son, han decidido que ya era hora de que hiciese algo que no fuera ir a la radio y hacer el programa, volver a casa y leer en bucle la crítica. Así que prácticamente me han obligado esta tarde a ir al cine a ver una película de súper héroes de la que no me he enterado de nada, y luego a cenar al McDonald's.

Es una de las cosas que hago cuando me siento triste, voy a McDonald's y me como una *cheeseburger*. Hay algo en esa comida que desprende felicidad, al menos para mí. Quizás son las grasas saturadas, el exceso de aceite o de sal en las patatas, puede que la cantidad escandalosa de calorías que llevan los *McFlurris*, no lo sé, pero mi cuerpo se siente mucho mejor después de haber ingerido tales manjares.

Mi cuerpo, porque mi cabeza se siente culpable.

—Hay algo que no me cuadra. ¿Tanto le querías? —pregunta Juan.

Parpadeo varias veces, intentando entender su pregunta.

—¿A quién?

—A Carlos.

Oh, vaya... Entonces caigo en que creen que estoy deprimida por haber cortado con Carlos, y no por esa crítica. En el fondo, tiene sentido porque únicamente me lamento de que soy un despojo humano y que nada me sale bien, sin especificar de dónde viene mi tristeza.

—Sonará raro, pero estoy triste por esto —les aclaro, enseñándoles esa bazofia que tengo guardada en las imágenes de mi teléfono.

Veo cómo Bárbara después de leer alza su mano, cayéndome una colleja en la nuca.

—¿Eres pánfila? Vamos a ver, ¿en serio crees que te habrían publicado si tu texto fuese incoherente? —dice a modo de pregunta retórica.

—¿Quién sabe...?

—Lucía, no puedes gustar a todo mundo que te lee. Y sino mira ese tío, el que llamó. No le gusta el género, así que no le va a gustar ninguna de tus novelas.

—Marcos es algo aparte —menciono sutilmente.

La verdad es que no quiero tener que hablar de él, y menos delante de Bárbara, la cual verá cosas donde no las hay.

—Se están enviando mensajitos todo el santo día. Se nota a leguas de distancia que le gusta —le explica Bárbara a Juan.

—Vaya, a mí no me lo habías contado —dice fingiendo indignarse.

—Es que no hay nada que contar. Hablamos de libros, de literatura, poco más.

—Y por eso te pones nerviosa al hablar de él. A ver, léenos la última conversación que habéis tenido —me reta Bárbara alzando una ceja.

—Esto son cosas privadas, Marcos es una figura pública y no puedo revelar nada de lo que hablé con él. Podría denunciarme, os lo aseguro.

Vale, esto último me lo he sacado de la manga, pero no quiero que lean mis conversaciones, son demasiado íntimas y privadas, y sus bromas sexuales podría malinterpretarse.

Suena mi teléfono, siendo un mensaje de él.

«Tenemos que hablar, novicia».

«Esa frase siempre suele augurar cosas malas, no me asustes».

Escribo ante la atenta mirada de mis dos amigos. Alzo la vista de la pantalla hacia ellos, dudando.

—¿Qué?

—Has sonreído. Cuando has visto de quién era el mensaje, has puesto esa sonrisa de boba —incide Bárbara.

—No es cierto —lo niego, por supuesto.

—Lo es. No lo niegues, te gusta, Luci. No pasa nada, es muy humano, y más si está la mitad de bueno que su hermano. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Será mejor que no, tampoco me gusta por su físico, ni siquiera nos hemos visto nunca. Solo me gusta hablar con él, eso es todo. Es una relación de amistad platónica, nada más.

Ahora cambiemos de tema, ¿Juan, tienes algo que decirnos?

Nuestros ojos se posan en mi compañero de radio, que pone los ojos en blanco.

—Lo he vuelto a dejar con Ruth.

Nada nuevo. Admito que, en el fondo, no quiero ver lo guapo que seguramente es porque entonces ya sí que puedo estar perdida, tener sueños húmedos a tutiplén y no solo con su voz, sino con sus pectorales marcados y, si tiene una boca bonita y jugosa, mis sesiones matutinas en la ducha pueden ser mortales, cosa que jamás voy a revelar.

La vuelta a casa después de haber comido como si no hubiese mañana es dura, pero tengo pendiente una llamada y no dudo en hacerla.

—¿Marcos? —pregunto en cuanto escucho que me coge la llamada.

—Novicia, dime una cosa, ¿cómo es que escribes eso del *chick-lit* teniendo oro?

No entiendo nada, la verdad.

—¿Oro?

—Lo que me has enviado es... puro sentimiento. ¿Son relatos reales?

—Más o menos. Los lugares y los nombres son inventados.

—Pero no las situaciones —deduce—. ¿Quién se supone que es Pablo?

—Mi exnovio, Hugo. En el momento en el que se fue a trabajar al extranjero y... digamos que las relaciones a distancia no son lo mío. Toda la relación fue complicada, la verdad.

—Creo que ya lo he entendido.

—¿El que?

—Le quisiste, de veras. Te enamoraste de él y ahora piensas que nada será lo mismo, que no vas a volver a sentirte igual —dice con voz pausada y serena—. Tienes miedo de eso, en el fondo, de no volver a sentirte igual.

Tirada en la cama, con los ojos puestos en el techo y algo confusa, escucho la música que viene del piso de abajo, *jazz*. Tiene razón, tiene toda la razón del mundo. Porque cuando quiero de una forma absoluta y sin límites, me siento más viva que nunca. Y puede que la primera vez no terminase nada bien, porque los nombres, los sitios y las fechas son inventadas, pero todo lo demás pasó de verdad.

Quise a Hugo, pero también llegué a odiarle por otras razones y ahora ya no siento nada. Después de aquello, le olvidé por completo, y ya nada ha vuelto a ser igual. Pero también fue un alivio, porque querer sin ser correspondido llega a quemar.

—Puede que sí. Pero no quiero lo mismo tampoco. Por una vez, quiero que me correspondan de verdad —confieso.

Nunca había hablado tan sinceramente con alguien como lo estoy haciendo ahora con él. Ni siquiera sé qué cara está poniendo al escucharme, tampoco si se vuelve para mirar hacia la ventana como lo estoy haciendo yo ahora, imaginando que, igual que yo, está viendo la luna immaculada y brillante, y piensa como yo, que se ha vuelto alguien importante en mi vida.

—Novicia, la verdad es que no sé si te quiso o no lo hizo, pero nadie pierde el tiempo con alguien a quien le es indiferente.

Eso creo. Pero, sin duda, hay muchos grados de importancia, y hay muchas clases de amor.

—Gracias Marcos, pero ya lo superé. Solo que a veces soy un poco masoquista, recuerdo todas esas experiencias, y no puedo evitar narrarlas, aunque esos sentimientos realmente ya no existan. Es como poner una película en mi cabeza, y recordar.

En cierto modo, es verdad. Pero siempre me quedó esa espinita clavada, supongo que mucha gente la tiene de alguna relación anterior.

—¿Quieres ver una película?

No, no quedamos en su casa o en la mía y nos ponemos la película. Nuestra relación es exclusivamente virtual o telefónica, si este tipo de relación es que existe. Simplemente nos sentamos en nuestros respectivos sofás, encendemos los televisores y nos sincronizamos para empezar la película al mismo tiempo mientras que hablamos, comentándola por teléfono.

A estas alturas tendría que haberme arruinado, pero hay algo llamado tarifa plana, y casualmente somos de la misma compañía. Tenemos como clientes desde luego, no les sale a cuenta.

—Está bien. ¿*Desayuno con diamantes*?

—Como quieras. No sabía que además de ser tu libro, también era de tus películas preferidas.

—Es la misma historia, solo que contada de una forma diferente —le explico mientras meto el DVD en el reproductor. Soy de la vieja escuela con la tecnología.

—¿De veras?

—Capote es mucho menos sutil en la descripción del personaje, es directo y centra el protagonismo en ella, además de que el final es distinto.

—¿Vas a hacerme *spoiler* del libro?

—Sólo si me lo pides. Pero en el libro, el escritor es un ser gris y anodino, la que brilla es Holly, mucho más descarada que el papel que hace Audrey. No por nada Capote quería que fuese Marilyn quién la protagonizase. Al final, Hollywood hace lo de siempre, romantizar la historia — deduzco.

—Novicia, deberías hacer un programa de radio sobre este tema.

—Tomaré nota. ¿Estás listo?

—Listo. Ya.

Apretamos el *play* a la vez, y entonces me siento en el sofá con los pies sobre la mesa de en frente.

—¿Sabes Marcos? En el fondo me gustaría ser un poco más como Holly. No en el sentido de buscarme a un millonario y a vivir.

—No te engañes novicia, si un millonario te declarase amor eterno dejarías a todos de lado y te irías a la Maldivas —dice riéndose.

—Es probable. Me refería a su sentido de la independencia, de la libertad. El final del libro es mucho más coherente, en este sentido. Manda a la mierda al escritor, al gato y a todo Dios.

—No ibas a parar hasta decírmelo, ¿verdad? —me recrimina.

—No —admito entonces.

—Pero, en el fondo Lucía, el final romantizado hollywoodiense es el que más te gusta —alega.

Cuánta razón tiene, y cómo me conoce.

—Sí —confieso—. Soy una romántica incurable, ya lo sabes. Y Audrey Hepburn es una de mis actrices favoritas.

—Yo soy más de Elizabeth Taylor, y no es por sus ojos.

—¿Entonces?

—Es por su culo.

Tendría que haberme imaginado que diría algo así.

—Lo sospechaba. ¿Sabes? Pensaba que Dauphine era un pseudónimo, pero tu padre es francés, ¿verdad?

—Así es. Mis padres viven en París.

—¿Cómo se conocieron? —pregunto mientras suena *Moon River* de fondo y aparecen las letras de la película.

—Era la primera clase que daba mi padre de literatura. Y, en primera fila, una seductora estudiante que venía de Barcelona se fijó en que, menudo profesor tenía, que si fuese por ella se lo montaban encima de la mesa. Así que al día siguiente vino sin bragas y le hizo un *Instinto básico* de Sharon Stone, vaya, que descruzó las piernas y llevaba minifalda.

—Marcos, estás hablando de tus padres —le interrumpo.

—Lo sé, pero es así como me lo imagino. Lo cierto es que era su alumna, se liaron y al terminar el año, se casaron. Para una romántica empedernida como tú, debe de ser una historia genial.

—Para un escéptico como tú, que sigan juntos debe de ser todo un misterio —respondo.

—Me pones muy tonto cuando me respondes de esa forma ingeniosa y dura. ¿Puedo decirte un secreto?

—Claro.

—También temo defraudar a mis padres. Concretamente a mi madre, no estar a su altura.

—¿Quién es tu madre? —pregunto, con curiosidad.

—Queralt Fontsaellás. ¿La conoces?

—¡Por supuesto! *Sonetos de un triste corazón* para mi es el mejor libro de... —me muerdo la

lengua al ver que, si Marcos está acomplejado acerca de este hecho, decir que me parece el mejor libro de los últimos diez años, solo agravará la situación— la autora.

—Ya se lo diré.

—Entiendo como te sientes. Pero no tienes que vivir en su sombra, tú tienes tu estilo, tu propia voz y tu propia letra. Vas a terminar escribiendo un gran libro algún día, Marcos, estoy segura de ello, tienes un gran talento debajo de ese lado pervertido que me muestras día sí y día también.

Aquí reconozco que me he puesto tierna, pero hay veces en las que no puedo evitar serlo, y parece que Marcos enciende además de deseo, otros sentimientos más dulces.

—No vamos a ponernos moñas. Mira, tu actriz favorita ya sale y está de resaca —dice para disimular.

Tiene que ser duro tener a tu progenitora como un referente literario e intentar ser escritor. De golpe, Marcos me resulta más humano, deja de ser solo una persona alegre y dinámica, para convertirse en alguien que necesita de mi afecto. Quiero darle ese afecto que creo que necesita, pero es difícil hacerlo a través del teléfono. Sobretudo cuando utiliza la ironía y el humor para disimular esa congoja que, seguro, tiene en su interior.

Ahora mismo esa necesidad imperiosa de abrazarlo me embriaga, sobre todo porque estamos en completo silencio, solo se escuchan nuestras respiraciones a través del altavoz y el corazón se me acelera. No sé cuanto rato estamos así, pero la película sigue hasta que pierdo el hilo.

—Lucía, ¿sigues ahí? —dice entonces.

—Claro.

Marcos es humano, Marcos tiene sentimientos, es mucho más que ese tipo que suelta cochinas y que me hace reír con sus tonterías. Pero eso ya lo sabía, lo supe desde que se disculpó, desde que en cada conversación me lo ha demostrado, y sigue haciéndolo, de una forma perturbadora y tierna a la par.

—Estaba pensando en si vas a venir este viernes a la firma de libros y voy a ponerle cara a esta bonita voz.

En cuanto termina de decirlo, la respiración se me acelera y me pongo histérica por dentro.

—¿Tú vas a ir?

—Claro, no puedo defraudar a mis fans. Di que sí, novicia. Seguro que nos lo pasamos bien.

—Yo... tengo que pensarlo. La gente cara a cara no se me da muy bien.

No sé si es una buena idea. No, definitivamente, no lo es.

—Mentirosa. ¿Tienes miedo de mí?

—¿Qué? ¡No! Es por las firmas, ni siquiera tengo una específica, la cambio cada semana —por supuesto que miento.

¿Qué voy a decirle? ¿Qué tengo miedo? Claro que lo tengo, estoy aterrada. ¿Y si en persona esta complicidad desaparece del todo?

—Escoge una y te vienes.

—Bien. Estoy cansada, no voy a terminar la película.

No, no está bien. No está nada bien.

—Como quieras. Hablamos mañana, novicia.

Cuando despego el teléfono de la oreja, habiendo colgado él hace unos minutos antes, me levanto del sofá con el corazón latíndome a cien por hora. Voy a conocer a Marcos, en persona. En cuerpo presente. No logro imaginarme el encuentro, por mucha imaginación que le eche, no lo consigo. Y es que solo puedo pensar en conversaciones imaginarias, pero verle... me resulta difícil de imaginar.

Tengo mucho miedo de que no sea lo mismo, de que me vea y piense que soy anodina, que ha estado perdiendo el tiempo hablando conmigo. Porque seamos realistas, tiene pinta de ser un hombre hecho y derecho, de esos que te giras para volver a mirar si pasan por tu lado en la acera, de esos que se quitan la camiseta y te derrites (lo sé por la fotografía que me pasó y que no he borrado). Un bombón, y yo no llego ni a la categoría de dulce.

En realidad, todo eso tendría que darme absolutamente igual porque tenemos una amistad, y la amistad no se basa en el físico sino en otras muchas cosas, como la conversación, los puntos en común... básicamente todo lo que ya compartimos. Llegados a este punto, voy hasta la nevera y saco el helado de pistacho.

Siendo sincera conmigo misma, Marcos me gusta. Por supuesto que me gusta, si me corrí en el baño de un restaurante solo con oír su voz... Lamo la cuchara mientras cierro los ojos volviendo a rememorar esas palabras que me susurró.

Toda yo me estremezco, siento ese hormiguelo en el estómago y en mis partes bajas. No me cuesta imaginarme que me toca, que llega hasta mi trasero y le da un apretón. Y que me besa. Me da la sensación de que sus besos son puro éxtasis, tanto como hablar con él. Que son profundos, demandantes, que pide la misma pasión que él da. También el roce de sus dedos, el tacto de su piel bronceada o la textura de su cabello. Lo mejor de todo es que estoy cien por cien segura de que no pararía de decirme palabras malsonantes mientras hace de todo con mi cuerpo.

¡Dios!

Lo admito, Marcos me atrae como una maldita polilla a la luz y me pone muy caliente solo de pensarlo. Malditas hormonas y maldita sequía.

Por eso sé que, en el fondo, mi pánico radica en que a él no le guste yo, y a mí sí.

## Antes del amanecer

Marcos

Se lo he dicho.

Le he dicho a Lucía que quería verla. Y lo he dicho de verdad, ya no puedo aguantar más mi curiosidad, es algo que me supera. Además, se ha vuelto uno de esos pilares fundamentales en mi vida, hablamos casi a diario, sabe muchas cosas que ni siquiera le he contado a mi hermano. En realidad, tampoco tantas, pero soy un tipo bastante sencillo. No sé, tenemos una amistad profunda, diría yo. Y un flirteo que va más allá de toda lógica, también. Es lógico que quiera conocerla, ¿no?

No voy a negar que estoy nervioso. Puede que tenga unas expectativas muy altas sobre mí y se decepcione. No sé por qué me ha entrado esa duda ahora, si yo sé que soy genial. Si ya se que le caigo bien.

Pero no son dudas sobre mí mismo. Son dudas sobre algo que va más allá de lo que yo puedo controlar. Es ese momento exacto en el que conoces a alguien y sabes si te va a gustar, o no. En este caso tengo dudas sobre si esto se va a producir porque técnicamente, ya nos conocemos.

Schopenhauer decía que «la vida es un péndulo que va del sufrimiento al aburrimiento», pues bien, yo he pasado de mi rutina rítmica y sistemática a un sufrimiento tenaz y, cabe decirlo, sexual. Mi cabeza solo puede pensar en ella, ha llegado a idealizarla. Para mí, Lucía es ahora mismo esa criatura mitológica tan deseada, es esa diosa capaz de concederme todos mis deseos, es el cáliz de la eterna juventud, el maná en el desierto. Parece que mi cuerpo solo puede desearla a ella.

Y si no la veo, no la puedo tener, así de simple.

El miedo se cierne sobre mí, en parte por eso mismo, porque la he puesto en un jodido pedestal y puede que no sea real, porque, además, es probable que ella no piense lo mismo sobre este encuentro. No va a admitir que le gusta que le diga guarradas ni tampoco que disfrutó aquel día en el restaurante como nunca. Puedo prometerle cumplir todas y cada una de sus fantasías sexuales, pero sé que ella no es como las demás mujeres. Ella es de las que yo llamo «mujeres que no me convienen».

Así que mi plan es sencillo, y a la vez tremendamente complicado. Acaba de tener una gran decepción amorosa, si es que puede llamarse así. Es en ese punto en que las mujeres son más abiertas a disfrutar nuevas experiencias, a realizar ciertas cosas que, por lo general, rechazarían de pleno. Porque es en ese punto en el que son más vulnerables, y Lucía claramente no está pasando por su mejor momento. Además de sentirse bastante insatisfecha sexualmente, punto muy a favor.

Proponerle una amistad con ciertos derechos es perfecto. Ella gana y yo también, la atracción que hay entre nosotros es innegable, y espero que en persona sea mucho mayor. Esto no quiere



decir que no siga queriendo disfrutar de nuestras charlas y de todo lo que seguimos haciendo. Como ya he dicho, se me hace ya imprescindible en mi vida. Pero una cosa no está reñida con la otra, y creo firmemente que puedo disfrutar de ambas.

Siempre he sido bastante inconformista y también un poco ambicioso, no lo niego.

No voy a presionar, así que durante estos últimos días me he limitado a hablarle con mensajes cortos, hilarantes y con cosas que sé que le gustan.

«¿Sabías que, en 1913, en Viena, estuvieron viviendo a la vez Trotsky, Freud, Hitler y Stalin?».

«¿De dónde sacas estas cosas?».

«De Wikipedia, soy un adicto a leer artículos de ella».

«¿Crees que coincidirían? ¿Qué hablarían por casualidad? ¿Qué crees que se dirían?».

«Bueno, creo que, si Freud hubiese psicoanalizado a Hitler, a lo mejor la segunda guerra mundial se hubiese evitado».

«Sin duda, habría sido algo muy interesante, pero creo que, si no hubiese sido el nazismo, habría triunfado otro movimiento que, en vez de culpar a los judíos, habría culpado a otra gente de la crisis en que estaba el país, y puede que hubiese existido otra segunda guerra mundial, pero quién sabe».

«Me gustan tus reflexiones, novicia. Sigo pensando que Stalin y Trotsky se habrían odiado».

«Coincido en eso».

Dentro de una hora tengo que estar en la firma de libros, así que como aún dispongo de tiempo libre, me siento en una de las mesas de la terraza del restaurante de enfrente de la librería. Hoy es el día, o espero que lo sea. Quiero que venga, quiero poder verla con mis propios ojos, porque estoy seguro de que todo saldrá bien. Me muero por conocerla cara a cara, no puedo evitarlo.

Cuando me giro para pedirle una cerveza al camarero, la veo.

Es una chica sentada en la mesa de atrás. Me suena, así que vuelvo la mirada hacia ella de nuevo, pensando dónde demonios la he visto antes. Ya sé, es la cliente de la librería de mi abuelo.

La estudio de nuevo. En realidad, ya la había visto antes, pero no con detenimiento, con esa lupa que me caracteriza. Debe de medir un metro setenta y tantos, de complexión delgada, cuello largo y estilizado. El cabello castaño oscuro recogido en una coleta alta, no muy largo. Me fijo en que el color va haciéndose más claro a medida que va bajando hasta las puntas.

La chica está concentrada con algo, escribiendo de vez en cuando. Aprieta los labios carnosos mientras arruga la nariz, algo desigual, cosa que creo le da personalidad. Pero lo que más le llama la atención son sus ojos, oscuros y serenos, dulces. Son ojos de miope.

No me había fijado en ella cuando discutimos, al menos no tanto. Es totalmente mi tipo, y en otras circunstancias no hubiese dudado en levantarme, sentarme delante de ella y hablarle, pero no voy a hacerlo porque estoy demasiado concentrado y centrado para conocer a Lucía, y porque en el fondo, es ella quien clama por toda mi atención.

También me fijo en su ropa, una camiseta negra de algodón y licra ceñida al cuerpo y unos vaqueros rectos con unos botines también oscuros. Sólo lleva una pulsera en la muñeca, parece ser de plata, y unos pendientes de perlas, muy sencillos. Tiene una elegancia natural innata.

Lo que pasa entonces me descoloca totalmente. Se levanta, dejando la bebida intacta y se da la vuelta hasta el interior del local. No puede ser, ¡no puede ser! Pero en realidad, tiene todo el

sentido del mundo. Que viniese para ver sus libros en la estantería, que fuese precisamente ella la persona que defendiese a ultranza el *chick-lit*, y leyera mi libro porque yo mismo se lo había regalado...

No existen dos culos como ese, y esta chica tiene el culo de Lucía. Es ella, es Lucía. Estoy absolutamente seguro de eso. No se qué hacer, de golpe toda esa seguridad en mí mismo se esfuma por completo y me encuentro que me sudan hasta las manos. Estaba seguro de que era preciosa, de que me encantaría, y no estaba equivocado.

Tengo que acercarme, decirle algo, cualquier cosa. Pero sentarme a su lado y soltarle que soy Marcos, sería extraño.

Así que en cuanto vuelve a su silla, me levanto y camino hasta allí. «Pecho firme, Marcos, que no se note que estás nervioso». Mientras permanezca sentada, no habrá peligro de que el paquete se me marque, pues tampoco lleva un escote demencial. Me quedo frente a su mesa, con una media sonrisa algo lasciva, observando cómo alza la vista hacia mí.

—¿Qué tal?

De todas las cosas que podría haber dicho, esta es quizás la más insípida. Pero no la peor, podría haberle soltado el mítico «¿qué hace tan sola una chica tan guapa?», y hubiese sido peor.

Primero me mira con desconfianza, hasta que me reconoce. No como Marcos, no, sino como el tipo de la librería, claro.

—¡Oh! Hola. El nieto de Edgar, ¿verdad? —pregunta, alargándome la mano.

—La chica de la librería, ¿cierto? —respondo, devolviéndole el saludo.

Su mano es firme y suave, y muy cálida. Sin que me dé permiso, me siento en su mesa. No estoy dispuesto a permitir que sutilmente me eche sin poder hablar.

—Sí. Me gustó el libro que me regalaste. Muchas gracias, por cierto —menciona.

Parezco idiota, porque solo la miro y no digo nada. Pero es que es extraño, estoy asociando esa voz que he estado escuchando durante casi un mes a una cara y a un cuerpo que ya había visto antes e intentando que encaje en mi cabeza. Tiene ese gesto de morderse las uñas cuando está algo intranquila, como ahora. Que un extraño se siente en su mesa la pone nerviosa, y no la culpo. También sonrío mucho, otra señal de nerviosismo. Es bonita cuando sonrío. Vale, y cuando no también.

—No hay de qué. Mi abuelo me echó la bronca por lo que pasó, le caes bien.

Intento que no me reconozca por la voz, poniéndola un poco más grave de lo normal.

—Me dijo que lo haría. Siento si te he puesto en algún compromiso... no era mi intención —dice, tan cumplida como siempre.

—Tranquila. ¿A qué te dedicas? —pregunto, para cambiar un poco de tema.

—Soy periodista, trabajo en la radio. ¿Y tú?

—Ya decía yo que me sonaba tu voz. Soy profesor, pero a veces ayudo a mi abuelo con la librería, está ya algo mayor, aunque dice que estará al pie del cañón hasta que estire la pata.

Frunce el ceño, y sé que eso de profesor le relincha. Porque Marcos también es profesor.

—Tu abuelo es un encanto —acaba diciendo, por suerte no indaga en eso.

—Lo es. Abrió la librería cuando tenía dieciocho años con los ahorros de haber trabajado en una fábrica desde los doce, en plena postguerra. Traía muchos de los libros de Francia y luego, junto con un amigo suyo que tenía una imprenta, los traducía y vendía clandestinamente. Por desgracia, creo que ya no queda ninguno de esos ejemplares, que él sepa claro.

—¿De veras? Es muy interesante —exclama.

—Por su librería ha pasado mucha gente interesante. Siempre que puede me cuenta alguna

anécdota.

—Es... vaya, esta historia sería digna de ser escrita.

Sin duda, no puede ser otra que Lucía.

—¿Estás interesada en escribir? —pregunto, disimuladamente.

—¿Yo? No... Es solo que tengo un amigo escritor que estaba buscando un tema para un libro y he pensado que podría interesarle.

Que soy yo. Está pensando en mí. No puedo evitar sonreír como un gilipollas, y sé que no puedo mantener más esta farsa.

—Cómo se nota que no puedes dejar de pensar en mí, ¿eh, novicia?

Primero enmudece, poniéndose seria. Abre los ojos desmesuradamente y luego la boca, hasta que un minuto después reacciona.

—¡Eres idiota! —medio grita, cruzándose de brazos si dejar de observarme—. ¿Cómo...? ¿Qué...?

—¿Te he dejado sin palabras?

Esto es mejor que decirle garradas por teléfono y que se ponga nerviosa. Es muy gracioso verla confundida y algo sulfurada, las mejillas se le sonrojan levemente y no puede parar de mirar de un lado para el otro.

—¿Cómo me has reconocido? Has hecho trampa, ¿no? Me has buscado por las redes sociales.

—No blasfemes —me quejo—. Te equivocas, cuando te has levantado, te he reconocido por tu trasero.

—¿Me has mirado el culo? —se queja, dándome un codazo en el brazo.

Si hay algo bueno de esto, es que parece ser que tenemos la misma confianza que cuando hablamos por teléfono. Y ya lo dicen, la confianza da asco, o en este caso, puede doler.

—Ya me conoces.

—Pervertido —musita, dando un trago al vaso que tiene delante—. Podrías haberme dicho que eras tú, y no hacer este paripé.

—Quería jugar con ventaja. ¿Sabes quién me la ha jugado? Mi abuelo. No me dijo que tú eras la escritora.

—A mí también me la ha jugado, no me dijo que tú eras el escritor. Quise pagarle el libro.

En ese momento los dos nos miramos y nos echamos a reír. Maldito viejo, sabe lo que hace. Tengo pendiente una conversación con él.

—Fue un regalo —me quejo mientras no deja de sonreír—. Y gracias a él nos hemos conocido.

—Eso es cierto. Es extraño, ¿sabes? Hablar contigo cara a cara. La verdad es que tu voz me sonaba familiar, creo que, si hubiésemos seguido hablando, habría terminado por reconocerte —admite.

—Te he dicho cuatro frases, y la he agravado, lo admito. ¿Lo ves? Yo tenía razón.

—¿En qué? —pregunta, frunciendo el ceño.

—En que eres preciosa.

—N-no me hagas la pelota —responde poniéndose un poco más nerviosa de lo que ya está.

Su sonrojo es adorable, lo admito.

—No tendría ninguna razón para ello. Vamos Luci, tenemos algunos libros que firmar —exclamo, viendo la hora.

Asiente, dejando unas monedas sobre la mesa, con la bebida casi intacta. Me percató de que me observa de reojo, igual que si me estuviese espiando.

—Tenía un poco de miedo —confiesa de golpe, antes de llegar a la librería donde tenemos que

hacer las presentaciones.

Hoy es veintitrés de abril, y en Barcelona es el día de Sant Jordi, por lo que la ciudad está repleta de paradas callejeras de rosas y de tiendas dónde venden libros.

—¿De mí? —pregunto, y durante un milisegundo le rozo la mano, y siento esa sensación extraña, igual que si me hubiese corrido la corriente.

—No de ti, de que... no fuese lo mismo, ¿sabes? Que nouviésemos esa confianza que..., pero es igual.

Entiendo su temor, porque también era el mío.

—Yo también lo temía, un poco. Hasta que te he visto —le confieso también.

Cuando llegamos a la librería, ya nos están esperando con unas mesas puestas en el interior con nuestros respectivos libros encima. Nos sentamos detrás, donde ya hay bastante gente esperándonos para que firmemos. A ver, no es mucha gente, pero más de cinco, sí.

Un par de chicas coquetean conmigo, pero me mantengo al margen y es que, Lucía está a mi derecha y yo solo tengo ojos para ella. De hecho, no puedo dejar de mirarla de reojo. Se ha soltado el cabello y no para de colocárselo detrás de la oreja, y es que no está acostumbrada a esto, a ser el centro de atención, y lo está siendo.

No sé cuanto rato permanecemos allí, una hora quizá, firmando y dedicando libros. A veces me pillaba mirándola y nos sonreíamos, otras veces era yo. Cuando todo termina, nos hacemos las fotografías de turno para la página *web* y por fin, vuelvo a estar con ella cara a cara.

—Vamos a tomar algo, novicia, tenemos muchas cosas de qué hablar —susurro, cogiéndola de la mano disimuladamente.

Y es que no se me escapa que hay varias personas atentas a todos nuestros movimientos. Pero me importa un rábano, yo solo quiero salir de aquí con Lucía y tenerla para mí solito. Durante un buen rato, y a ser posible, que dure mucho.

Ahora que la he encontrado, que sé que es una mujer de carne y huesos, no voy a soltarla con facilidad, no señor.

Lucía ha llegado para quedarse.

## Historias de Filadelfia

Lucía

*E*l toque de su mano hace que se me erice todo el vello del cuerpo. No voy a mentirme a mí misma, ya sabía que Marcos era un hombre atractivo, lo sospechaba por su carácter, su forma de hablarme y su picardía, además de por cierta foto de sus pectorales que me envió y porque cuando Barbi dice que un hombre está bueno, es que lo está de verdad, y son hermanos gemelos, así que comparten genes...

Pero no es solo eso. Porque lo que para mí puede ser un hombre de toma pan y moja, para otra puede no serlo. Yo adoro a Tom Hiddleston, pero Josh Harnett no me mata, la belleza es algo completamente subjetivo, al igual que cada libro o cada película. Para algunos, *Orgullo y prejuicio* es una obra de arte y para otros, es un libro aburrido completamente sobrevalorado.

Marcos es de esos hombres que podrías caracterizar como mediterráneos, como salido de un anuncio de esos de Estrella Damm que hacen cada verano. Bronceado, de piel tersa y uniforme, muy alto y sin ser excesivamente musculado, lo justo para tener hombros anchos, pero estoy segura de que, si se pusiese un traje, le sentaría bien.

El cabello negro le brilla bajo el sol, lo lleva corto, pero no excesivamente. La barba incipiente de dos días está perfectamente estudiada, y creo que se la deja porque le da un toque de masculinidad muy apropiado. Tiene la nariz un poco más grande en comparación con sus otros rasgos, ancha, que me recuerda a la de Mark Ruffalo.

Y sus ojos, tan expresivos y vivos. Me roban el aliento cuando me ponen la mirada encima.

Lo que tiene Marcos es que, cuando te mira, lo hace de verdad. Te recorre con sus ojos escrutándote con detenimiento, estudiándote. Incluso parece que intente ver más allá de lo que hay en la superficie, más allá de lo que el resto de la gente ve. Parece que te mire el alma, y eso a mí me pone nerviosa y en el fondo, me fascina y me atrae. Hace que el corazón me palpite con fuerza y una sensación de inquietud me lleve hasta un estado de atolondramiento que pocas veces he sentido.

Cuando salimos de la librería, caminamos rápido, igual que si fuésemos dos fugitivos perseguidos por la Gestapo por las calles de Berlín, hasta que parece que ya no nos puedan alcanzar y entonces nos detenemos, ambos con las respiraciones acompasadas, sonriendo como dos bobos.

—¿Te gustan las tapas? —pregunta entonces.

—Claro.

Sin apartar la mano de la mía, me guía hasta un pequeño restaurante Rambla abajo, y entramos. La mesa del rincón es la elegida, y yo me dejo llevar por lo que parece ser una fantasía hecha realidad.

«Lucía, ¡reacciona! Por muy guapo que sea, no deja de ser Marcos, el escritor que no tiene censura, el que te llama novicia y no deja de pervertirte. No te puede gustar aún más de lo que ya te gusta ahora».

Pero estoy equivocada, porque a cada paso, siento que así es, que siento un apego que únicamente aumenta.

—Entonces, eres una clienta habitual de la librería de mi abuelo —comenta, mirando la carta mientras de reojo va echándome un vistazo.

Yo también hago ver que leo, pero no es verdad porque no me concentro. No puedo concentrarme si me mira con esos ojos rasgados, moteados con incertidumbre y descaro.

—Lo soy. Tu abuelo es un encanto.

—Tiene debilidad por las chicas guapas, pero tranquila, no es un viejo verde. Tiene fotos de mi abuela por toda la casa y únicamente tiene ojos para ella.

—Me dijo que era viudo. ¿La conociste? A tu abuela.

—Muy poco, apenas la recuerdo.

Pienso durante unos instantes y me decido a hacer mi reflexión. Ahora ya no estoy detrás de una pantalla ni tampoco de un teléfono. Ahora puedo captar sus expresiones faciales y adivinar todo aquello que no dice.

—Tus padres, por lo que dijiste, siguen juntos. Tu abuelo claramente es un romántico de la vieja escuela... ¿de dónde sale tu escepticismo? No has tenido ninguna mala experiencia, o al menos no me lo has contado. ¿Me has mentido?

Ladea la cabeza y sonrío. No creo que me haya mentido, y después de pedir una botella de vino blanco, decide responderme.

—No te he mentido. Esta es una muy buena pregunta, novicia. Puede que de la experiencia. Pero mi hermano piensa igual que yo, o peor, y crecimos en las mismas circunstancias...

—Una pregunta parecida a si Murakami ganará el premio Nobel de literatura algún día —hago una comparación algo absurda, pero parece gustarle—. ¿Qué opinas?

—Rotundamente, sí. Pero quizás cuando tenga ochenta años y esté a punto de estirar la pata. Aún es joven para ganar el premio.

—Entonces, tienes que ser viejo y estar a punto de morir para ese premio —deduzco de sus palabras.

—Claro. A excepción de Bob Dylan, que es un poco inmortal.

—Si te dan el Nobel, te quedan dos telediarios —reitero.

—Pero solo de literatura, que conste.

—Lo tendré en cuenta para el futuro. Y para cuando haga mis apuestas.

Nos traen el vino, y yo doy un sorbo con rapidez porque estoy que no salgo de mi asombro. Marcos es carismático, y aunque me siento a gusto y poco a poco voy cogiéndole el tranquillo a eso de hablar con él con normalidad, frente a frente, esas pequeñas cosquillas en el estómago no desaparecen.

—¿Esto del juego no es pecado? Qué traviesa eres, novicia.

Suelto una risilla nerviosa y me tapo la mano algo avergonzada. Es inevitable, no creo que me acostumbre nunca a sus pequeños comentarios graciosos y punzantes.

—¡Calla! Lo hacemos en la radio con los Nobels, los Oscars y algunos partidos de fútbol. En estos últimos no suelo apostar, la verdad.

—¿No te gusta el fútbol?

—No demasiado.

Ni me gusta ni lo entiendo. Para mí, eso del fuera de juego sigue siendo un misterio.

—Pero eres del Barça, ¿no? —dice con algo de miedo en los ojos.

—No soy de ningún equipo. En mi casa no había afición tampoco.

—Pero por analogía a la ciudad donde vives, eres del Barça —decide entonces.

Qué bonito, a eso se le llama hacer un Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como.

—Podría ser del Español —contraataco, arqueando una ceja.

Que no me guste el fútbol no quiere decir que no vea el telediario, donde la mitad del programa son noticias de deportes, y el ochenta por ciento de estas, noticias del fútbol masculino. En serio, ¿es que no hay más deportes en este país?

—Ni de coña. Un día voy a llevarte a ver un partido en el campo, te va a gustar.

—Si tú lo dices... —exclamo, convencidísima de lo contrario.

¿Qué estoy haciendo? Comiendo con un extraño. O no lo es, no lo sé.

«Lucía, tienes que dejar de darle vueltas a la cabeza, de pensar que está más bueno de el *croissant* de mantequilla y que no entiendes qué está haciendo aquí, perdiendo el tiempo contigo».

—¿En qué estás pensando?

—¿Cómo sabes que estoy pensando? —rebato—. Podría tener la mente en blanco.

—Cuando piensas en algo abres mucho los ojos durante un segundo —explica.

Eso me deja anonadada. «Jaque mate, Lucía». Me está calando como pocas personas. Ni siquiera mi ex, Carlos, se había fijado. Pero Carlos era un idiota, así que no me sorprende.

—Es que..., no sé, ¿no te da miedo estar conmigo ahora?

—Uy, si, mucho... —murmura bromeando—. ¿Por qué debería tenerlo?

—No sé, podría ser una psicópata en potencia.

—Correré el riesgo. Pero, Luci, te olvidas de que ya te conozco. Soy la misma persona que estaba detrás del altavoz.

Lo es... y no. Antes podía hablar con él sin preocuparme de que me produjese esa sensación de inestabilidad con tan solo mirarme.

—¿Somos amigos, Marcos? —pregunto entonces.

—Por supuesto que lo somos —afirma él sin ninguna duda.

—Bien.

Amigos está bien. Ser su amiga está bien. En realidad, es a lo único a lo que realmente podría aspirar. Porque Marcos es Marcos, es el hombre que no cree en la monogamia, que no cree poder enamorarse, y que nunca ha mantenido una relación.

Si no fuera por esto, es posible que me hubiese permitido soñar con él, de una forma romántica. Pero no puedo, porque sé que, si lo hago, voy a acabar mal. Y ahora mismo, Marcos se ha convertido en algo esencial en mi vida, ya no concibo mis días sin sus charlas o sus reflexiones. Sin su voz. Y ahora, sin su presencia.

Ser su amiga es lo mejor.

En cuanto terminamos de comer, y después de una lucha encarnizada sobre quién pagará la cuenta —la cual he perdido—, salimos del restaurante.

—Tengo que irme, he quedado con Bárbara para ir a la perrera.

—¿A la perrera? —pregunta, extrañado.

—Sí, quiere adoptar a un perro. Bueno, ella dice que es una perrera, pero es una casa dónde hay un letrero que pone «perros en adopción», así que no sé si es muy legal. Tú tienes un gato, ¿no?

—Sí. Lo has visto en la foto de perfil del WhatsApp ¿no?

—Ajá —asiento.

—Cuando vengas a mi casa te lo presento. Te caerá bien Lorenzo.

—¿Tu gato se llama Lorenzo? —pregunto extrañada.

—Sí. ¿Qué pasa? No me gustan los nombres inventados ni de colorines ni bigotes o Mushu u otra cosa parecida.

—¿Muchu? ¿Qué clase de nombre es ese? —pregunto extrañada.

—Es esa lagartija de la película de dibujos animados, *Mulan*. ¿No la has visto?

—Mmm, creo que no. Me quedé en la *Cenicienta y Blancanieves*. ¿En serio has visto esa película? —me extraño.

—Pues claro que sí, la banda sonora es de lo mejor. Esta noche ya tienes película, voy a hacerte un examen mañana, novicia.

—Nada, me gusta el nombre. Mushu —repito.

Me quedo durante unos segundos atrapada en sus ojos. Su oscuridad me embarga, su calidez me desarma, su jauría encerrada me desconcentra de todo pensamiento. Y no puedo más que sonreír como una boba.

Él se acerca, sin dejar de observarme.

—Luci.

Solo dice esto, nada más. Entonces noto cómo su mano tropieza con mi mentón y lo acaricia superficialmente. Mi respiración se agita por momentos.

—¿Sí? —respondo, intentando mantener la serenidad que me caracteriza.

—¿Te acuerdas de aquel día cuando estabas en el restaurante? Podríamos hacer...

Justo cuando creo que voy a desmayarme, mi teléfono empieza a sonar y yo, torpe y demencialmente nerviosa, respondo, sintiendo que mis manos se han convertido en mantequilla deshecha.

—¿Sí?

—¿Ya has terminado con la firma? —pregunta Bárbara.

—Er..., sí, ahora voy. Nos vemos ahora.

Cuelgo rápido, y doy gracias a la impaciencia de mi amiga y a su interrupción, porque sé lo que iba a decirme y yo... La carne es débil después de más de tres meses a dos velas.

La carne es débil teniendo a Marcos delante, dejémoslo así.

—Era Bárbara, tengo que irme —explico con un hilo de voz.

—Te llamo esta noche. Escoged un perro cariñoso, y llámale Mushu.

Guiñándome un ojo, da media vuelta y se va caminando calle arriba.

«Lucía, vuelve del espacio exterior. Y no, no le mires el trasero».

Por favor, ¿qué estoy haciendo? Yo no soy así, soy centrada, aunque impuntual, no me gustan los mujeriegos ni los libertinos, tengo una rutina... no quiero pensar en eso. Es mejor correr un tupido velo hacia ese asunto y mirar hacia adelante. En el fondo, y mientras camino hacia el aparcamiento donde he dejado la moto voy pensándolo, es normal que esté embelesada. Es atractivo, es inteligente, hablamos de literatura y, en general, de todo. Hoy en día hay muy pocas personas con las que puedas hablar de todo. Por no hablar de que es gracioso, pero gracioso de verdad, y hay demasiada gente que se cree muy graciosa cuando no lo es.

«Oh, vamos Lucía, si ya te gustaba antes de conocerle. No podías pasar ni un solo día sin que diese señales de vida».

Pero esto se pasará. Me acostumbraré a su cuerpo de dios romano, cada vez será más fácil mirarle a los ojos sin sentir esos espasmos en el estómago, y finalmente se me antojará como



alguien corriente y anodino. Como cuando llegas el primer día a la universidad y todos los chicos te parecen guapos, y el último día de la carrera piensas que cómo pudiste tener esa impresión.

Después de aparcar la moto, escucho el sonido de mi teléfono y rebusco en el bolso hasta palparlo con las yemas de los dedos. Observo la pantalla y me quedo pálida. Es un mensaje.

«Hugo: Felicidades, escritora. Sabía que lo conseguirías».

Admito que Hugo es un pasado del que es difícil desligarse. Una canción con la que, por mucho que lo intentes, no logras olvidar su melodía del todo. No es que no lo haya superado, pero quedaron tantas cosas en el tintero, que a veces me pongo delante del ordenador cuando estoy algo triste y descargo esa frustración.

Hay muchas cosas que no dije, y que, en realidad, no he dicho jamás. Para empezar, que lo amaba, tan profundamente que debí de asustarme, pero no lo hice. Debí ser más precavida, pero para alguien que está deseando enamorarse es difícil. Debí decírselo, y es probable que me hubiese mandado a la mierda y entonces todo habría terminado. Pero no hubiese dolido tanto, como cuando extirpas un tumor a tiempo y las consecuencias son menores.

También debí mencionar otras cosas, como lo malo. Sólo veía lo bueno y tapaba deliberadamente aquello que hacía mal. Lo puse en un pedestal y lo idolatré cuando no era más que un simple mortal.

Debí aceptar que no me quiso, aunque tuviese gestos bonitos. Creo que no lo hizo, la verdad, aunque sigo teniendo mis dudas. Lo cierto es que debí preguntárselo, sin rodeos, y enfrentarme o a su negativa o a su silencio. Entonces lo hubiese interpretado a mi manera y no sé, hubiese tenido claro que era solo un cobarde.

También debí decirle que era demasiado pronto para que nos acostásemos, y que luego me arrepentí, porque al hacerlo cree un vínculo entre nosotros que luego fue mucho más difícil de romper. Lo hice porque era fácil dejarse querer, dejarse llevar por los gestos y las palabras bonitas, pero para él no significaba un acto de amor, solo una noche más.

Y, al final, debí decirle que me hacía daño. O, puede que ya lo hiciese, pero para él nunca tuvo importancia, porque sospecho que se escudaba en su propio dolor, dolor que yo no causé. Sus desdenes hacia mis sentimientos me dolían, eran punzadas agudas que a veces no podía soportar.

Pero ya no importa, o no importaba. Forma parte del pasado y allí debe quedarse. Pero este mensaje me mosquea, porque dejé claro que no quería volver a saber nada de él.

No respondo, dejo caer el móvil dentro del bolso y me levanto del asiento. No me detengo hasta llegar a la puerta de la perrera dónde mi mejor amiga está esperándome.

—¡Lucía! Oye, ya sé que eres impuntual, pero hoy... —empieza a meterme bronca, pero antes de que siga, la interrumpo.

—He visto a Marcos. He comido con él, físicamente, no virtualmente, ¿entiendes?

Abre la boca, con sus labios pintados de rosa fucsia y alza las manos con las uñas del mismo color en señal de sorpresa.

—No me lo puedo creer. ¿Y cómo es? Si es igual que su hermano, tiene que estar muy cañón.

—Son gemelos, y está muy cañón, así que supongo que sí.

—¡Jesús! ¿Y qué tal ha ido? ¿Ha ido bien el primer encuentro? ¿Va a haber una segunda cita? —pregunta entusiasmada.

—Nada de citas, Barbi, somos amigos. Sólo amigos y así seguirá siendo —aclaro.

Bárbara es una mujer bastante expresiva, o mucho. No puede disimular sus sentimientos y ni mucho menos lo que está pensando, y ahora mismo se está riendo de mí de lo lindo.

—Cariño, no hace falta tener una bola de cristal para saber que acabarás rindiéndote a sus encantos. Tú sabes que te gusta, yo lo sé, y seguramente él también lo sepa. Hazte un favor y no te mientas a ti misma.

A veces no soporto que tenga razón, pero es mi mejor amiga y no puedo ignorarla. Pero si algo tengo, es fuerza de voluntad.

—No niego que me guste, Barbi, es solo que... no me conviene. No es de los que quieren tener una relación estable, ni tampoco casarse en un futuro ni tener hijos. Y yo ya sabes que no deseo otra cosa. Así que esta vez, paso —afirmo convencida—. No voy a inmismirme en relaciones que no llevan a ningún sitio. Seremos amigos, solo eso.

Mientras entramos en la perrera, Barbi no deja de analizar mi aparente rostro fraguado de serenidad compungida y ficticia.

—Ya. Para eso tendrías que mantener las distancias. ¿Vas a mantener las distancias?

—¡Sí! —afirmo con rotundidad.

Lo voy a intentar, aunque no prometo nada.

—Yo no pondría la mano en el fuego por ti, amiga. ¡Oh mira! Hay un montón de perritos — exclama, señalando el recibidor.

—¿Qué nombre le vas a poner al perro?

—Aún no lo sé, primero tengo que verle. ¿Tienes alguna idea?

—¿Mushu? ¿Bigotes? —me aventuro a decir.

Empieza a reírse de lo lindo.

—Cariño, ¿cómo se te ocurrido el primero? Si tú no has visto *Mulan* —exclama riéndose.

Me encojo de hombros.

—Marcos lo mencionó. ¿Es buena la película?

—Es una de mis favoritas. Deberías verla —me aconseja.

Voy a tener que hacerlo esta noche, sin falta.

## Todo sobre mi madre

Marcos

*M*amá es una persona extraña. Como hijo suyo que soy, y que llevo toda la vida con ella, puedo decir estas cosas. Mi madre a la vez también es una persona fantástica, una de las pocas que conozco con las que puedes llegar a estar horas y horas hablando sin llegar aburrirte ni pizca. Puede tener cualquier tipo de conversación, desde la noticia más importante del día, hasta las causas de la Segunda Guerra Mundial o hablar durante horas de cualquier libro que se ha leído, y son muchos.

Mi madre es etérea, de pensamiento volátil, aunque en ocasiones, tiene firmes convicciones. En eso radica su inteligencia creo, en que sabe escuchar a los demás, absorber todo su conocimiento y entonces, a partir de eso y de su propia cosecha, fundamenta la más y mejor posición y la defiende como una leona. Pero también no duda en alegar su equivocación, aunque eso raramente ocurre.

Mi madre no se parece mucho a mí. Al menos físicamente, pues en el carácter sí que tenemos ciertos rasgos en común. Soy una copia exacta de mi padre, en cambio ella es menuda, de piel pecosa y cabello rojizo. Esto último no me importa, me gusta demasiado con el físico que tengo.

Mi madre tiene un carácter frío y apacible, Es difícil saber lo que está pensando en cada momento, y calla más de lo que dice. Es de esas personas que se guardan las cosas, es muy prudente y calculadora. Nunca sabes qué es lo que va a hacer al respecto, y eso descoloca a todos los demás, incluyéndome.

Mi madre está sentada en el sofá de mi casa, veo que ha abierto la única botella de vino blanco que tenía en la nevera, y tiene una copa en la mano. Como siempre, es sigilosa y apenas hace ruido, por lo que me doy cuenta de que está allí cuando paso por el comedor.

—Podrías haberme avisado de que venías. ¿Cuándo has aterrizado? —menciono, acostumbrado a sus visitas sorpresas.

Mi madre no es muy ordenada ni con sus cosas ni con su vida, y mucho menos en las relaciones con sus hijos. Es bohemia, recuerdo que cuando vivíamos los cuatro en París, a la mínima que hacía buen tiempo, se plantaba en la terraza con la máquina de escribir y se pasaba allí horas y horas. Tantas, que cuando se acostaba, se olvidaba de poner el despertador y muchas veces, llegábamos tarde al colegio. Hasta que papá fue quien dijo que se ocuparía de aquello, y nunca más volvimos a faltar o a llegar tarde.

—Hace una hora. Tu hermano me ha dicho que no saldrá del hospital hasta las nueve. Te veo bien, hijo.

Se levanta del sofá, y sonriendo, deja un beso sobre mi mejilla.

Mamá es cariñosa a veces, pero no demasiado. Lo justo para demostrarnos que nos quiere, pero no es una madre afectuosa.

—¿Vienes a ver al abuelo?

—Por supuesto, y a vosotros. Por cierto, he leído lo que me enviaste.

Es por eso por lo que está aquí. Mi madre no da puntada sin hilo, ya me extrañaba a mí que hubiese venido hasta mi apartamento, en vez de citarme junto con mi hermano para cenar.

—¿Y? —pregunto, preparándome para un análisis exhaustivo o una crítica desgarradora.

Pero antes, camino hasta la nevera y saco una cerveza.

—Es bueno. Tiene mucho potencial, puliéndolo podría quedar decente.

No hay crítica, esto quiere decir que le ha gustado mucho. He llegado a conocerla cuando habla de literatura, y sé lo exigente que puede llegar a ser.

—Lo sé, por eso te lo he mandado —exclamo yo, alzando una ceja.

—Pero no es tuyo —afirma, dando un sorbo a mi copa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto entonces.

—Conozco tu estilo. ¿De quién es?

Mi madre también es precavida, y bastante desconfiada en general. Así que, desde que escucho la pregunta, me preparo.

—De una amiga.

—Oh. ¿Y esta amiga tiene nombre?

—Lucía.

—¿Y te pidió que me lo enviaras?

—No. De hecho, puede que cuando lo sepa, no salga vivo de esta —reconozco.

La última vez intenté hacerle un favor, estuvo días sin hablarme, y se enfadó de lo lindo. Así que esta vez puede que no sea muy diferente.

—A lo mejor eso era exactamente lo que pretendía.

Como he dicho, mi madre en este caso ha sido predecible.

—Te equivocas, sé por dónde vas. Y no, madre, no me la he tirado. Somos amigos y al abuelo le gusta.

—Pero planeas hacerlo. Vamos Marcos, admítelo —sonríe intentando crear un clima de amiguismo entre los dos, pero no funciona conmigo.

—Por supuesto que quiero hacerlo. Pero ella es las que se enamoran. Tengo que persuadirla para ser amigos con beneficios.

La carcajada que suelta me confunde. Mi madre no es de las que se ríen con facilidad, cuesta arrancarle una sonrisa, y mucho más una risa verdadera. No por nada, dice que el género que más le cuesta leer es el humor, puesto que ella misma dice que no lo tiene.

—Hijo, eres un hipócrita.

Me extraño, frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Te has pasado toda la vida despotricando sobre esas mujeres que pretenden cambiarte, tener contigo una relación. Y cuando hay una que te gusta y que no piensa lo mismo, en vez de alejarte y respetar su decisión, pretendes hacerla cambiar de idea. Eres igual que esas mujeres, Marcos.

Mi madre suele tener razón en casi todo, y esto no es una excepción. Pero no lo entiende, no conoce a Lucía y tampoco sabe la increíble sensualidad que desprende ni la atracción que existe entre nosotros.

Y, sobretodo, tampoco sabe lo perdida que está. Dice saber lo que quiere, pero no es así, no es

lo que sus actos reflejan.

—No la conoces, mamá.

Suspira y deja la copa encima de la mesilla. Con su aire de insatisfacción, se levanta del sofá ágilmente.

—Ya eres mayorcito para saber lo que haces, luego no me vengas llorando. Me voy, quiero ver a tu abuelo antes de que me llame impacientándose.

Deja un beso ahogado en mi mejilla, de nuevo y se dirige hasta la puerta, saliendo sin esperar respuesta por mi parte.

Puedo hacer dos cosas, porque tengo toda la tarde libre: escribir o llamar a Lucía. Me decido pronto, y obviamente por la segunda. Nuestro encuentro me supo a poco, y me dejé muchas cosas en el tintero. Dios, quise besarla y sé que, si lo hubiese hecho, no se hubiera resistido, me habría devuelto el beso. Es un don que tengo; sé perfectamente mirando a los ojos de una chica, si va a rechazarme o no.

Pero tuvo que llamar su amiga y fastidiar mi momento, joder. En fin, mala suerte, pero a la próxima voy a hacer mucho más que insinuarme. Que podía haber sido la primera vez que nos veíamos cara a cara, pero no la primera en la que saltan las putas chispas.

Así que cojo el móvil y le doy a llamar.

—¿Marcos?

—Pues claro, ¿quién esperabas que fuera?

—Oh, nadie. Solo era una forma de responder. ¿Qué tal?

—Oye, novicia, ¿qué te pasa? Pareces distraída.

Y es cierto, parece que esté haciendo algo o pensando en otra cosa.

—Yo... nada, es que estoy haciendo de canguro y tengo que vigilar a dos niños de cinco años. Son unos horribles pero adorables monstruitos que ya me han roto un jarrón.

—¿Necesitas ayuda?

—Eeer, espera, ¿vendrías a ayudarme? —pregunta extrañada.

—Pues claro, es lo que hacen los amigos.

—Barbi no ha querido venir. Pero... ¡Nacho, bájate de la mesa! Perdona, vale, ven, por favor, aunque te lo compensaré.

Mi mente pervertida empieza pensar mil y una maneras con las que me quedaría muy satisfecho ante esta compensación.

—Mándame la dirección y en veinte minutos estoy ahí.

—Gracias, Marcos —dice antes de colgar.

¿Acabo de ofrecerme para hacer de canguro? Mierda, si yo no tengo ni zorra sobre cómo tratar con los críos, pero ahora no puedo desdecirme. No entiendo cómo he acabado ofreciéndome en ese acto de generosidad, pero, en fin, lo que hace uno para tener sexo. Recojo las llaves de mi nena favorita y después de ponerme el casco y los guantes, le doy gas hasta la dirección que acaba de mandarme.

Está cerca de la librería del abuelo, a dos calles más o menos. Aprieto el botón del interfono y espero.

—¿Sí?

—Soy Marcos.

Se escucha un grito antes de que me abra la puerta. «Bienvenido al infierno, Marcos».

Nunca he tratado con niños, soy profesor de universidad y, aunque los de primer año a veces son bastante inmaduros, no se les puede considerar críos. Subo el ascensor pensando en las cosas

que me gustaban a mí de niño, como el fútbol, jugar a la *play*, o ver dibujos animados como *Oliver Benji* o *Bola de dragón*. Me pregunto qué es lo que ven los niños hoy en día, y si es algo tipo *Dora, la exploradora* entonces la infancia se ha vuelto una mierda.

Llamo al timbre y Lucía abre la puerta con un moño mal hecho, unos vaqueros anchos y una simple camiseta blanca manchada de... ¿salsa de tomate? Y descalza. Aun así, está muy atractiva, sobretodo porque lleva gafas. Dios, que lleva gafas, sabía que era miope, es que lo sabía.

—Esto es agotador. No quiero tener hijos —resopla frustrada.

Somríó y le doy un beso en la mejilla.

—¿Dónde están los monstruitos?

—Por todas partes. Son como Zipi y Zape, pero siendo los dos rubios.

—¿Son gemelos? Entonces solo hay una forma de ganarles, te lo digo yo que tengo un gemelo.

—¿Cuál?

—Divide y vencerás.

Acabo de inventármelo, pero a veces los tíos nos comportamos de forma extraña cuando queremos ligar, lo admito, y este es el caso ahora mismo, porque pretendo impresionar a Lucía. ¿La razón? Joder, está clarísimo, pero a la vez si lo pienso seriamente, no tiene ningún sentido porque no pretendo conquistarla ni nada parecido, solo continuar siendo amigos con ciertos beneficios sexuales, y para eso no es necesario que la impresione. Me conoce, sabe cómo soy, no hace falta que le muestre mis dotes de canguro súper duro, porque uno, no las tengo, y dos, terminará dándose cuenta y se reirá de mí.

Pero lo he hecho.

Camino hasta llegar al comedor, dónde efectivamente dos niños rubios, iguales y con la misma ropa, está encima del sofá saltando como si no hubiese mañana. Cruzo los brazos situándome delante de ellos, y cuando se dan cuenta de que estoy allí, se detienen. Antes de hablar, se echan un vistazo el uno al otro, como poniéndose de acuerdo.

—¿Quién eres? —dice Zipi.

Obviamente no se llama así, pero es el que tiene una mancha en forma de octágono en el polo blanco. Zape la tiene más en forma de huevo.

—Marcos. ¿Y vosotros?

—¿Eres el novio de la tita?

Los niños hacen preguntas extrañas, y preguntas típicas. Eso del mundo del noviazgo parece que les fascina, y creo que es porque no tienen ni puta idea de lo que significa.

—No lo soy. Somos amigos. ¿Queréis que veamos algo por la tele?

El gemelo que lleva la voz cantante se baja del sofá y el otro lo sigue. Casi siempre suele haber un gemelo dominante, y debo reconocer que ese no era yo. Qué decir, siempre he sido un poco comodón, y para qué hablar si el otro puede hacerlo por ti.

—*Boku dake ga inai Machi*.

Parpadeo varias veces para ver si estoy alucinando o he entrado en una realidad paralela o realmente el niño me está hablando en chino o japonés o coreano. Lo cierto es que no noto la diferencia.

—¿Ahora habláis chino? —pregunta Lucía detrás de mí.

—Es japonés, y es el nombre de una serie de Netflix. Tita, ¿tienes Netflix?

—Ajá. ¿Y esa serie la veis en japonés?

—Está subtitulada. ¡Es una pasada!

—¡Si! Anda porfi, déjanos ver el segundo capítulo —suplica el segundo gemelo, abriendo la

boca por primera vez.

—Vale, pero quietecitos sentados en el sofá —claudica Lucía.

Después de encender la televisión y descubrir que el título en castellano es *Desaparecido*, me siento a su lado. Huele a salsa de tomate y a lavanda.

—Qué blanda eres, novicia —susurro, inclinándome levemente.

—No voy a decir lo contrario —admite, medio sonriente.

—Por cierto, he creado un personaje femenino de los que te gustan —susurro mientras los niños parecen embobados mirando la pantalla.

—¿En serio? ¿Vas a cambiar de detective?

—No, ella será la mala, pero no la asesina. Se llama Lucía.

—Ya que vas a hacer un personaje a mi imagen y semejanza, podrías haberle cambiado el nombre.

—¿Cómo sabes que voy a hacerla a tu imagen y semejanza? —pregunto, mientras pienso si es que ya se lo había dicho, pero no me suena.

—Lo insinuaste un día. Además, es obvio que yo soy tu fuente de inspiración —dice, jugueteando con un mechón de su lacio cabello castaño y guiñándome un ojo.

No te levantes, pequeño Marcos, que aún estamos en horario infantil, o eso le digo a mi miembro cuando ese mordisco a sus labios junto a su parpadeo me excita, y mucho.

—Me gusta el nombre. ¿Por qué te pusieron Lucía?

—Porque en catalán es feo. Llúcia...

—No lo es tanto.

Vale, lo es, pero no se lo voy a decir.

—Es la patrona de la vista. Mi bisabuela se quedó ciega por la polio, y era muy devota de esta santa y siempre decía que cuando tuvo a su hijo, gracias a ella recuperó la vista el tiempo suficiente para verlo durante unos instantes. Luego mi abuelo a petición de su madre llamó Lucía a su hija, es una de mis tías, y se acabó convirtiendo en una tradición —me explica.

—Vaya. Pensaba que sería por la canción de Joan Manuel Serrat.

—Desde luego, es más bonita que la de *Penélope*.

—Si Penélope Cruz ha triunfado, tú también.

—A ella sí que le pusieron ese nombre por la canción.

—¡Shhh! —dicen los gemelos, mandándonos callar.

Al final la serie resulta ser muy interesante, trata de un chico que vuelve atrás en el tiempo minutos antes de que se comete un crimen para poder evitarlo, y en uno de ellos no es un minuto sino años, puesto que vuelve atrás en el tiempo cuando tenía 18, y no sabe por qué.

Llaman a la puerta después de un par de episodios en los que nos quedamos absortos con la serie, y Lucía se levanta.

—Debe de ser vuestra madre. Vamos chicos, hora de irse.

Ellos se quejan, intentan hacer una barricada con el sofá, aunque sin éxito. Zipi camina hasta mí, medio sonriente. Al final los chavales me han caído bien.

—Deberías hacerte novio de la tita, eres más guay que el anterior y así, si vives aquí, estarás cuando volvamos.

Obviamente no les doy el discurso de que no creo en la monogamia ya que, dudo mucho que sepan lo que es, así que me limito a chocar los cinco con ellos y me escabullo hasta el baño. Tengo ganas de mear y cero ganas de que su hermana me pregunte lo mismo que sus hijos. Cuando salgo, me detengo en el pasillo al escuchar voces que provienen de la puerta.

—Que no estoy enamorada de él, así que no voy a volver con Carlos, y mucho menos casarme con él —escucho que dice Lucía, algo enfadada por el tono de voz.

—Creo que ya eres mayorcita como para dejar de soñar con un príncipe azul ¿no crees? Abandona la búsqueda de mister perfecto, o se te va a pasar el arroz —responde la que creo que es su hermana.

No debería escuchar conversaciones ajenas, pero eso es exactamente lo que estoy haciendo, y es bastante revelador.

—No es eso. Mira, no te metas en mi vida, ya tengo suficiente con mamá.

—Solo quiere lo mejor para ti, igual que yo. Nos vemos pronto.

El portazo me indica que la madre y sus dos retoños han abandonado el piso, y de que solo quedamos Lucía y yo. Me gusta como suena eso.

—¿Marcos? —dice Lucía en voz alta.

—Estoy aquí —respondo, dejándome ver—. Novicia, no me...

Me detengo al ver sus ojos brillantes y con lágrimas contenidas, y los labios entrecerrados. Puede que la conversación con su hermana le haya afectado de algún modo, así que no lo pienso dos veces y camino tres pasos hasta ella para abrazarla. Dejo que mis fosas nasales se impregnen del olor que desprende su pelo y noto como se relaja entre mis brazos. Creo que es la primera vez que consuelo de esta manera a una mujer sin ninguna clase de connotación sexual.

—¿Qué ocurre? —pregunto, mientras ella finalmente se zafa de mi abrazo.

—Mi hermana cree que debería casarme con Carlos. Es ridículo.

—Lo es —asiento.

Claro que lo es, pero escuchando la conversación que han tenido no me extraña ni pizca que necesite reafirmación.

—En fin. ¿Quieres ver el resto del capítulo? Está interesante la serie esa. Nunca imaginé que las series japonesas me gustasen tanto.

—Sí que lo es —admito—. Quiero saber el final.

—Y yo.

Volvemos al sofá, pero esta vez me pongo más cerca, mucho más. Su pierna roza la mía y unas cosquillas invaden mi ser. Sé lo que es, esta excitación casi fortuita, involuntaria. Cuando llevamos unos minutos, gira el cuello.

—Gracias por venir, Marcos —suelta entonces, mirándome a los ojos.

Las pestañas se apartan de sus mejillas ligeramente sonrojadas, y me doy cuenta de que me muerdo por recorrer el perfil de su nariz, esos gruesos labios, y eso acabo haciendo. Ella no se mueve, aunque sus ojos me dicen que se pone nerviosa ante mi atrevimiento. ¡Joder, estoy nervioso hasta yo! Quiero besarla, necesito besarla y eso hago. Salvo la distancia que nos separa y uno mis labios a los suyos, comiéndole la boca de una forma hambrienta.

He querido besarla antes incluso de verla, cuando solo podía imaginármela. Me pierdo en ese beso, es salado y excitante, tanto que no tengo suficiente con él y pongo las manos en su cintura para poder sujetarla, y profundizar. Le muerdo labio y ella enreda sus manos en mi pelo. Esto es lo que quería, porque en el fondo sospechaba que sería un torbellino de emociones, una montaña rusa en todo su esplendor, y no estaba equivocado.

Quiero vivir en ese beso, que nunca termine, que nuestras bocas no puedan volver a separarse. Siento que me estoy quemando, y que ese ardor interno me invade por completo. Creo que nunca he estado tan cachondo.

Pero al cabo de un momento, percibo sus manos en mi torso que me apartan de ella.



## Encantada

Lucía

No estoy en mis cabales, no lo estoy. No hay otra explicación posible a lo que acaba de pasar.

—¡Dios! Esto... yo... lo siento mucho —baluceo, bastante avergonzada por mi comportamiento.

No puedo ni siquiera mirarle los ojos, así que mantengo la cabeza gacha, consciente de que ahora mismo seguramente estará escrutando, adivinando qué leches pasa conmigo.

—¿En serio? Yo no.

El corazón me late a cien por hora, esto no es lo que yo tenía pensado, porque el plan era mantener las distancias, y no las he mantenido en absoluto, más bien lo contrario.

No debería haberle pedido que viniera hoy, no debería haberlo hecho.

—No está bien —respondo con un hilo de voz.

—Novicia, mírame.

Sus dedos elevan mi mentón hasta llegar a la misma altura que su mirada de terciopelo negro, con sus ojos enmarcados por unas tupidas pestañas. Marcos me vuelve loca, completamente loca. Si antes de conocerlo en persona ya me rendía con facilidad a sus pequeñas bromas y a sus peticiones, por absurdas que fuesen, ante su presencia me vuelvo una marioneta, no puedo evitarlo.

—No lo hagas, por favor —suplico, sabiéndome débil.

—¿El qué?

—Volver a besarme.

Porque sé que no me voy a detener si vuelve a hacerlo, y esto sería el fin de mi salud mental. Me siento atraída por él, eso es innegable. Siento que podría hacer lo que quisiera conmigo y yo lo aceptaría de buena gana.

—¿Hay alguna razón especial para no hacerlo?

—Porque... tú eres tú, y yo soy yo.

Puede parecer algo sin sentido, pero en realidad lo dice todo. Marcos y yo..., por mucha atracción que haya entre nosotros, no puede desatarse porque los dos tenemos conceptos opuestos en este tema.

Después de reírse con mi respuesta, y sin dejar de rozar las yemas de sus dedos en mi cintura, abre la boca para responder.

—Novicia, ya sabías que nuestra atracción en el plano intelectual era innegable, ¿qué creías que pasaría al vernos? ¿Que desaparecería sin más?

No, y sí. Y no, yo que sé.

—No soy Monica Bellucci para que los hombres se lancen a mis pies. Pero ¿no lo entiendes? Si pasa algo entre nosotros, va a ser el fin de nuestra amistad —intento razonar con él.

—¿Por qué? Yo soy amigo de todas las chicas con las que me he acostado, no es algo incompatible.

Frustrada, lanzo un suspiro intentando buscar las palabras exactas, esas que le dejen claro que yo no soy como esas chicas.

—Porque ellas son ellas, y yo soy yo. Quiero decir, que ellas buscan sexo y amistad. Yo, por una parte, quiero amistad, y por otra, sexo y amor, ¿entiendes?

—Claro que lo entiendo. Pero las cosas a veces no llegan como queremos, Lucía. Mientras que no llega tu príncipe azul, puedes jugar con este sapo. Soy un sapo cariñoso, con un gran sentido del humor y, además, te mueres por mis ancas.

Arrugo la nariz ante su comentario. No, no vale hacerme eso, ponerme los pies en el suelo y usar metáforas divertidas.

—Yo... no lo veo claro. Nunca he hecho esto, nunca, jamás. Encima eres el prototipo de hombre del que las chicas como yo terminamos enamorándonos, y ni tú ni yo queremos eso —le advierto.

—No vas a enamorarte de mí, solo echaremos algunos polvos fantásticos mientras seguimos siendo amigos. Tu problema, novicia, es que extrapolas la idea del amor al sexo, lo equiparas, y no es así. Existe el amor místico y romántico espiritual, sin sexo, y el sexo sin amor.

—No estoy lo suficientemente versada en el intercambio de fluidos fuera de una relación, pero puedo decir que sí, que para mí sexo y amor vienen en un mismo *pack*. Y no digo que no acepte que exista el sin, pero no es para mí.

—¿Me estás dando calabazas, novicia?

Sí. No. Ay, no lo sé.

—Solo digo que prefiero seguir a como estábamos —expreso, preocupada.

—Tendré que saciar mi apetito de novicia con sexo telefónico —dice entonces, dándome un pequeño pico antes de volver a ver la serie.

—Aquello fue fruto del calentón del momento.

—¿Esto quiere decir que si tienes un calentón podemos acabar follando?

Jesús, qué difícil es convencer a ese hombre.

—¿Ves? Tú follas y yo *hago el amor*. ¿Entiendes la diferencia?

—También podrías follar si quisieras, novicia. Es cuestión de práctica.

Hay una parte de mí que me dice que pare, que esto se me está yendo de las manos y que no es sano, mientras que hay otra vocecita en mi cabeza, la mar de impertinente, que discrepa.

«Vamos Lucía, solo será un polvo y arreando, para quitarte las ganas que tienes. Lo estás deseando y él también. Nadie se enamora con un polvo, eso sí, le dices meridianamente que no se repetirá».

Pero no. Porque en el fondo Marcos es como una de esas patatas fritas de bolsa, que cuando caes en la tentación y te comes una, no puedes parar hasta que te comes la bolsa entera. Entonces es cuando vienen las lamentaciones, la culpabilidad de haberme zampado la bolsa y el efecto que tendrán en el culo.

—No quiero practicar —musito.

—No voy a dejar de insinuarme y de decirte guarradas, pero está claro que no voy a ponerte las esposas y a atarte a mi cama, aunque tú te lo pierdas. Por cierto, novicia, será mejor que no te acerques a mi entrepierna, porque *Little Marcos* está sensible.

No hace falta que me lo diga dos veces, porque aparto la mano de inmediato, pero no sin antes

echar un buen vistazo a su bulto incipiente. Parece grande. ¡Oh, Jesús, tengo que dejar de pensar en eso!

—Mmm —suelto un suspiro de frustración, contención y amargura.

No voy a sobrevivir a esto.

—Oye, novicia, ya puedes ir a confesarte después de lo que has pensado al mirarlo —vuelve a murmurar, intentando sacarme de mis casillas.

—Calla y mira la serie —le riño.

Pasan las horas hasta que ya no nos quedan más capítulos por ver. Miro el reloj y veo que son más de las doce.

Mierda, que mañana es martes.

—Joder, me sé de uno que se va a dormir en clase —dice Marcos, levantándose del sofá *ipso facto*.

—Y yo llegaré tarde... como siempre —admito—. ¿Con qué has venido?

—Con mi princesa. Es una Ducati roja que ronronea como una gatita.

Hombres y sus metáforas. Y luego dice de mí y el monte de Venus, pero obviamente comparar a una gata con su moto es mucho peor, y con una princesa ni te cuento.

—Avísame... —me muerdo la lengua antes de seguir.

Iba a decir que me avisase cuando llegase a casa, pero no lo hago.

—¿Si estoy cachondo y tú también lo estás, y se da el milagro? Vas a ser la primera en saberlo.

No lo quito de su error de planteamiento, solo sonrío y dejo que se vaya escaleras abajo mientras canturrea una canción que no distingo.

La semana pasa lenta, muy lenta. El martes, medio adormecida por haber pernoctado por culpa de la serie japonesa y de la presencia de Marcos, el miércoles, cachonda porque al susodicho no se le ocurre mandarme otra cosa que un relato subido de tono de su nueva novela y, tal y como había predicho, el personaje llamado Lucía tiene mis rasgos y mi personalidad, a excepción de esos instintos malvados y secretos. El jueves, un asco porque Juan insistió con ir a comer con su exnovia y me llevó a mí como aguantavelas para «evitar volver con ella», y no soporto a Ruth, es estirada y siempre tengo que sacar un tema yo porque parece que no tenga conversación.

Por fin, viernes. Antes de quedar con Barbi, no puedo evitar entrar en la librería al ver que Edgar está dentro. Lo adoro, pero debo de ser firme en eso de reñirle un poco por lo que ha hecho. Camino hacia él mientras parece que examine unos libros de la estantería derecha. Pura fachada, seguro que me ha visto venir.

—Buenas tardes, Edgar.

Él se da la vuelta y, en cuanto me ve, sonrío.

—Querida, ¿qué tal estás? Hace días que no vienes por aquí. ¿Has estado ocupada conquistando a mi nieto?

Maldito zalamero, si ya lo sabe. Pongo los brazos en jarra, intentando parecer un poco enfadada, pero es imposible hacerlo.

—No me dijiste que era tu nieto —me quejo.

—No lo preguntaste. Pero sabía que os acabaríais gustando —concluye.

Toso levemente, recuperándome sobre lo que acaba de decir.

—Ah, no..., solo somos amigos.

—Ahora se le llama amigos, por supuesto. Si estáis hechos el uno para el otro, lo sé desde que los dos me hablasteis el uno del otro.

—¿Marcos te ha hablado de mí?

Ay madre, ¿qué leches le dijo? Seguro que mencionó a una escritora de *chick-lit* con ideas de bombero y un poco pesada por encima, y Edgar se emocionó.

—Por supuesto que sí. Dijo que le gustaba hablar contigo, y allí supe que la había encontrado.

—¿Encontrado? ¿A quién?

—Pues a la mujer de su vida, por supuesto.

Lo dice como quién dice que se va a comprar el pan, y se queda tan pancho. Vamos a ver, si Marcos no ha tenido novia en su vida, solo porque hablemos y seamos amigos, esto no va a pasar.

—Er..., no. Tu nieto no quiere ni desea ninguna relación, y yo es exactamente lo que estoy buscando. Somos completamente incompatibles, como el agua y el aceite.

—Querida niña, los hombres no suelen buscarla, y menos los hombres como mi nieto, que piensan que por una mala experiencia, ya todas son iguales.

—¿Una mala experiencia? Marcos no me ha dicho nada de eso —pienso en voz alta.

Y mira que hemos hablado veces sobre las relaciones y el amor, y nunca me ha dicho una palabra. Será imbécil, yo abriéndole mi corazón y él guardando celosamente el episodio que, sospecho, marcó su vida para siempre.

—Ni te lo va a decir, aún. Pero toda horma tiene su zapato.

Suspiro, y niego con la cabeza. No, algunas de nosotras tenemos cierta tendencia a pensar que el chico malo, el donjuán ese que nos trae locas, el seductor chico de una noche verá de pronto la luz y se enamorará de nosotras, porque eso es lo que pasa en las películas y en los libros. Pero la realidad es otra muy distinta, y es que la media de veces que eso ocurra es de un diez por ciento, cifra irrisoria.

Puede que me la acabe de inventar, pero es que esto no es un libro de ficción. Las mujeres solemos enamorarnos en la vida real de un tipo de hombre simpático, gracioso, atento, pero no demasiado, mientras que, en la literatura y el cine, en el ámbito de la ficción, siempre adoramos al caballero oscuro, con secretos, cruel y despiadado. Y debo decir que Marcos es más parecido a lo primero.

Así que no voy a permanecer sentada —y no hablo literalmente— esperando que Marcos tenga tal revelación, porque no la va a tener. Es igual que esperar a que los cerdos vuelen, imposible.

—Si no me lo dice y es verdad, entonces no sería el hombre que yo quiero.

O al menos, el que yo desearía que fuese. Edgar no dice nada más y salgo de la librería con algunos sentimientos contrapuestos, hasta llegar a la entrada del parque de al lado de mi casa, donde Barbi ha querido quedar.

Cuando la veo aparecer con su nuevo perrito en brazos, arqueo una ceja sin poder creérmelo.

—¿En serio hemos quedado para ir a pasear a tu perro, Bárbara? —me quejo al instante.

Que es una monada, no digo que no, lo cierto es que es la bolita peluda marrón oscura y rizada más cuqui que he visto.

—Tienes que fijarse en esto, es brutal. ¿Verdad, Nemo? —le suelta al perro.

Bárbara no es de las que se arreglan mucho, solo para las ocasiones especiales o para salir de fiesta, pero hoy hasta se ha puesto sombra de ojos. ¿Raro? Sí.

—¿Por qué le has puesto Nemo? —pregunto mientras caminamos hacia el interior del parque.

—Por El capitán Nemo. *10.000 leguas de viaje submarino* era una de mis películas favoritas, por si no lo recuerdas.

—Lo sé. Aunque ya sabes que, de Julio, yo soy más de *Miguel Strogoff*. Pues pensaba que el nombre tenía alguna relación con el pez naranja ese.

—¿Qué pez? ¿Y de qué Julio me hablas?

—Cariño, antes de una peli eso era un libro. Y Nemo es un personaje de una película de dibujos animados.

—No, esa es Dory y es azul. La que habla balleno y pierde la memoria cada tres segundos.

—Es la misma peli, cielo, solo que otro pez.

—¿Ya has visto *Mulan*?

—Aún no —confieso, y es que *Mulan* es sinónimo de Marcos ahora, y si pienso en él... es igual, que no debo hacerlo.

Al llegar al parque, dentro de la zona habilitada para perros, Barbi suelta a Nemo para que corra en libertad y juegue con los demás perretes que hay por allí. Entonces se le acerca un hombre, no tendrá más de cuarenta, un madurito atractivo de ojos verdes y moreno.

—¿Es tuya esa monada? —señala a Nemo.

—Sí, aunque soy novata.

Con la excusa de hablar de sus perros, empiezan a flirtear descaradamente. Es alucinante, y no llevamos ni cinco minutos aquí. Después de hablar de todas las comidas de perros habidas y por haber, de pulgas, de collares anti pulgas, manías de los animales y otras cosas que prefiero no mencionar, por fin se larga.

Me cruzo de brazos observando mi amiga, que sonrío satisfactoriamente mientras echa hacia atrás su melena rubia. Es una manía que tiene cuando algo le sale bien.

—Qué calladito te lo tenías —murmuro.

—Tengo tres citas ya en perspectiva —confiesa entonces.

—¿Vas a dejar al doctor malhumor? Alabado sea el señor.

—Es posible, pero no antes de que me opere la nariz.

—Bárbara cariño, tienes una cara perfecta —matizo, y es verdad, Barbi si quisiera, podría ser una de esas modelos de retratos.

—Es solo ese pequeño bulto en el puente, nada más. Además, fuiste tú que me rompió la nariz y por eso no está como debería estar —se queja entonces.

Eso es cierto, pero en mi defensa diré que fue sin querer y que subestimé el poder de las camas elásticas.

—Por cierto, tengo una duda existencial —empiezo a preguntarle, para cambiar de tema—. Imagínate que hay un hombre que te gusta, no solo físicamente sino por su carácter, por su intelecto... Vaya, por todo.

—Vamos, que no es un calentón —resume ella.

—Exacto. Y él te dice que quiere tener algo contigo, pero sabes que será solo sexo.

—¿Cómo lo sé? —cuestiona.

—Porque no cree en la monogamia.

—Menuda gilipollez. No sé, cari, si estás necesitada pues díselo a Marcos. Yo lo haría tal y como está su hermano...

No se ni para que empiezo a hablar hipotéticamente, es mi mejor amiga y lo sabe todo de mí.

—Ya, pero somos amigos y yo... Que me conoces, si tengo algo más con él, me voy a pillar y no quiero sufrir.

—Vamos Lucía, si ya lo estás, y él lo está de ti, solo que tiene miedo de aceptarlo.

—No, no lo tiene. Mira, esas son las cosas que salen en las películas, donde la protagonista se

dice así misma que él, tarde o temprano, abre los ojos y se da cuenta que es el amor de su vida. Pero la realidad es muy distinta, si un tío dice que no quiere nada serio, suele ser eso mismo, algo temporal y sin afecto, no hay dobles intenciones ni nada de eso.

Barbi entonces le pone la correa a Nemo y salimos del parque.

—Cariño, siempre hay la excepción que confirma la regla, y en serio creo que es vuestro caso. Pero de no ser así, estaría bien que por una vez te dejases llevar e hicieras lo que tu cuerpo quiere, y no lo que tu mente racional clama.

Como si fuese tan sencillo.

## La niña de tus ojos

Marcos

*M*ala idea, eso ha sido traer a Lucía a ver una película en el cine y que el gilipollas de mi hermano se haya acoplado. En realidad, no ha sido idea mía, sino suya, de Lucía. Todo ha pasado demasiado rápido y por ello no he podido reaccionar con la rapidez que me caracteriza.

Estábamos caminando hacia el cine, hablando tranquilamente sobre su próximo programa de radio donde clama que «va a romper moldes», cuando el crápula de mi hermano me ha llamado por teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —ha sido lo primero que me ha preguntado.

—Yendo al cine. Estoy ocupado.

Cuando nos decimos que estamos «ocupados», es que tenemos entre manos algo importante y básicamente el otro está interrumpiendo. Pero esta vez, la cosa no ha quedado ahí.

—Vale, entonces, nada. Mamá dice que cenemos juntos, ¿vas a venirte?

—Por qué no. Ignoraba que seguía estando por aquí.

—¿Es tu hermano gemelo? —ha preguntado Lucía mientras hacíamos cola para comprar las entradas.

—Sí. Lucía, luego ceno con él —le he dicho, ya que antes me había preguntado si cenábamos por allí.

—Espera, ¿vas al cine con la escritora? No me lo puedo creer. Hermanito, creo que necesitas que te salve de esta.

—Te equivocas. Oye, nos vemos luego.

—¿Puedo ir?

—No, no puedes —he respondido nervioso.

Sé lo que pensaba mi hermano, que es una de esas chicas que quieren meterme en una relación, pero no es así. Soy yo quien está intentando meterse en sus bragas, nada más.

—¿Quiere venir al cine? Aún no hemos comprado las entradas —ha mencionado Lucía entonces, con buena intención, lo sé, pero joder, qué metida de pata.

—Perfecto, entonces me apunto. Estoy ahí dentro de diez minutos.

—Tomás...

Pero me ha colgado, así que aquí estoy, en la puerta de entrada con los brazos cruzados viendo como mi plan de ataque y seducción se va a la mierda.

Pasan exactamente diez minutos y ya lo tengo enfrente. Jodido hermano, siempre tan puntual.

—¿Qué pasa, hermanito? Parece que no te alegras de verme —saluda en cuanto me ve —. ¿Dónde está la escritora?

—Comprando palomitas. Compórtate, que ya sé cómo eres con las que te caen mal —le advierto.

—Tranquilo, sé que te gusta. ¿Ya te la has...?

Antes de que termine, lo fulmino con la mirada. No es nada personal, pero de golpe me viene a la cabeza lo que Lucía escribió, aquel episodio con su exnovio. Llegan a mi mente la rabia y el cabreo que sentí cuando el amigo le escribió exactamente eso que acaba de decir mi hermano. Lucía no es un trozo de carne, es una de las personas más magníficas que he conocido nunca, y no voy a rebajarme al nivel de aquel capullo.

—No quiero hablar de eso —exclamo, sin dejar que termine la frase, desviando la mirada hacia mi alrededor, donde la gente camina, hace cola para comprar las palomitas o chucherías o bebidas, esperando entrar en la sala.

—¿Marcos? —escucho su voz, inconfundible entre la multitud.

Clavo la vista en Lucía, que viste una sonrisa tímida, unos vaqueros desenfadados y una camiseta de flamencos rosas. Sus ojos color chocolate se posan primero en mí, y luego en mi hermano, supongo que sorprendida al ver qué lo iguales que somos. Es lo que tiene que seamos gemelos.

—¿Tienes las palomitas grandes? Perfecto —exclamo, viendo que las lleva en la mano—. Este es mi hermano Tomás. Tomás, Lucía —termino presentándolos.

—Un placer, escritora —dice mi hermano dándole dos besos.

—Igualmente, doctor. No sé si conoces a mi amiga Bárbara, del hospital.

—¿De ginecología? Quién no la conoce, es divertidísima. Y dime Lucía, ¿cómo un bombón como tú sigue estando soltera?

Abro los ojos como platos. ¿Hola? ¿No venía a salvarme?

Pero ¿qué cojones está haciendo? Ese no es el Tomás que yo conozco. Cuando una chica de las que él llama «excesivamente amorosas» se cruza en su camino, suele ser un tipo borde, malhumorado y frío. Deja entrever que es un capullo, y normalmente suele funcionar porque las asusta y no vuelven a llamarle ni a él ni a mí. Yo, por el contrario, soy incapaz de hacer esto, me dan demasiada pena y acabo siendo bueno con ellas.

Por eso mismo no entiendo qué hace con Lucía. ¿Está coqueteando? Afirmativo.

—Vaya, qué directo. No soy tan buena como parezco —exclama ella.

—He escuchado tu programa de radio, y tengo que decir que me encanta. Cuando hablaste de superhéroes, me ganaste —sigue diciendo.

—¿De veras? No las tenía todas con ese programa, pero me alegro.

Lucía no deja de sonreír, abrumada por tanta amabilidad y tanta atención de mi hermano. No lo entiendo, no entiendo por qué cojones se ríe, si no hace ni puta gracia.

—Y escribes, por lo que me ha dicho mi hermano. Podrías ser algo así como la mujer maravilla.

Ja, pero ¿qué se ha fumado? Seguro que es aquella maría que trajimos de Ámsterdam en la universidad, que debe de estar ya caducada.

—No es para tanto. Además, es solo *chick-lit*, y ese género parece estar a la cola de todos ellos, según tu hermano —dice ella, lanzándome una mirada cómplice.

Al menos, parece que Lucía no me ignora, cosa que hace mi hermano mientras caminamos hasta nuestro asiento de la sala.

—Mi hermano es un purista en cuanto a la literatura se refiere. No le hagas caso, habla mucho y luego escribe poco.

Si las miradas matasen, Tomás estaría bajo tierra ahora mismo. Estoy a un segundo de



levantarme y partirle la cara, pero las luces del cine se apagan y me mantengo donde estoy.

Mientras que los anuncios de secadores de pelo, de otras películas y de advertencias de que pongas el móvil en silencio pasan por la pantalla, escucho el murmullo incesante entre ellos. Mal momento para dejar que Lucía se sentase en el medio. ¿De qué coño estarán hablando? Si acaban de conocerse...

Tomás, además, está siendo un falso de mierda. Pongo la mano en el fuego de que no escucha su programa de radio y solo lo ha dicho para quedar bien. Coño, que no quería ni decirle que su novio le ponía los cuernos, y ahora se las da de *gentleman* seductor.

Pero estoy nervioso porque no se qué coño pretende con esto, de veras. Y mi hermano a veces puede llegar a ser un verdadero cabrón.

Si ahora mismo me preguntan de qué va la película, no podía decirlo puesto que me he pasado toda la hora y media intentando descifrar de que era que hablaban. Solo he pillado palabras sueltas, pero no he podido pasar por alto que Lucía se estaba divirtiendo. A lo mejor estaban hablando de mí, y a lo mejor podría haber entrado en la conversación, pero no he querido. No me ha dado la gana de meterme esta enorme farsa que mi hermano ha empezado.

Cuando por fin termina la película, no tardo en levantarme para salir de allí cuanto antes.

—Ha estado bien —comenta Lucía.

—¿Os habéis enterado de que iba? Pensaba que no, con tanto parloteo —digo sin pensar.

Ella abre los ojos desmesuradamente, sorprendida. Mierda, debería de haberme mordido la lengua.

—Hermanito, la peli era un coñazo. ¿Nos vamos? Ya sabes que mamá odia la impuntualidad —comenta Tomás intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Hablamos luego? —me pregunta Lucía con timidez, ojos tristes y las comisuras de los labios hacia abajo.

—Claro.

Tomás le pone sus sucias manos en los brazos y le da un beso en la mejilla.

—Ha sido un placer, preciosa. Nos vemos pronto.

—Igualmente —responde ella educadamente.

¿Preciosa? La ha llamado preciosa. ¿De qué coño va? Si ni siquiera le gusta.

Lucía se aleja caminando mientras que Tomás y yo vamos hasta donde tengo la moto, y veo que ha aparcado la suya al lado.

Cruzándome de brazos, me detengo frente a él dispuesto a pedirle explicaciones. Mientras él saca la caja de tabaco del bolsillo y se enciende uno con parsimonia.

—¿Qué ocurre? Me has dicho que tenía que ser amable.

—Te he dicho amable, no un jodido Casanova. ¿Qué coño pretendes? —me inquieto.

—Oye, la he visto y me ha gustado. Has dicho que era tu amiga y nada más, ¿no? Pues déjamela a mí.

Lo que está diciendo me pone de mal humor. Porque Tomás puede ser un gilipollas cuando se lo propone, y casi siempre lo es. Él no va de frente, como yo, diciendo que solo quiere una relación casual. Él suele decirlo después, no antes.

—Acaba de salir de una relación, y como has dicho, es mi amiga, así que no voy a dejar que la seduzcas y luego la tires como si fuese un pañuelo —exclamo, cabreado.

Tomás, después de algunas caladas, tira la colilla al suelo y la apaga.

—Hermanito, te estás volviendo un blandengue.

Lo deja pasar, sé que lo hace cuando sonrío y saca las llaves de la moto del bolsillo. Al fin y al

cabo, es mi hermano gemelo y lo conozco como la palma de mi mano.

—Puede que sí. Tú cada día estás más insensible.

Cuando nos colocamos en casco y subimos cada uno a nuestra moto, antes de arrancar me mira a los ojos.

—¿Aún piensas en ella?

Ella. Nunca decimos su nombre, nunca la mencionamos, pero sigue presente. Ella. No, no lo hago la verdad. La he borrado de mi pasado, de mi historia y he intentado reconstruirme sin su huella ni su recuerdo. Pero ella es una sombra muy larga que se interpone entre Tomás y yo, aunque ninguno de los dos lo admita.

—No. ¿Y tú?

La gélida mirada hace que se me ponga la piel de gallina.

—Todas las mujeres son ella.

No dice nada más. En una frase ha dejado claro que él, a diferencia que yo, no se ha liberado de su recuerdo, y me preocupo.

Después de la cena con mamá en la que Tomás y ella no han parado de discutir, vuelvo a casa. No puedo quitarme de la cabeza a Lucía y su actitud. En serio, ¿qué coño ha visto en Tomás? Si prácticamente somos iguales, si yo soy más gracioso y le lanzo más piropos por segundo.

Me jodería mucho que se tirase a Tomás antes que a mí, después de mi declaración de intenciones. Ahora estoy furioso, un poco contentillo después de cinco cervezas, y cachondo. Así que no se me ocurre otra cosa que llamar a Marga.

Lo bueno que tiene es que, si está libre, tarda menos de veinte minutos en aparecer, y ella no está por tonterías. No viene por la conversación ni para pasar un rato divertido. Nos conocemos desde hace ya varios años y con ella es siempre lo mismo; sexo rápido.

Llaman a la puerta y al abrir, distingo su mata de pelo rizada pelirroja y su nariz pecosa bajo dos ojos color miel que me observan con lujuria. No hay mucho de qué hablar, un qué tal como va, una respuesta escueta por su parte y nos zambullimos en el placer de la carne con rapidez. Necesito desahogar toda esa frustración que llevo dentro, y qué mejor que un polvo para ello.

Marga sabe lo que me gusta, y yo sé qué le vuelve loca. Le gusta fuerte y duro, sin delicadezas, le gusta que sea rudo y sin contemplaciones, y eso es exactamente lo que tiene de mí.

Terminamos exhaustos en la cama, sin respiración. Justo entonces suena mi teléfono, situado en la mesilla de noche del lado donde está Marga. Alarga la mano y lo coge.

—Lucía. No te cortes, ¿eh?, contesta si quieres —dice, sin reparos, alargándome el teléfono.

—¿Podrías decirle que estoy en baño? —exclamo de golpe.

Es una idea que se me ocurre de repente, no sé por qué. Quizás sepa entonces qué es lo que se está perdiendo, o puede que intente ponerla celosa. Joder, no sé.

—Díselo tú, a mí no me metas en tus movidas —dice Marga.

Ha sido una pésima idea, lo sé, pero sigo cabreado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me atrevo a decir, sin contestarle a Lucía.

—Claro. Mientras no te pongas ñoño —advierde.

—¿Por qué lo haces?

Sabe a qué me refiero, y se gira hacia mí antes de responderme.

—Tengo novia. La quiero mucho, muchísimo, y también le debo prácticamente todo, pero no estoy enamorada de ella, porque no soy lesbiana. Pensé que podría acostumbrarme a eso de acostarme con una mujer, pero no es lo mismo. No creas que la engaño, en el tema sexual tenemos una relación abierta porque ella lo sabe, pero no puedo hacer nada para cambiar eso.

—Si encontrases a un hombre a quien quisieras y de quien te enamoras, ¿lo dejarías todo?

—Es posible, sería muy difícil luchar contra eso. ¿Vas a llamar a la tal Lucía?

Llamarla. Escribirle. Tenerla conmigo.

—No le convengo, pero no puedo mantener las distancias, ¿sabes?

—Eso es que te gusta mucho.

Demasiado. Lucía me gusta demasiado. Ahora mismo podría estar en la cama con ella, la haría reír bromeando sobre lo pecadora que ha sido y luego debatiríamos sobre las notas de los exámenes que estoy corrigiendo. La besaría con *Wish you were here* de fondo, o con *Despair in the departure lounge*, o puede que otras un poco menos tristes, porque en realidad esta es la banda sonora que anhelan mis sentidos, tristes y derrotados.

Yo solo quiero que esté conmigo, ¿tan jodidamente difícil es de entender?

*Despair in the departure lounge,  
It's one and they'll still be around at three  
No signal and low battery,  
What's happening to me.*

## Nueve semanas y media

Lucía

Ayer fue una tarde extraña. Los recovecos de mi habitación se llenan de melancolía mientras sigo probándome vestidos y pintándome los ojos. Ya solo me falta el colorete y un poco de brillo de labios para estar lista.

No es el vestido negro más provocativo que tengo, pero si lo suficiente como para que Bárbara no me haga cambiarme de ropa en cuanto me vea. Fue una mala idea insistir en que el hermano de Marcos viniese al cine con nosotros, pero tenía curiosidad por saber si eran tan parecidos y si realmente sus personalidades también lo serían.

A lo mejor hice mal en darle cuerda a Tomás. Pero fue sin querer, inconscientemente, y además estoy segura de que lo estaba haciendo en broma, no coqueteaba conmigo con ninguna intención más que quizás, molestar a su hermano.

Puede que me dejase llevar más de lo debido, pero, como digo, fue sin querer. Que alguien con el aspecto de Marcos te piropee y se interese por ti, es una debilidad. Por otro lado, quería conocer a su hermano, porque supongo que para Marcos es importante su hermano. No sé, esa relación de ideas no sé si tiene mucho sentido, pero para mí, sí.

Por la noche, llamé a Marcos, pero no me lo cogió. Tampoco me ha llamado en todo el día, cosa bastante impropia de él. Ya le he enviado un mensaje disculpándome, aunque sigue sin llamar. No lo entiendo.

¡No lo entiendo! Y no soporto no entenderlo. ¿Qué pasa, que como no quiero acostarme con él, ya no somos amigos?

Es lo que está dando a entender.

—¿Lucy Liu? —bromea Bárbara desde el salón, sonando de fondo *She loves you* mientras seguro que ya ha preparado un par de copas.

—¡Ahora voy, Bárbara Streisand!

Que le jodan. Esta noche voy a beber, a bailar hasta quemar la pista y a olvidarme de Marcos Dauphine.

Como he predicho, Barbi ya tiene en la mano una copa, y la de encima de la mesa lleva mi nombre. No lo dudo, doy hasta tres tragos seguidos. La noche es joven, o eso dicen.

—¿Sabes, cielo? Deberías comprarte un perro —dice Bárbara mientras bailamos como si no hubiese mañana.

—¡Una Dory! —se me ocurre de golpe.

Soy una estúpida porque no puedo parar de observar la pantalla del móvil de vez en cuando, y en una de esas veces se ilumina. No, no es Marcos, sino un número que no conozco, así que para poder escuchar quién es, voy hasta mi habitación y respondo.

Nunca se sabe, hay veces en las que la gente se equivoca, otras son de compañías telefónicas bastante pesadas y otras veces es gente que se ha cambiado de número.

—¿Diga?

Intenta parecer serena después del copazo de ginebra que me metido.

—¿Lucía Reixach?

Esa soy yo.

—Sí, soy yo —respondo.

—Llamaba para hablarte del manuscrito.

Hago memoria, intentando recordar a qué manuscrito se refiere, si he enviado alguno recientemente o lo envié en su día y no obtuve respuesta, pero no logro acordarme.

—¿Qué manuscrito? —termino preguntando, rindiéndome.

—El que Marcos me ha pasado, los relatos cortos. Soy su madre.

Ahora mismo si me pinchan, no sangro. Soy un cuerpo inanimado. Que esa mujer es mi escritora favorita, y acaba de decirme que se ha leído mi manuscrito. Tras el choque inicial, consigo mitigar mi nerviosismo para responder.

«Vamos Lucía, o pensará que eres estúpida».

—Voy a matar a Marcos —suelto de golpe.

Leches, esto no era lo que quería decir.

—Y seguramente se lo merezca. Llamaba para decirte que, si puedes quedar un día de la semana que viene, voy a estar en Barcelona, me gustaría comentarte un par de cosas.

—¡Claro! Bueno, si usted quiere quedar de verdad, no se sienta presionada hacerlo. Quiero decir, si es malo puede decírmelo por teléfono, creo que, si le hago perder el tiempo y me dice eso, voy a sentirme peor.

Mi balbuceo es estúpido, y seguramente ella está pensando lo mismo, pero no quiero pensar en ello porque entonces me siento aún más estúpida.

—Tranquila, si fuese el caso, no te habría llamado. ¿El lunes en el Café Turó a las siete de la tarde?

—Perfecto. Muchísimas gracias.

—Hasta entonces.

No sé si saltar de alegría o ponerme a llorar. ¡Ay, la Virgen!, esto me está superando, de verdad. Porque entre algunos de los relatos, los había de muy personales, muchísimo, y a lo mejor fue una estupidez enviárselos a Marcos, y también ha sido una estupidez por partida doble que él se los haya enviado a su madre. Porque ella es lo más de lo más, es lo que todo escritor aspira a ser, y su opinión puede hundirte en la miseria... O elevarte hasta el mismísimo cielo.

Siendo realistas, va a ser lo primero, aunque ella diga que me ha llamado porque es bueno, sé que luego en la práctica, va a ser mucho más dura. De todas formas, reconocer el problema y los errores, es el primer paso para mejorar, ¿no? Pero eso no es lo que me molesta, sino que Marcos lo haya hecho sin consultarme. Los relatos no estaban listos para que, profesionalmente, alguien se los leyese.

Dios, ¿quién se ha creído que es? Primero llama a la radio y me deja en ridículo, y ahora esto. No tendría que haber hecho aquella maldita crítica en Amazon.

—¿Que te pasa? —pregunta Bárbara cuando vuelvo al salón.

Quiero hacer algo, y quiero hacerlo de verdad. Estoy harta de ser la buena de Lucía, la que lo perdona todo, la que dice que no pasa nada cuando en realidad sí que pasa. Esta vez soy yo la que me preparo otra copa, y no tardo mucho en bebérmela entera.

—Barbi, tengo que ir a hacer algo muy importante —confieso, poniéndome otra copa.

—¿El qué? Ni se te ocurra ponerte escribir, que nos conocemos.

—No es eso. Tengo que ir a casa de Marcos y cantarle las cuarenta. Pero de verdad —exclamo, con firmeza.

—Genial. Entonces me voy a casa de mi doctor, tanto alcohol me ha puesto cachonda.

Voy a hacerlo, voy a presentarme en su casa y a decirle lo que pienso. Sobre el manuscrito y sobre todo en general. Empezando por su hipocresía, hablando de amistad con él cuando lo único que quería era llevarme al catre. Y fui sincera en todo momento, ¿por qué no hizo él lo mismo? Dejó que me ilusionase con falsas promesas amistosas, y ahora aquí estoy, deprimida y malhumorada, comiéndome la cabeza por su culpa. Pero eso no es lo peor, no, porque que el fondo, estoy segura de que me gustaba, me gustaba de verdad.

Cogiendo el bolso y las llaves, salgo de casa y paro un taxi. Me sé su dirección porque en una de las conversaciones de WhatsApp cuando ya nos habíamos visto, me envió su ubicación sin querer y estaba en casa.

¿Que qué voy a decirle? Aún no lo sé, espero que cuando esté frente a él las palabras me salgan solas.

Salgo del taxi y me doy cuenta de que llevo un vestido de fiesta con las bambas blancas, todo muy normal. Pero me da igual, así que busco en el edificio el nombre de Marcos Dauphine en los buzones y llamo insistentemente, hasta que, de una puerta cercana, sale él. Lleva un pijama de rayas azul marino y blanco, unas zapatillas a conjunto y el antifaz para dormir a modo de cinta de pelo.

—¿Luci? —pregunta extrañado, con los ojos achicados y cara de dormido.

—Sí —hago una pausa para caminar hasta donde está—. ¿Esperabas a otra persona?

—Es la una de la madrugada, no esperaba a nadie. Pasa —dice, cogiendo mi mano y llevándome hasta el interior de su casa, una planta baja ancha y luminosa.

O eso es lo que pienso por la cantidad de ventanas que tiene.

—¿Estabas durmiendo? —pregunto, antes de descargar toda mi ira sobre él.

—Sí, llevo todo el día con migraña. Ahora ya se me ha pasado, pero me he quedado frito. ¿Qué haces aquí?

Genial, ahora me está dando pena. Pero no puede ser, tengo que concentrarme en mi ira, así que alzo el mentón y frunzo el ceño.

—Eres un gilipollas —le suelto entonces—. ¿Le has enviado mi manuscrito a tu madre? ¿Cómo te atreves? ¡Era algo muy privado!

El corazón me empieza a latir a gran velocidad y observo sus ojos mirarme buscando una expresión concreta, sin hallarla.

—Era bueno, ¡joder!, y tú no ibas a hacerlo nunca —responde en voz baja, sin moverse.

—No es tan bueno, falta pulirlo y además... ¡es que no lo entiendes! Esa soy yo al desnudo, no estoy lista para que la gente me lea de esta forma. Y tampoco lo entiendes, si tu madre, que es la mejor escritora que he leído, me dice que escribo mierda, voy a hundirme en la miseria, ¿entiendes? —me sincero entonces.

—Si quiere hablar contigo es que entonces no escribes mierda. Por una vez, Lucía, no seas cobarde.

Lo dice enfadado, despectivamente, como si sintiera asco por mí de golpe, y esto me entristece y me enfada más de lo que ya lo estaba.

—¡No soy cobarde!

Aunque no lo hago conscientemente, lo empujo, y se sorprende, pero ni siquiera se tambalea.

—Lo eres, Lucía. Eres una cobarde, tienes miedo a dar un paso más ahora que ya nos hemos conocido. Tienes miedo a hacer lo que realmente deseas porque «no está bien» o «no es correcto». ¿Temes que papi o mami sepan que querrías follarte a alguien como yo, tan poco serio? Porque es lo que quieres, admítelo.

Se ha quedado a cinco centímetros de mi rostro, lo observo desde abajo casi sin parpadear y con la espalda pegada a la pared de la puerta. Siento cómo la adrenalina recorre mis venas, ese cosquilleo incesante en el estómago y un espasmo en mi vagina. ¿Qué lo admita? Bien.

—Pues sí. Y no es miedo, es certeza de que todo terminará mal.

Sonríe de una forma soberbia, igual que si hubiese ganado en algo. Se agacha hasta quedar a mi altura pegando su torso al mío. ¡Jesús, María y José, que me va a dar algo!

—No lo hará, novicia, confía en mí —dice cerca de mi oído, y su calidez hace que cierre los ojos inconscientemente.

—No... no me mires así —logro decir.

—No puedo evitarlo, llevas un vestido indecentemente perfecto. Te vas a ganar unos azotes de la madre superiora —dice, mientras roza su nariz con la mía—. ¿Has bebido, novicia? Tu aliento huele a alcohol.

—Un poco —confieso.

Al instante, siento cómo sus labios mullidos chocan contra mi boca, convirtiéndome en pura mantequilla derretida. No puedo más que dejar que me bese, moldeando mis labios con una destreza bestial, haciendo que entre en combustión. Me hace gemir y que me sujete a su torso para no desequilibrarme.

—Tramposo... —exclamo antes de que vuelva al ataque con sus besos, mordiéndome el labio inferior.

—Has sido tú quien ha venido a mi casa —insiste él.

De golpe, noto como una de sus manos bajan de la cintura hasta mis piernas desnudas, y de allí reptan hasta llegar a mi sexo, palpándolo por encima de las bragas. Son de encaje, y no deberían serlo, pero ya que estamos puestos...

—Venía a disculparme y luego a mandarte a la mierda —intento justificarme en vano.

—Luci, estás empapada —susurra.

Para no estarlo. Llevo con las bragas mojadas desde que empezó este juegucito, pero no voy a admitirlo.

—Vete a la mierda —susurro yo.

—Tendrás que confesarte por esto, novicia.

Me regala una de sus sonrisas magníficas que hacen que me derrita aún más. No puedo, es superior a mis fuerzas, y gimo cuando sus dedos bordean mis bragas y acarician mis pliegues hasta que sus dedos se hunden en mí.

El delirio me invade, creo que voy a desmayarme aquí mismo. Me coge por la cintura hasta que llegamos a su habitación y caigo de espaldas sobre una superficie blanda, su cama. Justo donde me dije a mí misma que no terminaría.

—Marcos —susurro con los ojos medio cerrados, mientras sigue besándome.

—Esta vez terminaremos lo que hemos empezado —asegura.

Dejo de besarle, me cuesta horrores, pero lo hago.

—Sólo esta vez, una noche y ya está, para resolver esta... tensión sexual.

Su expresión burlona me dice que no está de acuerdo.

—¿A dónde pretendes llegar diciéndome esto?

—Ya te dije que quería que siguiéramos siendo amigos. ¿Lo seremos después de esto? —pregunto sin tenerlo claro.

—Nunca hemos dejado de serlo. ¿Qué te ha hecho pensar lo contrario?

—Me has ignorado durante todo el día —digo, intentando no parecer ofendida.

—Tenía migraña. Aunque admito que quería hacerte sufrir un poco.

—¿Por qué?

—Me dolió que hubieses preferido a mi hermano antes que a mí.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a besarlo, sin explicarle que no se trata de eso, que su hermano es, en definitiva, una vía más conocerlo a él, que es porque se parece a él por lo que podría atraerme. Pero no se lo digo, solo sigo besándolo con anhelo.

En un abrir y cerrar de ojos se ha quitado la camisa y el pantalón del pijama, y lleva debajo unos calzoncillos blancos. Respiro hondo, notando que se me hace la boca agua al observar la protuberancia vibrante que se asoma por la tela. No puedo dejar de mirar eso, porque indudablemente, es el mejor dotado de todos los hombres con los que he estado, aunque solo hayan sido dos.

Deja de besarme mientras sus manos acarician mis muslos, subiéndome la falda del vestido ceñido hasta la cintura. Percibo un beso en el interior de mi muslo derecho, y otro y otro, cada vez más cerca de mi entrepierna, hasta que empieza a bajarme las bragas lentamente, y siento cómo su aliento hace que mi sexo se estremezca. Nunca había estado tan excitada en toda mi vida. Me separa las piernas y mete la cabeza entre ellas hasta que noto su lengua, tibia y dulce. No deja un hueco sin tocar, porque lame, chupa como un poseso, succiona mi carne y la raspa con su barba de dos días haciendo que delire. Yo gimo y suplico, pero no tiene piedad.

—Dios... —exclamo al borde del orgasmo, porque quiero correrme, pero él, cada vez que estoy a punto, se detiene, haciéndolo durar.

—No, novicia, esta noche al único dios que vas a rezarle es a mí. Y puedes empezar con «Marcos mío, que estás entre mis piernas».

Con la respiración acompasada, termino explotando cuando sus dedos entran en mi interior y su lengua sigue torturándome. Grito su nombre, abandonándome al éxtasis más placentero, dejando mi cuerpo inerte y relajado, sin fuerzas. Él sigue lamiendo mis humores, mientras que mis espasmos se detienen.

—Uno a cero, novicia. Vamos a por la segunda parte del partido.

Sube el vestido elástico por encima de mi cabeza y me lo quita, dejándome solo con el sujetador. Igual que si fuese una muñeca, me da la vuelta para que me quede boca abajo.

—¿Qué vas a hacer? —murmuro, confusa.

—Voy a adorar tu culo como se merece, novicia. Tenía tantas ganas de tenerlo en mis manos... es perfecto.

Es irónico que una de las partes de mi cuerpo que menos me gusten, a Marcos le encante y lo adore fervorosamente. Pero no seré yo quien lo convenza de lo contrario y dejo que siga acariciándolo y dejando besos en mis nalgas, hasta que con las manos lo aprieta con fuerza y me da un pequeño cachete en una de las nalgas, y luego en la otra.

Arrastra uno de los cojines y lo coloca bajo mi vientre, después de desabrocharme el sujetador y palpar mis pechos durante un rato. Estoy volviéndome a mojar, sus caricias son abrasadoras y mi vagina sigue estando muy sensible a cada toque, por eso cuando desliza otra vez su dedo en ella, jadeo con gusto.



También gimo al apreciar su miembro escandalosamente erecto contra mi trasero, sus pectorales en mi espalda y sus labios en mi nuca. Madre mía, quiero que entre ya de una vez. Y como si me hubiese leído el pensamiento, percibo su glande en mi entrada, mientras sigo teniendo el culo en pompa. Nunca lo había hecho de esa manera, y es excitante.

—Esto es... ah, leches... —jadeo cuando se desliza dentro de mí, abriendo la carne trémula y caliente.

—Cómo se nota la castidad, Luci —murmura mordisqueándome el lóbulo de la oreja, sujetándome por las caderas para encajar en mí, hasta lograrlo por completo—. Joder, qué cachondo me pones.

Y a mí. Empieza a moverse a un ritmo histriónico, para luego cambiar a un vaivén lento dejando besos y saliva por toda mi columna vertebral, por mi culo mientras que, con la mano derecha, estimula mi clítoris.

—Marcos, si sigues así voy a correrme otra vez —confieso, empujando hacia atrás para llegar a empalarme por completo.

—Hazlo —dice, aumentando el ritmo—. Córrete gimiendo mi nombre, novicia.

Exploto en mil pedazos, ahogando los gritos por encima del colchón perdiéndome entre multitud de sensaciones esparcidas por todo mi cuerpo, y segundos después, lo hace él, permaneciendo dentro de mí, dejando un beso en mi mejilla.

¿Y ahora qué?

Pero estoy demasiado cansada y satisfecha para pensar en ello.

## Amor con preaviso

Marcos

Llevo toda la vida pensando que, si me aferro a algo con demasiada intensidad, algún día, tarde o temprano, voy a perderlo. Por eso empecé a adquirir ese hábito de no desear algo o alguien con demasiado fervor, solo lo justo para que cuando lo consiga, sienta satisfacción, pero no la suficiente para que, al desprenderme de ello, sienta ese vacío indescriptible, que me invade por completo, me nubla el pensamiento y me ahoga.

Por eso sigo siendo profesor de literatura, por eso no digo nunca que soy escritor, pues nunca me he sentido realmente un escritor de verdad, hasta que no logre esa obra maravillosa y culminante, no voy a decirlo. Porque puede que lo desee intensamente, pero es algo que cuando lo logre, no voy a poder perderlo. Y es algo que, si no digo en voz alta, si no lo expreso y no lo hago real, no lo será.

Sólo lo sabe ella. Esa mujer que está dormida entre mis brazos, que huele a jabón de lavanda y a páginas de libro viejo. Esa mujer preciosa, sexy, dulce y salada a la vez, brillante, compleja y testaruda que se ha rendido a mí, a su pasión secreta. Querría colarme en sus sueños para verlos en 3D y escudriñar su mente, cada rincón de su pensamiento.

Acaricio sin pensar su cabello lacio que cae en cascada sobre la almohada, viendo cómo la luz va entrando poco a poco por las ventanas.

Lucía es ese deseo intenso y secreto, también. Pero, a diferencia de lo otro que he mencionado, ahora que la tengo, sé que voy a perderla, era una *conditio sine qua non* de la que me ha hecho partícipe, y reconozco que no quiero, que me cuesta desprenderme porque he roto mi regla de oro, la he querido demasiado y ahora me va a costar perderla.

Así que simplemente, no voy a permitirlo. ¿Qué pasaría si siguiésemos acostándonos? Hay tantas cosas que haría con ella, tantas posiciones, tantos gemidos... solo de pensar en eso vuelve a ponerse dura.

Se mueve, creo que se está despertando. No dejo que se me escape de las manos así que me pego más a su cuerpo desnudo bajo las sábanas. Entonces noto cómo intenta escurrirse por debajo, cosa que es una mala idea, porque inconscientemente se está restregando y mi polla salta de golpe. Por supuesto, se ha dado cuenta y se ha detenido.

Ay Luci, Luci..., no voy a dejarte escapar tan fácilmente. Así que hago ver que me despierto y llevo los labios a su cuello.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días —responde en voz muy baja, ahogada.

Hace el mismo intento de salir de la cama, pero no la dejo.

—¿Qué estás haciendo?

Mi pregunta la pone nerviosa, lo sé porque puedo sentir con la mano que tengo encima de su pecho cómo su corazón se acelera.

—¿Intentando ir al baño?

Mierda, con esta respuesta tengo que dejar que salga. Pero esto es juego sucio, que soy gato viejo y estas cosas la he hecho en innumerables ocasiones.

—Vale, pero tienes que jurarme por Dios que luego volverás.

—¿Por qué? Tendría que irme a casa, ya sabes.

—No. Novicia, estas cosas no funcionan así.

—Mmm, no tengo mucha experiencia en polvos de una noche, pero hay multitud de películas y canciones que corroboran que la gente suele marcharse por la mañana —puntualiza.

—Pero esto no ha sido solo un polvo, somos amigos, ¿recuerdas?

—Ya, pero...

Mi argumento la desarma por completo y no sabe qué decir. Después de pensarlo durante varios minutos, asiente.

—Vale, ahora vuelvo —termina cediendo, sin estar del todo convencida.

—¿Tienes pis? —pregunto, viendo cómo esto se le hace incómodo.

—Ehh, un poco. Es que... —susurra, y cuando quiero darle un beso en la boca, ladea el rostro.

—¿Qué te pasa?

—Bueno, yo...tengo...creo...

—Lucía, por favor —exclamo, perdiendo la paciencia.

—Tengo mal aliento por la mañana, ¿vale? —termina diciendo, mosqueada.

—A ver, abre la boca —susurro, abriéndosela a propósito—. Podría ser peor, pero voy a besarte igualmente.

Y así lo hago. Ella no dice nada, solo pone los ojos en blanco mientras intenta no sonreír.

Entonces la dejo salir de la cama, y veo cómo a tientas, busca mi parte de arriba del pijama para cubrir parte de su desnudez. Mi tímida y espectacular novicia. Tiene el pelo alborotado, culpa mía porque no dejé de removerla ni de tocarla. Camina hasta la puerta del baño deprisa, no entiende que ya he visto todo lo que tenía que ver y lo he memorizado, igual que un elefante. Podría hacer un mapa de su cuerpo poniendo los puntos cardinales de su placer en él, dibujar mis partes favoritas con detalle y describir sus reacciones con esmero y precisión.

Se toma su tiempo hasta que vuelve a meterse en la cama, esta vez con las bragas puestas. En cuanto lo hace, no le dejo tregua y la aprisiono debajo de mi cuerpo, con el peso apoyado en mis antebrazos y la beso. Ella cierra los ojos en un primer instante, disfrutando de ello, pero luego vuelve a la realidad y me detiene.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con los ojos cerrados.

—Besarte.

—Eso ya lo sé. Anoche dijimos que era cosa de una sola vez, ¿recuerdas?

Que no tengo memoria pez, lo sé, pero eso no es lo que quiero.

—Sí. Pero hay un problema, novicia. No quiero parar. Pensaba que esa sensación de querer follarte las veinticuatro horas del día desaparecería en cuanto lo hiciese, pero no.

—¿No?

—No, al revés, han incrementado.

—¿Y qué culpa tengo yo? Marcos, no voy a ser tu follamiga, ¿entiendes? Yo no soy así —alega decidida.

Suspiro, pensando en qué demonios hago yo ahora. Y lo único que me sale es acariciar sus

muslos, de arriba a bajo, y frotar mi entrepierna dura contra su coño.

—Dime que no te gustó lo de anoche, novicia. Dime que no te satisfizo. Dime que no tuviste tres maravillosos orgasmos y dime que no te gustaría repetir —pregunto, mirándola a esos ojos oscuros y serenos, ojos parecidos a un volcán dormido que puede entrar en erupción en cuestión de segundos—. Novicia, dime todo eso mirándome a los ojos.

—No es eso, Marcos.

—Hagamos una cosa, pasa el día conmigo.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. ¿Qué crees que hago? ¿Un polvo y cada uno a lo suyo? Te equivocas, es más que eso. Creo que necesitas experimentar más allá de tus miras, y no dejarte limitar por tus prejuicios. Pasa el día conmigo como lo haríamos si fuésemos follamigos, y luego me dices si sí o si no, ¿de acuerdo?

—Si digo que no, ¿seguiremos siendo amigos? —pregunta, arrugando la nariz—. Sólo amigos.

—Claro que sí —le aseguro.

—¿Lo prometes? —vuelve a preguntar, asegurándose de ello.

—Te lo prometo.

Sonríó satisfecho. Ganar un día más es el inicio, porque esto quiere decir que ella tampoco quiere que esto termine, y acabará cediendo.

Y la beso de nuevo, porque no puedo aguantar las ganas de hacerlo. Es superior a mis fuerzas, a mi débil voluntad que ha quedado nublada por la visión de esos ojos vidriosos y traslúcidos a la luz del sol. Pese a que es lo que quiero, no voy a pasarme ese día en la cama, quiero demostrarle que no solo sé echar buenos polvos, sino que podríamos hacer otras cosas.

—¿Vamos a desayunar? —le digo después de ese beso de trescientos sesenta y cinco grados.

—Es la una del mediodía.

—El horario de convento no está hecho para mí. Vamos, voy a llevarte a un sitio donde hacen esa tontería del *brunch*.

Me levanto de la cama como mi madre me trajo al mundo y busco en el cajón de la cómoda unos calzoncillos, unos vaqueros y una camiseta de algodón.

—Voy con vestido de noche —musita mientras me cambio.

—Tu vestido me encanta, pero si no quieres ponértelo puedo dejarte ropa. Creo que, si te pones un cinturón con mis vaqueros, van a irte bien.

Rebusco hasta encontrar los más estrechos que tengo y un cinturón. No espero mucho, mientras se levanta le quito botón a botón mi camisa de pijama hasta quitársela, encontrándome con que también se ha puesto el sujetador.

No, no se lo quito, sino que la visto con una de mis camisetas de algún concierto de los Strokes y luego los pantalones.

—¿Qué tal? ¿Raro?

—Muy *hipster*. Vamos, novicia, si el hábito te favorece, todo lo demás también.

Termina de ponerse las zapatillas y la cojo de la mano guiándola hasta la entrada. Solo agarro las llaves y la cartera, y salimos a la calle. Hace un día bonito de primavera, cálido y solariago, y no tardamos en llegar a ese sitio por el que tengo predilección. Está a cinco pasos de mi casa, es un bar que se ha puesto muy de moda en el barrio de Gracia, muy moderno y *hipster*, con los hombres de barbas cuidadas y corbatas de dibujos, y las mujeres de faldas largas y gafas de culo de botella.

El sitio es la hostia porque te hacen desayunos americanos de esos donde no sabes ni por dónde

empezar: tortitas de sirope de arce, huevos de todos los estilos posibles, beicon crujiente y salchichas con *kétchup*.

—Hola, María, dos completos cuando puedas —le digo a la chica de siempre.

—Claro.

Nos sentamos en una de las mesas libres de este sitio decorado igual que una cafetería de carretera americana.

—¿Qué es un completo? —pregunta Lucía entonces.

—Ahora lo verás —respondo guiñándole un ojo—. Eso es mejor que desayunar delante del escaparate de *Tiffany's*.

Se le escapa una sonrisa, por fin.

—¿Es mejor que desayunar en Nueva York? Mmm, no creo que haya algo mejor que eso.

Por supuesto que lo hay, cualquier desayuno en cualquier parte del mundo con ella, pero no se lo digo.

—Hay un lugar infinitamente mejor, en Italia. ¿Has estado en Cerdeña?

—No. ¿Es un lugar bucólico, cerca del mar?

—Rodeados de flora salvaje. Pero hay mosquitos, aviso.

—Era de esperar.

Entonces, María trae los dos platos de desayuno, zumo de naranja y café.

—Jesús, con esto el tamaño de mi culo va a aumentar dos tallas. Mañana empiezo la dieta.

—¿Qué? Ni hablar. Ni se te ocurra profanar esa parte sagrada de tu anatomía.

No quería decirlo con tanta intensidad, pero me ha salido. Me mira algo sorprendida y luego arquea una ceja.

—No entiendo como puede gustarte mi trasero.

—No entiendo cómo no puede gustarte a ti. Vamos, prueba los huevos con las patatas fritas —la animo y prácticamente se lo meto en la boca.

—¿Vienes a menudo? Supongo que sí —murmura, dando como diez parpadeos por segundo.

—Bastante, es de esos lugares comodín a los que siempre acabas yendo.

—¿A las chicas les gusta?

Esta pregunta la hace sin mirarme, picoteando un trozo de tortita. Qué celosilla me ha salido.

—No lo sé, dímelo tú. Eres la primera chica con la que vengo. Creo que María está algo decepcionada, está enamorada de mí en secreto.

—Serás creído —me espeta entonces, y se ríe.

Joder, es preciosa cuando se ríe. No existe nada más que ella y esa melodía sonora. Parece que no hay nada más a mi alrededor, nada que arruine ese momento, nada, y aquí estoy medio desorientado, perdido completamente en ella.

—Qué puedo decir, si así soy. Es algo que heredé de mi madre.

Acabo de tocar un tema algo peliagudo, lo sé por la cara que pone.

—Aún no puedo creer que le enviases eso a tu madre. Y ya sé, que pueden ser muy buenos y todo lo que tú quieras, pero eran cosas... muy privadas —enfátiza entonces, dando un sorbo al zumo de naranja.

—Nadie tiene por qué saberlo. Hay escritores que han desnudado su alma entre las páginas de un libro, y por eso es por lo que se les conoce.

—Ya, pero suelen ser ya mayores o genios. O gente que lo le importa quién lee su obra, pero no estoy yo muy segura de querer que determinadas personas lean eso —confiesa entonces.

—¿Hugo? —Es una pregunta retórica, pero la hago de todas maneras—. No tendría que

importarte. Son tus sentimientos, tu experiencia. Ni siquiera le mencionas, nadie excepto él lo sabrá.

—Ya.

Terminamos el desayuno mientras intento sonsacarle por qué le da cosa que su ex lea eso, pero sin éxito. Me pregunta qué vamos a hacer ahora y yo le respondo que ver una película, que tengo *Antes del amanecer* y quiero verla con ella.

En cuanto cruzamos la puerta de mi casa, busca mi mirada.

—¿Puedo darme una ducha antes?

—Claro. Las toallas están en el armario.

—Gracias.

Cierra la puerta, pero no con el pestillo. Escucho cómo el agua cae de la ducha y me imagino a Lucía desnudándose, entrando bajo la cascada de agua caliente con la bruma del vapor que emana de ella.

No lo pienso, instintivamente me quito la ropa de un plumazo y abro la puerta del baño, metiéndome en el plato de ducha, observando cómo Lucía abre los ojos sorprendida y cómo ahogo cualquier protesta con un beso duro y profundo. Mis manos serpentean entre sus piernas y la sujeto por el trasero pegándola a mí. Es magnífica, deliciosa.

—¿Qué haces aquí? —escucho su voz ahogada cuando llego hasta su cuello y lo mordisqueo.

—También tenía que ducharme, y ya sabes lo importante que es ahorrar agua ahora que estamos en verano. La sequía y estas cosas... —me excuso, aunque no necesito excusas, con decir que me muero por estar dentro suyo sería suficiente.

—Creo... que es el año que más ha llovido de la década. Pero continúa... —la hago gemir cuando meto dos de mis dedos en su interior caliente y estrecho después de llegar al resquicio de entre sus piernas separándolas despacio, ascendiendo en movimientos circulares.

Está tensa, pero se deja hacer. Con la otra mano subo hasta uno de sus esplendorosos pechos, del tamaño de una copa de champán, y lo aprieto con avidez. Vuelve a suspirar, arqueando la espalda. Mientras el agua la empapa por completo, se apoya en la pared llena de baldosas, dejando que poco a poco la estimule, hasta que llevo ambas manos sobre sus pezones y los pellizco, para después cubrirlos con mi boca y mimarlos en exceso.

El vapor hace que ese ambiente sea mucho más erótico de lo que ya de por sí es, creando magia a nuestro alrededor. Desciendo por su ombligo hasta llevar mis labios a su vagina. Ahora soy yo el que está bajo el chorro de agua, golpeándome la espalda. Sus pestañas acumulan partículas de agua cristalina que, con los ojos cerrados, descienden gloriosas igual que si fuesen lágrimas. Ojalá la hiciese llorar de placer, y solo de imaginármelo me pongo mucho más duro de lo que estoy.

Alzo una de sus piernas para que descansa la pantorrilla encima de mi hombro, teniendo una magnífica vista de su sexo. No lo pienso dos veces antes de lanzarme a devorar esa ambrosía prohibida, a buscar ese placer líquido que derrama al jadear. Mordisqueo su carne trémula, la raspo con mi barba incipiente y la lamo como si fuese mi helado favorito. En cuanto siento como su orgasmo está a punto de desatarse, no la dejo y me levanto enseguida, buscando de nuevo sus labios.

—No pares... —gime entonces en mi oído.

—Estás hecha una viciosa... me encantas, novicia. Pero estoy demasiado cachondo y quiero meterme entre tus piernas ahora mismo —confieso, dándole la vuelta y poniéndola de cara a la pared.

Llevo las manos a sus senos, apretujándolos con ahínco, porque no tengo suficiente, y luego deslizo una de ellas hasta su clítoris, rozándolo levemente haciendo que proteste con un gemido que no contiene ni pizca de pudor.

—Marcos, no tardes mucho —suplica.

Joder, joder, esas palabras casi hacen que explote aquí mismo. No hago que vuelva a rogarme, porque deposito las manos en su culo, separándole las nalgas. Clavo mi erección en su ano y percibo su desconcierto, pero paso de largo hasta llegar a su cremoso coño.

—No me canso de tocarte, novicia. Eres deliciosa, tan caliente, tan suave...tan líquida que joder, tengo que concentrarme para no correrme.

Es cierto, porque nada más hundirme en ella con la punta de mi pene, tengo que concentrarme. Su sexo enrojecido e hinchado quiere más, y yo también. Me dejo llevar por esa sensación de abandono hacia algo parecido a estar en el cielo, porque su coño parece que succione mi polla, que la apriete con sus paredes de jodida miel. Estoy perdiendo los papeles, mi razón me abandona cuando escucho su respiración arrítmica con el sonido de mi pelvis al encontrarse con su trasero, ese que estoy estrujando para ir más adentro.

Me pierdo en la vista de su culo en pompa, de mi polla entrando y saliendo de su cavidad despampanante.

—Marcos...

La señal de que está a punto de correrse hace que mis penetraciones sean más cortas, y busco su clítoris con la mano derecha para estimularlo y hacer que su orgasmo sea brutal. Sus contracciones me hacen vibrar y pronto siento cómo mi propio placer me arrastra, dándole varias estocadas finales al tiempo que me sumerjo en un paraíso que parece no tener fin, hasta que vuelvo a la realidad. Salgo de ella con cuidado mientras que mi respiración vuelve a la normalidad, y entonces me doy cuenta de que sus piernas están flaqueando, así que la sujeto por la cintura envolviéndola con mi propio cuerpo, cerrando el grifo de la ducha y sacándola de allí.

Busco la toalla y la envuelvo en ella, mirándola a través del espejo con complicidad. No nos decimos nada, solo dejo un beso en su mejilla y después de coger otra toalla, salimos del baño.

—¿Voy poniendo la película? —pregunto mientras de reojo veo cómo se viste, pero esta vez con el vestido.

—Yo... no creo que... —no termina la frase, se levanta una vez se ha puesto las bambas y camina hacia mí, que aún llevo la toalla puesta.

—¿Qué ocurre? ¿No te ha gustado?

—No es eso. Ya tengo una respuesta, Marcos —susurra, y por el poco brillo de sus ojos, sé que no me va a gustar.

—Aún no ha pasado un día entero —le recuerdo.

—Lo sé, pero mi respuesta no será distinta. No puedo hacerlo, lo siento.

Me entra un cabreo monumental, siento cómo la adrenalina me nubla la mente y los puños se me aprietan solos. ¡Joder!

—¿Vas a seguir negado que no te atraigo? ¿Qué lo que quieres realmente es que te folle? ¿Seguiremos con eso de ser amigos solamente?

Dolida, frunce el ceño y busca el bolso del suelo. Respira hondo antes de responderme.

—Sigues sin entender que yo no quiero follar, que yo busco hacer el amor, compartir un proyecto de vida con alguien, no desayunar un día contigo y al siguiente tener una cita con Juan o con Pepito. No insistas más, por favor.

Camina hasta la puerta, y dudando durante unos instantes, se gira antes de abrirla.

—Marcos, seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Su puta manía con la amistad. Ahora mismo le gritaría que no, que si no me desea se puede ir a la mierda, pero no lo hago.

—Que sí, joder —digo alterado, cosa que hace que dé un respingo ante mi impulsividad, y sé que me he pasado—. Estoy enfadado, ¿vale? Así que no me pidas que ahora sea un amigo comprensivo, porque no lo voy a ser. Ya se me pasará.

Sólo asiente y se va, cerrando la puerta. Es entonces cuando cojo la película que aún no he sacado del envoltorio y la tiro a la basura.

Que la jodan.

Que la jodan a ella y a todo lo que representa.

Maldito el día en que entró en mi vida, si no la hubiese conocido, ahora no estaría en esta situación, sintiéndome como una jodida mierda.



## El vuelo del Fénix

Lucía

*D*el uno al diez, si tuviese que decidir cuán idiota he sido, creo que no habría números suficiente. Quizás un infinito y más allá, porque lo mío no tiene perdón de Dios.

Mira que me lo advertí a mí misma, que Marcos era peligroso, que me gustaba más de lo debido, que, en el fondo, no lo veía solo como un amigo, y que tenía que mantener las distancias.

Así que aquí estoy, caminando bajo un sol abrasador con el vestido de noche, el rímel seco entre las pestañas y varias lágrimas pugnando por salir mientras ese nudo en el estómago va volviéndose más grande.

Me hubiese gustado decirle que sí, que siguiéramos haciendo eso que no tiene ni etiqueta ni concordia ni es nada más que satisfacer ese instinto animal que tanto me cuesta esconder cuando está cerca. Hubiese sido fácil dejarme llevar, y he estado a un segundo de hacerlo, pero cuando aún llevaba la toalla puesta he visto que alguien llamaba a su móvil: Marga.

Puede que hayan sido los mejores mambos de toda mi existencia, pero como dice la canción, puedo ser tanto el uno como el cinco, y puede que él quiera un poco de Lucía en su vida, pero que también necesite a Marga, o a Penélope o a Diana o vete tú a saber cuántas más. Cuánto daño ha hecho *Mambo n° 5*.

Entonces he recordado que por mucho rollo de «eres la primera que traigo aquí a desayunar», no seré la única con la que se acueste, y eso... no puedo, soy incapaz de aceptarlo.

Quizás sea que para mí el sexo es algo más que un intercambio de fluidos, de gemidos o de alientos. Es poder mirar a alguien a los ojos cuando te encuentras físicamente desnuda y que, de golpe, con sus ojos, consiga desnudarte también el alma, con tan solo una mirada o una caricia. Es conocer a esa persona por dentro y que, cuando llegue el éxtasis, puedas perderte sin temor porque sabes que, en el fondo, entre sus brazos, estás en casa.

Y con Marcos tengo esa sensación de que voy a poder hacerlo, de que, si me hubiese quedado unos minutos más, si hubiese visto esa película con la cabeza apoyada en su hombro, mis emociones no hubiesen podido soportarlo y habría pasado, me habría derretido como una quinceañera enamorada por primera vez.

O todo o nada, no hay término medio conmigo, debe aceptar que así soy, por mucho que se enfade. Claro que me duele su rechazo, pero es inevitable porque en el fondo, ya le quiero.

De una forma extraña, igual que si ese fuego estuviese latente y estuviese esperando para salir a la luz. Le quiero por lo que representa en mi vida, un faro que se ha vuelto imprescindible, una llama incandescente en la oscuridad. No, no he llegado a enamorarme de él, porque para eso habría necesitado más cenas, más conversaciones y más risas, creo.

O no. Por supuesto que no, ¿a quién quiero engañar? A mí misma, claro. Quiero esconder de mi propio corazón esos sentimientos demasiado profundos y peligrosos, que ahogo en mi propio ser. Quiero disimular cuando mi corazón late fuerte por él, decirme a mí misma que no es amor sino cariño. Porque puedo contárselo todo a Marcos, excepto eso, lo que siento por él es privado y muy, muy personal, y a medida que crecía ese sentimiento iba atesorándolo bajo la cama hasta que se hizo demasiado grande para vivir allí, demasiado real, y ahora debo enfrentarme a él.

Al llegar a la puerta de mi casa y abrir, me doy cuenta de una cosa, y es que ya no hay vuelta atrás, no puedo pretender ser su amiga solamente, no es realista cuando los dos queremos más. Los amigos no se desean, ni se acuestan. He traspasado esa delgada línea y no puedo retroceder en el tiempo. Debo aceptar que, aunque él diga que no, aunque me lo haya prometido, no volverá a ser como antes.

Me dejo caer encima del sofá. Me duelen todos los huesos del cuerpo, y solo quiero cerrar los ojos y que todo eso pase.

Llamo a Bárbara; seguro que ella sabe qué hacer con mi situación apesadumada.

—¿Lucía? —responde una voz que conozco, pero que no es Barbi.

—Hola Juan. Ay perdona, quería llamar a Barbi y te he marcado sin querer.

—No te preocupes. ¿Todo bien?

—Más o menos, ya te contaré.

—¿Tiene algo que ver con tu escritor de misterio?

Suspiro, completamente frustrada.

—Así es.

—Todo tiene arreglo en esta vida. Nos vemos el lunes, un beso.

—Un beso, Juan.

No sé yo si esto puede arreglarse, la verdad es que lo veo muy, muy negro. Justo antes de que llame a Barbi, suena mi teléfono y veo que es ella. Respondo antes de pensar que puede que estemos conectadas, siendo como es mi gemela de no sangre, no sería raro.

—A ver Luci Liu, quiero parte completo de la noche, si es que pasó algo relevante. Si estuvisteis toda la noche dándole al pico sobre el legado de Hemingway, no hace falta.

—Me he acostado con Marcos —digo, sin rodeos, porque sé que es eso lo que quiere oír.

—¡Aleluya! Ya era hora, pensaba que no ibas a hacerlo nunca. ¿Y qué tal fue? Tiene pinta de ser un empotrador.

—Lo es —confieso.

—Qué fuerte. ¿Y vas a seguir viéndolo?

—No.

—Así que ha sido cosa de una sola vez.

—Bárbara..., creo que estoy enamorada de él —musito antes de soltar un sollozo, haciéndome un ovillo en el sofá.

—Cariño, por supuesto que sí. Lo vuestro era la crónica de un amor anunciado, es tu alma gemela, tu media naranja, tu yang, tu eres pin y él pon.

—No me digas eso —ruego, porque duele más saberlo ahora que ya no hay remedio alguno.

—No te preocupes, cielo, los hombres, a veces por desgracia, siempre vuelven.

—Nunca me querrá, Barbi, no como yo le quiero —reflexiono, a sabiendas de que duele más que la depilación con cera.

—Nunca digas nunca. Ahora lo que tienes que hacer es mantener las distancias.

—No creo que haya problemas en eso, se ha enfadado porque no quiero ser su... follamiga.

—Pues que le jodan. Cariño, este vuelve en menos que canta un gallo.

—No estoy segura de si quiero que lo haga. Quiero sentirme querida de verdad, ¿sabes? Saber que soy el centro del mundo de alguien, no un solo planeta en su órbita.

—Mientras no te conviertas en un agujero negro, todo irá bien. Te dejo, ¿quieres que vaya esta noche y nos hartamos a helado de pistacho?

—Por favor.

—Vale cariño, nos vemos entonces.

No es malo tener claro qué es lo que quieres en la vida, ¿cierto? Pero cuando no encaja con lo que deseas, es un problema.

Aprieto el mando de la televisión hasta poner la película que quiero ver, porque, lo siento Truman, pero no soy esa Holly independiente, que no necesita a nadie, sino esa versión de Hollywood descafeinada que busca al gato porque se ha encariñado de él.

No sé cuanto tiempo pasa hasta que escucho el timbre de la puerta y la abro. Barbi aparece con una botella de *vodka* y helado de limón.

—Sé que querías pistacho, pero así podemos hacer un dos en uno con el vodka.

Asiento, porque tiene razón y porque realmente me apetece no pensar en nada.

—Juan me ha dicho que todo tiene arreglo en esta vida. ¿Tú también lo crees?

Deja la botella en la mesilla y va hasta la cocina para coger dos cucharas y dos vasos.

—Juan no tiene idea de nada —suelta, intentando parecer indiferente.

A Bárbara, Juan siempre le ha caído bien, o eso ha dicho. Cuando empecé a trabajar en la radio, nos hicimos amigos y los presenté, pero nunca tuvieron una relación tan buena como conmigo, pero se caían bien. Por eso me extraña que ahora Barbi hable de él despectivamente.

Empiezo a tener sospechas sobre si han hablado alguna vez entre ellos, o si han quedado, o si se han peleado y yo no me he enterado. Miro el móvil y me doy cuenta de que esta mañana he marcado bien el número de Bárbara la primera vez, y ha respondido Juan, así que estaban juntos. Esto quiere decir que me ha mentado. ¿Qué está pasando?

Bárbara se sienta en el sofá y me alarga el helado con algo de *vodka* dentro del vaso. La miro bien, se la ve divina, no parece que haya discutido con nadie.

—¿Qué tal tú con el doctor? —menciono con disimulo.

—Como siempre —se encoje de hombros y mira al suelo.

Hay algo que no me está diciendo.

—Bárbara, ¿vas a contarme por qué esta mañana ha contestado Juan a tu teléfono? —pregunto al final, expectante.

Al escucharme, se pone roja de inmediato.

—Mierda, sabía que ibas a darte cuenta. Te vas a cabrear, te aviso.

—¿Por? No me molesta que seáis amigos.

—Ya, pero es que no ha sido eso. Ayer por la noche fui a casa del doctor... y estaba con otra. Le dije que habíamos terminado y todo eso, y justo al salir del portal me encontré con Juan. Me dijo que me invitaba a tomar un mojito, me animó, fue súper tierno y cuando se estaba a punto de despedir en la puerta de mi casa, me besó.

Me quedo en *shock*. Juan y Bárbara, Bárbara y Juan. No puede ser, pero si no pegan ni con cola, ¿no?

—¿Y tú que hiciste?

—Devolverle el beso. Estaba borracha, dolida y cachonda. No me mires así, que tú ayer hiciste lo mismo.

—Pero a mí me gusta. Barbi, que nos conocemos, y Juan es un amigo, no alguien a quien puedas utilizar mientras lloras por el doctor —le advierto.

—¿Perdona? Oye, que quién se aprovechó de la gacela coja ayer por la noche fue él. Y esta mañana quien ha tenido los santos cojones de responderle a Ruth mientras seguía en mi cama desnudo mientras yo me hacía la dormida, ha sido él.

—¿No lo habían dejado?

—Pues no, solo se habían dado un tiempo, y parece que ella le echa de menos —exclama bastante enfadada, cruzándose de brazos.

—¿Te gusta Juan? —deduzco entonces—. Dios, ¿te gusta Juan!

—Es mono, y sabe escuchar. Además, ha visto *Buscando a Nemo* y le gustan los perros.

—Por lo que sé, no es de los que se acuestan con mujeres a la ligera, Bárbara, y me extraña que precisamente lo haya hecho contigo, así que puede que le gustes.

—O puede que no. Luci, no soy una ingenua, los hombres piensan con la polla y lo más probable es que fuese el calentón del momento y ya está. No me voy a comer el coco.

Dicho esto, se traga el vaso de *vodka* con un poco de helado deshecho, mostrando firmeza.

—¿Y qué te ha dicho esta mañana?

—Buenos días, que qué tal estaba, que si podía tomarse un café... y entonces ha cogido tu llamada pensando que era su móvil. Luego le he dicho que tenía que sacar a pasear a Nemo y se ha ido.

—¿No habéis hablado de lo que había pasado?

—No, y ya te he dicho que no me voy a comer el coco. Fingiré que no ha pasado nada y ya está. Además, esta tarde me ha llegado un ramo de rosas a casa, el doctor quiere volver.

—Barbi, se cepilló a otra —intento que reflexione al respecto.

—Y yo también. Me he quedado sin condones, recuérdame que el lunes coja en el hospital. ¿Quieres que te traiga algunos?

—No voy a acostarme con nadie que no sea mi futuro marido. Además, me tomo las pastillas.

—Ya cari, pero a saber dónde la ha metido antes. ¿No has usado condón con el empotrador?

—No —murmuro, maldiciendo en silencio.

—Joder, ya puedes venir a la consulta el lunes para una revisión a fondo. Tienes suerte de que sea ginecóloga.

Creo que Dios me está castigando por algo, y no sé por qué.

Ya es lunes, me levanto con una ligera resaca de *vodka* y mucho sueño. No me pongo ni las lentillas, entre otras cosas porque las de este mes las perdí en casa de Marcos y tengo que ir con las gafas redondas de colegiala.

Con mi vestido azul Majorelle, camino por las calles de Barcelona sin dejar de pensar en Marcos. Le echo tanto de menos, y no me refiero solo al aspecto sexual, sino a sus chistes guarros o a sus palabras, a conversar con él de cualquier chorrada.

Al subir hasta la radio, me quito las gafas de sol y busco a Juan con la mirada antes de entrar en la emisora.

—Menuda cara traes —es lo primero que me dice.

—Ayer ahogué mis penas en helado de limón y *vodka*. Por favor, hoy no quiero hablar de cosas positivas.

—Hoy toca relaciones amorosas, viene la experta en terapias de pareja, esa doctora...

—La doctora Martínez, es verdad —recuerdo.

Quiero preguntarle por Ruth, para ver qué es lo que está pasando por su cabeza, porque Juan siempre ha sido muy reservado con su vida privada, pero una vez me desveló sus aventuras y desventuras con su novia, y ya no tuvimos secretos. Pero no me da tiempo, porque llega la doctora y nos presentamos antes de empezar el programa. Después de la música inicial, estamos en antena.

—Buenos días queridos oyentes. Hoy tenemos una invitada muy especial, la doctora Martínez, especializada en terapia de pareja. Bienvenida —empieza Juan.

—Muchas gracias, es un placer estar aquí.

La doctora tiene tablas en eso de hablar en público, con unos cincuenta muy bien llevados y un físico espectacular, el cabello corto a lo *garçon* y de ojos negros, me sorprende lo desenvuelta que se la ve.

—¿Cuál cree que es el secreto de la felicidad en pareja? —empiezo a formular la primera pregunta.

—No creo que haya una fórmula mágica, todas las personas son diferentes y, por lo tanto, a todas les funciona un método distinto. Pero hay algo, un denominador común para todas, o al menos para la mayoría y es la comunicación.

—¿Cree que, en pareja, una mentira, aunque sea piadosa, es buena? —pregunta Juan entonces.

—Para nada, Las parejas tienen que conocerse en todos los aspectos, saber los puntos fuertes y los puntos débiles de cada uno, y para conocerse de verdad la comunicación ha de ser cien por cien sincera, si no, no va a funcionar.

—¿Hay algunas parejas que desde el inicio están abocadas al fracaso? ¿Lo ha visto? —pregunto yo entonces.

—No hay muchas que fracasen cuando su verdadera voluntad es seguir unidas, cuando están dispuestas a trabajar y a perdonar. Pero si uno de los dos es reacio, es muy difícil entonces.

—¿Puede funcionar cuando hay cariño, pero ya no hay amor?

Miro a Juan, y sé que lo que está preguntando no está en el guion. Sé que lo dice por Ruth, y creo que ya entiendo qué está pasando. No la quiere, no está enamorado ya, pero es reacio a aceptar eso. O eso es lo que creo que piensa.

—Hay gente conformista, otros no lo son tanto.

Asiento cuando Juan me mira, y sabe que estoy comprendiendo todo, sabe que lo sé, lo de Barbi y lo de su dilema. Después de varias preguntas más, algunas llamadas del público y consejos de la doctora, nos vamos a publicidad.

Me quito los cascos y cuando estamos a solas, se lo digo.

—Si te gusta Bárbara de verdad, ponle punto final a lo de Ruth.

Ella es mi mejor amiga, ella estuvo para recoger lo que quedó después de que Hugo me hiciese pedazos, y después también estuvo cuando volvió a hacerlo. Ha estado conmigo en todas las etapas de mi vida y no voy a dejar que nadie, ni siquiera mi querido compañero de radio, le haga daño, porque puede que no lo parezca, pero cuando Bárbara le entrega a alguien su corazón, lo hace de verdad. Cuando deja de jugar y se pone en serio con alguien, es la persona más fiel y sincera que puede haber, y eso la hace débil. Aunque no lo haya hecho nunca, pero me da la sensación de que quiere hacerlo, y puede que con Juan le funcione.

—Bárbara me gusta, siempre me ha gustado, pero Lucía, seamos realistas, ella no se hubiese fijado en mí si no.... es igual.

—Invítala a cenar esta noche.

No puedo creerlo, estoy haciendo de Celestina. Mi primer impulso es llevar mi mano hasta el

teléfono y escribir a Marcos, pero antes de abrir el WhatsApp me detengo.

Ya no somos amigos.

Ya no hablamos.

Ya no está en mi vida.

Esto va a ser muy duro.

## Diez razones para odiarte

Marcos

*E*l abuelo se queja cuando le contesto mal a un cliente, pero si digo que no vendemos guías de viaje, es que no tenemos ni la *Guía Azul* ni la del *Top 10*.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa a ti? Hace días que estás huraño y desmejorado —me pregunta, a conciencia.

—Estoy bien, abuelo. Ahora cuéntame lo de cuando vino la policía a desbaratar la tienda.

Puede que Lucía sea una estrecha de cojones, corta de miras y tozuda como una mula, pero tiene buenas ideas y la de escribir un libro de las memorias de mi abuelo es una idea brillante.

Hace una semana que no hablo con ella, después de todo, estoy enfadado y ella no se ha dignado a escribirme. Pues que le den, porque no la necesito. He estado toda mi vida viviendo sin ella, ¿no? Pues podré seguir igual que antes. O eso es lo que me repito a mí mismo cuando miro el teléfono de reajo y marco su número, aunque desisto de llamar.

—¿Y tú cuando vas a admitir que quieres a Lucía?

¿Es a mí? Sí, mi abuelo me lo está preguntando a mí.

—Que no la quiero, solo me gusta. Se le llama atracción, y ya. Se me pasará en unos días ahora que ya...

No lo veo venir, pero de golpe su mano se encuentra con mi nuca y me da una colleja que tela. ¡Maldito abuelo!

—Eres un maleducado. Si tu abuela levantase la cabeza, te arrastraría de la oreja hasta su casa para que le pidieses perdón.

—Que no le he hecho daño, ha sido ella la que no quiere nada conmigo —confieso, bastante dolido.

—Por supuesto que no quiere nada contigo, si sigues con esa idea infantil de tener múltiples amigas y nada serio.

—No es infantil, es una forma totalmente aceptable de vivir —le espeto, cansado de tener que justificarme.

—No cuando quieres arrastrarla a ella. Tu madre ya me lo ha contado todo, así que no te inventes milongas. Si no quieres comprometerte con ella como un hombre serio, déjala en paz.

La rabia nubla mi cabeza y un sentimiento de impotencia hace que suelte un bramido algo Neandertal.

—¡No puedo! —alzo la voz con algo de desesperación—. Pienso en ella día y noche, estoy completamente obsesionado. Esto no es sano.

Mi abuelo se acerca y, con paciencia, me da algunos toques en la espalda calmándome.

—Por una vez en tu vida, haz caso a tu corazón, Marcos. ¿A qué tienes tanto miedo?

—A nada —respondo, altivo—. Pero no quiero ilusionarla y luego tener que partirla el corazón, la aprecio demasiado.

—Ese riesgo tendrá que asumirlo ella. ¿Seguro que no temes que te pase como con...?

—No es eso, ya sabes que lo superé muy rápido. El que me preocupa es Tomás.

—Tu hermano va a su ritmo. Al fin y al cabo, él sí que la quiso de verdad, tú no Marcos.

Lo pienso, me esmero en buscar razones y justificaciones, pero el abuelo tiene razón, no puedo seguir negando lo obvio, delante de él.

—Ya lo sé, pero no se lo digas a Tomás.

Para mí ella fue solo un capricho, y su traición me dolió más por el engaño que por el hecho de haber estado tirándose a mi hermano, cuando ninguno de los dos lo sabíamos. Pero eso es agua pasada, y no tiene nada que ver con el hecho de saber que lo mío es solo un capricho, lo sé porque ya me ha pasado otras veces. Otras mujeres me han obsesionado en el pasado, pero la verdad es que solo con Lucía he estado tan empeñado y tan dispuesto a conquistarla.

«Tuve la sensación de que podía caer dentro de aquellos ojos...», Bukowsky, siempre tan elocuente, tan preciso en sus suposiciones. Pero yo ya había caído en aquellos ojos miopes oscuros, tiernos y demasiado elocuentes.

—No voy a hacerlo. Ahora ve a hablar con ella, vamos.

—¿Con quién? —pregunto, haciéndome el loco.

—¿Con quién va a ser? Pues con la escritora que te trae de cabeza.

—Pero no he terminado de desempaquetar las últimas cajas.

—Ya lo hará otro. Ahora ve, no pierdas el tiempo en cosas insignificantes.

Sonrío, pero pese a salir de la librería, no me dirijo hacia su casa. Hay demasiadas cosas en las que debo pensar, empezando por ser sincero conmigo mismo. Puede que sienta cosas por Lucía que no he sentido con ninguna mujer, en eso estamos de acuerdo. Puede que durante esta semana no me apetezca ver a ninguna otra que no sea ella y que no haya quedado con ninguna amiga, cosa que tampoco antes me había pasado. Pero eso de estar en una relación no lo veo yo muy claro, puede que me canse y que entonces le haga daño, y no quiero. Joder, ¿por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué simplemente no aceptó mi propuesta?

Camino sin rumbo fijo hasta llegar al parque más cercano, y entonces escucho una voz que dice mi nombre. Alzo la mirada y veo que es Alicia. La conocí hace dos años, me la presentó un compañero de la facultad cuando estaban saliendo, y cuando cortaron y me la encontré un día en un bar, nos acostamos. Ambos queríamos lo mismo, así que de vez en cuando quedamos, nos tomamos una cerveza y al lío. Hacía tiempo que no la veía, sigue siendo una rubia escultural de nariz respingona y ojos vivaces.

—¿Cómo te va? —la saludo en cuanto viene hacia mí y me da dos besos.

—Muy bien. ¿Y tú? Sigues igual de guapo —comenta, dándome un buen repaso de arriba a bajo. Qué voy a hacerle si las féminas no pueden resistirse a mí.

—Tú también. ¿Sigues trabajando en *marketing* de Inditex?

—Así es, he estado unos meses en Alemania, pero ya he vuelto. Oye, podríamos quedar un día de estos, recordar viejos tiempos.

Se muerde el labio cuando lo dice, y me coge del brazo, acariciándomelo. Me está comiendo con los ojos, no hay duda.

—Por supuesto, llámame cuando te venga bien.

—Así lo haré. Un placer volver a verte.

Cuando se despide, me da un abrazo que incluye un buen beso en los labios, y se aleja de allí



contoneando las caderas. No le doy más importancia, la verdad, pero me quedo a cuadros, clavado en este trozo de acera que estoy pisando.

A otro lado de la calle está Lucía con la boca entreabierta, igual que si fuese una estatua griega, con las comisuras de los labios hacia abajo y un gesto derrotado en la mirada. Cuando es consciente de que la he visto, gira inmediatamente la cabeza al tiempo que se cubre la boca con la mano y murmurando algo que ni puedo oír ni ver. Veo que empieza a caminar deprisa, huyendo.

Joder, ha visto cómo Alicia me besaba.

En cualquier otra circunstancia, me daría igual, pero no es el caso. Sé que le ha dolido verlo, y sé que no le ha gustado, porque le gusto. Corrección, le encanto. Le gusto tanto que no quiere compartirme, y la verdad, a mí tampoco me gustaría tener que compartirla a ella.

Marcos, ¿por qué sigues aquí parado? Ve tras ella, joder.

Sí, porque su dolor me ha dolido a mí. No sé por dónde ha ido, pero estamos cerca de su casa así que es probable que haya marchado hasta allí. Hago el camino en apenas cinco minutos, y llego hasta el portal algo sudoroso y sin aliento. Por suerte, una mujer está saliendo del edificio, así que aprovecho para entrar y esta vez, subo por el ascensor hasta su rellano.

Llamo al timbre pensando en qué decirle, pero la verdad sobre Alicia suena a excusa de mierda. Aun así, tengo que intentarlo. No puedo soportar que me odie, si es que solo de pensar en su mirada de decepción, me siento enfermo, perdido, asqueado. Me siento una persona de mierda.

Al abrirse la puerta, percibo su reticencia al verme allí plantado, respirando aún arrítmicamente. Ha llorado, aún se notan los ojos algo rojizos y el temblor en la mano izquierda, que intenta mitigar con la derecha.

—Hola —dice con un hilo de voz—. No sabía si decirte algo o... Dios, no sé...

Se frota las manos, estruja sus dedos con esmalte de uñas naranja intenso, parpadea y cierra los ojos varias veces y mira al suelo buscando las palabras, pero sin que le salga nada.

¿Se puede morir de ternura? No lo sé, pero yo estoy experimentando algo parecido, porque Lucía se me antoja igual que un animal asustado, rogando que pase el peligro para calmarse, y solo quiero decirle que todo va a estar bien, que me siento culpable por haber sido el causante de su llanto, que me duele el corazón al verla de esa manera.

Llevo el dedo índice a su boca, esa gruesa y rosada embocadura para detenerla de su persistente bisbiseo. Con la otra mano acaricio con el pulgar todo su mentón de arriba a bajo mientras que con los ojos intento decirle todo lo que estoy callando, incapaz de pronunciar nada por haber perdido el habla. Sus mejillas están algo sonrojadas, cosa que no suele ser así, pero se ve preciosa de todas formas.

Tiene los ojos del color del café, brillantes, espumosos y divinos. Joder, ¿cómo ha podido pasarme por la cabeza que puedo vivir sin ella? Creo que no podría, creo que el síndrome de abstinencia me mataría.

Inclino mis labios hacia esa boca, meciendo su rostro entre mis manos, y la beso. Soy un adicto, lo admito, no hay más. Es un beso paciente, lento, voy saboreando sus labios centímetro a centímetro surcando la lengua por el interior de su boca hasta tocar la suya, hasta que le arranco un gemido.

—Marcos, por favor... —suplica, pero su cuerpo dice lo contrario, porque no hace ningún ademán de apartarse.

Continuaría besándola hasta la eternidad, pero me detengo. Es el momento de dar ese paso, quizás pequeño para mí, pero grande para la humanidad.

—Voy a ser claro, novicia. Intentémoslo tú y yo, ¿de acuerdo? Ni a mi manera ni a la tuya, un

punto medio.

—¿Cómo? —dice, asombrada.

—Que no quiero besar a nadie que no seas tú, que no tengo suficiente con un polvo en la ducha porque me falta eso... lo que tú y yo tenemos, esa complicidad extraña, esa chispa, ¿entiendes? Eso sí, no me pidas que definamos la relación ni nada de esas bobadas.

—Júramelo —dice ella muy seria.

—Te lo juro, novicia. La chica que has visto antes, me la he encontrado por casualidad, hacía meses que no la veía y se ha emocionado. Sé que no suena muy creíble, pero es así.

—Viendo de ti, me lo creo. ¿No vas a arrepentirte? Tú no crees en la monogamia.

—Que no crea en ella no quiere decir que no pueda ser monógamo. Además, hasta que me demuestren lo contrario voy a seguir pensándolo, pero pueden hacerme cambiar de opinión, y contigo he empezado a serlo sin querer.

Parece que esté cavilando, y puede que durante unos segundos dude sobre si aceptar o no, pero enseguida sonrío.

—¿Te apetece ver una película?

Eso es un sí. Dejo ir un suspiro de alivio, porque es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi jodida vida.

—Por supuesto.

—Ve mirando —dice mientras me alarga el mando de la televisión—. Voy al baño, ahora vengo.

Al caminar frente a mí, le doy un suave cachete en el culo y ella se ríe divertida. Quién iba a decirme a mí que terminaría tan pillado de una escritora de *chick-lit*.

Me siento en el sofá y enciendo la televisión, pero antes de echar una ojeada a las películas de Netflix, veo cómo su teléfono se ilumina y en la pantalla pone Barbi. Es su amiga, lo sé, así que respondo yo, le voy a decir que ahora sale del baño, pero ella es más rápida respondiendo.

—Estás limpia, cielo. Ni clamidia, ni gonorrea ni herpes ni nada. La próxima vez ponte un condón ¿eh?

Coño, el condón. La madre que me parió, si a mí nunca se me olvida ponerme la gomita, es una de las reglas básicas. De hecho, creo que es la primera vez que se me pasa, pero es que con Lucía se me olvida hasta de mi nombre.

—Descuida, doctora.

—¿Hola? No eres Lucía —exclama entonces.

—No, soy Marcos. Está en el baño, justo ahora está saliendo. Un placer, Bárbara.

—Lo mismo digo, supongo.

Cuando entra en el salón Lucía frunce en ceño, y pone cara de pánico al alargarle el teléfono.

—Es tu amiga —murmuro.

Solo asiente y responde, dejando que sea la otra quien hable. Joder, esto no me lo esperaba. ¿Qué decía la profesora Conchita en biología? Algo del ciclo menstrual y de los días fértiles, pero ni idea de cuáles son. Su amiga no ha dicho nada de embarazo, así que a lo mejor está ya descartado. No adelantemos acontecimientos, ¿eh?

Joder, estoy sudando y ahora ya no es por la carrera. Que yo solo quería exclusividad con ella y ahora, pum, un bebé. Adiós a las horas de sueño, a vivir tranquilo. Yo que me quejaba de Patri y Roberto cuando voy a tener el mismo problema. Me siento en el sofá antes de que me dé algo y trago saliva, intentando mantener el tipo.

Que voy a ser padre, joder. Padre. Una diminuta criatura va a depender de mí durante el resto de sus días. O al menos hasta llegar a la mayoría de edad. Por suerte descarto los gemelos porque se

saltan una generación. Me pregunto si será niño o niña. En el fondo me la sopla, pero pensar en una niña pequeña igual que Lucía se me cae la baba.

—Marcos, ¿me escuchas?

Su voz me devuelve a la realidad, y la miro sentada a mi lado.

—No, dime.

—Decía que quizás tendría que haberte preguntado, pero Bárbara insistió porque es ginecóloga y ya sabes cómo se ponen los médicos, y tú no me hablabas.

—Yo siempre me pongo condón, pero no sé que me pasó contigo. Haces que pierda hasta el oremus —murmuro.

—Si yo tampoco te dije nada, como tomo la píldora... y bueno, ya me conoces, puedo contar con los dedos de una mano con los hombres que me he acostado y aún sobrarían dos.

Me dejo caer en el respaldo del sofá aliviado. Bendita píldora. Ya me veía cambiando pañales y preparando biberones. Aunque hubiese sido bonito también.

—¿Marcos? Oye, no te enfades por eso. Esta semana han pasado un montón de cosas y...

No la dejo terminar porque la agarro de la muñeca y tiro de ella hasta tenerla completamente a mi merced, estrujando su cintura y colocándola encima de mí.

—Solo me enfado si no me cuentas todas esas cosas, empezando por el encuentro con mi madre —susurro en su oreja después de besarla.

—Tu madre me odia.

—¿Te ha insultado?

—No.

—Entonces no te odia. Ella es así de fría con todo el mundo, incluso conmigo —le explico, porque sé que va en esa línea.

—Oh. La verdad es que fue muy paciente conmigo, dándome instrucciones sobre dónde tenía que mejorar, qué tenía que fortalecer en la escritura, o cambiar. Fue muy útil, de veras.

—Me alegro. ¿Qué más te ha pasado?

—Bárbara, mi mejor amiga con la que has hablado hace escasos minutos, se acostó con Juan mi compañero de la radio. Se conocen desde hace como dos años y ahora pasa esto, ¿no es raro?

Me río con su forma de expresarse.

—A veces no se trata de las personas sino de los momentos. Quizás hace dos años no era el momento adecuado, y ahora sí.

—Ya. Hace dos años Juan estaba muy enamorado de su ahora exnovia Ruth, y Barbi... seguía teniendo esa relación intermitente con el doctor Frankenstein.

—¿El doctor Frankenstein? Y luego te quejas de que tu mote no es bonito, novicia. ¿Cómo me llamáis a mí? ¿El sexy profesor? ¿El escritor buenorro?

—No tienes mote.

Aprieta los labios mientras me pone ojitos, y sé que por dentro se está riendo.

—Mientes como el culo, sor Lucía. Suéltalo.

—No es mío, es de Bárbara, que desde que sabe que nos acostamos... yo nunca te llamo así, te lo juro.

—¿Y es...?

Se cubre los ojos y suelta un gritito.

—Me da vergüenza —musita con voz ahogada.

Resoplo al escucharla, y hago que aparte las manos de la cara. Pero qué bonita es la jodida cuando se sonroja.

—Vamos, novicia, dímelo. Después de decir la palabra follar en directo y de haberme dicho unas cuantas guarradas, tendrías que estar ya curada de espanto.

—Las guarradas me las dijiste tú, guapo.

—Cierto, pero la próxima vez quiero que sea recíproco. Vamos Luci, me muero por saberlo. Mueve los labios, pero no emite ningún sonido.

—Por favor, que sea apto para el oído humano —insisto.

Entonces lo suelta, mirando hacia sus pies y completamente roja.

—Empotrador.

Creo que la carcajada que suelto se escucha de aquí a Pekín, pero es que no puedo evitarlo, aunque ella esté pegándose en el pecho gritándose que no me ría.

—Joder, es el nombre más bonito con el que nadie se ha referido a mí —exclamo—. Lo digo en serio, me encanta.

—Tendría que haberme imaginado que a tu ego le chiflaría.

—Cómo me conoces, novicia. ¿Vemos una serie?

—Vale.

Acabamos escogiendo una de ciencia ficción, *Altered carbon*, y nos hacemos prometer que no veremos el siguiente capítulo hasta que quedemos para verlo juntos. Esto de la monogamia no está nada mal, de momento, pero me guardaré esa información escrupulosamente, porque tener que darle la razón al abuelo no entra en mis planes.

## La Celestina

Lucía

Con los ojos entornados, recorro la silueta de Marcos con la mirada, reprimiendo las ganas de delinear con la mano ese rostro que parece esculpido por los dioses. Es bello, por fuera pero también lo es por dentro. Haciendo caso omiso a mis restricciones, sigo mis impulsos y acaricio un mechón del cabello oscuro y ondulado que le cubre la frente. Luego bajo con el dedo índice recorriendo sus cejas pobladas, sus pómulos, su nariz prominente y masculina, la barba de varios días y los labios un poco resecos.

Ha pasado una semana desde que empezamos esta relación sin nombre, con solo dos reglas que no sé muy bien adónde nos llevará, pero que he aceptado porque soy incapaz de mantenerme alejada. Simplemente he dejado de luchar conmigo misma y he aceptado que Marcos es lo que quiero. Y él parece que ha hecho lo mismo.

—Sé que en el convento se lleva eso del *ora et labora*, pero podrías intentar echarte una siesta al mediodía, los sábados al menos —susurra aún con los ojos cerrados—. No me quejo, tenerte de acosadora particular al dormir tiene su aquel.

Me río mientras le doy un beso en la punta de la nariz y me levanto del sofá para ir hasta una estantería que tiene de arriba a bajo repleta de libros.

—Yo no podría dormir si me sintiese observada —confieso, mirando los títulos de cada libro.

—Pues bien que lo haces cuando te miro, en la oscuridad.

Acaricio el lomo de uno de los libros, de tapa dura y bonita, con relieves. Lo saco de la estantería y leo el título.

—*En el camino*, de Kerouac. Vaya —comento en voz alta al abrirlo—, tienes anotaciones en él.

—Por supuesto. Ven aquí —pide él, y yo voy hacia allí como una polilla a la luz, porque eso es él para mí.

Busca una de las páginas y no tarda en encontrarla.

—Es mi biblia —incide él—. Escucha esto;

«He sostenido siempre que cuando escribes tienes que olvidar todas las normas, el estilo literario y demás presunciones como palabras importantes, oraciones arrogantes y frases por el estilo, es decir; saborear las palabras como el vino y, adecuadas o no, escribirlas por lo bien que suenan. Creo que habría que escribir, en la medida de lo posible, como si uno fuera la primera persona de la tierra y describiera humilde y sinceramente lo que ha visto, experimentado, amado y perdido, sus pensamientos fugaces y sus pesares y anhelos; y esas cosas deberían decirse evitando cuidadosamente frases corrientes, el empleo trivial de las palabras vulgares y demás. Habría que combinar Wolfe, Flaubert y Dickens. El arte es bueno cuando nace de la necesidad. Tal origen es la garantía de su valor; no hay otro».

—De ahí a que pienses que para escribir bien hay que vivirlo —deduzco perspicazmente—. Pero hay cosas que solo se pueden soñar.

—¿Como cuáles?

—No lo sé, ¿ir a la luna? ¿Convertirse en unicornio?

—Entonces describe que sueñas con esas cosas.

—¿Y cómo va con el libro de tu abuelo?

Al final me hizo caso y lo está escribiendo, o al menos creo que lo está intentando.

—Bien, pero no creo que le pase más páginas, dice que lo estoy dejando como un héroe y que en realidad todo lo que hacía era por egoísmo, pero no le hago caso.

—Bien hecho, tu abuelo no creo que lo reconociese jamás.

Asiente mientras cierra el libro y lo deja encima de la mesa del centro del comedor, y me mira con ojos tiernos y vibrantes. Conozco esa mirada, y sé perfectamente lo que tiene en mente. Sin duda, ese hombre se ha propuesto matarme a orgasmos, porque juro que nunca había tenido tantos, tan seguidos y tan intensos. Es el rey del sexo, y me encanta.

—¿Sabes, novicia? Deberíamos retomar esas clases de palabras malsonantes —expresa, dejándose caer sobre el sofá completamente estirado, y la cabeza apoyada a uno de los cojines.

—Profesor —mascullo, entreabriendo los labios, alargándome hasta sentarme encima suyo, de cuclillas—, sabe que soy una pésima alumna, pero voy a compensárselo.

El fantasma de las navidades pasadas de Afrodita se ha apoderado de mi cuerpo, porque de golpe me siento más atrevida, más segura de mí misma, más guapa. Qué demonios, ¿cómo no me voy a sentir guapa cuando ese pedazo de hombre me está mirando igual que si fuese una modelo de Victoria's Secret?

Él me hace sentir especial, no solo cuando me hace gemir sino también con cualquier gesto cariñoso, cualquier beso tonto en la mejilla, cualquier mirada cargada de afecto.

—Te estás poniendo juguetona... —dice mientras lleva las manos a mis glúteos y los acaricia por encima de la falda—. No sé cómo lo haces, pero tu toque hace que me excite al instante. ¿Notas cómo me tienes? Esto debería ser pecado.

Y seguramente lo es, pero ya que he caído en la tentación, voy a disfrutarlo. Percibo su dureza en mis partes bajas mientras sigo besándolo, procediendo a quitarle la camiseta de los Jet, dejando su torso desnudo. Él hace lo mismo hasta dejarme solo con el sujetador puesto, y cuando sube las manos por mi espalda para quitármelo, lo detengo.

—Aún no, profesor.

Parece que, de pronto, me siento como una especie de reina del sexo, todopoderosa y tremendamente erótica, igual que esas mujeres que, solo con un parpadeo, pueden tener cualquier hombre a sus pies. Me embriaga la adrenalina que recorre mi cuerpo cuando lo tengo a él a merced de mis deseos, y ardo en ese fuego eterno hasta que me consume.

—Me encanta estar dentro de ti, me chifla tu coño —dice, tentándome.

En el fondo, que me dijese guarradas no hacía más que humedecerme más, pero fingía que no era así. Y él buscaba en vano que yo perdiese la vergüenza y me lanzase a decírselas. Pero hoy me siento una veleidad medio desnuda, y quizás lo intente. Trasteo por su entrepierna hasta que desabrocho el botón y la cremallera de sus pantalones y, junto con los calzoncillos, se los bajo hasta los tobillos. Su miembro erecto y venoso aparece ante mis ojos.

—A mí me gusta tu mástil, creo que voy a probarlo —digo, sumamente sorprendida por mi atrevimiento.

—¿Vas a hacerme una mamada? Joder... —susurra, excitado.

—Si no quieres... —empiezo a decir, pero enseguida dice que no con la cabeza.

—Sí, sí, sí quiero. ¿Sabes cómo se hace?

No es que no sea la primera vez que lo haga, pero las anteriores veces no disfruté. Recuerdo que tenía ganas de vomitar, y que se me humedecían los ojos sin control mientras Hugo me sujetaba la cabeza para que no me apartase cuando era lo único que deseaba.

—Sí, pero no me sujetes —le pido, antes de sacar la lengua y lanzarle un lametazo desde las pelotas hasta el glande.

—Ah —suspira—. ¿Puedo tocarte al menos?

—Sí.

Mi lengua zigzaguea desde el inicio hasta la punta, untándolo de mi saliva. Toqueteo ese pequeño agujero con la punta de la lengua despacio, regodeándome en su suavidad, hasta que lo capturo con la boca, y voy hundiéndolo poco a poco en ella.

«Relaja la garganta, Lucía, así es como puede que entre toda». Quiero hacerlo, porque él lo da todo cuando me lame mis labios, me arranca gemidos espectaculares, y yo quiero hacer lo mismo.

—¿Lucía? —pregunta, despegándose de su miembro, y viendo mi cara empapada de lágrimas—. Si no te gusta, no tienes por qué hacerlo.

—No, yo... quiero hacerlo, ¡de verdad! Pero no sé cómo sin que me entren ganas de llorar —confieso, quitándome los lagrimones con el brazo.

—Shhh, tranquila. Para empezar, a mí me pone mucho más lo que hacías con la lengua en la punta, te lo juro, casi no me controlo y me corro —dice, acariciándome el mentón—. Y si no te cabe, no fuerces, acompaña con la mano la parte que quede fuera, así —argumenta, mostrándomelo.

—Vale —murmuro, volviendo a la carga.

Hago lo que dice, y realmente es mucho más fácil. Tanto, que hasta me permite disfrutar a mí y relajarme, pues ver su cara de placer me excita a mí, y pronto me siento húmeda.

—Me encanta, novicia, pero si no paras vas a hacerme un tocado y hundido, y algo me dice que no hemos terminado.

Esta vez es él quien me arrastra hasta estar yo encima, hasta abarcar su cuerpo con el mío.

—Me he puesto tonta —admito, siendo yo misma la que se quita entonces el sujetador, lanzándolo al suelo.

—Cachonda, novicia, te has puesto cachonda mientras me chupabas la polla. Mírame a los ojos, no desvíes la mirada —exige, sujetándome del mentón—. Me ha encantado.

Me quedo absorta mirando ese brillo precioso de sus ojos atezados, delirando por mí.

—Quítame las bragas —gimo al sentir su mano colándose por mi vagina, sintiendo mi humedad.

—Tus gemidos me vuelven loquísimo, no sabes cómo me estoy controlando para no levantarte y ponerte contra la pared, y darte muy duro.

A mí escucharle a él también me hace perder la cabeza, y, de hecho, lo siguiente que hago es prueba suficiente de que Marcos me hace despojarme de todo raciocinio. Porque yo antes era más bien pasiva, me dejaba seducir y querer, pero nunca tuve ese empuje que ahora siento.

Me quito las bragas y llevo su erección hacia mi interior, hundiendo los dedos en sus pectorales, mientras que él constriñe mis caderas haciendo la penetración más profunda.

Podría morir ahora mismo, y habría pocas cosas que lamentaría, como por ejemplo no llegar a ver a mis hijos y en su caso, nietos, o intentar ser una reconocida autora y pasárselo por la cara a mi familia. En este momento, añadiría no poder tener sexo más con Marcos.

—Marcos, quiero... quiero que me... —aun mi atrevimiento inicial, soy incapaz de decirlo, así

que decido cogerle la mano y posarla en uno de mis glúteos.

—¿Que te toque ahí? —pregunta, mientras que con las rodillas subía y bajaba moviendo las caderas, haciendo una ligera fricción.

—No exactamente...

Decido ser yo misma la que me dé un pequeño y esmirriado azote en el culo, y cuando lo hago, veo asomarse esa sonrisa torcida.

—Caramba, novicia, ¿quieres que te dé tu penitencia? —susurra morbosamente en mi oreja, y es entonces cuando me da un verdadero azote.

Hacía muchos años que no me daban uno, desde que tenía diez años y me peleé con mi hermana y rompí las cortinas del comedor.

Pero este azote no se por qué, hace que mis partes se vuelvan de mantequilla, de yogur desnatado, de miel líquida. Estrujo su miembro cuando el segundo azote, en el otro cachete llega, y él gime de placer. Me aparta entonces los mechones de la cara, comprobando que estoy bien, y luego las siento en mi pecho. Estruja un pezón y me hace gemir a mí, y luego se lo lleva a la boca.

Estoy hiperventilando, en ebullición continua, los espasmos de placer me contraen y yo misma aumento la velocidad, metiendo su falo y sacándolo. Apenas soy consciente de mi frente sudorosa, del fervoroso efecto que surge por cada poro de mi piel, y clavo las uñas en su pecho velludo, le muerdo la barbilla y grito, echando la cabeza hacia atrás, abandonándome al placer más demencial, milagroso e inimaginable que he tenido la suerte de sentir.

Sin ningún miramiento, Marcos me levanta con urgencia, y sé que es porque ha estado a punto de no aguantarse las ganas de terminar conmigo.

—No sabes cómo me pones... joder, si es que parece que estás hecha especialmente para mí. Ahora, novicia, voy a follarte yo hasta que te corras de nuevo.

Y eso hace durante el resto de la tarde.

Escudriñando su gesto, intento averiguar en qué está pensando Bárbara realmente cuando dice que la cita con Juan estuvo bien. Me ha costado casi una semana entera para que Juan decidiese dar el paso, y Bárbara aceptarlo.

En una terraza de un bar cerca del Cinesa Diagonal, finge beber de la copa de vino además de intentar esconder sus verdaderas emociones, cosa que no entiendo.

—A ver Bárbara, ¿tan mal fue? Soy tu mejor amiga, puedes decírmelo. Que me cae muy bien Juan, que también es amigo mío, pero tú estabas antes cielo.

Igual que si fuese un niño pequeño, se enfurruña cruzando los brazos y mirando hacia el techo de la pérgola que cuelga sobre nosotros, me responde.

—Que no fue mal, de verdad. Es otra cosa.

Si hay algo que me molesta de Bárbara, es que siempre tienes que sacarle las cosas con pico y pala. No entenderé nunca esa manía que tiene de no contar determinados hechos, y eso es que, o le duelen demasiado o tiene demasiado miedo, como si no mencionándolos en voz alta no llegasen existir. Pero es mentira, esos sentimientos que tiene, siguen estando dentro de ella, y la carcomen tarde o temprano. Luego pasa lo que pasa, o adelgaza diez kilos de golpe o coge una depresión de caballo.

—¿Y esa otra cosa tiene nombre? Mira, si no me cuentas tú la cita y como fue, él seguro que me lo cuenta, así que voy a acabar sabiéndolo todo.

—¡Ni se te ocurra preguntárselo! —brama, igual que una fiera.



—Entonces deja de hacerte la estrecha, y suéltalo ya de una vez —insisto, algo cansada.

—Fue genial, un verdadero sueño. Me llevó a los jardines de la Abadesa, al restaurante que está allí, cenamos a la luz de las velas, se disculpó por haberme echado el mejor polvo de mi vida, no con esas palabras, pero es así, no te lo voy a negar, y hablamos. Creo que nunca había intercambiado tanta información con un hombre para después no acostarme con él. Porque me dejó en la puerta de mi casa y no me pidió entrar, si siquiera hizo el ademán Lucía, y eso es lo que me escuece.

Creo que ha tardado tan solo medio segundo en decirme todo eso, porque ha hablado a la velocidad de la luz, y ahora respira por la boca tragando una bocanada, medio ahogada.

—¿Por qué te escuece? Estará siendo un caballero. Aún hay hombres así, pese a que escaseen.

—Oh, claro..., y el uno de un millón me ha tocado a mí. No tengo tanta suerte, Luci —dice convencida—. Ha salido conmigo por compromiso, tiene miedo de decirte que no quiere nada conmigo, estoy cien por cien segura.

—No es eso. Es que él... —dudo antes de decírselo, al fin y al cabo, creo que me lo dijo en confianza, pero nadie dijo que hacer de Cupido fuese fácil— te tiene en un pedestal, piensa que no te hubieses fijado en él si no te hubieses emborrachado y hubieses encontrado al doctor con otra.

Ladea la cabeza despegando sus largas pestañas pintadas de rímel, pensando en ello.

—Pues no, es probable que no lo hubiese hecho, pero pasó. ¿Sabes ese microsegundo en el que dejas de ver a una persona de una determinada manera, ese momento en el que sabes que ya nada será lo mismo? Eso mismo es lo que me pasó aquella noche justo antes de que me besase.

Puedo afirmar que es lo más profundo que le he oído decir a Bárbara desde que nos conocemos, dejando a un lado su descripción del primer parto que atendió.

—Deduzco que te gusta. Y tú le gustas a él. Sigo sin ver el problema, cielo.

—Sólo hay uno, y tiene nombre de mujer fatal: Ruth.

Aparte de que en esto último de nombre de mujer fatal discrepo, en lo de problema en general, puede que no tanto.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? Quién no arriesga, no gana. Si lo quieres, ve a por él, tigresa.

—Que sea la última vez que me llamas así —me amenaza bajo peligro de ensartarme con el cubierto.

No le ha gustado mi mote. Es una pena, porque es muy divertido, y a mí me encanta.

—¿Qué pasa? Tigresa es genial —me lamento.

—Es horrible. Shh, no quiero escucharte —vuelve a quejarse.

Qué exagerada que es, madre mía.

## Al filo de la ley

Marcos

Café recién hecho por la mañana, momento postcoital en la cocina, chica espectacular medio desnuda saboreándolo y unas gafas puestas con las que me entran ganas de volver a ponerla encima de mí. Todo se reduce a eso, a ese momento preciso donde te das cuenta de que eso te hace feliz. Ella me hace feliz. Ahora mismo firmaba para que fuese así por el resto de mi vida.

—¿Lo has imprimido? —pregunta cruzando las piernas desnudas sobre la silla.

—Sí. ¿Vas a leerlo ahora?

—Tengo muchas ganas de saber cosas de tu abuelo, ya te dije que me parecía que había tenido una vida muy interesante.

Sinceramente, ahora mismo tengo que decir que el amor está sobrevalorado. Toda esa angustia, ese sinvivir por si la otra persona no te corresponde... yo estoy aquí de puta madre sin necesidad de esas milongas, solo ella y yo. No tengo ni idea de cómo funciona el amor, pero estoy seguro de que no es mejor que esto, sentirse a gusto, incluso especial, porque ella lo es, y me hace sentirlo a mí cuando se involucra en mi proyecto o le tiemblan las piernas cuando me acerco.

—Hay algo de romance, cosa que creo que te va a gustar. Mi abuelo es un caballero de la vieja escuela, o así se ha definido él.

—Lo es —afirma, subiéndose las gafas con el dedo índice.

Escribiendo la vida del abuelo, me he preguntado si es el destino quién nos lleva hacia un sino determinado, o si, al contrario, somos nosotros quienes lo marcamos con nuestras acciones. Pero no le hago partícipe de mi duda existencial, sino que me limito a entregarle un manojito de papeles, que ella empieza a leer y a hacer anotaciones en la misma mesa de su cocina.

—¿Vas a estar observándome todo el rato? —se relame los labios mientras dice eso, sin apartar la mirada de las letras.

—No tengo nada más interesante que hacer. ¿Puedo ponerte una canción? Te va a gustar.

—Adelante.

Busco en el móvil una de mis canciones favoritas, y le doy al *play*. Enseguida el ritmo sonoro y dinámico de *Are you gonna be my girl* de Jet invade la cocina, y yo, contagiándome de la energía de la canción, hago ver que toco una guitarra invisible mientras que Lucía suelta una carcajada.

—*I say, are you gonna be my girl* —canto por detrás de ella.

—Pensaba que ibas a poner algo un poco más tranquilo. Así no voy a poder leer —se queja por vicio, pues se está pasando de miedo mientras ve como hago el ridículo.

—Hasta Woopy Woolver logró revolucionar un convento, y ya sabes que no es la alegría de la huerta.

—Creo ya que de monja tengo muy poco —insiste ella.

—No voy a dejar de llamarte novicia hasta que incluyas esas palabras tan obscenas en tu vocabulario, y sigues sin decirlas.

Se encoje de hombros y mordisquea el bolígrafo.

—No me siento cómoda usándolas, eso es todo. Es como llevar chanclas con calcetines, o ponerte un abrigo de lana en el mes de agosto.

—Qué comparaciones más raras —exclamo—. Por cierto, mi madre me acosa para que termines tus relatos y pueda presentarte como la nueva promesa literaria del momento.

Su cara de susto me lo dice todo, porque en el fondo, he aprendido que Lucía, por muy resuelta que parezca detrás de una emisora, frente a frente es rematadamente tímida y retraída, aunque lo disimule maravillosamente.

—Aún no están listos. Y ahora, déjame terminar de leer.

—¿Y si veo un capítulo de *Altered Carbon*?

—No te atreverás.

Que hubiese estado predeterminado encontrarme con Lucía. Me gusta esa idea.

Después de explicar en clase la poesía, biografía y obra de Josep Carner, les mando algunos ejercicios de interpretación mientras corrijo algunas páginas de mi libro echándoles una ojeada a los comentarios de Lucía. Lucía. Mi Lucía. Saco el teléfono y le escribo.

«Tengo un dilema, ¿crees que debería meter una escena erótica de la noche de bodas de mis abuelos?».

No tardo en recibir respuesta.

«Rotundamente NO».

«Viniendo de la reencarnación de Santa Teresa de Calcuta, me lo imaginaba».

«No es eso, es que no sabes cómo fue, y estás escribiendo una biografía. Además, estamos hablando de tu abuelo, ¿no te da cosa?».

«Mi abuelo me lo contaría con pelos y señales, pero lo cierto es que me da pereza preguntar esto».

La sola imagen de mis abuelos montándose no es agradable.

«Mejor solo insinúalo».

«Como Carner en Los frutos sabrosos? Mi clase de hoy es un poco subida de tono».

« Me doy cuenta. Aglaia tiene una sed que seca la razón, el habla...».

Malo, malo. Imaginar que Lucía está sentada sobre mis piernas, con su trasero tocando esa parte tan sensible de mi cuerpo, mientras me susurra esas cosas al oído, así que un cosquilleo se apodera de mí, y ese niño travieso salga a la luz.

«Me estás poniendo duro, novicia. ¿Dónde estás?».

«En casa de mis padres, comiendo. Quieren que tenga una cita con Frank Von Kieffer, un oftalmólogo que ha venido a una convención».

«Diles que de momento lo aceptaremos como voyeur. Luego si eso pasamos al trio».

«Estás loco».

Cierto, aunque solo por ella.

«Aunque preferiría a una Francisca, en vez de un Frank, pero no se puede tener todo en esta vida».

«¿Quieres hacer un trío?».

En otras circunstancias, habría aceptado. No todos los días se le ofrecen para eso, y créeme, tener dos mujeres en la cama es de lo más estimulante. Pero sorprendentemente, no me apetece puntualizar, no me apetece comerle el coño a nadie más que no sea a Lucía, y tampoco hacer otras cosas, porque cuando la tengo ella desnuda, solo tengo ojos para ella, manos para su cuerpo y saliva para su boca.

«Ya he hecho un trío, y están sobrevalorados».

«Oh. Malas noticias para Frank».

Sé que está bromeando, Lucía nunca haría un trío, la conozco, y por eso lo digo. Y aunque solo yo he conseguido pervertirla, no creo que llegase a tales extremos.

«Que le jodan a Frank. ¿Qué ropa interior llevas?».

Tampoco me apetece que otro hombre le coma nada a ella, no me produciría ningún tipo de placer observarlo, y tampoco me haría gracia presenciar otras cosas que entrañasen escenas sexuales. Solo pensarlo, me entran ganas de pegar a alguien, y fijate que nunca he sido alguien violento.

«Llevo un tanga beis, de ésos que te pones para llevar un vestido blanco y no se te noten».

«Voy a sacártelo con los dientes. ¿Sujetador?».

«No llevo. El vestido es abierto por la espalda y se me vería».

«Sor Lucía, no me digas esas cosas cuando estoy en clase, que me pongo como una moto».

«No haberme preguntado...».

«Así que estás juguetona...».

«Un poco. Estoy en el baño».

Sé lo que significa eso, y no tarda en entrar al trapo, porque eso, es una adicción. Es mejor que ver cualquier película porno, porque esa sutileza junto con la imaginación y la imagen de Lucía hacen la mejor de las producciones.

«Mójate los pezones con algo de saliva y acaríciatelos hasta que estén duros».

«Marcos, puedo sentir tu dureza desde aquí. Quiero desnudarte».

Y yo también. Les digo a los alumnos que acaben el ejercicio en casa, que me lo den el próximo día, que la clase ha terminado.

«¿Cuánto tardas hasta llegar a mi casa? No puedo esperar a comerte ese coño tan resbaladizo. ¿Ya te lo has tocado? ».

«No como tú lo haces. Estoy allí dentro de media hora».

«Cómo me pones, novicia».

Joder, ni es que con trece años me empalmaba con tanta rapidez. Con el ordenador y algunos libros tapando mi entrepierna, llego hasta la moto y conduzco hasta mi casa saltándome stops, ceda al paso y hasta semáforos.

No tardo ni diez minutos en llegar. Voy hasta el baño y, cuando me miro en el espejo, me doy cuenta de que tengo el corazón acelerado. ¿Qué me pasa? A ver si ahora voy a tener arritmias. Estoy seguro de que es por la adrenalina, que no sé como funciona el cuerpo humano, el experto es mi hermano, así que no me voy a preocupar ahora.

No tengo por qué estar nervioso, es Lucía, coño. Como si fuera la primera vez que quedo con una mujer. Obviamente, no es el caso, he quedado a lo largo de mi vida con cientos de ellas. Pero cuando escucho el timbre, mi corazón vuelve a dar un vuelco. Sin pensarlo abro la puerta y estoy a punto de soltarle una bromita de las nuestras, cuando veo que no es Lucía.

—¿Alicia?

La rubia sonrío ociosamente y me guiña un ojo.

—Veo que siguen viviendo en el mismo sitio. ¡Qué calor! Oye, ¿te importa darme un vaso de agua? Tengo el polen ese de las plantas metido en la garganta.

Tose ligeramente mientras entra en mi casa. Que yo no la he invitado, joder. ¿Qué coño hace aquí? Creo que me envió un mensaje, pero no le respondí.

—Claro. ¿Qué haces aquí?

Tampoco quiero que se ahogue en mi casa. Vamos, un poco de agua y a la calle. Joder, que Lucía vendrá en veinte minutos. Le doy el vaso y espero su respuesta.

—Mmm, pasaba por aquí, tenía algunos recados pendientes. ¿Sigues dando clases?

—Ajá.

Se quita la cazadora y el pañuelo, dejándolo encima del sofá. Mala idea, esto no es lo que quiero. A ver, excusas rápidas que puedo dar, para no parecer que quiero que se largue de aquí ahora mismo...

—En realidad, pensé que nos podíamos poner al día ahora. ¿Quieres que pidamos algo para comer como en los viejos tiempos?

Oh, los viejos tiempos. No, no quiero pedir *sushi* y terminar follando con ella. Ni puedo ni quiero hacerlo.

—La verdad, Alicia, es que tengo una clase y voy a salir dentro de cinco minutos.

Es perfecto, no puede negarme salir corriendo. Pero entonces suena el teléfono y veo el mensaje.

*«Estoy casi en tu puerta».*

En mi puerta. Lucía en mi puerta y Alicia saliendo de ella. He visto suficientes películas para saber que esto significa problemas, que Lucía va a desconfiar porque las mujeres son así por naturaleza, y más cuando tiene esa idea de mí que me acuesto con todas (cosa que ni es verdad, tengo criterios).

—Oh, lo siento.

—Pero tranquila mujer, tómate el agua tranquilamente. No te voy a echar a patadas.

No, iba a hacerlo, pero voy a morir si lo hago.

«Luci, perdona. Sigo en la universidad. Joder, lo siento, tardaré un poco más».

«Vale, no te preocupes. Aprovecharé para ir a mirar esa tienda de jabones de la calle de abajo».

Casi salto de alegría cuando lo veo. Acabo de salvar el día.

—Siempre tan caballero. ¿Y qué tal los libros?

—Bien, voy haciendo —respondo mirando el reloj, a propósito.

Cuando se termina el vaso a paso de tortuga, me lo entrega.

—Gracias, Marcos. Me voy, no quiero entretenerte demasiado.

—Te acompaño a la puerta —murmuro con impaciencia.

No voy a estar tranquilo hasta que esté fuera.

—Cuando estés libre, hazme una llamada, ¿quieres?

—Claro —digo, evitando que vuelva a darme uno de esos besos inesperados, cerrando la puerta antes de que lo intente.

Respiro aliviado cuando vuelvo a estar a solas en casa, y enseguida le envío un mensaje a Lucía diciendo que acabo de llegar.

Le he mentado.

Ha sido por su bien, y por el mío, en realidad por nuestro bien. Sé que se habría preocupado, que le habría dado vueltas a esto cuando no ha pasado absolutamente nada, pero la conozco, y sé que las chicas como ella, les cuesta confiar en los hombres como yo.

Pero ese malestar interior no me abandona, y aunque me repito que ha sido algo sin importancia, no puedo evitar sentirme culpable. ¿Culpable de qué? No debería, no la he engañado ni he hecho nada malo, solo no quiero que, por culpa de una chorrada como esa, tengamos una pelea, o se le vaya la castaña y diga que hay que terminar con lo nuestro y esas cosas que ya me dijo una vez.

Pero solo hay una verdad en todo, y es que acabo de mentirle. Así que cuando llama a la puerta y la veo entrar con una sonrisa y un vestido blanco, se me asemeja un ángel y me doy cuenta de que no me la merezco.

—Huele —reclama, alargándome un jabón en mi nariz.

Así lo hago, y la verdad es que huele muy bien.

—Me gusta —admito entonces.

—Te he comprado uno para ti. ¿Quieres que lo ponga en el baño?

—Claro.

Ha pensado en mí, en esa pastilla de jabón casi transparente que tengo puesta. No me la merezco. Joder, quizás tendría que habérselo dicho, que estaba esa mujer aquí, que se había presentado sin más. ¿Lo habría entendido? No lo sé, pero ...

Oh, mierda. Alicia se ha dejado el pañuelo encima del sofá. Más rápido que un rayo, lo saco de allí y lo escondo dentro de un armario, antes de que Lucía salga del baño.

—Mañana en la radio vamos a traer a una sexóloga. ¿Te lo puedes creer? —dice divertida, acercándose a mí.

La atraigo hacia mí, hundiendo mi nariz en su pecho y respirando su olor corporal. Hacerlo me inspira una calma inverosímil. Soy un idiota, porque he tenido miedo, tanto miedo... a perderla. He dejado que ella se convierta en algo que necesito, en un deseo intenso, desesperado, y creo que, ahora que la tengo, temo tanto que se escurra entre mis dedos, que no podría soportarlo.

—Voy a grabar ese programa. Novicia, te echaba de menos —musito mientras dejo que mis manos viajen a su trasero.

—Yo también.

Luego la beso, pero sin prisas, con lentitud, con paciencia, saboreando cada instante, cada reacción. La beso, diciéndole que no quiero que nada ni nadie nos separe, que la quiero en mi vida por siempre, que es algo loco y sin sentido pero no sé, eso es lo que yo quiero ahora mismo. Luego la desnudo poco a poco, sin apartar la mirada de sus ojos, de sus pupilas incandescentes, de sus pestañas de muñeca de porcelana. La desnudo por completo, y luego cuando está tendida en mi cama, la desvisto hasta dejarle el alma en cueros, porque lo veo en sus ojos, porque en ellos se le refleja.

—Me gustas tanto, Lucía... —murmuro al penetrarla, confesándole una ínfima parte de lo que viene siendo mi sentimiento, pero no soy muy dado a ello, prefiero decirlo con acciones y no con palabras.

—Me gustas demasiado, Marcos —confiesa ella, completamente ruborizada.

—Nunca es demasiado.

Con su cuerpo caliente sobre el mío, respiro medio adormecido. Es la primera vez que hago esto, porque lo sé, que no ha sido como las otras veces, que no ha sido solo sexo, no soy tan estúpido para no entender la diferencia. Hoy le he hecho el amor, tal y como ella dice, y curiosamente, ha sido el orgasmo más sonado que he experimentado.

—Estás pensativo. ¿Pasa algo? —pregunta, aún con la mejilla apoyada en mi pecho.

—Me preocupa mi hermano.

Quiero hacerla partícipe de eso, no sé porqué, pero lo deseo. Puede que ella arroje un punto de vista diferente, o que sepa qué hacer. Ella cree en el amor, ella sabe de enamoramientos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó entre vosotros?

—¿Por qué piensas que pasó algo? —pregunto extrañado.

—Porque parece que seáis cordiales, pero hay algo que os separa, no sé, me dio esa sensación.

—Creo que, en el fondo, está enfadado conmigo, no por voluntad propia, pero inconscientemente, no puede evitarlo, aunque lo disimule.

—¿Le hiciste algo?

—Yo no. Verás, estudié literatura aquí en Barcelona, pero él hizo medicina en París. En la universidad, en el penúltimo curso, salí con una chica. Ya lo sé, sé que me vas a preguntar, pero no estaba enamorado de ella, solo encaprichado. Me gustaba, éramos compañeros y empezamos la cosa como un rollo, pero por aquel entonces yo trabajaba de verdad en la librería de mi abuelo a tiempo parcial y por las mañanas tenía clase en la universidad, y entre los trabajos y los exámenes, mucho tiempo para salir no tenía, así que tener a alguien asegurado me iba genial.

»Tomás se pasaba algún fin de semana por aquí, no muchos, pero iba viniendo, más porque aquí tenía a los amigos del colegio y podía echarse unas buenas farras hasta las cinco de la madrugada, cosa que en París a las tres cierran todo. Una noche conoció a una chica, me contó que ella iba bastante borracha, que se le acercó y le susurró simplemente «vámonos de aquí, quiero tenerte entre mis piernas», o algo parecido, y él no se lo pensó dos veces. Dijo que la chica tenía una belleza etérea que lo cautivó, y que a la mañana siguiente le dejó su número y le dijo que lo llamase otra vez, cosa que no hizo. Volvieron a coincidir, y la chica esta vez se hizo mucho de rogar solo para que bailasen juntos. Creo que fue su rechazo, lo que hizo que Tomás se obsesionase con ella. Y mi hermano puede llegar a ser muy pesado y un encanto. Terminó conquistándola, le costó un par de meses pero lo hizo. Hasta que un día me enseñó una fotografía de ella, una que le había tomado mientras dormía, y resultó que era la chica con la que estaba saliendo yo, Eva.

—¿Cómo? Qué fuerte... —exclama ella, sorprendida—. ¿Y qué hicisteis?

—Nos enfrentamos a ella. Dijo que el primer día que se encontró a Tomás pensaba que era yo, y que no se dio cuenta del error hasta por la mañana, cuando despertó en una casa que no era la mía. Que intentó alejarse de Tomás, pero que le fue imposible, que también le gustaba él y que no sabía qué hacer. Ambos acordamos dejarlo con ella, y eso hicimos. Bueno, creo que Tomás siguió acostándose con ella hasta que se fue de voluntariado a África durante tres meses y pudo desintoxicarse.

—Tu hermano se enamoró de Eva —deduce entonces—. Debió de ser duro para él.

—Lo fue.

—¿Es por eso por lo que ambos no creéis en las relaciones?

—No, no tiene nada que ver. A mí puede que me doliese el hecho de que no me lo hubiese dicho, porque si me lo hubiese contado, es probable que lo hubiese aceptado.

—¿Habías compartido a tu novia con tu hermano? —exclama espantada.

—No era mi novia, y sí, ya te dije que no era monógamo.

—Oh, entonces si tu hermano nos propusiera algo parecido, ¿no te importaría?

Joder. No es el mismo caso, no lo es. Eva no es como Lucía, no lo era. Eva no era imprescindible, no tenía ese sentimiento posesivo con ella, ni había tenido con ella una ínfima parte de complicidad con la que comparto con Lucía.

—Es distinto. Tú y yo hemos quedado en que seremos exclusivos.

Sólo asiente y ladea los labios esbozando una débil sonrisa. Lo sabe, sé que lo sabe, que es importante para mí, que no quiero compartirla. Y para mi alivio, no me lo pregunta directamente, solo cierra los ojos y se queda profundamente dormida entre mis brazos.



## Inocencia interrumpida

Lucía

«Novicia, ¿qué significa ese ojo que has dibujado en el párrafo?».

«Que le echas un ojo, porque hay algo que suena raro, pero no sé qué es».

«Vas a tener que escribírmelo en los pies de página. No veo ningún corazón, qué fría eres conmigo».

Además de ver *Érase una vez el cuerpo humano* cuando era pequeña, la película de dibujos animados que más me gustaba era *La princesa cisne*. No es un cuento parecido a todo lo que os podáis imaginar —o sí, un poco porque no deja de haber un villano, un príncipe y una princesa—, al menos en el plano romántico. El príncipe y la princesa se conocen desde niños, y verano tras verano, lo pasan juntos odiándose a muerte, porque sus respectivos padres quieren unirlos en matrimonio cuando sean mayores. Cuando tienen ya la edad crítica, vuelven a encontrarse y, como suele pasar en los cuentos de hadas, han crecido, son guapos, y se gustan. Después de hacer el paripé en un baile, la chica le pregunta que por qué la quiere, y el príncipe, siendo un poco superficial, le dice que porque es guapa —cosa estúpida porque la conoce de toda la vida—, y esa es la parte realista, cuando, al no poder decir nada más, ella lo manda a paseo.

Después, obviamente, todo sigue según los cuentos infantiles; a ella el villano la rapta, le impone una maldición y el príncipe (que está un poco obsesionado con ella) acaba rompiéndola y rescatándola. Y diciéndole todas esas cosas que no le dijo al principio, por supuesto. Que, si no hubiese sido porque era para menores de edad, hubiesen puesto no solo las virtudes sino los defectos, como debe ser.

Y yo quiero cada uno de los defectos de Marcos, porque estoy demasiado enamorada de él. Demasiado como para no estar en una relación ni poner etiquetas a lo nuestro ni nada de nada. Adoro el hecho de que me hable a cualquier hora del día porque está pensando en mí, o que suelte todo lo que piensa, aunque sea sin ningún tipo de censura. También el hecho de que la desnudez no le moleste, y no estoy para nada acostumbrada a que me digan guarradas, porque aceptémoslo, soy una chica que creció con unos padres que le lavaban la boca con jabón cuando decía cualquier taco. En el fondo, estoy convencida de que él también está enamorado de mí, y guardo la esperanza de que un día decida aceptarlo, decírmelo y terminar con esa estupidez de la no-relación.

Pero aún es pronto, solo llevamos un mes «juntos», y tampoco quiero meterle prisa, que las cosas de palacio van despacio.

«Estoy siendo profesional».

«Déjate de tonterías y ven ya, porque creo que la cena habrá que pedirla a domicilio».

«¿No vamos a cenar pizza?».

«Esa era la idea, pero quería probar una cosa, y no está saliendo como debería».

No puedo creerlo, está cocinando. Ignoraba que Marcos supiese cocinar, pero no sería extraño porque vive solo desde los dieciocho años.

«Pinche al habla. Tardo quince minutos».

Puede que se haya acordado de que hoy hace un mes desde nuestro... ¿pacto? No sé como definirlo.

«Lucía, no te hagas ilusiones, que luego te llevas más chascos...», pero me es imposible no hacerlo, está en mi naturaleza.

No me visto de una forma especial, un simple vestido palabra de honor veraniego color azulado y unas sandalias bonitas bastan, porque tengo la certeza de que acabará todo en el suelo. Cojo la moto y me planto en su casa a la hora que le he dicho. Lo primero que huelo cuando abre la puerta, es a quemado.

—¿Está ardiendo la cocina? —pregunto, cuando veo que está algo atareado.

—No, por suerte. En fin, he acabado pidiendo pizzas porque no me da tiempo a hacer otro pastel de carne. Es por culpa de la receta, está mal —se queja.

—¿La receta? ¿Estás seguro?

—Sí, no ha tenido en cuenta los hornos potentes, y el mío lo es —dice muy seguro, quitándose el delantal.

—No sabía que tenías un horno potente.

—Todo lo mío es potente, novicia, ¿no te has dado cuenta aún?

Ay, que me está mirando con esa mirada que me licúa hasta los huesos. Soy igual que ese helado al sol, derritiéndose con rapidez, ese charco en el suelo.

—Puede que sí.

Antes de que llegue a besarme, llaman a la puerta.

—Abro yo, deben de ser las pizzas. Tú arregla la cocina —menciono, divertida.

Pero no es el chico de las pizzas, primero porque es una mujer, y segundo, porque no tiene pizzas en la mano. Es una mujer que recuerdo haber visto antes, de esas muy guapas, estilizadas, rubias, seguras de sí mismo. De esas que, nada más mirar, tu autoestima baja por los suelos. Y eso es lo que está pasando cuando me mira de arriba abajo y ni se inmuta.

—Hola. ¿Está Marcos?

Entonces la recuerdo. Es la mujer que lo besó aquel día, cuando me lo encontré por la calle. Tranquila Lucía, no empieces a imaginarte cosas raras, que nos conocemos.

—Está en la cocina, un poco ocupado. ¿Quieres que le diga algo?

—No, solo que el otro día me dejé el pañuelo aquí.

El otro día. ¿Qué otro día? No lo entiendo, no entiendo nada. ¿Estuvo aquí?

—¿Cuándo fue eso? —pregunta esa parte masoquista que tengo.

—El viernes pasado —exclama ella.

El viernes. Recuerdo el viernes, claro que sí. Comí con mis padres y Marcos me estuvo enviando mensajitos, como siempre hace. Quedamos en su casa, y resultó que llegué antes que él, o eso me dijo, así que fui a una tienda de jabones cercana. El viernes pasado, en teoría, por la mañana, tenía clase. O eso me dijo.

Creo que voy a desmayarme.

—¿Qué haces aquí? —escucho que pregunta Marcos.

Su tono es hiriente, enfadado, sorprendido.

—Creo que me dejé aquí el pañuelo. Oye, perdona si he interrumpido algo —responde la chica.

No miro a ninguno de los dos, sino que voy directa al salón y me siento, intentando que ese nudo en el estómago se calme. Creo que le da el pañuelo y se despide de ella, y luego se sienta a mi lado. Tras un silencio sepulcral algo extraño, en el que no dejo de pensar en ello, y en el que mi cabreo no deja de aumentar, decide abrir la boca.

—Luci, no es lo que piensas —susurra, compungido—. He cumplido, te lo juro.

¿Cumplir? ¿Cumplir con qué?

—Me mentiste. Dijiste que estabas en clase, el viernes —susurro, con las mejillas ardiendo.

—Y estaba en clase. Pero llegué a casa antes, llamé a la puerta y no pude negarle un vaso de agua. Se dejó el pañuelo a propósito, prácticamente la eché de aquí antes de que tú llegases —susurra, muy nervioso, como si le estuviesen interrogando.

—Dijiste que seguías en clase, y no era así.

—En eso sí que te mentí, pero fue porque... joder, Lucía, entré en pánico, no sabía que hacer —dice nervioso, pasándose la mano derecha por todo el cuero cabelludo—, ¿qué habrías pensado al verla salir de mi casa?

¿Qué habría pensado? Puede que lo peor al principio, pero soy una persona racional, y con la que se puede hablar. Que ya lo sé, que Marcos es un picaflor, pero nunca me ha dado motivos para dudar de él, hasta ahora.

—No lo sé, pero... pero no justifica que me mintieses. ¿No confías en mí?

Frunce en ceño, negando con la cabeza. Está sudando, veo cómo una gota resbala por su frente.

—Creo que eres tú la que no te fías de mí —termina diciendo.

—¿Por qué? Me dijiste, cuando os vi la primera vez, que hacía mucho tiempo que no la veías, que te había besado ella, y yo te creí. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez? ¿Cuál era la diferencia?

—No lo sé. No supe que hacer, ¿de acuerdo? Siento haberte mentido.

Sé que lo siente, porque jamás le había visto tan aterrado. Respiro hondo, asintiendo.

—No vuelvas a mentirme, por favor —le pido, tomando aire y calmándome.

—No lo haré, de verdad —murmura, cogiéndome de la mano—. Luci, lo siento. No te enfades, ¿eh?

No me enfado, pero sí me entristezco. Yo pensaba que lo nuestro era algo muy especial, porque teníamos confianza, desde el principio. Plena confianza, no sé, yo se lo cuento todo —o casi, porque ese te quiero no se lo he dicho—, ¿por qué él no a mí?

—¿Novicia? Oye, no tengo la culpa de que las chicas me busquen.

—No te estoy culpando —respondo, y es entonces cuando me doy cuenta de lo que ocurre—. Porque le has dicho que estás conmigo, ¿no?

La falta de expresión de Marcos es bastante significativa. Quiere decir que no, que no se lo ha dicho. En realidad, es probable que no se lo haya dicho a nadie. Que por eso siguen llamando, viniendo a su casa, buscándole. Porque seguramente, con un «estoy con alguien» es suficiente para que no vuelvan a llamar, ni a venir, ni buscar nada.

—La verdad es que me da pereza explicarlo. Quiero decir, que no estamos juntos —murmura, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—No he dicho que seamos novios, ni pareja, pero juntos... sí, ¿no crees?

—No vamos a discutir con la terminología. Ya te dije que odiaba las etiquetas.

—Por supuesto. Mientras mantenga las piernas abiertas, todo está bien —respondo, muy molesta.

Porque mientras pueda hacer lo que quiera sin dar ninguna explicación, sin tener el valor de decirle a alguien que él y yo tenemos algo, es como si no pasase nada. Parece que lo nuestro vaya a ser pasajero, y que cuando termine, para él todo seguirá como entonces.

Esto me hace pensar que quizás no soy tan especial, quizás solo soy un capricho y me he creído que ... él me quería. Pero Marcos es Marcos, ya me dijo que él no estaba hecho para el amor, y me he permitido enamorarme de él, a sabiendas de que él no lo haría de mí.

¿Por qué lo hago? ¿Por qué pienso que la gente va a cambiar de parecer? ¿Por qué tengo fe en eso? Si siempre me acaban defraudando.

—No me vengas con esas, Lucía, que tú lo disfrutas tanto como yo —dice, poniéndose entonces a la defensiva.

—No he dicho que no. Pero el sexo no es suficiente para tener una relación.

—¿Me dirás que solo follamos? Porque no es así.

—No es suficiente. ¿Vas a seguir sin decirle a nadie que tenemos algo? ¿Eh? ¿Vas a mantener en secreto esto?

—¡No es ningún secreto! Estás sacando las cosas de quicio. ¿Qué coño quieres que haga? —grita, levantándose del sofá.

—Que lo digas.

—¿Quieres que me tatúe «propiedad de Lucía» en el culo? No eres mi novia, no eres mi pareja, y parece que no lo entiendas.

Parpadeo varias veces, sorprendida de que me diga eso.

—Creo que eres tú el que está sacando las cosas de quicio. Ya sé que no soy eso, ya lo sé —respiro hondo antes de responder, porque me duele, en el fondo me duele que me lo diga—, no hace falta que me lo repitas en bucle.

—Te lo repito porque parece que no lo entiendas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Estar así siempre?

—Joder Lucía, estamos de puta madre, ¿a qué viene eso ahora? ¿Que no le he dicho a una mujer que me tiré hace dos años, que somos exclusivos? —dice molesto—. Madura un poco, joder.

Me quedo helada, viendo pasar mi vida igual que si fuese una película en blanco y negro, y me doy cuenta de que he estado esperando a que el príncipe me dijese todas esas cosas que yo quería escuchar, esperando a que se diese cuenta de ello. Pero la realidad es otra, y es que, si no te lo dicen desde el principio que te quieren, es posible que no te lo vayan a decir después.

—Tienes razón. Ha sido una estupidez decirte que sí —me levanto del sofá, decidida, porque, aunque me duela, no puedo continuar con esto.

No puedo seguir haciéndome daño, guardándome los sentimientos como si fuesen algo malo, estoy cansada de hacerlo, de disculparme de querer algo más.

—¿Qué?

—Que no puedo seguir con esto. Tú no tienes planes para que lo nuestro siga adelante, y yo quiero algo más que un simple rollo, ya te lo dije y me dejé llevar, pero ya no más —confieso entonces.

Entonces se ríe, de una forma irónica y lamentable, pero lo hace.

—¿Me estás diciendo que, o hay algo más o lo dejas conmigo?

—No... Marcos, yo siempre voy a querer más, soy así. Aunque me convenzas hoy de seguir durante un tiempo, voy a seguir queriendo alguien que me coja de la mano y que no tenga miedo de

decir que soy su novia.

—Has tardado un mes en darte cuenta —exclama con frialdad.

—Pensaba que tú... en el fondo cambiarías de opinión.

—¿Te dije alguna vez lo contrario? ¿Te lo mencioné? No creo, Lucía.

—No, pero hacías cosas que me indujeron a pensarlo.

—¿Que quería una relación estable?

Me relinchan los dientes y exploto, porque no puedo más. Me es imposible no decírselo y creo que va a ser lo mejor, voy a ser sincera y a poner las cartas sobre la mesa de una vez por todas.

—¿Que me querías! —exploto, hastiada de todo—. Pensaba que me querías, ¿vale? —menciono con desespero, y entonces lo veo, ese miedo reflejado en sus pupilas. Puro e irracional miedo.

—Pensaste mal —responde con un hilo de voz.

Creo que no miente, y si lo hace, es un cobarde, cosa que me entristece aún más. Igual que si me hubiesen dado una paliza, siento el cuerpo pesado, dolorido. Aún así, camino hacia la puerta y pongo la mano en el pomo.

—¿Te vas? ¿Así sin más? —percibo su aliento en mi nuca, y me da la vuelta como una marioneta en sus manos—. Lucía, deja de pensar en los príncipes azules porque no existen.

Despego las pestañas de mis anteojos y lo observo, tan hermoso y tan cruel.

—Esa siempre ha sido la diferencia entre tú y yo, que yo creo en el amor, aunque nunca me han querido, y tú no crees en él aun teniéndolo delante de tus narices.

Recorre mis labios con el dedo índice, con una expresión de tormento y los labios apretados, como si se estuviese conteniendo.

—Tú no estás enamorada de mí.

—Por supuesto que lo estoy, y porque te quiero acepté tus condiciones.

Me acerco a su mejilla y le doy un beso tierno mientras se me escapan un par de lágrimas.

—Si te vas, no seremos amigos —susurra con una voz algo más grave de lo normal.

—Lo sé —respondo, y esta vez sí que cruzo la puerta.

No sé con seguridad si es lo que tendría que haber hecho, porque ya me estoy arrepintiendo, porque en el fondo lo quiero demasiado, así que quizás sí que estaría dispuesta a seguir con todo eso, pero sus palabras han sido tan mordaces, y me han dolido tanto, que no he podido hacerlo.

Han sido puñales que se me han clavado en el corazón, y ahora ha quedado roto y sangrando.

Llego a casa y no hago otra cosa que meterme en la cama, abrazada al cojín, llorando como si no hubiese mañana, preguntándome qué es lo que pasa conmigo, qué tengo de malo para que nadie me quiera lo suficiente. Nunca he sido bastante para nadie ni para mis padres ni para ningún hombre.

Y han vuelto a partirme el corazón, o puede que me lo haya roto yo solita, queriendo ver cosas que no son en realidad.

## Love Story

Marcos

*E*scucho el sonido de la puerta al cerrarse, y luego silencio sepulcral. Se ha ido.

Lucía me ha dejado.

Joder, ya me estoy arrepintiendo de todo lo que le he dicho. Tendría que haber sido más... no, no tendría que haber sido un capullo.

Oye, puede que se arrepienta y vuelva. Mi corazón da un vuelco cuando escucho el timbre, y abro con rapidez, pero es el de las pizzas. Le pago y las dejo encima de la mesa. No tengo hambre, y mira que hace una hora me hubiese comido un buey.

Joder, Lucía se ha marchado. Le he dicho que no seríamos amigos, y ha dicho que lo sabía. Esto ha sido solo una discusión, se ha puesto celosa y se ha enfadado, pero no parecía muy enfadada, porque no ha gritado. Pero sí ha llorado, solo que yo sí estaba enfadado y le he restado importancia.

Va a volver, y tendrá que pedirme disculpas. Que esto no se hace, jugar así con la gente. Ahora te digo que no, luego que sí, luego te vuelvo a decir que no. ¿Qué es eso, la ruleta de la suerte? Ni de broma, que ya estoy mayorcito para dramas adolescentes.

Logro comerme un trozo de pizza, buscando en qué momento de la conversación se ha torcido todo. Si es que la he cagado, lo sé. Debería de haberle dicho que Alicia había venido, tendría que haber pensado y no dejarme llevar por el pánico. Me meto en la cama, aunque sean las once de la noche, pero no puedo dormir. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Me echará de menos? Por supuesto que sí. Yo la echo de menos.

Pero volverá.

Han pasado dos días, ¡dos días enteros! Y sin señales de Lucía. Está en línea, lo veo, y no dice nada. Tampoco ha dicho nada relevante por la radio, y el abuelo no la ha mencionado. Tengo ganas de romper toda la vajilla que tengo en casa, todos los jarrones inútiles que mi madre me regala por navidades, tengo ganas de gritar. Llevo un cabreo encima que no es normal, y lo pago con los alumnos, pero ellos también me cabrean. Que se aguanten, haber hecho bien el ejercicio.

Pero lo que me enfada de verdad es que no me diga nada.

¡Nada! ¿Qué coño le pasa?

Tres días. Tres putos días. Me ha dejado de verdad. Si es que he sido gilipollas, ¿cómo se me ocurre decirle esas cosas? Si sé que ella es una romántica, ¿cómo le digo que madure? ¿Qué los príncipes azules no existen?

Tendría que haberlo hecho de otra manera. Encararlo de otra forma, no enfadándome. ¿Por qué me enfadé? Ya no lo recuerdo. Entro en Netflix, y no me doy cuenta de que está puesta su cuenta. Un segundo, no es posible. No, joder. No me lo puedo creer, ¡no me lo creo! Ha visto el capítulo siguiente de *Altered carbon*, lo ha visto sin mí.

Que me ha dejado de verdad.

Un extraño pesar se cierne sobre mí, es dolor. Dolor agudo en el pecho. Estoy teniendo un infarto, lo sé. Tengo que llamar a mi hermano, porque no recuerdo qué hacer en caso de infarto. Alguien llama a la puerta, y corro a abrir.

—Patri, creo que me está dando un infarto —exclamo nada más verla.

Ella alza una ceja, esperando con los brazos cruzados a no sé, ¿qué me desmaye?

—Ya —murmura.

—¿Quieres que me muera o qué? ¡Llama a una ambulancia!

—No te está dando un infarto, estarías ya por los suelos. ¿Qué te pasa?

—Me duele el pecho —me quejo, poniéndome la mano derecha allí—. Y también el estómago. Es extraño, nunca me había pasado algo parecido.

—Anda, déjame pasar que me duelen los pies. No te quedes embarazado nunca para verano, no se qué leches voy a hacer el mes de agosto. Y ahora, siéntate y cuéntame qué te pasa. Nunca te había visto así de mal.

Patricia tiene más carácter ella sola que toda la demás gente que conozco junta, es igual que un sargento, así que me rindo y me siento en el sofá, aunque sigo estando preocupado con mi dolor.

—Al menos, déjame llamar a mi hermano.

—Ahora lo llamamos, si te pones tan pesado. ¿Qué estabas haciendo? ¿Mirando una serie? *Altered carbon*, ¿está bien?

Cuando lo dice, vuelvo a pensar en que ya no la veré con Lucía, y ese dolor vuelve con intensidad.

—No. La veía con Lucía.

—La escritora de *chick-lit*, ¿no? Dijiste que ya había dejado al novio, y a Tomás le cayó en gracia, o eso me dijo.

—Tomás es un capullo, se la quería ligar que es distinto —me quejo yo, a la defensiva.

—Por lo que veo, no se te adelantó. Pobre chica, ¿ya sabe que es una más en tu harén?

—Nunca lo ha sido. Patri, cállate porque no sabes nada —la amenazo, levantando el dedo índice.

—¿Ahora te pones gallito? Poco ataque al corazón veo yo. ¿Has quedado con ella? Quiero conocerla.

—No. Ya no... nos hablamos —musito, mirando al suelo.

—¿Os habéis peleado?

—Sí.

Entonces me desmorono, porque soy gilipollas, porque estaba con ella y no se lo dije ni a mis amigos, porque era el hombre más feliz del mundo y metí la pata. Ese desasosiego vuelve a mi pecho, y es entonces cuando un nudo me envuelve el cuello y soy incapaz de hablar. Entonces, por primera vez desde que tenía doce años, lloro. Las lágrimas se acumulan en mis ojos y caen por mis mejillas.

—Jesús, Marcos, ¿estás llorando? —exclama Patricia sorprendida—. Creo que es la primera vez que te veo llorar. ¿Qué ha ocurrido?

Entonces se lo cuento todo, con pelos y señales, cómo empezamos, cómo seguimos, cómo metí

la pata, cómo me acabó pillando, y toda nuestra última conversación. Se lo digo absolutamente todo mientras me alargaba los pañuelos de papel del baño y me suena los mocos. Tras concluir con todo mi drama, la primera cosa que me dice Patricia es la siguiente:

—Esta tal Alicia es una zorra de campeonato, hizo lo del pañuelo a propósito para volver.

Sólo asiento, porque yo también lo pensé, pero insultar a un tercero no hace que me sienta mejor. La segunda cosa que dice, al ver que mi reacción es casi nula, es esta:

—¿Por qué no le dijiste que se había presentado esta mujer en tu casa? Si acababas de llegar. O mejor, ¿por qué no le dijiste a la tal Alicia que estabas con Lucía?

Lo pienso fríamente, y ahora sí, desentrañando esta maraña de pensamientos y sentimientos acumulados.

—Porque tenía miedo, Patri. Miedo de que ella pensase que soy un Casanova sin remedio y que no puedo serle fiel, porque eso es lo que le he vendido desde que nos conocimos. Y miedo porque... era demasiado bueno para ser verdad. Es demasiado buena para ser verdad.

—¿Demasiado bueno? Vamos a ver, Marcos, eres un tío de éxito, profesor de literatura en una reputada universidad... tal y como digo yo, eres un buen partido, y objetivamente hablando, estás bueno. Y sí, he visto a la tal Lucía y es mona, pero sin más, no es una tía espectacular.

—Es perfecta —sentencio, sin dar lugar a ninguna réplica—. Pero eso da igual, ella lo hizo bien, fui yo quién metió la pata.

—Lo sé, pero tampoco era algo imperdonable. Marcos, puede que se enfadase momentáneamente, pero no te dejó por eso.

—Yo creo que sí.

—Que no, tarugo. ¡Si ya te lo dijo! Es porque no querías ningún compromiso, así que apechuga. Su falta de empatía me alucina. ¿De que va? Se supone que es mi amiga.

—Pero que llevábamos siendo exclusivos apenas un mes. ¿Qué tenía que hacer, pedirle matrimonio?

—Oh, madre mía, si es que se te tiene que dar todo hecho. Pues no, solo con que nos la hubieses presentado como tu chica habría bastado. Haberles dicho a todas tus follamigas que habías pasado a ser monógamo también hubiese sido algo. Y ya sé, que tenías miedo a que ella te dejase y entonces que el mundo supiese que te habían roto el corazón. Pero ¿sabes? Te lo has roto tú solito, y ahora te duele igual.

Me duele el corazón, y no es algo físico. Me duele porque Lucía me ha dejado, porque... ¡Oh, Dios mío!, ¿cómo he tardado tanto en darme cuenta? Miro a Patricia a los ojos, y entonces lo acepto.

—La quiero. Quiero a Lucía, estoy enamorado de ella —confieso—. He sido un imbécil, porque ella me quiere a mí, y yo le dije que no.

Nos pasamos un rato mirándonos en silencio sin decir nada, hasta que Patricia abre la boca.

—Bien, lumbreras, ahora que has visto la luz, espero que sepas que, si quieres a alguien es para estar con él, ¿o no quieres estar con ella?

—No. Que ya te he dicho que éramos exclusivos, joder. Y puede que el abuelo tuviese razón —también reconozco—, que estar en una relación con alguien no estaría tan mal. ¿No?

—A mí no me mires, Rob y yo no tenemos problemas en eso. Dime, ¿qué pajas mentales te traes tú con las relaciones?

Me encojo de hombros, porque la verdad es que no es por la relación en sí misma.

—Relación significa compromiso, compromiso es constancia, es esperanza a largo plazo, es esperar algo de alguien y poner tu felicidad en lo que no controlas. Tampoco es que me fuera



enamorando por la vida, ¿sabes? Es la primera vez que me pasa.

—Tranquilo, no hace falta que te pongas tan nervioso, relájate, respira hondo.

No estoy para lloros *hippies*, porque en estos momentos solo pienso en que me he enamorado, como el puto Romeo, o como Dante, o Goethe, y todos ellos acabaron fatal.

—¿Qué me relaje? —le grito—. ¿Cómo quieres que me relaje? Me acaba de plantar la mujer de la que me he enamorado, porque he sido un tarugo que no se ha dado cuenta de que lo que sentía por ella era amor.

Si es que manda narices, toda mi carrera enseñando literatura, leyendo sobre sentimientos y ahora no sé reconocerlo. Me deja calmarme un poco antes de hablar.

—No hay nada tan malo como parece. Díselo, pídele perdón y ya está. Dile que quieres una relación con ella, seguro que acepta.

—No es suficiente. Tengo que hacer algo grande, ¿sabes? Porque que se lo diga a ella no vale, tiene que saber que también se lo digo al mundo. ¿Y sabes qué? Que me da igual quién se entere, porque es ella, es la única que quiero. Es LA chica, la Supernena, la Pitufina definitiva, la...

—Que sí, que ya me lo has dicho, que no tienes que repetírmelo. Pues hazlo, ya puedes empezar a pensar.

Algo épico, ¿qué coño puedo hacer? Llamar a la radio está descartado, no me cogería la llamada y se moriría de vergüenza, la conozco. ¿Entonces? Un libro. No un libro, el libro. El del abuelo está casi terminado, pero puedo... sí, puedo intercalar su historia con la nuestra, y al final decirle que la quiero. Quedaría bien.

Casi no como ni duermo, ni siquiera le cojo el teléfono a la gente. Solo escribo, porque es importante para mí. Hasta que el tono del WhatsApp es en un tipo determinado, y es el sonido que he puesto por sí Lucía me escribía.

Lucía me ha escrito, pero solo ha pasado una semana. ¿En una semana puedes desenamorarte? No creo.

«Perdona que te moleste, era por saber si tienes por ahí un jersey azul marino, creo que me lo olvidé».

Un jersey azul marino. Abro el armario y busco entre la ropa. Aquí está, lo habré guardado pensando que era mío. Hundo mi nariz en él, huele a Lucía, a lavanda y a páginas de libro viejo. Bueno, huele a ella, es su olor característico, pero me recuerdan a los campos de lavanda, esa mezcla del verde con el lila, y a los libros. Porque no hay nada mejor que un libro.

«Lo siento, no lo encuentro. ¿Estás bien?».

Joder, no debería haberle dicho esto último, ¿no? No sé, en realidad tengo ganas de llamarla y mandarlo todo a la mierda.

«No te preocupes. Sí, estoy bien».

No hay un ¿y tú Marcos? No hay nada de nada. Tengo que terminar ese libro cuanto antes, no puedo estar así. Es que no puedo, la echo terriblemente de menos. Echo de menos abrazarla, susurrarle cosas al oído y que se escandalice, que me diga cosas secretas, cosas locas, cosas que solo me dice a mí. Que se tumbe a mi lado al dormir, sus ronquidos cuando dejo la ventana abierta, sus gafas sexys, su café.

*Vuela esta canción, para ti, Lucía,*

*la más bella historia de amor, que tuve y tendré.*

Lo es.

Vuelvo a oler su perfume en la camiseta y la nostalgia me invade. Pero no puedo permitirme eso, tengo que acabar la novela y decirle que la quiero.

## Dos vidas en un instante

Lucía

### CUADERNO DE BITÁCORA:

Día 1: No tengo palabras, y eso viniendo de una escritora como yo, es grave. Sólo tengo ganas de llorar. Voy a pasarme el domingo viendo películas románticas de final triste para tener una excusa decente ante esta llorera.

Día 2: He puesto mi mejor cara —dadas las circunstancias, con mucho maquillaje—, y he ido a trabajar. Todos pueden irse al infierno, con sus palabras amables y sus falsos discursos de superación. Yo no quiero superarlo, yo quiero morirme.

Día 5: «¿Estás bien?».

Eso me ha preguntado. No, no lo estoy. No duermo porque pienso en él, no me quito su voz de la cabeza, no dejo de imaginármelo. Todas y cada una de las noches, sueño con él, a veces que viene y dice que lo siente, que en realidad sí que me quiere, que quiere estar conmigo. Otras simplemente sueño que nos encontramos, que nos miramos sin decirnos nada porque las palabras sobran.

Día 7: Todo sigue recordándomelo. He terminado *Altered carbon* y sigo comentándolo en voz alta igual que si él estuviese presente. Como si fuese a responderme. Como no lo haga Casper, vamos mal, y si lo hiciese, a lo mejor tendría que plantearme volverme vidente.

Bárbara dice que la distancia es lo mejor, que en ninguna circunstancia debo cruzar esa línea imaginaria y estar presente en el mismo sitio que él, porque todo progreso será inútil.

Lo del jersey ha sido una tontería. Es que no lo encuentro por ningún sitio, y vale, es probable que se haya caído por el puesto de tender la ropa, pero antes de bajar a la galería quería... hablarle. Al menos se ha preocupado por mí, ¿no?

Día 8: No me quiere. Marcos no me quiere. Soy masoquista porque no tengo otra cosa que hacer que leerme todas nuestras conversaciones de WhatsApp. Yo le quiero. Había asumido que compartiría con él los días, las noches, los secretos, los sueños y todo lo que la vida me deparase. Ahora debo de aceptar que todo había sido una ilusión. Por más que busque sus huellas en mi piel, ya no están, ya no van a volver. ¿Por qué mi cerebro no toma conciencia de ello? ¿Por qué sigo pensando, en el fondo, que va a volver?

No tengo ganas de nada.

Día 10: Estoy a punto de dormirme, es esa frase de transición en la que tienes los ojos cerrados y estás a punto de caer, cuando suena el teléfono. Abro uno de los ojos y en la pantalla leo Marcos.

Marcos.

Me incorporo con rapidez y agarro el teléfono con fuerza. ¿Qué hago? Son las doce y media de la noche. No debería cogérselo, no debería porque estaré rompiendo la distancia interpuesta y ya

jamás voy a poder olvidarle.

A la mierda, voy a cogerlo.

—¿Diga?

—Luci —dice, y luego escucho un sonido extraño, identificable—, ¿sabes lo que dice Zweig sobre la vejez?

Dios, está borracho, estoy segura. Está hablando de una forma extraña, sin pronunciar bien, balbuceando.

—No.

—«La vejez no significa nada más que dejar de sufrir por el pasado.». Pero es una gilipollez, todo son gilipollices.

—Marcos, ¿estás borracho?

—Sí.

Esto quiere decir que algo no anda bien, lo sé.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Marcos?

Tras un breve silencio y lo que parece ser un sollozo, por fin habla.

—Mi abuelo ha muerto.

Escucho lo que me está diciendo, pero no me lo acabo de creer, no es posible. Edgar no puede haber muerto. ¿Quién me alegrará las mañanas cuando pase por su librería? ¿Quién me iluminará con sus sabios consejos? Me pongo triste, muy triste.

—¿Qué ha pasado? —mascullo, sin creérmelo del todo.

—Nada, solo ha muerto, de viejo. Se le ha parado el corazón. Luci, ¿qué ha pasado? Es el fin del mundo —dice con un tono con el que se me desgarran el alma.

—Lo siento mucho, sabes que le apreciaba. ¿Dónde estás? —pregunto yo, porque si hace falta, podría ir hasta el fin del mundo si él me lo pide.

—Bajo tu ventana.

Debí sospecharlo. Si es que... mierda, a la mierda todo.

—Ahora bajo.

No me importa estar en pijama, ni siquiera importa que lleve unos pelos horribles o que me haya puesto horas antes una mascarilla y huela a huevo podrido, porque Marcos está bajo mi casa, y voy a verle. La sangre empieza a latirme en el pecho, en el cuello, en las sienes, y cuando abro la puerta y casi se desmorona sobre mí, lo sujeto, disfrutando de su cercanía.

Lo llevo hasta la cama, porque parece que no se tenga en pie sino le sujeto, y allí podrá estar más cómodo. Soy una mala persona, soy una persona horrible porque Edgar acaba de fallecer y mi yo interior está emocionada porque Marcos vuelve a estar en mi casa.

—¿Te tumbas a mi lado? —murmura suplicante, con los ojos cerrados.

Respiro profundamente, y lo hago. Al abrirlos, parece que no pueda apartar la vista de mí, y eso me inquieta, me enfervoriza las entrañas y me hace desearlo con demasiadas ganas. Le devuelvo la mirada, como antes solíamos hacer, como cuando yo pensaba que me desnudaba el alma y lograba ver en mi interior todos mis temores y mis esperanzas. Se me hace un nudo en la garganta y soy incapaz de hablar, concentrada en no perder el equilibrio de mi cuerpo, en no tambalearme y tocarle.

—Tu abuelo me contó una historia un día. No es una historia, en realidad, sino una anécdota. Estaba triste porque me habían rechazado un manuscrito, y se lo conté. Él me dijo que había un hombre llamado Archibald Leach que quería ser actor, y siempre lo rechazaban porque era muy alto. Hasta que un día, alguien creyó en él, y le cambiaron el nombre por Cary Grant.

Mis pensamientos vuelan, abrumada porque no detiene esa mirada incesante, sino que la baja por todo mi cuerpo. Cierro los ojos, pero enseguida los vuelvo a abrir, porque temo que todo haya sido producto de mi imaginación a causa del anhelo de volverle a ver. Pero sigue aquí.

—Tengo que decirte algo, pero todavía no puedo.

No dice nada más, y yo por temor a que esa cosa sea algo malo, me dejo abrazar por él, dejo la cabeza apoyada en su pectoral y que mi cuerpo se amolde al suyo igual que si encajasen a la perfección. Y es que encajan.

No quiero quedarme dormida, e intento mantener los ojos abiertos para alargar al máximo ese momento de tenerle aquí de nuevo, junto a mí, pero pronto el sueño me vence.

Despierto después de haber tenido un sueño muy descansado, como hacía días que no tenía. La luz entra a través de las persianas, iluminando la parte de la cama que Marcos ha dejado vacía. O casi vacía, hay una nota breve y concisa, detallando la hora y el lugar del entierro, y al final una frase, «por si quieres venir».

Era de esperar, que se marchase después de lo de anoche. ¿Qué esperabas, Lucía? ¿Qué se quedase a desayunar? Sí, no lo esperaba, pero lo deseaba. Si es que soy tonta, después del chasco que me llevé sigo esperando a que vea la luz, a que se dé cuenta de que me quiere y entonces me pida perdón, de rodillas. Cosa que no va a pasar.

Tengo exactamente dos horas antes de que empiece el entierro, y veo que es en el monasterio de Santa María Reina, así que calculo que en diez minutos puedo estar allí. Estoy hecha un desastre, hasta se me ha caído la baba al dormir, y tengo el cabello enmarañado, vete a saber por qué.

La ducha hace que me aclare los pensamientos y traiga algo en claro: creo que Marcos me echa de menos, aunque no me quiera. Creo que se enfadó porque yo crucé su línea de «no te enamores de mí», y ahora se arrepiente de que ya no seamos amigos, pero no puedo aceptar una amistad, porque sería un engaño. Seguiría enamorada de él, y entonces entraría en una espiral sin retorno, ya que estando cerca de él nunca podría desenamorarme.

Hoy en el entierro lo saludaré, le daré el pésame a él y a su madre, y me limitaré a estar sentada detrás del penúltimo banco —porque odio sentarme en última fila—. No voy a dejar de ir, Edgar se merece que le diga un último adiós.

Con la toalla enrollada a mi cuerpo, de camino a mi habitación escucho el timbre. Posiblemente sea Bárbara, dice que está muy preocupada por mí.

Pero no es Bárbara. Delante de mi puerta, en el rellano, está mi exnovio sonriente, de brazos cruzados, con una barba de oso pardo y mirándome desde su considerable altura.

—¿No vas a darme dos besos, morena?

Me quedado anonadada, no lo esperaba, ni siquiera había pensado en él durante todo este tiempo, no desde que me escribió por última vez y se me olvidó completamente. Aún chorreando del agua de la ducha, con el pelo empapado y descalza, me acerco a él y le doy esos dos besos que reclama.

—Perdona, estoy muy mojada, pasa.

—Empezamos fuerte —murmura.

—¿Qué? —pregunto, no creyendo haber escuchado bien lo que ha dicho.

—Nada. Oye, ya que pasaba por aquí, ¿quieres ir a desayunar?

Lo hacía mucho, murmurar algo en voz baja para que yo se lo hiciese repetir, entonces él no quería hacerlo, así que yo tenía que insistir y me tildaba de ser una pesada. Era algo que me

molestaba muchísimo. Pero no voy a seguirle el juego, le he oído perfectamente y no estoy para discusiones.

—Bueno, solo tengo una hora, tengo que ir a un entierro.

—¿Quién ha muerto?

—El señor de la librería que iba asiduamente. Me cambio y vamos, si quieres.

—¿Y no te lo puedes saltar?

—No, le tenía cariño.

No quiero darle explicaciones, y por supuesto que voy a ir al entierro de Edgar.

—Claro. Te espero en el salón.

No tengo que indicárselo, no es la primera vez que viene a mi casa. Cuando ya no estábamos juntos y venía a Barcelona, cuando acababa de mudarme y empecé a trabajar en la radio, a veces se quedaba dormir con la excusa de tener que hacer papeleo burocrático en la ciudad, y cómo no, terminábamos haciéndolo de un modo u otro.

Antes me martirizaba recordar en cada rincón donde nos habíamos besado, donde había profanado mi cuerpo y luego marchado como si nada. Era un pensamiento fugaz cuando me sentaba en el sofá o estaba poniendo la lavadora, pero con el tiempo desapareció. Me sentía mal por aquello, me dolía tener esos recuerdos. Pero con Marcos no, cada momento compartido lo atesoro en mi corazón, y miro la cama con nostalgia, porque después de cada polvo me encontraba en el cielo, me hacía sentir en él con sus mimos, sus caricias y sus besos.

Con Hugo no era así, él nunca fue cariñoso.

Es curiosa la vida. Con Marcos, aunque fue un tanto cruel con sus palabras y me dolieron como pocas veces nadie me ha podido herir, no creo que pretendiese hacerlo, él me dijo la verdad sin tapujos, sin anestesia y he sido yo quien he decidido alejarlo de mi vida. Y aquí está Hugo, en el salón, porque no hice lo mismo, no cerré la puerta a tiempo y dejé que me utilizase cuando le convino. Ahora dice que somos amigos, pero ya es tarde supongo, tarde para reproches y para decirle todo lo que callé en su momento.

No quiero darle demasiadas vueltas al asunto, así que me limito a cambiarme, un vestido negro camisero y unas sandalias de esparto son suficientemente sobrios para un entierro. Solo me delimitan los ojos con la raya negra y pinto mis labios con un labial de un tono rosado muy claro.

—Qué guapa. ¿Vamos? —dice al aparecer en el salón, en un tono desenfadado.

—Vamos.

Cojo el bolso y salimos a la calle, deteniéndonos en la primera cafetería que tiene buena pinta. No puedo evitar ponerme algo melancólica al recordar, con algo de nostalgia, la primera vez que Marcos me llevó a desayunar a su sitio favorito.

—Café con leche sin azúcar, ¿no? —pregunta Hugo cuando llega el camarero.

—Ajá —asiento yo.

—¿Y cómo va lo del libro? ¿Las ventas bien? —dice, interesándose.

—No Lo sé, hasta el final del año la editorial no nos dice nada. ¿Y tú? ¿Sigues de corresponsal en países peligrosos?

Porque eso era lo que hacía. Creo que a Hugo, en el fondo, siempre le dado un poco igual vivir o morir, estar aquí que allá. Creo que por eso mismo los sentimientos de los demás no son importantes, o puede que me equivoque, y simplemente sea un jodido egoísta.

—Me han hecho fijo en una revista de política, voy mucho por la ONU.

—Me alegro —respondo con sinceridad.

Conozco a Hugo, sé que no está satisfecho con eso, pero hasta que no llegue a lo más alto, hasta

que no gane algún Pulitzer, no lo estará, y aún así, aunque lo haga, sé que sentirá que le faltan cosas por hacer, cosas por escribir, sitios a los que viajar, gente a la que conocer.

—¿Hay alguien especial en tu vida?

Lo había.

—Ya no. Soltera y sin compromiso —sonríe forzada porque, irónicamente, tengo roto el corazón.

—Seguro que tienes por ahí a alguien a quien le has echado el ojo —insiste él, terminándose el café.

—Qué va. Estuve un tiempo viviendo con el que ahora es mi ex, pero hubo cuernos de por medio por su parte, y un rechazo matrimonial, ese fue por el mío.

—Lucía, no imagino que te cases. Sería... muy raro —alega.

—¿Por qué? Yo quiero casarme algún día —me quejo entonces.

¿Por qué nadie tiene esperanzas de que me case? ¿Tan rarita soy?

—Pero eres demasiado joven, disfruta de la vida. Vamos ¿cuándo fue la última vez que te enrollaste con alguien? Conociéndote, desde el ex que has mencionado.

Antes de Marcos, me podría haber tenido razón, pero con una satisfacción exultante, dijo que no.

—Hace una semana.

Abre los ojos como platos, sin creérselo. Sigue teniendo esos ojos aguados, pero no son los mismos, al menos no me transmiten tanto como lo hacían antaño.

—No puedo creerlo, quién te ha visto y quién te ve. ¿Quién es?

—Es... ¡Dios! —exclamo, mirando el reloj—. Tengo que irme, o llegaré tarde al entierro.

Después de pagar, nos levantamos del sitio, y cuando estoy a punto de despedirme, me detiene.

—No tengo nada que hacer, te acompaño hasta allí. Pero no me voy a quedar, sabes que odio estas cosas.

—Como quieras.

—Echaba de menos hablar contigo. Es extraño, de todas las chicas con las que he estado, eres la única que me transmites cierta seguridad.

No entiendo que significa eso, pero supongo que soy la única chica que sigue hablándose con él, es una posibilidad bastante aceptable.

Apenas nos lleva quince minutos llegar hasta la iglesia. Es una de las más bonitas que hay en Barcelona, a mi parecer. La entrada es espectacular, tiene un gran patio con unas escalinatas de mármol preciosas, hasta llegar a la entrada de la iglesia. He visto que varias bodas se celebran allí debido a que el claustro para hacer fotografías también es precioso, y porque la salida de la iglesia con los novios, los pétalos de flores y otras cosas que se suelen lanzar, quedan espectaculares debido a la anchura de la entrada.

Cuando llegamos hasta la puerta de la iglesia, Hugo me coge de la cintura y hace que me acerque para dejarle un beso en la mejilla. Noto esa barba espesa en ella, y cierta incomodidad. No es porque me guste, ni siquiera porque ese gesto signifique nada para mí, solo es mi mente haciendo me una mala pasada, mezclando recuerdos y sentimientos que ya no tengo.

—Oye, te llamo para quedar otro día de esta semana, que esto ha sido muy corto, y voy a estar en Barcelona toda esta semana.

—Vale.

Pero no voy a quedar con él, porque no tengo nada más que decirle. Porque solo somos conocidos, pero no somos amigos. No tengo esa confianza que tengo con otras personas, ni podría

tenerla. Porque después de Marcos, ninguna amistad va a ser suficiente para mí. Ni tampoco ninguna relación. En realidad, Marcos ha estropeado mi corazón por completo, porque no creo que vuelva a latir con tanta intensidad por nadie más.

Al poner un pie dentro de la iglesia, puedo sentir su mirada, y al alzar la vista y cruzarme con sus ojos, sé que algo no va bien.



## Cuatro bodas y un funeral

Marcos

*L*a muerte de mi abuelo fue algo que no me esperaba. Vino de golpe, sin avisar, silenciosamente y con demasiada rapidez. Pero así es la muerte de inesperada y letal.

Mi abuelo solía citar a Tom Wolfe, diciendo que «la muerte es el último viaje, el más largo y el mejor», lo recuerdo porque, en su momento, se lo discutí, como casi siempre hacía con todo.

El abuelo ha sido una de las personas más importantes de mi vida. Fue el primero que creyó en mí, en ese sueño de ser escritor, como también fue el primero en saberlo. Muchas fueron las noches en las que me quedaba dormido escuchando sus historias, leídas o dichas de memoria, y en navidades siempre, siempre, nos contaba a mi hermano y a mí cosas de mamá cuando era joven, de esas que solían avergonzarla. Supongo que eso nos ayudó a verla un poco más cercana, dado su carácter, a veces, frío y distante.

Fue él quien me enseñó a ser paciente, a esperar las cosas con tiempo, a no precipitarme. A disfrutar de un buen libro sin que empezara leyendo el final, a buscar por mí mismo ese género en el que sentirme cómodo.

Siempre me daba consejos, algunos los seguí y otros no, pero no creo que ninguno se me olvide jamás. Sé que es ley de vida, que algún día todos morimos y sé que él, como solía decir, tuvo una vida plena y maravillosa. Extrañaba a la abuela, y también noté como cambió su humor y sus ganas de todo a casi nada. Desde que ella se fue, que ya no tenía ninguna ilusión por nada.

Pero había algo que deseaba, y era que viese mi libro acabado, porque era un homenaje a él, a su persona y a la gran influencia que ha tenido en mí. Eso es lo único que lamento y que supongo que a él le habría hecho ilusión.

No soy creyente, aunque para mí sí que haya algo superior, llamadlo Destino o Dios, pero tener fe ciega en algo que no he visto no se me da bien. Y, sin embargo, aquí estoy, en una iglesia pidiéndole a ese hombre que está en el altar —y no me refiero al cura sino a esa estatua que no sé si se supone que es Dios o Jesús, aunque según una teoría de la santa trinidad son lo mismo—, que Lucía no deje de quererme.

Y lo hago porque la he visto en la entrada, y no ha llegado sola. Había un tío con ella, no sé quien era, pero me ha molestado que le tocara la cintura y le plantara un beso en la mejilla. Creo que sé quien es, tengo una leve sospecha, llamadlo intuición, pero hay cosas que solo te dejas hacer con ciertas personas, y los simples amigos no son una de ellas.

Es Hugo, seguro.

Ese capullo ha vuelto, y no me hace ninguna gracia. Al menos tengo por seguro que ayer no estuvo en su casa durmiendo, porque estuve yo. Pero estas cosas nunca se saben, no descarto...

joder, no quiero ni pensarlo. ¿Por qué ha venido hasta aquí? Al menos ha tenido la decencia de no entrar, si lo hubiera hecho, juro que no respondo.

No, Lucía no es de las de aquí te pillo aquí te mato. Pero sentía cosas por él.

—Gracias por venir, querida —dice mi madre en cuando ella se acerca para saludar.

—Le conocía de la librería, era un hombre excepcional, siento mucho la pérdida —responde ella entonces, tan dulce y angelical.

Sí, pero puede que se haya follado al ex. Me cago en mi estampa, ahora no te cabrees Marcos, que la misa está a punto de empezar.

—Yo... —quiere decirme algo, pero noto cómo sus palabras mueren antes de pronunciarlas.

No vuelve a tener oportunidad porque sale el cura y empieza el funeral. Han venido muchas personas, mi abuelo era un tipo que cultivó muchas amistades, sobretodo en el ámbito literario. También conocidos y amigos de mamá.

—¿Quién es? —susurra mi padre en cuanto se sienta un poco alejada, tres o cuatro filas más atrás.

—Una escritora.

Mi padre es de esos genios que el mundo no suele comprender, de los que escriben libros con sus estudios y averiguaciones acerca de otros escritores, de los que se pasan horas en su despacho analizando poemas y buscando pistas de posibles manuscritos perdidos.

Pero a veces pone tanta atención en eso, que se le olvida tener que recogernos en el colegio, o darnos de comer cuando éramos pequeños. Pese a todo, sé que nos quiere, a mi hermano y a mí.

—Ah, la que le enviaste a tu madre. Me lo contó, y también como terminaría todo. Veo que no estaba equivocada.

—No, aún no ha terminado nada. Voy a arreglarlo —le aseguro entonces.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

No me voy a poner a discutir con mi padre en medio de la ceremonia del entierro del abuelo, ni a explicarle mi plan, que parece, puede que peligre por la presencia de aquel gilipollas.

Cuando la ceremonia termina y las cenizas son entregadas a mi madre, todo el mundo viene hacia nosotros para darnos el pésame. De reojo veo cómo Lucía pretende escabullirse, pero no voy a dejar que lo haga tan fácilmente, claro que no.

—¿Ya te marchas? —pregunto cuando está ya fuera de la iglesia.

Se da la vuelta algo compungida, con el rostro entristecido.

—La ceremonia ha terminado —responde con un hilo de voz.

—Pero yo no. ¿Te está esperando?

—¿Quién? Marcos, no quiero discutir, y menos delante de tanta gente.

¿Tiene prisa por irse con aquel tío? ¿La estará esperando en el coche? Que se joda. Cuanto más lo pienso, más me cabreo.

Sin dudar, la cojo de la mano y la guio hasta detrás de la iglesia, donde hay un pequeño claustro. Se deja guiar por mí, ni siquiera hace el ademán de detenerme. No hay absolutamente nadie, así que allí, entre yo y la pared, la aprisiono para que no pueda escaparse. Su respiración es fuerte, veo como el pecho le sube y le baja con ferocidad y los ojos marrones se le oscurecen.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Era todo mentira? ¿Te crees que soy tonto? Me sueltas todo ese rollo de que no tienes follaamigos, de que no estás con los tíos por estar, cortas conmigo por eso y luego pasa una jodida

semana, ¿y vienes con otro? Eres una falsa —prácticamente escupo, con los puños prietos y la rabia contenida.

—¿Cómo?

Las pupilas de Lucía empiezan a dilatarse y entonces alza la mano para darme una bofetada, pero la detengo cogiéndola por ambas muñecas.

—No te hagas la indignada, que te he visto. Es tu ex, ¿verdad?

—¡Eres imbécil! Suéltame —grita, y sin miramientos, lo hago.

—¿Ya te lo habías tirado cuando ayer dormí en tu cama?

—¡Basta ya! —dice, muy molesta, poniéndose roja—. No tienes ningún derecho a reclamarme nada, al fin y al cabo, dejaste muy claro que yo te importo tres pepinos, y, además, no tengo que darte ninguna explicación.

Me sostiene la mirada, y noto su aliento cálido y tibio en mis labios, luego la desvía hacia ellos e, inconscientemente, veo cómo se turba.

Sé reconocer ese gesto, por supuesto que sí. Se está aguantando las ganas de que la bese, la manosee. Está excitada, más excitada que enfadada.

Suspiro, porque verla con las mejillas ardiendo, el escote del vestido demasiado abierto debido al forcejeo y esa mirada de deseo infinito hace que yo me empalme al segundo.

A la mierda todo.

Y la beso, sujetándole las muñecas, clavando mi cuerpo sobre el suyo, apoyado en la pared. Notando su confusión, bajo mis labios hasta su cuello y lo mordisqueo, arrastro los dientes por él haciendo que se le ponga la piel de gallina, continuo por su garganta, percibiendo un leve jadeo en sus cuerdas vocales que me hacen vibrar a mí, hasta que llego a ese escote y hundo la cara en él.

—Marcos... —dice con una voz endeble.

Sus piernas tiemblan y se está conteniendo para no gemir.

Así que sigo mi introspección, besándole el hombro, las mejillas hasta la comisura de los labios, hasta el cuello de nuevo, chupando, degustando el sabor salado de esa piel canela con sabor a maravilla. Le dejo la piel marcada, cosa que siempre he tenido cuidado de no hacer, pero quiero hacerlo, siento esa necesidad de hacerlo, que vea el gilipollas ese que no tiene el camino tan libre como creía.

—No me hagas esto —gruñe ella, y cuando empuja levemente, noto como mi erección se clava en sus caderas.

—¿En serio? Porque estoy seguro de que, si te pongo la mano en el coño, lo vas a tener muy húmedo. Chorreando, diría yo.

—Eres un guarro —me suelta cuando, efectivamente, le subo la falda del vestido y percibo la humedad ya por encima de las braguitas—. Siempre lo estamos, de húmedas, ¿no lo sabías?

Estoy jodidamente excitado, no lo niego. El hecho de llevar más de una semana sin follar y que además esté con Lucía, diciéndole guarradas y que ella esté tan caliente, es demasiado.

—Y tú también, no lo niegues. Pero tú además de húmeda, estás cachonda. Te pone que te bese así, que te magree los pechos como si mis manos fuesen pinzas, que te dé esos azotes en el trasero.

No le doy pie a una réplica, porque me abalanzo sobre su boca y la beso buscando su lengua viperina, la entrelazo con la mía y la muerdo. Luego es ella quién me chupa el labio inferior y hasta lo mordisquee. Es necesidad, pura y primaria necesidad lo que estoy sintiendo. Ese beso me da la vida que me falta, y con energías renovadas sigo besándola mientras le subo el vestido completamente y llego al sujetador. No puedo creer mi suerte al ver que se desabrocha por delante, y así lo hago, liberando sus pechos, pudiendo tocarlos con las manos sin ningún tipo de

delicadeza, me limito a estrujarlos y a pellizcarle los pezones, arrancándole gemidos de excitación.

—¿Vas a seguir fingiendo que no te pongo tanto como tú me pones a mí? —le susurro al volverle a apretarle los pechos.

Echa a un lado su cara gimiendo, y le busco el cuello otra vez. Al ver que no contesta, decido insistir.

—Cuando estás muy excitada frunces el ceño, entreabres esa boquita que tanto me pone y la mirada se te nubla. Ahora mismo tienes esa mirada, novicia.

No espero más, con el dedo índice tiro de la goma de sus bragas y en un arrebato, se las arranco y me las meto en el bolsillo.

—Eres un bruto —masculla antes de cerrar los ojos por el gusto que le da que le roce sus pliegues, mojados, muy mojados.

Le toco el clítoris con el pulgar con muchas ganas, porque quiero que se corra, lo quiero como nunca. Quiero darle yo placer, para que no piense en otro, para que ni siquiera piense en que puede olvidarme. No quiero que lo haga, y ahora tengo mucho miedo de que lo esté haciendo. Cuando le meto un dedo, jadea de forma exultante, noto como su sexo se contrae y la beso para evitar que nos escuchen. Es tan bonita cuando gime, tan preciosa.

Y al pensar que puede que le haya dedicado ese gemido al imbécil de su ex, hace que enfurezca, porque ella dijo que me quería, ella quiso que yo la quisiera y ahora que lo hago, ¿ahora se folla a otro? Ese pensamiento hace que me tense, y sin miramientos, le doy la vuelta, poniéndola de cara contra la pared. La necesidad de saciarme con ella es superior, y se entremezcla con la rabia y la furia que siento que me sube por todo el tronco superior hasta mi cabeza, haciendo que raspe los dientes entre ellos. Me bajo los pantalones con ansia, sin pensarlo detenidamente y sin que ella me detenga. Mis manos viajan hasta esos glúteos que tanto me gustan, y los separo, rozando mi miembro con su ano.

—Tendría que habértelo propuesto en su momento —murmuro, jugando con su entrada completamente cerrada.

Noto su respingo al ver mis movimientos y puedo imaginarme su cara en ese momento.

—Por ahí no —exige, en un tono brusco, y le hago caso.

Le doy un azote, uno fuerte, vigoroso y firme. Lo repito en la otra nalga, y entonces busco con el glande su entrada, con algo de dificultad debido a la postura. Entonces me hundo en ella de un solo golpe, gruñendo debido a su estrechez, y de forma algo dolorosa. No me detengo, la sujeto por los pechos y las caderas, mientras entro y salgo de su cuerpo sin parar, de forma salvaje.

Ella grita, pero también gime perdiendo el control, y su coño me absorbe la polla haciendo que pierda el oremus. Aumento el ritmo en cada estocada, mientras mi libido sube a niveles insospechados, escuchando el sonido de mis testículos tocar contra su culo. Joder, tengo tantas ganas de correrme, pero no quiero hacerlo así. Entonces salgo de ella completamente, y sé que jadea porque me necesita dentro. La hago girar, poniéndola frente a mí, teniendo su cara frente a frente.

—Mírame, novicia. Eres un jodido vicio, soy adicto a tu coño —bramo, y entonces hago que con las piernas me rodee y la elevo por los glúteos, volviendo a meter mi miembro en ella, pero esta vez clavo las uñas en su trasero, haciéndole algo de daño, mezclado con placer—. Mañana vas a acordarte de quién te ha follado, y quiero que me mires a los ojos cuando haga que te corras como una posesa.

No dice nada, pero arquea la espalda, y yo me vuelvo loco. Siento el glande palpar, siento

cómo se humedece al entrar de nuevo en ella, en su cálido y estrecho coño.

—Jesús... —escucho como murmura cuando bajo mi boca hasta uno de sus pechos y lo lamo, chupo su pezón y lo mordisqueo.

—Marcos, quiero que digas mi nombre cuando te corras, no lo olvides.

Mis movimientos se vuelven más rápidos, más turgentes al sentir cómo el placer va removiéndose en mí, tensionándose en cada una de las partes de todo mi cuerpo. Hasta que Lucía explota, sacudiéndose, cerrando los ojos y gritando de gusto. Las contracciones de sus paredes me enloquecen, me arrastran en un placer incommensurable, me absorben hasta que parece que no sienta mi miembro y miles de sensaciones me arropan, hasta que no veo nada, la oscuridad me invade, una oscuridad cálida y más placentera que nunca.

Acabo de tener el mejor orgasmo de toda mi vida. Estoy temblando, y ella también. Busco aire ansioso, porque me he quedado sin aliento. Aún estoy dentro y ella no se mueve, parece que se ha quedado absorta mirándome a los ojos, en silencio. Siento que estoy hipnotizado, que no puedo apartar la vista de su semblante tan en paz, de sus labios carnosos rojizos, las mejillas sonrosadas, el cabello revuelto y desordenado, los ojos brillantes. Me inclino para dejarle un beso casto en los labios, suavemente, y luego ella misma hace que salga, poniéndose de pie.

Quiero ayudarla a vestirse, porque de golpe, la realidad me invade. Estamos en un puto claustro, al lado de una iglesia, y acaba de ser el funeral de mi abuelo. Aunque estoy seguro de que a eso él no le importaría. Joder, me siento mal cuando veo el enorme chupetón que le he dejado en el cuello, y prácticamente todo su torso está enrojecido. Puede que me haya pasado de bruto, pero el cabreo que llevaba era muy grande.

—No hagas eso —murmura, atándose el sujetador.

—¿El qué? —pregunto después de subirme los pantalones.

Alargo la mano y la peino con los dedos, deshilando algunos enredos.

—Eso, haces que sea muy difícil alejarme.

Ese temblor casi imperceptible en su labio, y los ojos demasiado abiertos hacen que sepa que está a punto de llorar, y hago lo único que mi corazón siente, y es abrazarla, enroscarla entre mis brazos, hundiendo su cara en mi hombro. No quiero verla así de mal, no puedo soportarlo, me está matando. Sé que está llorando, y hago surcos con las manos en su espalda y en su cintura, provocando un efecto calmante.

—No te alejes —lanzo una súplica algo estúpida, pero lo hago de todas formas—. Lucía, tenemos que hablar. ¿Estás bien? Creo que no debería... lo siento, no es ninguna excusa, pero no estoy bien y tú...

—Echaba de menos tu olor —susurra, y percibo sus labios en mi cuello, recorriéndolo.

La sujeto por la nuca y entrelazo nuestras bocas con apremio, es un beso tan necesitado por ambos que ni siquiera pienso en nada más. Seguimos besándonos mientras estamos en ese limbo de después de tener ese magnífico orgasmo, haciendo que mi cabeza no dejase de pensar en lo que sería tenerla de nuevo, otra vez pululando por casa, en mi cama desnuda, en mi cabeza a todas horas.

—Basta, déjame. Tengo que irme —dice entonces, cortando ese momento tan mágico.

—¿Vas a verle a él? —pregunto, compungido.

—¿A quién? ¿A Hugo? Porque es el que me ha acompañado hasta aquí. Sólo para que lo sepas, se ha presentado esta mañana para tomar un café, y ha insistido en venir. Y, claro que no me he acostado con él, no entiendo ni siquiera como has pensado eso sabiendo como soy yo. ¿Crees que va a serme fácil olvidarte? ¡No lo es!

Sin aviso previo, se gira y arranca a correr, dejándome clavado en el suelo, gritando por dentro que no se vaya, pero me siento tan devastado que solo me sale un leve quejido en vez de su nombre.

## Crueldad intolerable

Lucía

Arranco a correr antes de que mis ojos vuelvan a llenarse de lágrimas, antes de que me pare a pensar en lo que ha pasado, antes de darme cuenta de que ni siquiera llevo bragas y de que ese líquido blanco se escurre de entre mis piernas, antes de que flaquee otra vez y me lance a sus brazos, a sus labios, turbando mi mente y mi calma.

Mis pies se detienen, y miro a mi alrededor, dándome cuenta de que sigo en los alrededores de la iglesia. La sensación de angustia no me abandona y sigo llorando en silencio, intentando esclarecer esa actitud tan impropia de Marcos. Estaba enfadado, decepcionado conmigo, cosa que no tiene ningún sentido. Entiendo que esté triste por lo de su abuelo, pero esto no creo que tenga nada que ver. Y es que parecía... celoso.

¡Celoso!

Estoy segura de que ha vuelto a su rutina con sus «amigas», y que no me ha echado de menos en ningún momento, solo cuando las cosas se han puesto feas y ha necesitado un hombro en el que llorar. Sólo cuando se imagina que estoy pasando página es cuando se pone como un energúmeno. Claro, ellas quieren pasarlo bien, pero en los malos momentos no están, nunca van a estar.

—¿Estás bien?

Alzo la mirada encontrándome con Tomás, el hermano gemelo de Marcos. Es extraño, porque son tan parecidos que su presencia me inquieta, y por un segundo me parece que es Marcos quién me está observando algo preocupado, buscando en el bolsillo un pañuelo que me alarga mientras frunce el ceño. Pero no lo es.

—Sí. No —recapacito, porque estoy con los ojos enrojecidos y llorosos, las manos temblándome y con algo de hipo.

Decir que estoy bien es simplemente ridículo.

—Mi hermano puede ser muy capullo. No a propósito, él no es como yo. Te llevaré a casa, te está buscando y no sé si quieres que te encuentre.

—La verdad es que no —murmuro, algo confundida, y lo sigo hasta la calle, donde me abre la puerta delantera de un coche aparcado justo al lado.

Podría decirle que no hace falta, que puedo coger un taxi, que no se moleste, que no tiene por qué hacer esto, pero estoy demasiado abatida y cansada para hacerlo, así que solo me dejo llevar. En cuanto me siento, uso el pañuelo para enjuagarme la cara, intentando respirar otra vez con normalidad.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, y no tienes que contármelo, pero creo que hay algo que deberías saber sobre Marcos.

—¿Qué no cree en el amor? Me lo ha dejado muy claro.

Ante mi comentario se ríe, mientras enciende el motor del coche y arranca. Tiene una risa distinta de Marcos, más difuminada y menos ruidosa, algo sutil.

—Yo siempre fui el gemelo más introvertido, menos hablador, y más listo. Pero también el más problemático, en muchos sentidos, y siempre me prestaron mucha más atención que a él. Se ha hecho a sí mismo creyendo que no necesita a las personas, que todas son pasajeras en su vida y así quiere creerlo, pero no es así. Por eso dice que no cree en el amor, que no es para él, que no cree que pueda querer a nadie para siempre, porque en el fondo no quiere desear, buscar y luego no encontrar eso mismo. Tampoco dice nunca que sea escritor porque teme no ser tan bueno como mamá y quedarse en la mediocridad.

Lo entiendo, de verdad que entiendo este razonamiento, pero todo esto no le exime de haberse comportado conmigo de esta forma.

—No soy yo quién le dije que no le quería.

—Como he dicho, yo soy el hermano listo —dice, haciendo una mueca sonriente—. Marcos es la primera vez que no quiere presentarme a una chica, que no me habla de ella en cuanto la menciono. Lleva prácticamente una semana sin salir de casa, y me pidió que le firmase la baja por depresión, además de hacerme revisarle el corazón por si acaso. Pensé que se había trastocado hasta que me llamó Patricia... —se detiene antes de decir nada más, y creo que no va a continuar.

—¿Y?

—No quiero hablar demasiado, pero conozco a mi hermano y sé que te quiere. Además de que lo del abuelo le ha afectado muchísimo. Tenían una relación muy especial, mucho más estrecha que con mi padre o con mi madre.

El coche se detiene, y me doy cuenta de que estoy delante de mi edificio. Tomás alza la mano y acaricia mi mejilla sin tener ninguna expresión en el rostro.

—Quiero que mi hermano sea feliz, yo también le quiero, aunque... por circunstancias pasadas quise odiarle, y le guardé rencor durante mucho tiempo, pero es un buen hombre, Lucía, un poco corto de entendimiento a veces, pero es mucho mejor que yo.

Tomás en este momento me da lástima, porque sé a qué circunstancias se refiere, y me produce una infinita ternura que me esté diciendo todo eso.

—Tú también eres un buen hombre, Tomás, estoy segura de ello. Gracias por traerme, y por la charla —susurro, y después de darle un beso fugaz en la mejilla, salgo del coche y entro en casa, aún más confundida que antes.

Tomás se equivoca, Marcos no me quiere, solo echa de menos a alguien que se preocupaba por él, que estaba allí cuando lo necesitaba. Marcos no me quiere y tengo que aceptarlo de una maldita vez antes de que me convenza de nuevo de lo contrario y vuelva en esa espiral de autodestrucción que conozco muy bien.

Me siento en el sofá hecha un ovillo hasta que suena el teléfono, y es Marcos. No se lo cojo, pero insiste de nuevo, hasta que leo el mensaje.

«Lo siento. Lo siento mucho, Lucía. Dime algo».

¿Qué siente? ¿Haberme calentado hasta el punto de montarnos en un lugar público? ¿Haberme montado el numerito de exnovio celoso cuando ni siquiera lo es?

Que le den.

«Lucía, háblame. Quiero que lo arreglemos, no podemos estar así».



No, tiene razón. Esta vez no voy a claudicar, a decir sí, seamos amigos, a entrar de nuevo en su juego. No quiero que me duela otra vez, como ahora.

«Lucía, por favor. Estoy preocupado, me he pasado, ya lo sé, pero tienes que perdonarme. No puedo estar sin ti, creía que sí pero no es así. Novicia, creo que no me crees, pero te voy a demostrar cuán importante eres para mí».

Tengo ganas de llamarle, decirle que no, que no me mienta, que a las personas que te importan no las tratas como me ha tratado a mí, que cuatro disculpas no son suficientes y cuatro palabras de «eres importante», no arreglan nada.

Pero no lo hago, me limito a levantarme del sofá y a darme una ducha, sintiendo que todo mi mundo se está desmoronando.

Se me hace raro pasar por delante de la librería de Edgar un miércoles por la mañana y verla cerrada. Ha sido solo un segundo, pasando con la moto de camino a la radio, pero el corazón me ha dado un vuelco y cierta amargura me ha inundado.

—Llegas pronto, qué raro —comenta Juan, de muy buen humor.

No me extraña, las citas con Bárbara parece que van viento en popa y no me extrañaría que empezasen a salir en cualquier momento. Estoy contenta por ellos, muy contenta.

—No tengo mucho sueño últimamente.

No me pregunta nada, porque ya lo sabe todo. No han parado de llegar mensajes de Marcos, mensajes que leo y luego no respondo. Para colmo, su madre me ha rogado que esta tarde vaya a uno de esos eventos donde un escritor famoso presenta su libro mientras que todos los demás famosos socializan y se dejan ver, dice que será mi presentación en «sociedad», como si pudiese estar a la altura.

Estoy alicaída, creo que se nota porque Juan se esfuerza el doble para que los oyentes no se den cuenta de esta falta, por mi parte, de energía y vitalidad. Qué se le va a hacer, así es la vida, no siempre uno puede estar al cien por cien.

—Oye, el viernes Will Smith va a estar en Madrid, y en un principio iba a venir después en Barcelona, pero se ve que va a ir directamente hasta Gerona.

—¿Will Smith? —pregunto sin poder creerlo.

—Sí, es a raíz de un documental del *National Geographic* de los *castellers* donde ha puesto su voz. Y he conseguido que su representante nos conceda una entrevista, pero vas a tener que ir a Gerona mañana para estar allí el viernes a primera hora.

Inspiro y expiro, asintiendo. Dios, voy a conocer a Will Smith, no, voy a entrevistar a Will Smith. Yo, que no he conocido a ningún famoso, en serio, en la radio nunca ha venido ningún actor ni cantante ni *sexsymbol*.

—Es genial, si hacemos propaganda la audiencia nos subirá como la espuma —exclamo, emocionada.

—Exacto. Ya puedes prepararte bien la entrevista —dice Juan poniéndose serio.

—Soy una profesional, y lo sabes.

Que tenga el corazón partido y sin nadie que pueda curarlo, a diferencia de Alejandro Sanz, que esté en el pozo y más allá no me exime de poder hacer un buen trabajo como entrevistadora.

Me limito a comerme un sándwich de pollo y cuando son las cinco, voy hasta la librería de plaza Cataluña. Antes de entrar reviso mi móvil y veo que hay mensajes, y no son de Marcos.

«Cariño, ¿vas a venir a comer este viernes? Creo que el doctor Von Kieffer va a venir».

Me lo envía mi madre.

«Oye, creo que debería cederte a Nemo por una temporada. Ya viste que se liga mucho paseándolo, estoy dispuesta a sacrificarme por un bien mayor: que pases página. Aunque si es como con Hugo, puedo esperar sentada».

Esa es Bárbara

«¿Puedes cenar un día de esta semana? Hay algo que no me dio tiempo a contarte».

Dice Hugo

No contesto a ninguno, me limito a entrar con unos pantalones de lino blancos anchos y una camiseta de tirantes negra. El blanco y negro es la elegancia personificada, al menos es lo que siempre he creído, y cuando veo la gente a mi alrededor que va arreglada pero informal, no me siento fuera de lugar. Todos hablan entre ellos en voz baja, no hay música, pero sí un camarero que va repartiendo copas de vino y vasos de agua, y una mesa con algunos aperitivos.

Busco a Queralt entre ellos, hasta que una mano en mi espalda me sobresalta. No hace falta darme la vuelta para saber quién es, su olor lo delata al instante.

—He aquí el más profundo secreto que nadie conoce —murmura muy cerca de mi oído.

Su aliento choca con mi piel y hace que se me erice, mientras que el corazón se me acelera, desbocado. Tendría que haberme imaginado que estaría por aquí, tendría que haberlo previsto y venir preparada.

—¿Has visto a tu madre? —me limito a preguntar, sin levantar la mirada.

—Sí, está hablando con un periodista. Ahora viene hacia aquí con él, nos ha visto. Sé que no quieres escucharme, pero verte con ese tipo en el entierro de mi abuelo, sabiendo lo importante que era para mí, no me sentó nada bien.

Parpadeo, confusa por lo que acaba de decir.

—Marcos, no fui con él, solo me acompañó caminando. Pero entiendo que no fuese de tu agrado, así que lo siento —musito, a sabiendas de que, si hubiera sido al revés, yo me habría puesto a llorar de la rabia.

—Yo también lo siento, perdí el control y me convertí en alguien... que no soy y nunca volveré a ser. No debí acorralarte de aquel modo.

Asiento, pero no digo nada. Será mejor que lo dejemos aquí.

Enseguida la localizo, y es verdad, no viene sola. Sonríe fríamente, como siempre, y nos presenta al hombre de pequeña estatura, nariz puntiaguda y grandes gafas negras.

—Voy a saludar a un viejo amigo, ahora vuelvo —dice ella, dejándonos solos a los tres.

Leches, estoy nerviosa. ¿Qué se supone que tengo que decir? No puedo hablar del tiempo, de cualquier otra cosa menos eso.

—Ah, he oído hablar de vosotros. No sabía que eras su hijo —le dice a Marcos—. Ya que estáis aquí, supongo que no os importará que os pregunte un par de cosillas. Hay ciertas especulaciones a vuestro alrededor —dice, convencido.

—¿Especulaciones sobre qué? —cuestiono, alzando una ceja.

—Hay *blogs* dónde dicen que mantenéis una relación secreta, pero que fingís odiaros en público. El día de la presentación de vuestros libros prácticamente no os dirigisteis la palabra.

Es ideal, perfecto. Ahora encima voy a tener que lidiar con rumores que no van tan desencaminados.

—El día de la presentación era la primera vez que nos veíamos —respondo sin decisión—. Y, es cierto, no tenemos la mejor de las relaciones. Marcos odia el *chick-lit* y yo no soporto el trato que hace de sus personajes femeninos.

Marcos me mira con ternura. Pero ¿por qué lo hace? Esto solo me indigna, no es justo, no lo es. Trago saliva mientras intento mantener la compostura y no explotar delante del periodista.

—¿Y tu próximo libro, Marcos? Porque no está exento de polémica. Se rumorea que te has pasado al romance.

Parpadea varias veces y gira la cabeza entonces hacia él.

—Es de romance, pero también una biografía inédita de una persona que fue muy querida por mí.

¿Romance? Las notas que me pasó no eran de romance. Siento mucha curiosidad, ¿habrá cambiado el sentido del libro? ¿Qué demonios está haciendo? Estaba quedando la mar de bien. Pero no puedo meterme, no puedo ni debo.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Algo que añadir a lo que tu compañera ha dicho?

Clava su mirada oscura e intensa en la mía antes de responder, y sé que no me va a gustar.

—Algún día voy a casarme con ella, pero todavía no lo sabe.

En mi cabeza, toda la sala enmudece, todo se silencia, todo desaparece a mi alrededor y solo soy yo. Mis latidos y sus ojos centelleantes. ¿Qué demonios está diciendo? Quiero decirle que no diga tonterías, pero justo su madre aparece de la nada y nos interrumpe.

—Lucía, quiero presentarte al que va a ser tu nuevo editor. ¿Nos disculpáis?

Ellos asienten, el periodista algo anonadado, yo casi sin habla y Marcos tan campante, como si lo que acabase de soltar fuese lo más normal del mundo. No entiendo, esa necesidad de dejarme en ridículo. Suficiente pena tengo con que no me quiera, para ahora ir bromeando y encima delante de periodistas. ¿Qué pretende?

No puedo concentrarme, sé que lo que me está diciendo ese hombre es importante, porque me está hablando ubicación, de que me hablas bueno, de que en un par de meses podemos empezar, publicidad y todas esas cosas que a los escritores nos encanta oír, es nuestro sueño dorado, pero yo solo puedo pensar en las palabras que Marcos ha pronunciado.

«Algún día voy a casarme con ella, pero todavía no lo sabe».

¿Qué clase de frase es esta? No tiene coherencia, ni sentido. Si lo ha dicho para hacerse el gracioso, no tiene ni pizca de gracia, no después de lo que ha pasado entre nosotros. Y si tiene algún significado oculto, estoy intentando averiguarlo devanándome los sesos cuando lo que debería hacer es escuchar a este hombre y con mucha atención.

¿Será verdad lo que Tomás me dijo? Al fin y al cabo, es su hermano gemelo. Porque cuando lo ha dicho, no se ha reído, así que lo de la broma tendría que quedar descartada. Además, Marcos no es ningún cínico, creo conocerle lo suficiente como para afirmar esto.

¿Qué está haciendo aquí? Supongo que lo mismo que yo, ahora que su libro va a salir, pero todo es muy raro, ¿y desde cuando Marcos escribe una novela de romance? Me extraña muchísimo porque Marcos siempre me había dicho que solo escribía lo que conocía.

No me quiero montar más castillos en el aire, al final siempre que lo hago la cosa acaba saliendo mal y entonces acabo cayendo, no desde un segundo, donde las probabilidades de sobrevivir son mucho mayores, sino desde un cuarto, donde son prácticamente nulas, y mi corazón queda aplastado, completamente destrozado de la caída.

—Entonces quedamos de esta forma, ¿eh, Lucía? —dice el editor, aunque no sé a qué se refiere.

—Sí, por supuesto —respondo yo, sin saber muy bien qué decir al no haberle escuchado.

Cuando termina, miro a mi alrededor buscando a Marcos. No puedo vivir con ese desasosiego, esta ansiedad consumiéndome al no saber. Prefiero que me diga claramente que no, que era una broma, que no me coma la cabeza, porque entonces si no, volveré a estar en las mismas que antes.

—Se ha marchado —dice su madre, obteniendo mi atención.

Me ruborizo, porque creo que sabe qué es lo que está ocurriendo entre nosotros, o tiene una ligera idea y solo de pensar que sospecha lo que ha habido entre él y yo, me siento incómoda.

—No es...

—Lo sé. Pero mi hijo o lo hace todo a lo grande, o no lo hace, y se ha propuesto conquistarte como pocas personas. A mí, personalmente, me parece un poco ridículo, pero resulta que es un romántico empedernido en el fondo. Quién iba a decirlo —suspira.

—¿Qué? —exclamo, medio mareándome al escuchar sus palabras.

—Tú solo lee el libro mañana y lo entenderás todo. Ahora que ya no está, puedes concentrarte en toda la gente que voy a presentarte.

Sonríe, y veo esa misma expresión de socarronería y ternura que tiene Marcos. Yo solo asiento, comiéndome las ganas de preguntarle de qué libro me está hablando y qué es eso de que Marcos quiere conquistarme.

¿Se puede conquistar algo que ya se tenía? Puede que sea como la mítica Jerusalén, que durante cientos de años fue conquistada y reconquistada por moros y cristianos. Pero sería demasiado jactancioso y presuntuoso compararse con tal ciudad, porque en el fondo, solo soy una chica anhelando el amor de un chico.

Nada más.

## Atrápame si puedes

Marcos

*Los libros nacen de cosas insospechadas, de una imagen o una intuición, de un anuncio o una película, o en este caso, de Lucía.*

*Mi libro es sobre ella, y sobre el abuelo.*

*Empieza así:*

*La ficción y la realidad en este libro se entremezclan de una forma sutil y casi imperceptible, quizás hasta imposible de distinguir. He desnudado mi alma en él, como nunca, y he escrito la que es, para mí, esa historia de amor que siempre vivirá eternamente en mi corazón, la primera que he vivido.*

*Puede que ella no esté muy conforme, porque hay detalles personales, pero es inevitable cuando se quiere narrar algo con el corazón. Me gustaría ser del todo libre al escribir, pero hay cosas que he decidido guardármelas, cosas mías y de ella, cosas privadas que, lector, no conocerás. Pero, no quiero que ocurra como lo de Truman Capote, que casualmente es uno de sus escritores favoritos.*

*Empezó a escribir, en su anhelo de narrar algo autobiográfico y muy fiel a la realidad, un libro llamado Plegarias atendidas. Y fue tan fiel, que cuando una revista publicó sus tres primeros capítulos, sus amistades le dieron la espalda, pues contaba tal grado de intimidades de estas que la alta sociedad le dio la espalda y nunca le perdonó. Hasta dicen que Anne Woodward se suicidó a causa de esto, pero quién sabe.*

*Creo, sin embargo, que cuando narras algo, es difícil hacerlo con exactitud, muy difícil cuando es una cosa insustancial, una sensibilidad muy íntima. Cuando más quieres hacerlo, más raro te sale. Por eso escribo esta historia de amor a través de lo que siento respecto a las vivencias de mi abuelo, haciendo referencia a ella y a lo que siento por ella. Narrar los grandes rasgos de lo que hubo entre nosotros y esas frases que lo hicieron tan especial.*

*Porque, a veces son esas pequeñas cosas las que recordamos con anhelo, las que hacen tan especial un día, una hora o un instante, tan fugaz como una estrella o tan efímera como la vida de una mariposa.*

Este libro que tengo en mis manos es un homenaje a mi abuelo en todos los sentidos, porque narro su vida tal y como él me la contó, y también porque describo ese amor que tantas veces me incitó a que descubriera, y que encontré en ella sin quererlo.

Ella sabe cuánto significaba mi abuelo, y sabe que escribir nuestra historia en su libro es una manera de decirle cuánto me importa, o eso es lo que espero que piense. El final de todo es una confesión, una disculpa, un ruego.

Aún no está presentado ni hay fecha para la publicación definitiva, pero mi madre ha hecho posible que se imprima un ejemplar, que voy a mandarle ahora. De hecho, acaba de llegar el mensajero y le suplico que le diga a la chica que lo coja, que no lo tire porque es un libro único.

Conozco a Lucía y es incapaz de tirar un libro, aunque venga de mí. Y sé que tampoco podrá resistirse a echarle una ojeada, y entonces leerá que ella es una de las protagonistas. Así continua:

*Los primeros días después de que ella me dejase, fui incapaz de asimilarlo. Pensaba que volvería, o eso quería creer. Luego no pude hablar de ello, no hasta que pasaron varios días más. Creo que cuando el dolor te alcanza de veras, lo primero que te arrebató es la palabra, es tan difícil de expresar ese mal que acongoja y te arranca las entrañas.*

*Fue algo parecido al duelo, claro que yo sabía que Lucía estaba viva, pero nuestro adiós fue tan ridículamente triste y desalentador que, por supuesto, me lo tomé parecido. Porque ya no estaría hablando conmigo ni compartiría conmigo esas cosas rutinarias que se habían convertido en algo básico en mi día a día. Ella ocupaba tanto espacio en mi mundo, que su ausencia me cayó como un jarrón de agua fría, incapaz de llenarlo con otras cosas.*

Fragmentos del libro están escritos en hojas, esparcidas por todo mi piso. Mi gato me ha abandonado, creo que ha visto que me estaba volviendo un poco loco y ha decidido buscarse un hogar mejor, no le culpo.

*Ella me dijo que no debía escribir una escena apasionada entre mis abuelos, pero yo lo he hecho. Porque, en el fondo, para mi abuelo ese acto amoroso era una parte importante de su relación con su mujer, si fuese un cuerpo, sería como amputar un brazo, o un pie. Soy consciente de que no es igual para todas las parejas, pero quiero ser fiel en la medida de lo posible a ello. De todas formas, este acto en concreto, no lo escribí yo sino él. Me lo dejó dentro de un sobre, entre uno de los libros que siempre solía regalarme diciendo que este debía de leerlo, que era demasiado bueno para que me lo perdiese.*

*Nunca ha habido nada impúdico o censurable en el acto amoroso para mí. Es una de las pocas cosas que, cuando viajo, pienso que la gente que estuvo allí, en los castillos de Europa, en Versalles o en el Palacio de invierno, en cualquier ruina romana o griega, en las pirámides de Egipto o hasta la pirámide del sol en México, hacía, no muy diferente a nosotros. Creo que esta ansia, esa expectación, esa piel contra piel, ya existía por aquel entonces.*

*Y, con eso, poniéndome en su lugar; creo recrear ese sentimiento de estar en aquel lugar, en aquella época, en aquel momento.*

Quiero creer que todo irá bien, que leerá el libro y entenderá por qué he sido un idiota redomado, que no le haya dicho antes lo que sentía, que decidiese esperar, que me pusiese celoso al menor atisbo de poder perderla.

No pretendo dibujarme como alguien perfecto, sé que no lo soy, solo deseo que me entienda, que si le he hecho daño no ha sido queriendo, sino sin querer.

Parezco un niño la noche antes de navidad, tan nervioso para que venga Papa Noel, tan ansioso por abrir los regalos, tan deseoso de que el tiempo pase volando.

*Mi abuelo creía que, en el fondo, somos solo un producto de nuestra imaginación, y que por eso al final de nuestra vida tenemos la necesidad de reescribir nuestra historia. Pero la memoria no es infinita ni infalible, los detalles se pierden y a veces son sustituidos por cosas inventadas sin querer. Por eso me dijo que, si escribía esa historia, me tomase ciertas licencias*

*ya que, al fin y al cabo, esa imaginación completa y construye el pasado, le da a la vida cierto sentido pues si no, todo sería demasiado científico, demasiado exacto y las emociones no cabrían en el punto y, al fin y al cabo, lo que se narra la vida de una persona, con sus altibajos, sentimientos, y pasiones. Son esas cosas lo que le dan cierto sentido a la vida.*

*Cuando alguien fallece, como lo ha hecho mi abuelo recientemente, narrar al final no le corresponde a la persona fallecida, porque no puede hacerlo. Por eso creo que, al escribir ese libro, estoy despidiéndome de él. Cuento el final de su vida, lo que fue para mí, construir un final digno y bello. Mi abuelo me enseñó que la literatura es un arma poderosa, viene de nuestra imaginación, aunque yo siempre he creído que venía de nuestras experiencias, pero haciendo este libro, me he equivocado. Porque, he tenido que narrar la vida de otra persona, sus experiencias y sus sentimientos, no los míos, y hace algo que no había hecho jamás. He descubierto que se puede escribir con la única herramienta que es infinita, nuestro cerebro.*

Doy mis clases en la universidad hasta el mediodía, y sigo sin tener noticias de Lucía. Quiero saber de ella, y la única cosa que se me ocurre es abrir la radio, poniendo su emisora.

—No está con nosotros porque ahora mismo estará cogiendo el tren hacia Gerona. Sí, es una sorpresa, Lucía se va a Gerona.

Lo primero que escucho es Juan, su compañero diciendo eso. ¿Que Lucía se va a Gerona? ¿Por qué? ¿Se va para siempre? No es posible, no me ha dicho nada.

¡Mierda!

Cojo el teléfono y llamo al programa enseguida. Al tercer pitido, Juan contesta.

—Buenos días, ¿de dónde llama?

—Juan, soy Marcos. Tienes que decirme a qué hora sale el tren de Lucía. Es muy urgente —lo apremio.

—Hola Marcos. Estamos en directo, así que no creo...

—¡Es muy importante! Por favor, Juan, no hay tiempo.

—Está bien. Dentro de veinte minutos. Pero si vuelve...

—Gracias.

Cuelgo enseguida porque no hay tiempo que perder.

Está disgustada, puede que por eso quiera cambiar de aires e irse a Gerona. Pero ¿sin decirme nada? No sé, creo que ayer hice una declaración de intenciones delante de aquel periodista.

Puede que me pasase un poco, pero quería que quedase impactada. Joder, no puede irse.

Salgo de casa corriendo hasta llegar donde tengo la *Ducati*, y después de ponerme el casco arranco a gran velocidad y no me detengo hasta llegar a la estación de Sants. Mierda, solo quedan siete minutos para que salga el tren. La estación está llena de gente, y es imposible que encuentre a Lucía.

¡No puede irse! No sin antes decirle que la quiero, que la amo, que quiero tenerlo todo con ella.

Me paso la mano por el pelo nervioso, y llego hasta la zona de seguridad donde no puedes pasar sin billete. Hay dos guardas vigilando, y voy corriendo. Dios, estas cosas en las películas salen bien, ¿no? Así que me armo de valor.

—Por favor, tenéis que dejarme pasar, el amor de mi vida está a punto de coger un tren y no sabe que la quiero.

Es lo más cutre que he dicho nunca. Después de mirarme fijamente, el guarda se descojona en mi cara. Se ríe mucho, creo que hasta le duele la barriga de tanto reírse.

—¿Es en serio? —pregunta entonces

—¡Claro que sí! —exclamo indignado—. ¿Crees que lo diría si no fuese verdad?

*Aquella noche, la primera que pasaste entre mis brazos, fue mágica. Tuve, en mi subconsciente, la certeza de que mi vida te pertenecía, que, de esta forma, no me faltaba nada porque todo lo que quería era a ti, y allí estabas.*

Me niego a perder esa sensación embriagadora de felicidad que siento, me niego, y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy dispuesto a todo por no perderla.

—Oye, nadie puede pasar sin billete, lo siento —termina diciendo.

Maldito Hollywood, creando expectativas desde 1903, o antes.

Joder, ¿qué hago? Si compro cualquier billete, ya no me da tiempo a detenerla. Estoy jodido, ¿qué hago ahora? Podría ir hasta Gerona en coche, pero tardaría más que en tren seguro y luego a saber dónde está.

Podría llamar a su amiga, Tomás dice que la tiene visto en el hospital y rogarle que me dé su dirección.

*Cuando solo hablábamos por teléfono, solía imaginarte haciendo cualquier cosa, escribiendo en el ordenador, paseando por la calle, sonriendo. En algún momento, leí que los hombres son menos imaginativos en el amor, no se inventan tanto a la mujer objeto de deseo, pero creo que, en mi caso, no fue así. Te imaginé tanto que cuando te vi por primera vez, no podía creer que fueras tú. Pero creo que las mujeres os imagináis nuestro carácter, nuestra forma de ser de una forma concreta, y a mí me pasó al revés. No sé cómo fue para ti, porque para mí enamorarme de ese ser insustancial fue algo que no acabé de creerme, y, de hecho, no me dado cuenta hasta ahora de que así fue.*

—¿Marcos? ¿Qué estás haciendo aquí?

Despierto de mi ensueño pensante al escuchar su voz. La veo, es ella. Está frente a mí, con unos vaqueros anchos, una camisa blanca y una pequeña maleta de mano. Me mira confusa, asombrada de que esté aquí.

Y yo respiro.



## El tren de las 3:10

Lucía

Ayer por la noche, después de estar hablando durante dos horas con personas cuyo nombre no recuerdo, de cosas superfluas y otras demasiado profundas como para pensar en ellas cuando tienes una crisis existencial, me metí en la cama dándole vueltas a lo que la madre de Marcos me había dicho. Mentiría si dijese que no estuve dándole vueltas las siete horas que intenté pegar ojo, sin conseguirlo, con el corazón en la garganta y los nervios a flor de piel.

Estuve tentada a llamarle, pero no lo hice. A quién sí llamé fue a mi madre para decirle que el viernes estaría en Gerona así que no podía ir a comer, y a Bárbara para contarle todo lo que había pasado.

—Este tío está mal de la cabeza. Primero te dice que nada serio, luego que seáis exclusivos, luego vuelve a decirte que no, y ahora directamente ya eres su futura mujer. ¿Estamos locos? —grita por teléfono.

—No fue exactamente así, pero lo último me inquieta.

—Normal, no sé cómo no le plantaste una bofetada en toda la jeta que tiene.

—Estuve tentada, pero había un periodista de por medio, y ya hay rumores suficientes como para alimentarlos aún más. No sé, no entiendo por qué tanto secreto. Todo el mundo me dice que me quiere y todo el rollo, excepto él. ¿Por qué no me lo dice, si es tan evidente? Esto me mosquea mucho, muchísimo —le confieso.

—Ya. Dime si quieres a Nemo, te lo llevaré el lunes por la mañana.

—No hace falta. De momento voy a pasar mi crisis amorosa y luego veré qué hago. Si me recupero de esta y quiero volver a las relaciones o no relaciones o lo que sea, no creo necesitar a tu perro para ligar.

—Toda ayuda es bienvenida, chica.

Después de la novecita que he pasado, y tras perder un tiempo maravilloso embutiéndome en cremas para bajar esas ojeras que se me habían quedado, mientras estoy tomándome un café, suena el timbre. Ante las improvisaciones que últimamente parece haber en mi casa, he mirado por la mirilla y he visto que era un repartidor.

Se me encoge el estómago, porque yo no he pedido nada, y quizás me trae ese libro que Queralt había mencionado.

—¿Lucía Reixach? —pregunta, insulso y vestido de chándal.

—Sí, soy yo.

He firmado el papel conforme lo he recibido, y antes de darse la vuelta ha dicho algo, bastante propio de Marcos.

—Ah, dice el hombre que lo envía que no lo tires, que es un libro.

Soy incapaz de tirar uno, tengo las estanterías llenas de libros que estaban en casa de mis abuelos y que me quedé yo, porque mi madre quería reciclarlos. Pero qué le voy a hacer, ese olor a libro viejo, esas páginas descoloridas, esa historia que entraña... me gusta.

Antes incluso de cerrar la puerta ya estaba abriendo el paquete, con los nervios desbocados y las uñas destrozadas de tanto mordérmelas. Allí, dentro de una pequeña caja de cartón, estaba el libro de Marcos.

*Una vida* de Marcos Dauphine.

Es un título corto, propio de él. Me dijo que los títulos le gustaban cortos, de no más de cuatro palabras, y veo que no ha cambiado de opinión también en esto. Con las manos temblorosas y una emoción extraña, lo abro por la primera página, donde se halla la dedicatoria.

«A mi abuelo Edgar Fontsalellas, por enseñarme todo lo que vale la pena en este mundo».

Empiezo a leer. La lectura es fluida, empática y absorbente. Es un registro completamente nuevo en él, está escrito en primera persona mientras que sus libros de misterio lo están en tercera. Habla él como autor, él, y cuando llego al segundo capítulo, me doy cuenta de que no es solo la historia de su abuelo, sino que también está la nuestra. Leo desde su perspectiva el día en que recibió mi crítica, el día que me escribió.

Leo las conversaciones que tuvimos y lo que él pensaba de ellas, leo nuestro primer encuentro y lo que sintió. Leo partes que me parten el corazón, y otras que me llenan de gozo. Leo durante tanto tiempo que cuando miro el reloj, no puedo creer que solo falte media hora para coger el tren.

¡Voy a llegar tarde! Leches, no estoy lista.

No lo pienso mucho, me pongo unos vaqueros y una camisa blanca, las bambas y cojo la pequeña maleta y el bolso que tengo preparado, y obviamente meto dentro el libro que no he logrado terminar.

Al salir de casa me subo a un taxi, consciente de que no voy a llegar a tiempo. Miremos el lado positivo, creo que sale otro dentro de una hora, puedo coger este tranquilamente, llegar a Gerona y entonces prepararme la entrevista con Will Smith.

Por supuesto, voy a terminar de leerme el libro, porque aún no puedo creer que haya hecho esto. Es...precioso.

Porque en todas esas situaciones que vivimos, yo sentía ese amor febril, efusivo y virulento, lo sentía, pero no lo decía, y en esas páginas leo que él también le ocurría lo mismo, pero no era consciente de ello. Leerlo me ha emocionado de tal manera que sigo en una nube cuando el taxi se para delante de la estación, parece que me haya dado un golpe fuerte en la cabeza y que esté a punto de derrumbarme de la impresión.

No puedo esperar a leer cómo termina, ¿se habrá rendido? Y en ese caso, ¿por qué lo ha hecho? Ya sé que me enfadé, pero no fue nada que no tuviese perdón de Dios.

Si esta noche no hubiese dormido, diría que todavía estoy soñando, que mi imaginación hace estragos al llevarme a pensar en todo eso, en qué pasaría si él se diese cuenta de que soy la mujer de su vida, si viese la luz y volviese conmigo, si esos «y si» sucediesen cuando nunca lo hacen.

Pero parece que está pasando. ¿Qué hago ahora? No lo sé, depende del final del libro, porque parece que es Marcos quien lo tiene escrito ya, o nuestro principio o nuestro final.

Voy hasta dónde está el control, quizás sí que llego a coger el tren si me doy un poco de prisa. Parece que no hay cola. Pero me detengo antes de cruzarlo, porque allí plantado, con la mirada enloquecida y sudando a mares, está Marcos.

—¿Marcos? ¿Qué estás haciendo aquí?

En cuanto me ve, echa todo el aire de sus pulmones y se acerca, cogiéndome por la cintura y

abrazándome.

—Creí que ya estarías en el tren —murmura sin soltarme, estando yo por los aires, solo atada a sus brazos—. Había pasado por alto tu falta patológica de puntualidad.

—No, yo... me he entretenido, pero no pasa nada, cogeré el siguiente. ¿Qué pasa?

—Lucía, no puedes irte a Gerona. ¿Te ha llegado el libro?

—Sí —respondo, completamente desconcertada cuando vuelvo a tocar los pies en el suelo.

—¿Y lo has leído?

—Me quedan tres capítulos, pensaba terminarlo en el tren. ¿Por qué? Es distinto a lo que dijiste que harías, tú... has escrito lo nuestro —resuelvo.

—Lee el final, por favor. No puedes irte, no sin darme una respuesta. Te lo pido por favor.

Nunca Marcos se me apareció tan tenaz e insistente, ni tampoco tan vulnerable. Su súplica atraviesa mis ojos y se mete en mi corazón, haciendo que palpите en una mezcla de estupor y ternura.

—Está bien —respondo, sacando el libro del bolso y yendo hasta el epílogo.

*Nunca me he considerado un poeta, ni el escritor, ni siquiera alguien hábil con las palabras. Solo he sido un fiel escribano de lo que he vivido, sentido y aprendido. Pero ha llegado el capítulo donde pretendo desnudar mi alma, ya que tenías razón, sí que te dije con gestos, actitudes y miradas lo que sentía por ti, y lo hice sin querer, sin darme cuenta. Hay cosas que no se pueden esconder, que por mucho que te esfuerces vas a sentir igualmente.*

*Si yo, en el fondo, sabía que me había enamorado de ti, mucho antes incluso de verte. Me enamoré al conocerte a través de tus letras tristes, esas que escribiste con el corazón. Pero me dije a mí mismo que era imposible, que no tenía sentido que era puro capricho.*

*No hay una razón, si no muchas. El miedo imperante a necesitarte, cuando no había necesitado a nadie en mi vida, la confusión al verte mucho más que como a una más, la abrumadora inquietud al sentir cosas que hacían temblar partes del cuerpo que no sabía que tenía.*

*Mirarte a los ojos era bucear en un mar de palpitaciones, de ganas de abrazarte, de besarte y de no soltarte jamás. Reducías mi mundo una sola cosa; tú. Todo lo demás eran motas de polvo insignificantes, resquicios de mi vida anterior a ti. Porque mi vida se volvió en antes de Lucía y después de Lucía, y eso asusta, como cuando te metes en el agua por primera vez, solo que a mí me tiraron sin cursillo previo y sentí ahogarme.*

*Con esto, no pretendo justificarme, porque sé que pretendiste salvarme, me tiraste no uno sino miles de salvavidas y yo no me aferré ninguno y terminé ahogándome. Puede que la nuestra no sea la historia de amor más bonita que exista, porque ni siquiera empezó como tal. Pero es mi favorita, te convertiste en mi mejor amiga, en mi confidente, mi amante y compañera. No sé si creo en el amor eterno, pero soy un ferviente creyente de que entre tú y yo existe. Me ha hecho falta estar sin ti, o puede que no, porque antes de que te marchases por la puerta ya estaba arrepentido, solo que este maldito orgullo mío me impidió detenerte.*

*Tampoco sé si eso durará toda la vida, y tampoco puedo prometértelo, pero estoy dispuesto a averiguarlo. Si tú quieres, te presto mi corazón a cambio del tuyo, aunque creo que ya me lo has robado y no sabías que lo tenías.*

*Dime algo, ya sabes por dónde suelo estar. Puede con un con un simple «te quiero, Lucía», habría bastado, pero sabes que me gusta hacer las cosas a lo grande, y creo que al final de todo, puede que necesitates un gran gesto para creerme.*

*Pd: Te mentí, sí que tengo tu jersey azul, pero echaba de menos tu olor.*

No sé si alguna vez habéis experimentado una emoción muy fuerte galopando en vuestra mente o en vuestro corazón. Yo sí, ahora mismo. Empieza a sentirse en el estómago, insistente, y creciendo, llega hasta el pecho, ahogándolo. Sigue subiendo por el cuello, impidiendo el habla hasta que son los ojos los únicos capaces de expresar algo mediante las lágrimas. Y eso hago, lloro con la mano sobre la boca hasta que llego a esta postdata y lo cierro, alzando la mirada hasta sus ojos, que parecen los de un ciervo asustado.

—No llores, por favor, se me parte el alma al verte así —dice entonces.

Intento respirar, contenerme, pero es muy difícil.

—Yo... no puedo parar. Es muy bonito —consigo decir entre sollozos.

—Tú sí que eres bonita. Ven aquí —murmura, envolviéndome entre sus brazos de nuevo.

Poco a poco esa desazón e inquietud desaparecen, la intensidad con la que late mi corazón disminuye, bajando las pulsaciones, y entre su calor y su olor, siento que me encuentro en casa. Pierdo la noción del tiempo y del espacio, hasta que me doy cuenta de que estamos en medio de la estación, que la gente nos mira y los dos guardias murmuran entre ellos.

—No te vayas a Gerona —ruego de nuevo.

—Pero tengo que ir. Puedes venir conmigo, si quieres.

—¿A vivir allí? Podría buscar trabajo en la universidad, no estaría tan bien pagado con la universidad de Barcelona, pero tiene prestigio, y...

—¿Qué? Pero si vuelvo mañana. ¿De qué estás hablando?

—De que te vas a vivir a Gerona. Eso ha dicho Juan en la radio.

Niego con la cabeza, y me río.

—¡No! Solo voy a entrevistar a Will Smith, si vuelvo mañana. ¿No ves la maletita que llevo? —aclaro enseguida.

—Joder, qué susto. Pues menudo numerito he montado, hasta he llamado a la radio para que me dijiesen a qué hora salías.

—Dios, Marcos —me quejo, pero no demasiado.

—Vámonos a Gerona, entonces.

Me coge de la mano y no me suelta hasta que llegamos al sitio de atención al cliente, cambio mi billete y Marcos se compra uno. Ahora mismo creo que podría volar. Lo digo muy en serio, creo que podría hacer cualquier cosa. Estoy plétórica, sonriendo como una boba, sin poder parar de mirarle, porque él está aquí, y me quiere, y quiere estar conmigo.

No es hasta que nos sentamos en el tren que no empiezo a hablar, porque es verdad que estoy feliz, pero también tengo tantas preguntas y tantas dudas que no sé por dónde empezar. O sí, porque hay algo que quiero decirle desde que he empezado el libro.

—Eres un idiota, Marcos Dauphine —exclamo, sentados en un vagón silencioso y desierto, para mi suerte—. ¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado creyendo que era la única que sentía algo?

Creo que hasta estoy gritando un poco, pero esta ansiedad no voy a guardármela más. Sin embargo, Marcos no intenta que baje el tono, deja que hable sin más.

—Lo sé, y lo siento. Todo esto es nuevo para mí, y quise hacerlo bien, hacerlo especial, así que por eso escribí el libro. He estado todo este tiempo encerrado, escribiendo. Hasta que murió mi abuelo, y el libro estaba casi terminado, y entonces fue cuando te vi con él.

—Marcos, ya te dije en su momento que ya no siento nada por él —mascullo, algo molesta por este tema—. Soy monógama al cien por cien, y estoy enamorada de ti.

—Pero recuerda que yo leí aquellos relatos, ¿recuerdas? Le quisiste, y por un momento llegué a pensar que, quizás, buscarías un refugio en esa persona, en sus brazos. Joder, Lucía, no pensé, o pensé demasiado —confiesa, abrumado, mordiéndose el labio.

No fue tan descabellado lo que pensó, porque a mí también se me pasó por la cabeza durante un milisegundo, porque es verdad, a veces volver atrás parece más sencillo que seguir hacia adelante.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunto, sabiendo que esa sí es la hora de la verdad.

Con parsimonia, levanta las manos y acuna mi rostro, quedando el suyo a pocos centímetros del mío. La calma en sus ojos me relaja y me transmite amor.

—Novicia, ¿quieres abandonar el convento y fugarte conmigo? —dice con esa sonrisa torcida que tan enamorada me tiene.

—¡Marcos! —me quejo, por instinto.

—Echaba de menos tus quejas de niña indignada.

—Y yo tus bromas no graciosas sobre mi castidad inexistente.

Todo fluye, entre mis ojos y los suyos. Es esa conexión inquebrantable, profunda y enardecida que, después de no tenerla, vuelve con más vigorosidad que nunca. Veo su alma y él ve la mía, así lo siento.

—Te quiero, Lucía —susurra entonces, de golpe, sin que me lo espere. O un poco, no lo niego.

Eso es lo único que quiero escuchar. Sus palabras son música celestial, gloria bendita en mi oído. Me quiere, me quiere... esas palabras no dejan de repetírseme en la cabeza, son las palabras más maravillosas del mundo.

—Te quiero —respondo sin apenas poder moverme.

—¿Quieres ser mi novia? Creo recordar que en el colegio lo hacían así. No tengo otra forma de decirlo, de hecho, si dices que sí vas a ser la primera.

Con independencia de que esto último parece sacado de una frase de un niño de cinco años, la verdad es que no deseo que me lo diga de otra forma, porque *a lo Marcos* está bien, es tal y como le quiero.

—Sí quiero ser tu novia —exclamo yo, con una media sonrisa tímida y coqueta, porque no sé hacerlo de otra forma.

En cuanto su boca se une a la mía, hay un nuevo *big bang*, al menos en mi universo, todo tiembla y mi cuerpo entra en combustión espontánea. Atrapa mi labio inferior acariciándome los hombros y la espalda, y yo le respondo audaz y serena.

—No te haces una idea de lo que quiero hacerte, novicia —susurra con una voz ronca inconfundible, de esa que pone cuando me tiene cerca.

—Creo que un poco sí —admito, perdiéndome en ese beso que augura una promesa y sabe a eternidad y a infinito.

## Una canción del pasado

Marcos

—«*M*ecerme en tus brazos, respirar tu aliento, surcar ese mar de chocolate al mirarte, recorrer tu cuerpo con la boca, besar tu nuca o dibujar constantes señales en tu piel. Esa es mi actividad favorita del día al llegar a casa. Fin».

Sentados en la mesa de su cocina, tomando café y desayunando tostadas con poca mantequilla y mucha mermelada, escucho su último relato. Va dedicado a mí, por supuesto, ¿a quién si no?

Al levantarme a dejar la taza en el fregadero, admiro su cuello largo desnudo, al tener el cabello recogido en una coleta y sus piernas dobladas sobre la silla, sujetas por uno de sus brazos.

—Así que manosearme es lo que te gusta, ¿eh, novicia? —bromeo dejando un beso en su mejilla, medio tapada por sus grandes gafas de montura ligera, muy *hípsters*.

—Y otras cosas que no voy a decirte —responde, apuntando algo en el papel—. ¿Te ha gustado? Creo que el final es demasiado brusco.

—Mucho. Creo que el final es perfecto, no cambiaría ni una coma. Pero voy a dejarte algún comentario con corazones en el margen, mañana. Ahora, como premio de consolación, puedes manosearme.

Me mira sin decir nada, por encima de las gafas, mientras se levanta. Joder, no sé si alguna vez no voy a empalmarme cuando me mire de esta manera tan indecente.

—No tengo la culpa de que seas un bombón.

—Tableta de chocolate —corrijo, levantándome la camiseta—. Qué golosa eres, novicia.

—Eres un placer inconfesable —susurra en mi oído—. Profesor, ¿me da permiso para desnudarle?

Lleva siendo mi novia una semana —novia, qué raro suena eso—, y no me quejo. Las chicas, al ver que no respondía han dejado de llamar, y no lo echo de menos. Excepto Alicia, que se presentó de nuevo en casa y le presenté a Lucía. Creo que ya ha pillado que no me interesa, después de decirle que era mi novia.

—Mmm..., he dicho magrearme, no desnudarme. Lo segundo tendrás que ganártelo. Punto a punto.

—Qué duro eres, profe.

Estoy a punto de cogerla por sus magníficos glúteos y hacer uso del sobrenombre de *empotrador* que tan bien me sienta, cuando llaman a la puerta.

—Deben de ser los libros —murmuro, fastidiado.

—Mañana sale a la venta. ¿Estás emocionado? Yo mucho, pero... espera que abro y te cuento —dice, apartándose de mí.

Suelo preguntarme cómo fue tanta mi estupidez al pensar que no la quería. ¿Cómo es posible no quererla? Me parece irrisorio, tan indignante ...

¿Dónde estuvo durante todos estos años? Me suelo preguntar que por qué no coincidimos, o quizás si lo hicimos en la librería, en alguna fiesta o en unos grandes almacenes. Me gusta imaginar que estuvimos en el mismo cine, pero en filas distintas viendo la misma película, y que llegó el día en el que el destino hizo de Celestino y nos cruzó.

O mi abuelo, que, para el caso, es lo mismo.

—Oh, hola Hugo —escucho que musita Lucía.

Mi cerebro se pone en estado de alerta al escuchar a Lucía decir aquello. Qué pesado que es ese hombre, ¿qué cojones está haciendo aquí?

No le odio, no. Solo le deseo una muerte lenta y dolorosa, cercana e incluso inmediata. En realidad, con que la dejase en paz, bastaría. ¿Qué está haciendo aquí, un sábado por la mañana? ¿Eh?

Para averiguarlo, camino hasta la entrada, quedándome a una distancia prudencial sin ser visto, y pongo la oreja.

—Sigues teniendo unas piernas estupendas. Oye, no me respondiste y estaba preocupado —dice ese tipejo.

Preocupado tendría que estar él de no darle una hostia en toda la cara. ¿Pero qué pretende?

—Lo siento, se me pasó, he estado muy ocupada. La verdad es que no voy a poder.

—¿Y puedes ahora?

Ese tono no me gusta. Voy a salir, es de hombre posesivo y todo lo que quieras, pero hay veces en las que debes marcar territorio. Y eso hago, camino con apariencia tranquila, aunque por dentro estoy sulfurando.

—¿Son los libros? Oh, veo que no —digo, acercándome hasta dónde está Lucía—. ¿Quién es?

Esa pregunta ha sido con un poco de mala leche, lo sé, pero no voy a dejar claro que sé perfectamente quién es, no vaya a creerse importante.

—Soy Hugo, estudiamos juntos —se presenta, alargándome la mano.

Se la devuelvo con cierta reticencia.

—Marcos.

Antes de que la cosa se vuelva incómoda, porque veo por el rabillo del ojo como me mira Lucía, decide decir algo.

—Me prometiste un libro dedicado, ¿recuerdas? —se dirige a Lucía y ella asiente.

—Es cierto, ahora lo traigo.

Ni voy a amenazarle ni a matarle ni nada por el estilo. Solo lo observo; es más alto que yo, atlético y delgado, tiene la nariz demasiado alargada y grande para los estándares de hoy en día, y una barba demasiado espesa para mi gusto. Intento entender qué vio Lucía en él, y no lo encuentro, de veras. Ella es un jodido diez mientras que él no llega al seis.

—Lucía no me habló de ti.

Se cruza de brazos, y sé que también me está analizando.

—Han sido unas semanas complicadas, pero lo hemos arreglado.

No conozco a este tipo de nada, lo único que sé a ciencia cierta es que tuvo una oportunidad con Lucía y la dejó pasar. Yo he podido ser él, he podido estar aquí, delante de su puerta como él lo está ahora, mendigando algo de Lucía, un café, un libro y si es posible algo más. Pero no va a quedarse, sus razones tendrá, supongo. Tampoco voy a dejarle, no soy sor Marcos, que quede claro.

No sé si la quiso o no, y tampoco sé por qué acaba volviendo —¿añoranza, querer, un polvo fácil?—, pero lo único que me produce es pena.

En el fondo, debería agradecerle que no supiese valorarla, quererla, porque gracias a eso estoy yo aquí, en la parte correcta de la casa, seré yo quien haga historia con ella y tenga la felicidad absoluta.

Y, al observar su mirada curiosa y orgullosa, creyéndose que por haber estado antes que yo es más importante, siento pena por él, y me siento afortunado.

—Odia el chocolate deshecho, pero le encanta la *Nutella*. Es una de sus contradicciones —suelta de golpe.

—Y el helado de pistacho es su favorito, pero no le gustan los pistachos.

Nuestra conversación termina cuando Lucía aparece con uno de sus ejemplares de libro de *chick-lit* y se lo entrega.

—Gracias. Tengo que irme, nos vemos pronto.

—Un placer, Hugo.

Los cojones un placer, pero espero y deseo que después de esto, no pase por aquí con frecuencia. Vaya, en definitiva, que no vuelva.

Después de cerrar la puerta, Lucía me mira seria, aguantando la respiración con las manos detrás de la espalda.

—No somos tan amigos como para que le cuente mi vida íntima, por eso no le hablé de ti. Y porque dolía explicarlo —dice de golpe.

—No me importa —respondo, restándole importancia.

—No, tiene importancia. No hay nada entre nosotros, de hecho, ni siquiera hablo con él, pero insiste en que continuemos siendo amigos y vayamos a tomar algo cada vez que aparece por aquí.

Lo dice en un tono irritado, como si estuviese molesta por algo. Despego los labios, no entiendo qué está pasando por su cabeza.

—¿Por qué te enfadas?

—Porque... ¡no quiero que pienses mal por culpa de ese idiota!

Verla sofocada y casi pataleando el suelo es gracioso. Mi novicia enfadada, si es que hasta de esta forma es adorable.

—A ver —empiezo a decir, cogiéndole de las manos y acercándola a mí—, ¿has visto que yo me haya cabreado?

Parpadea varias veces antes de responder.

—No.

—¿Entonces?

—Dados los antecedentes, estaba siendo precavida.

Ahí tiene un punto.

—Es distinto —respondo, chasqueando la lengua—. Antes no estábamos juntos, ahora, tal y como dice esa revista que lees, tenemos una simbiosis, estamos atados por un lazo invisible, compenetrados —reitero yo.

—¿La *Cosmopolitan*? ¿Por qué lees eso? —cuestiona.

—Tú lo haces. ¿No crees que los hombres podemos leer revistas femeninas? A eso se le llama discriminación —le reclamo sin piedad.

—Yo solo miro las fotos de la ropa, los cotilleos y las recetas que hay al final —confiesa ella.

—Mejor, hay cosas de dudosa veracidad. Bueno, creo que deberíamos, después de hacer ese *test* de compenetración, continuar dónde lo habíamos dejado.



—Mejor invertir el orden, ¿no crees? —propone mordiéndose el labio de forma sugerente.  
Mi novicia peligrosa, epicúrea y desinhibida. Pero solo conmigo.

—Mejor. Oh, se me olvidaba, tengo una propuesta para ti.

Es algo que llevo pensando durante varios días, y creo que es lo mejor que puedo hacer. En el fondo, Lucía es muy intuitiva, se conoce todo el panorama editorial y tiene ojo para saber qué libros pueden valer la pena y cuales no. Y, lo más importante, sé que a Edgar le haría una ilusión tremenda.

—¿Una propuesta indecente? Profesor, qué atrevido.

—Esa es después. La de ahora es muy seria y muy profesional.

—Me estás asustando un poco —murmura.

—Dijiste que ibas a dejar la radio, ¿no?

—Ajá. Dentro de dos semanas presentan el libro en un montón de sitios, y he estado pensando en darme un tiempo en la emisora, así no me agobiaría. ¿No te parece bien?

—Me parece muy acertado. Pero creo que hay algo que podría interesarte. Lo que quería decirte es si... te interesaría hacerte cargo de la librería.

Abre la boca asombrada, sus ojos sonrían y centellean al escucharme. No se lo esperaba.

—¿Yo?

—A mi abuelo le hubiese gustado, te adoraba. Sé que la cuidarás, y tendrás tiempo para escribir.

—Me encantaría —exclama, dándome un abrazo y saltando, quedando colgada de mí—. ¡Voy a tener el mejor trabajo del mundo!

No sé cómo terminamos encima del sofá, tirados el uno encima del otro riéndonos.

—Creía que ese era ser abrazador de osos panda-

—No, testador de helados. Pero oye, te advierto algo.

—¿Qué? —cuestiono, quitándole un mechón de cabello de entre sus ojos.

Alza una ceja encarándome, y se estira para llegar hasta mis labios, rodeándome con sus brazos por detrás del cuello.

—Voy a tener un apartado de *chick-lit* —afirma, convencida.

Lo dice de esa forma en la que no cabe ni réplica ni queja, ni siquiera opinión.

—Ni lo sueñes —gruño a pesar de eso, antes de que me bese—. A eso se le llama chantaje, lo sabes ¿cierto? —susurro mientras sigue embriagándose con sus labios puestos en los míos.

—¿Podemos negociarlo al menos?

Su mirada medio lasciva y medio suplicante me deja hipnotizado, y solo pienso en que, definitivamente, soy un tipo con mucha suerte.

—Vale, pero en la cama.

*La más bella historia de amor, que tuve y tendré.*

Y tengo.

## Agradecimientos

*E*n primer lugar, agradecer a Kiwi Ediciones por haber seleccionado a este libro como finalista del premio de novela romántica.

Gracias a Albert, por haberme escuchado y soportado con estoicismo mis quejas de escritora frustrada, a Marta por leer todo lo que escribo, a Paula por creer en mí. Gracias a las chicas por darme su apoyo incondicional, a mis lectores por darme su amor y a Elena, con la que comparto sueños en este mundillo.

Y gracias a vosotros también, a los que estáis leyendo esto.

© 2019, Eneida Wolf

Primera edición en este formato: noviembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

ISBN: 978-84-17705-48-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.